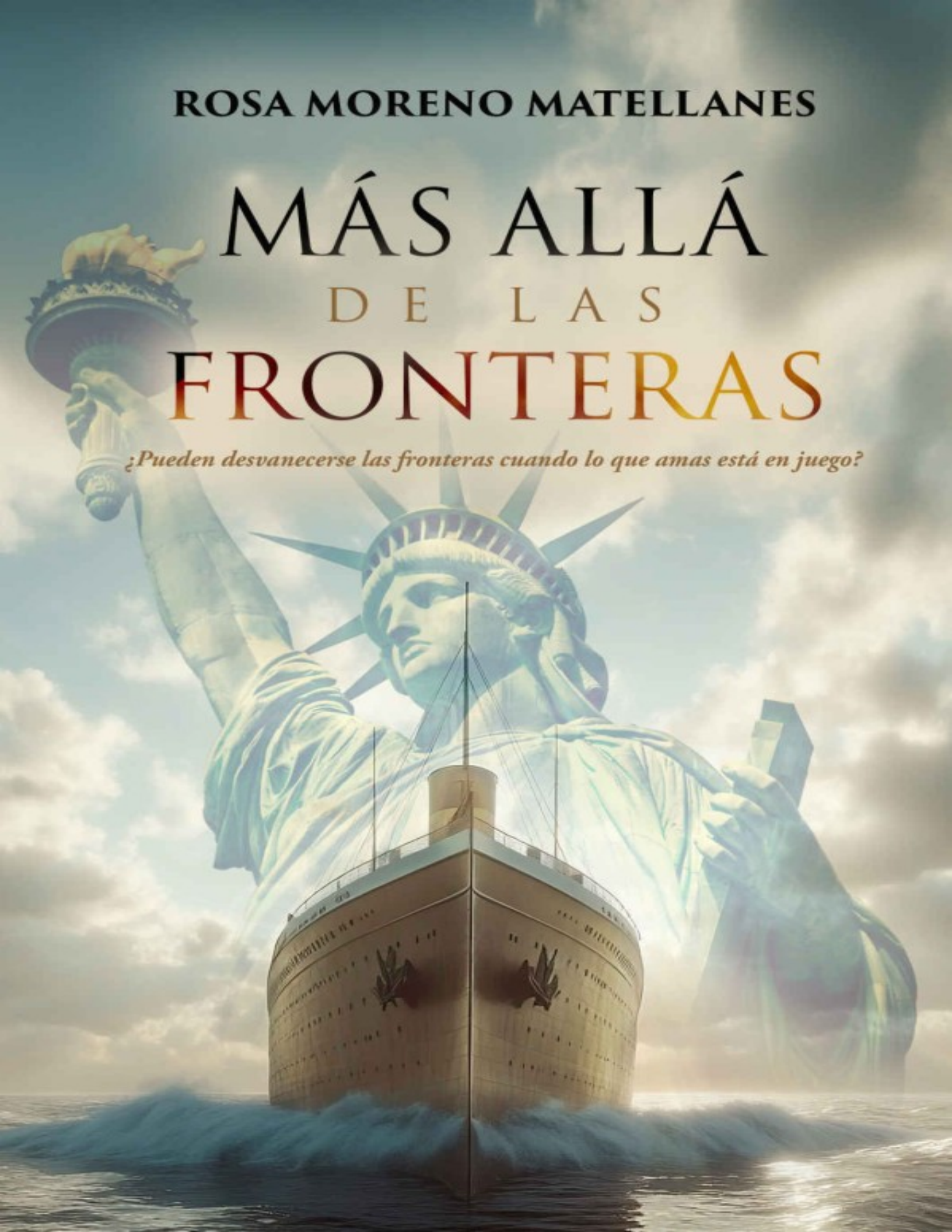
ROSA MORENO MATELLANES

MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS

¿Pueden desvanecerse las fronteras cuando lo que amas está en juego?



ROSA MORENO MATELLANES

MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS

Más allá de las Fronteras

© Rosa Moreno Matellanes.

ISBN: 9798280685307
1ª edición, Mayo de 2025.
Imágenes de portada: Adobe Stock.
Diseño de cubierta: Alexia Jorques.
Maquetación: Fabián Vázquez (www.fabianvazquez.net)

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A TI, LECTOR.

Donde hay amor y motivación, no hay fronteras.
MAHATMA GANDHI

1

EL SUEÑO AMERICANO

1928

Emily Knox apoyó la cabeza en una de las ventanillas del metro que la llevaba de vuelta a casa. Vivía en Estados Unidos desde hacía ocho años y, a pesar de que había sido difícil abandonar Inglaterra, adoraba Nueva York y a su gente.

Tras el suicidio de Charlie Drake, el mejor amigo de James, su esposo no había sido el mismo, y América les había dado la oportunidad de una vida nueva, un futuro prometedor que aprovecharon sin reservas. El viaje había sido duro y largo, especialmente para una mujer embarazada, como había sido su caso, pero ni ella ni James se habían arrepentido en ningún momento de la decisión que habían tomado, y sus hijos se habían criado en un mundo en paz, sin carencias ni guerras. La vida era buena para los Knox, y Emily sonrió tranquila al pensar que, a pesar de todo lo que habían pasado; la guerra, las heridas de James, las secuelas psicológicas, la muerte de sus amigos…, habían logrado dejar atrás ese pasado y crear en Nueva York una vida feliz.

Estaba cansada, el día había sido largo, y dormitaba sentada en uno de los asientos del vagón del metro. Había trabajado mucho y le dolían las manos de tanto teclear. Hacía ya cinco años que se había convertido en una buena mecanógrafa desde que sus hijos empezaron a ir a la escuela y tuvo más tiempo libre para dedicarlo a sí misma.

Entreabrió los ojos y escrutó a los viajeros a su alrededor; personas de todos los rincones del mundo hablando idiomas diferentes, chicas desenfadadas y alegres que demostraban el cambio surgido en las mujeres tras la guerra, hombres trajeados que regresaban de una larga jornada laboral y niños regordetes bien alimentados. Viajeros que reflejaban como era Nueva York: una ciudad dinámica, opulenta, audaz y socialmente transformadora.

Emily esbozó una sonrisa, después de la guerra no estuvo segura de que pudiera volver a llevar una vida normal, pero esos últimos años en América habían probado que estaba equivocada. Antes del conflicto, nunca se había planteado vivir en un lugar diferente a Accrington, pero, tras el suicidio de Charlie y la partida definitiva de Hattie a Belgrado, sabía que James necesitaba un cambio, y cuando llegó la oportunidad, la aprovecharon sin pensárselo dos veces. El *New York Times* se había interesado por el trabajo de su esposo, tanto como reportero en las trincheras como por su labor en el *Accrington Gazette*, y le habían ofrecido un puesto en la sección internacional del rotativo para que cubriera las noticias europeas. Así fue como los Knox empezaron una nueva vida al otro lado del océano, decisión de la que se alegraban cada día y de la que jamás se había arrepentido.

A Emily le gustaba Nueva York, la ciudad era un hervidero de gente que iba de un sitio a otro con prisas, un lugar lleno de posibilidades, optimismo y efervescencia que contrastaba con los duros años de la década anterior. James y ella tenían buenos salarios, incluso habían podido ahorrar e invertir en acciones en el mercado financiero como muchos americanos. Presidentes de bancos como el señor Mitchell, del National City Bank, alentaban a los ciudadanos para que invirtieran en el mercado de valores, y los Knox pensaron que era una forma de aumentar su ahorros de manera sencilla y sin riesgo. Los años 20 estaban resultando ser una bendición después del trauma de la guerra, y Emily se sentía afortunada de poder dar a sus hijos una vida mejor de la que ella y James habían llevado en Inglaterra.

Las americanas habían seguido los pasos de las inglesas en la consecución del voto femenino. El esfuerzo de Hattie, Grace y miles de mujeres como ellas se había visto recompensado, y Emily se sentía entusiasmada, aunque era consciente de lo mucho que aún tendrían que trabajar para equiparar sus derechos a los de los hombres. La vida, por fin, estaba cambiando para bien, y eso la hacía sentirse satisfecha. El voto femenino no era el único cambio que los nuevos años 20 habían traído, ya que parecía como si todos quisieran darse prisa por dejar atrás los estragos sufridos en la

década anterior. Las casas de la clase media se llenaron de electrodomésticos que hacían las tareas menos pesadas para las mujeres y les daban una oportunidad para disfrutar de su tiempo libre, la música de *jazz* sonaba por todas partes y el cine era un espectáculo nuevo y emocionante que encantaba a niños y a adultos. Emily volvió a sonreír. Las cosas iban bien para su familia y se sentía contenta y plena.

El metro dio un frenazo y estuvo parado unos segundos, pero Emily no se inmutó. Ya no le tenía miedo a ese medio de transporte que un día creyó sumamente sofisticado; se había convertido en algo cotidiano, ya que lo cogía todos los días desde su apartamento de Park Slope, en Brooklyn, hasta el centro de Manhattan, donde trabajaba.

El edificio donde se encontraba su oficina era espectacular, uno de los rascacielos más renombrados de la ciudad: El Paramount. Tenía nada menos que treinta y cinco pisos y se ubicaba en el corazón de Times Square. Se rumoreaba que su arquitecto se había inspirado en las pirámides mayas de Tikal para construirlo al más puro estilo Art Decó, y a Emily le parecía tan bello que deseaba en secreto poder visitar esas pirámides algún día. Su Accrington natal carecía de edificios tan altos, pero Estados Unidos, al ser la nueva potencia mundial, alardeaba de su poder erigiendo ciudades verticales que ansiaban tocar el cielo. Muchos inversionistas habían recalado en Nueva York tras la guerra, y el mercado inmobiliario se había disparado como un cohete. Los rascacielos acogían a fábricas textiles, grandes almacenes y oficinas destinadas a bancos o empresas financieras. A Emily le encantaba caminar entre esas grandes y elegantes construcciones como el Edificio Heckscher, el Cunard Building o el Hotel Ambassador, que la seguían sorprendiendo a pesar de los años que hacía que vivía en la ciudad.

Se restregó los ojos para despejarse. Todavía quedaban dos paradas hasta llegar a la suya. Se masajeó el cuello, ahora llevaba la melena rubia cortada a lo *bob*, tan popular entre las mujeres jóvenes. Pelo corto y recto tapando las orejas y flequillo. A Emily le sentaba muy bien, se había acostumbrado a un estilo similar desde que entró a trabajar en la fábrica de municiones durante la guerra,

pero el corte *bob*, tan popular en América, la hacía sentirse aún más cómoda y glamurosa, casi como una de las artistas de Hollywood que aparecían en las grandes pantallas del cine.

Emily se estiró un poco la falda que llevaba por debajo de las rodillas al observar cómo atraía las miradas de algunos caballeros en el metro. Hacía años que había dejado atrás el incómodo corsé y prefería vestidos con aires masculinos de líneas rectas y cómodas. Le encantaban esas nuevas prendas que suprimían las curvas, el busto y hacían desaparecer la cintura. Eran verdaderamente hermosas, de telas cuidadas y agradables que confería a las mujeres un aire de libertad.

Respiró profundo y se puso de pie, estaba a punto de llegar a su parada y el bullicio del vagón dificultaba su camino hacia la salida. Como pudo, se escabulló entre el gentío y pudo alcanzar la puerta justo antes de que se cerrase a su espalda. Una vez en la calle, caminó con decisión y aceleró el paso. Se le había hecho más tarde de lo habitual, y James, probablemente, ya estaría en casa esperándola. El retumbar de sus tacones la acompañó hasta su edificio en Park Slope. La zona le recordaba un poco a Accrington, ya que los apartamentos estaban levantados con ladrillos rojizos parecidos a las construcciones inglesas. Sin embargo, la similitud se detenía allí, debido a que en el barrio neoyorquino había enormes escaleras de incendio en el exterior de las viviendas que no existían en Inglaterra y las líneas eléctricas estaban escondidas bajo el suelo. Además, tenía una zona ajardinada con arces azucareros que le otorgaba un toque señorial y sereno diferente al que se respiraba en su antigua calle de Clayton Lane.

Emily sacó la llave de su bolso y abrió el portal cerrado por unas rejas forjadas de color negro. Su apartamento estaba en el segundo piso y hacía unos cinco años que se habían mudado allí, cuando sus hijos aún eran pequeños. La entrada era majestuosa, de baldosas decoradas con motivos geométricos y una chimenea de mármol que presidía el *hall* principal. Emily abrió la puerta de su vivienda y gritó el nombre de la chica que solía cuidar a los niños cuando salían del colegio.

—Laura…, ya estoy en casa. Siento el retraso.

No obtuvo respuesta. Su familia debería haber estado cenando, pero nadie estaba allí. No pudo evitar tensarse, desde la guerra, y especialmente desde que era madre, se preocupaba más de lo que le hubiese gustado.

El apartamento tenía un pasillo alargado con paredes de un tono verde manzana. Un reloj colgaba en una de ellas y de reojo observó que ya eran más de las seis. El corredor tenía el suelo de madera oscura y dejaba dos dormitorios conectados entre sí a la derecha, un aseo con bañera y una cocina moderna con nevera. El comedor era amplio, con una gran ventana a la calle y una mesa de tapa roja rodeada de sillas del mismo color. El salón estaba amueblado de manera cómoda y desenfadada, al estilo de su anfitriona, con sofás y sillones llenos de cojines que invitaban a sentarse.

Miró por la ventana, inquieta, pero no atisbó ni rastro de su familia, por lo que decidió poner la radio mientras calentaba algo para comer. La radio era un invento que le encantaba. Además de sentirse informada, podían escuchar programas de comedia en familia que los entretenían a todos. Sin embargo, en ese instante, no consiguió prestar mucha atención a la música que salía del aparato.

La puerta de entrada se abrió de repente, la casa se llenó de risas y las voces de sus hijos la hicieron respirar de alivio. No le gustaba ponerse en lo peor y pensó que la guerra, que tenía mucho que ver con su nueva actitud, también había dejado secuelas a los que estuvieron en la retaguardia.

—Mamá, tenemos una noticia que te va a encantar —gritó Drake, que saltó alrededor de ella emocionado.

Emily miró a James, que traía a su hija de la mano y esbozaba una gran sonrisa. Seguía utilizando su máscara para salir, pero se la quitaba cuando entraba en casa. La aceptación por parte de los estadounidenses de su careta y su rostro mutilado había resultado complicada, pero como en Accrington, se acostumbró a las miradas furtivas y a los gestos de sorpresa con los que había aprendido a convivir. James sabía que no era fácil aceptar una cara desfigurada como la suya, pero le seguía resultando amargo los gestos de repulsa que despertaba en muchas personas. Aun así, ya no se sentía deprimido. Estaba muy bien considerado en su trabajo, y el

amor de su familia y amigos hacía que a veces hasta se olvidase de sus heridas y de la máscara que lo ayudaba cada día a reencontrarse con el joven apuesto que alguna vez fue.

—¿Te han retrasado en el trabajo, cariño? —dijo el hombre con ternura, abrazando a su esposa.

—Lo siento, hoy ha sido un día de locos, pero cenaremos enseguida. ¿Ya se ha ido Laura?

—Sí. ¿Has visto la hora que es?

—Mamá, mamá… —seguía gritando Drake, tirándole del brazo—. Tienes que ver algo, vamos, está en la calle.

Emily lanzó una mirada interrogativa a su esposo, que reía abiertamente ante la insistencia de su hijo.

—Emmeline, tú qué dices, ¿se lo mostramos a mamá? —preguntó James a la niña, que lo miró con cara emocionada.

—¡Claro! Vamos, mami —exclamó la pequeña, que la agarró de la mano y tiró de ella hacia la puerta.

James se acercó a su esposa y la besó en los labios.

—Parece que no tendremos más remedio que seguirlos —dijo divertido.

Los dos bajaron las escaleras hacia la calle siguiendo los pasos alborotados de los niños, y cuando llegaron, James le tapó los ojos con las manos.

—Es una sorpresa —le dijo.

Drake seguía empujando a su madre y Emmeline se abrazó a sus piernas tan pausada y tranquila como siempre.

—Muy bien, ¿estás preparada? —preguntó James, nervioso—. Tal vez debería haberlo hablado contigo primero, pero la oportunidad se ha presentado de repente y tenía que…

—James —lo cortó Emily ansiosa—, ¡deja que vea de una vez de qué se trata!

James abrió sus manos y su esposa parpadeó para enfocar mejor la vista.

—¿Es nuestro? —alcanzó a decir Emily con las manos ahuecadas sobre la boca.

—Bueno, tendremos que pagar una mensualidad, pero sí, es nuestro.

El Ford modelo T de color negro lucía flamante en la puerta del edificio rojizo de los Knox. Emily lo escrutó con cuidado mientras caminaba alrededor del vehículo observando cada detalle. Hacía menos de diez años, su marido estaba luchando en la guerra y ella trabajaba en una fábrica de municiones, y ahora tenían un coche propio. ¿Cómo era posible que la vida hubiese podido cambiar tanto en tan poco tiempo?

—¿Te gusta, mami? —preguntó Emmeline, que la sacó de sus pensamientos.

—Me encanta, preciosa —dijo con cariño, mirando a su hija.

—¡Es genial! —gritó Drake, dando saltos, sin apenas poder contener la emoción—. Vamos a probarlo otra vez, papá.

—¿Pues a qué estamos esperando? Todos adentro, que vamos a dar una vuelta.

Los niños se metieron en el Ford, agitados, y Emily retuvo a su marido un segundo, le levantó la máscara y lo besó mientras James la abrazaba por la cintura.

—Espero que no estés enfadada. Ha sido una buena oportunidad. —Por un segundo, James intuyó en Emily un semblante serio—. ¿Es que no te gusta?

—No. No es eso, soy muy feliz. Es solo que la vida se está portando tan bien con nosotros que, a veces, me da miedo que la burbuja pueda explotar.

James la abrazó de nuevo, divertido.

—Vamos, mi amor, ¿qué te hace pensar algo así? Ya hemos vivido nuestros años amargos y ahora solo hay que disfrutar y agradecer lo que tenemos. No hay nada de qué preocuparse.

Emily le tomó la cara entre sus manos y volvió a besarlo.

—Está bien, si el señor Knox lo dice, habrá que creerlo.

—Exacto, así que dejémonos de tonterías y vamos a probar el coche. Los niños están esperando.

—Sí —dijo Emily, mirando las caritas entusiasmadas de sus hijos —. Me alegro de haber venido a América, James, realmente es la tierra de las oportunidades.

—Y nuestra vida es el perfecto «sueño americano», como algunos lo llaman.

—¿El sueño americano?

—Exacto. Vivimos una nueva era, mi amor. Una de prosperidad, que falta nos hacía, así que móntate en el coche y sigamos soñando.

2

LA CAÍDA

Octubre de 1929

James había salido muy temprano de su casa. Ese jueves, el tiempo era otoñal, se subió el cuello del abrigo y metió las manos en los bolsillos para protegerse del frío. Emily y los niños seguían durmiendo, y ni besó a su esposa para no despertarla. Emmeline no había pasado buena noche, le había dolido la garganta, y Emily iba a llevarla al médico esa misma mañana.

James se montó en su flamante Ford modelo T y se puso en marcha. Estaba preocupado. La radio llevaba dos días emitiendo noticias alarmantes sobre la Bolsa de Wall Street. El mes anterior, cuando los precios de las acciones que había comprado de la cadena de tiendas Montgomery Ward bajaron, no le prestó mucha atención. Sin embargo, los últimos comunicados lo inquietaban. Decidió llegar al periódico antes de su hora de entrada, así tendría tiempo de hablar con su jefe y ver cuál era su opinión sobre aquel asunto de la caída de las acciones. Si todo aquel desastre se confirmaba, estaba seguro de que iba a ser un día de mucho trabajo en el diario, ya que, sin duda, todos los rotativos se harían eco de una noticia así. Le inquietaban sobremanera las acciones de General Electric que había adquirido junto a un grupo de compañeros del periódico. La corredora Hetty Green les había prestado el dinero y James no le había contado nada de eso a Emily. Le dio más volumen a la radio del coche que seguía retrasmitiendo noticias acerca de los problemas en el mercado de valores y pensó que, si la Bolsa llegaba a colapsar, como algunos vaticinaban, los ciudadanos estarían metidos en graves problemas, incluida su familia.

Emily bostezó en la cama antes de levantarse. No había pegado ojo, y ni siquiera había escuchado salir a James. Se puso una bata azul por encima de su camisón largo y fue al dormitorio de los niños. Se acercó a la cama de Emmeline, que, por fin, dormía plácidamente, pero al tocarla comprobó que tenía fiebre.

—Vamos, dormilones —dijo con voz alegre—. Hoy tenemos mucho que hacer. Los niños se desperezaron y Drake se puso las mantas por encima de la cabeza.

—Hoy no quiero ir al cole —dijo el chico como todas las mañanas.

—Lo sé, eso no es una novedad, pero, como siempre, te repito que no tienes más remedio. Vamos, ayúdame a hacer el desayuno, que tu hermana no se encuentra bien.

Emily besó a sus dos hijos en la cabeza y les dejó ropa encima de la cama.

—¿Cómo te sientes, cariño? —le preguntó a Emmeline.

La chiquilla se llevó la mano a la garganta aún medio dormida.

—Está bien, llamaré a la oficina para decir que llegaré tarde al trabajo. Te llevaré al doctor Milles, seguro que él sabrá qué hacer.

—Pues si mi hermana no va al colegio yo tampoco iré —anunció Drake mientras se vestía.

—Lo siento, pero eso no es negociable.

Emily terminó de hacer el desayuno que solo Drake devoró con ganas, abrigó bien a sus hijos y salieron hacia el colegio. Dejó al niño, que aún seguía protestando cuando lo vieron desaparecer tras el gran portalón, y se dirigió con su hija hacia el sur de la isla de Manhattan, donde el doctor Milles pasaba consulta. El metro las dejó muy cerca de Wall Street, una calle estrecha y poco bulliciosa. Madre e hija caminaban de la mano, inmersas en una animada charla, cuando Emily reparó en la gran muchedumbre que se congregaba en las puertas de la sede de la Bolsa. Se paró en seco e instintivamente se puso delante de su hija en alerta.

—¿Qué pasa, mamá, hay un desfile?

Emily no le respondió. No estaba segura de qué ocurría. Había oído noticias sobre la bajada del precio de las acciones hacía ya algunos días, pero nunca pensó en la posibilidad de que aquello pudiera generar un problema grave.

—¿Mamá? —insistió la niña.

—No, cariño, no creo que sea ningún desfile.

Inevitablemente, Emily se acercó a la multitud que bloqueaba su camino y se paró a observar el ambiente. Eran las nueve de la

mañana, aún quedaba una hora para que la Bolsa de Valores abriera sus puertas, pero no paraba de llegar gente que se arremolinaba en las escalinatas del edificio. A Emily le pareció que la turba crecía de manera alarmante e intentó pensar en alternativas para sacar a su hija de allí. La niña empezó a darse cuenta de que la atmósfera que se respiraba en la calle no era de dicha, sino de preocupación, y Emily reconoció en la cara de muchos hombres y mujeres un pánico que jamás había vuelto a ver desde que terminó la guerra.

Creyó recordar que, mientras atendía a Emmeline la noche anterior, en la radio habían anunciado la preocupación por un posible desplome del mercado financiero, aunque no le prestó demasiada atención. James, por el contrario, le pareció preocupado por la noticia. Y, en ese momento, al ver a tanto público congregado en las inmediaciones de la Bolsa, a ella tampoco le cabía duda de que algo grave ocurría.

Como pudo, logró escabullirse con su hija entre el bullicio y alcanzar la oficina del doctor Milles, que reconoció a la pequeña y le mandó un tratamiento para la garganta inflamada. Emily quería evitar Wall Street para volver a su casa, pero sabía que era el único camino viable para tomar el metro, por lo que, sin muchas más opciones, agarró bien la mano de Emmeline y empezó a caminar. La calle se había vuelto un hervidero de personas que dificultaban el paso a los viandantes. Emily quería salir de allí, pero, a la vez, su naturaleza reivindicativa le impidió no preguntar que estaba sucediendo.

—¿Qué pasa? —cuestionó al fin a un joven con traje oscuro que llevaba el sombrero en la mano y se tocaba el pelo en un acto reflejo de nerviosismo.

—Los inversores se han vuelto locos.

Emmeline miró a su madre sin entender.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Emily, intuyendo lo que el chico le iba a contestar a continuación.

—Se están deshaciendo de millones de acciones y los precios se están desplomando.

El clamor que salía a través de las ventanas del edificio de la Bolsa se hizo cada vez más intenso y un grupo de hombres a su

alrededor comenzó a pelearse a puñetazos limpios. Emily, alarmada, sujetó con más fuerza la mano de su hija.

—Quiero irme a casa, mami.

—Enseguida, cariño.

—¡Eh! ¿Qué haces tú aquí?

Una voz familiar llamó la atención de Emily, se giró de inmediato y vio a Rose Wilson, otra mecanógrafa que trabajaba con ella en la oficina de Times Square. La mujer de mediana edad llevaba el pelo recogido en un moño que se había hecho a la carrera, y tenía los botones del vestido mal abrochados, como si se hubiera arreglado a toda prisa.

—Rose, me alegro de verte, ¿sabes qué está ocurriendo? —gritó Emily para hacerse oír sobre el tumulto que levantaba el gentío.

—Esto es grave, mi querida amiga. Muy grave. Mi marido está ahí dentro —afirmó Rose, señalando a la Bolsa—, es corredor, y lleva días muy preocupado. Las acciones se están hundiendo. Dicen que los grandes bancos vendrán al rescate, pero mi Willy cree que esto ya no hay quien lo pare. Nunca lo he visto tan abatido. —Rose se secó una lágrima con un semblante de alarma.

Emily le puso una mano en el hombro y la animó a que siguiera hablando.

—¿Qué quieres decir?

—Que espero que tengas tu dinero guardado debajo del colchón y no metido en el banco o invertido en Bolsa porque se avecina un desastre.

El semblante de Emily cambió de repente. Hasta ese instante, no había caído en que todo aquello pudiese afectar a su familia directamente, y un leve temor recorrió su espalda.

—¿Qué cree tu esposo que va a ocurrir, Rose?

—Que todo explotará. Muchos hemos hipotecado nuestros bienes para comprar acciones. A todos nos dijeron que no había riesgos y que siempre aumentaría nuestro dinero. Con lo que está ocurriendo, Willy piensa que será la ruina para los americanos, tanto para los que nos hemos decidido a invertir como para los que no. Si está en lo cierto, la catástrofe nos arrastrará a todos. El pobre se culpa por no haber prestado más atención a las quiebras de algunas

empresas o a las bajadas de algunas cotizaciones, cree que debería de haberse dado cuenta de lo que se nos venía encima, así hubiéramos podido salvar nuestro dinero. Pero ¡¿quién iba a sospechar que algo así pudiera ocurrir?!

A Emily se le heló la sangre. Tenía que hablar con James de inmediato. Debían sacar su dinero del banco e intentar vender las acciones que tenían de Montgomery Ward. A su lado, un hombre joven pegó a otro unos años mayor, lo hizo caer al suelo y Emmeline empezó a llorar.

—Lo siento, Rose, tengo que sacar a mi hija de aquí. Te veré luego en el trabajo.

—No creo que vaya hoy —afirmó la mecanógrafa—. Quiero estar aquí por si Willy me necesita. ¿Se lo dirás al señor Houston?

—Claro, lo haré, no te preocupes.

Emily se despidió de Rose e intentó abrirse paso entre la muchedumbre que gritaba enfurecida. Un hombre maduro, probablemente un corredor de Bolsa, salió al alfeizar de una ventana y la multitud comenzó a gritar aterrada rogándole que no se tirara. Emmeline lloraba horrorizada y su madre le tapó los ojos para que no viera un espectáculo tan dantesco. El hombre puso la espalda contra la pared y cerró los ojos.

—No lo haga —gritaba la turba.

Emily luchaba con todas sus fuerzas por salir de allí, pero la calle estaba bloqueada y apenas podía moverse. De reojo, miró al hombre al borde de la cornisa y se estremeció de miedo. Solo la desesperación podía avocar a una persona a hacer algo así, pensó. Comprobó cómo un chico joven llegó hasta el suicida, se abalanzó sobre él y logró agarrarlo por la chaqueta. El hombre forcejeó con el muchacho, pero en un momento de distracción, el joven pudo empujarlo dentro del edificio, lo que provocó que el gentío respirara de alivio. Emily tuvo suficiente; le temblaban las piernas, aun así, cogió en brazos a su hija y a codazos se escabulló entre la gente. Mientras salían a otra calle más tranquila, pensó en las palabras de Rose. ¿Qué era lo que estaba pasando? ¡La economía americana gozaba de buena salud, durante la última década había disfrutado

de un gran desarrollo! «¿Será verdad que miles de personas perderán todos sus ahorros?».

La situación parecía mucho más grave de lo que había intuido esa misma mañana, por lo que resolvió no ir a la oficina. Nunca había pedido ni un solo día libre en los años que llevaba trabajando para el señor Houston, su jefe lo comprendería. Lo que estaba ocurriendo era mucho más importante que un día de trabajo.

Cuando llegaron a un lugar más seguro, Emily dejó a Emmeline en el suelo y la tranquilizó hasta que la niña dejó de llorar. Madre e hija tomaron el metro hasta Times Square y, sin detenerse, se dirigieron a las oficinas del New York Times. Emily estaba segura de que James ya estaría informado de lo que estaba ocurriendo, pero no podía dejar pasar el día sin saber cuál era su opinión sobre todo aquello. Emmeline reconoció el camino que llevaba al rotativo y se calmó de inmediato.

—¿Vamos a ver a papá? —preguntó la niña con la voz congestionada por el llanto.

—Sí. Pasaremos a verlo un momento y luego te llevaré a casa.

Emily y su hija subieron en el ascensor hasta la oficina de James y la pequeña se lanzó a sus brazos con una alegría sincera. A Emily le extrañó verlo sin chaqueta, con las mangas arremangadas y sudoroso. No era propio de James andar desaliñado, y menos en el periódico.

—¿Qué hacéis vosotras aquí? —preguntó en tono caustico del que se arrepintió inmediatamente—. Lo siento, cariño, no he debido hablaros así —dijo, llevándose las dos manos a la cabeza.

—Papi, hay mucha gente en la calle, un hombre casi se tira de una ventana y otros dos se pelearon al lado de mamá y de mí. He tenido mucho miedo —dijo la chiquilla con palabras atropelladas.

El hombre miró a su esposa con un gesto de turbación.

—Venimos del médico. Ya sabes que está muy cerca de Wall Street… James, aquello es una locura.

—Bueno, pero ahora ya estáis aquí. No ha pasado nada —exclamó el padre levantando a la niña del suelo. Emmeline se agarró al cuello de su padre regalándole uno de sus grandes abrazos, y James aprovechó para achucharla.

—Tengo una idea —le pidió a su hija—, ¿puedes hacerme un favor?

—¡Claro!

—¿Podrías pedirle a Natalie que prepare un café para mamá? Además, le gustará volver a verte.

La niña desvió la mirada de su padre a su madre con la absoluta certeza de que ocurría algo, pero sin alcanzar a entender el qué.

—Vale —dijo al fin—. ¿Le pido que prepare otro para ti?

—No, gracias. Solo para mami.

Emmeline, confundida, salió de la oficina de su padre y se dirigió a la mesa de la secretaria, que la recibió con un gran abrazo.

James se apoyó con las dos manos en el borde de su escritorio y cerrando los ojos bajó la cabeza. Parecía desesperado.

—Esto será la ruina de todos —murmuró.

Al ver la reacción de su marido, un escalofrío recorrió el cuerpo de Emily, que esperaba que James le hubiera quitado importancia al asunto.

—¿Crees que estamos metidos en problemas?

James no contestó de inmediato y fijó su mirada en el suelo de baldosas oscuras buscando la mejor respuesta.

—¿Tan grave es? —preguntó la mujer.

—Me temo que sí.

Emily caminó con las manos en la cintura por el despacho y se paró a observar por la ventana mordiéndose el labio inferior, como hacía siempre que estaba preocupada.

—Bueno —dijo encarando de nuevo a su esposo—, volveremos a empezar, tenemos trabajo, la casa, el coche…

James la paró con un gesto de la mano.

—No lo comprendes, Emily, esto es mucho más trascendental de lo que imaginas. —lo miró sin entender hasta que él siguió hablando —. Hace unos meses, la mayoría de los compañeros del periódico y yo invertimos en acciones de General Electric con un crédito que pedimos; pensamos que era un buen negocio. Ahora estamos en un aprieto porque tendremos que devolver ese dinero, aunque las acciones no valgan nada.

Emily sintió cómo se le aflojaban las piernas y el estómago se le encogió hasta el punto de no dejarla tragar. No era justo, los años de guerra ya habían sido lo suficientemente duros como para volver a perderlo todo una vez más. Cerró los ojos y respiró hondo intentando serenarse. Le gustaba su nueva vida en América, su trabajo… Sin embargo, no acusó a James. No tenía sentido hacerlo sentir peor de lo que ya se sentía. Además, hasta esa maldita mañana, nada hacía sospechar que la situación financiera del país fuera a cambiar tan drásticamente.

—Está bien, cariño —añadió Emily, que tomó asiento superada por las emociones—, buscaremos una solución.

James abrazó a su esposa y le agradeció en silencio que no lo culpara ni empezara una discusión.

—Será mejor que no adelantemos acontecimientos. Tal vez, las cosas no sean tan malas como parecen —dijo el hombre sin estar muy convencido de sus palabras para tratar de calmar a su esposa.

—Vamos, Knox, date prisa —interrumpió Rick, metiendo la cabeza a través de la puerta de la oficina de James—. Ah, perdona, Emily, no sabía que estabas aquí.

—¿Ir a dónde? —preguntó James, que normalmente trabajaba desde su despacho.

—Dice el jefe que estamos desbordados para cubrir lo de la caída de la Bolsa. Por lo visto… —Rick miró a Emily sin atreverse a hablar.

—No te preocupes, puedes hablar con libertad delante de mí. Vengo de allí —afirmó la joven, que leyó el pensamiento del muchacho.

Rick la miró de arriba abajo calibrando si era mejor callarse, pero James lo incitó a que continuara con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Está bien —se rindió el reportero, que respiró hondo—. Por lo visto, hay muchas personas que han perdido sus fortunas, esto es gordo, James, un caos absoluto. Hay corredores y financieros tirándose por las ventanas.

3

CAMBIO

1931

Esa mañana, Emily se levantó con un sentimiento de pena angustiante, pero era el doceavo cumpleaños de su hija e hizo todo lo posible por animarse.

Hacía dos años que la Bolsa de Nueva York había caído en picado y en su descenso había arrastrado no solo a la economía estadounidense, sino a la del mundo. La vida de los Knox, como la de muchos americanos, había cambiado para peor, y habían perdido poco a poco todo lo que habían conseguido durante la maravillosa década de los años veinte.

Emily abrió el horno y comprobó el pastel. La tarde anterior se las había ingeniado para comprar algunos ingredientes extras para hacerle una tarta a Emmeline, quería darle una sorpresa y endulzar, de alguna manera, el día de su cumpleaños, que prometía ser muy amargo. Mientras se horneaba, se preparó un té y se sentó a esperar en la cocina. Ya no bebía el té con leche, como era habitual en Inglaterra, la poca que podía conseguir la dejaba para sus hijos, por lo que se conformó con el agua caliente que vertió en la bolsita y esperó a que templara. Se puso de pie y miró por la ventana, los primeros rayos de sol se desparramaban perezosos y observó todo lo que la rodeaba con tristeza. El desahucio se llevaría a cabo ese mismo día. La notificación oficial les había llegado hacía un mes y, a pesar de que lo habían intentado todo, no habían podido reunir el dinero suficiente como para hacer frente a los pagos atrasados de la hipoteca. La carta fue un mazazo para los Knox, un recordatorio desagradable de la realidad económica que estaban atravesando. A pesar de que la noticia era devastadora, Emily se la había tomado con más resignación que James, que se sumió en una angustia agobiante por no poder evitarle a su familia el mal trago de tener que abandonar su hogar.

Emily se atusó el vestido ajado e intentó animarse. Pensó en que las cosas podían ser mucho peor. Lo veía todos los días en el comedor social en el que hacía voluntariado cocinando y sirviendo comida para los más necesitados. Por lo menos, James había podido conservar su puesto, aunque su trabajo, como el de millones de norteamericanos, pendía de un hilo. Al periódico no le había quedado más remedio que reducir los salarios para evitar un despido masivo. Sin embargo, la crisis apretaba cada día más y nada era seguro, por lo que vivían con el miedo continuo de que se quedaran sin ingresos en cualquier momento. Emily no había tenido tanta suerte y el señor Houston tuvo que prescindir de ella y el resto del personal de su empresa para poder seguir adelante.

Cuando los Knox comprendieron que perder su casa era algo inevitable, se apresuraron en buscar un nuevo piso que pudieran pagar. Tardaron dos semanas en encontrar uno de una sola habitación, baño y cocina en el barrio de Brownsville. El edificio de apartamentos antiguos y deteriorados estaba habitado por familias trabajadoras que venían de otros barrios mejores, la mayoría desahuciados como ellos.

Las cajas apiladas en el suelo de la cocina devolvieron a Emily a la realidad e hicieron que mirara el reloj de la pared con ojos de angustia. En unas horas, vendrían a echarlos de su propia casa y un sentimiento de desesperanza encajado en su pecho la hizo suspirar. Entre los cuatro habían reunido y empaquetado las cosas esenciales que querían llevarse, pero la mudanza estaba resultando particularmente dura para Drake, que no entendía por qué tenía que dejar muchas de sus pertenencias detrás.

—Pero —le había preguntado a su madre con su voz preadolescente— ¿cómo voy a vivir sin mis cómics?

A Emily le partía el corazón hacer daño a sus hijos, pero todos debían ser consciente de la realidad que estaban viviendo y no sería ella quién les mintiera.

—Está bien, no puedes llevártelos todos, pero puedes elegir tres de tus favoritos. ¿Te parece bien?

No solo tenían el problema del espacio en el nuevo apartamento, sino que tampoco tenían recursos para contratar ayuda profesional

que trasladara sus pertenencias; por lo que, cuantas menos cajas tuvieran que mover de un sitio a otro, sería mejor.

A pesar de que Emily se sentía impotente y culpable, James llevaba mucho peor la situación. Desde la llegada de la notificación del desalojo, no podía mirar a sus hijos a los ojos sin sentirse avergonzado y su carácter se fue agriando por momentos. Emily había intentado animarlo, pero la desesperación hizo que el hombre se alejara de ellos y se volviera triste y taciturno, abriendo una brecha entre él y su familia.

—Buenos días, mamá, ¿sabes qué día es hoy?

Emmeline, completamente vestida y peinada, la sorprendió desde la puerta de la cocina, sacándola de sus cavilaciones.

—Por supuesto que lo sé —respondió Emily, que se acercó para abrazarla—. Feliz cumpleaños, mi amor.

—Gracias. Drake no me ha felicitado todavía.

Emily miró a su hija con orgullo, se estaba convirtiendo en una jovencita preciosa, cada vez más parecida a su tía Hattie, y una punzada de nostalgia atenazó su corazón. Echaba de menos a la hermana de James con cada fibra de su ser y hubiera deseado que sus hijos se criaran con ella a su lado, pero el destino había tenido otros planes y ahora se alegraba de que estuviera en Belgrado, lejos de la crisis que los asfixiaba a todos.

—¿Dónde están tu padre y tu hermano? Tengo una sorpresa para ti y quiero que la disfrutemos en familia.

—¡¿De verdad?! —exclamó la niña con cara ilusionada—. ¿Y qué es?

—Ya lo verás. Ve a buscarlos y asegúrate de que los traes a los dos aquí.

Emily no tuvo que repetirlo dos veces. Su hija salió de la cocina como alma que lleva el diablo llamando a voces a Drake y a su padre. Emily sonrió con una de esas sonrisas tristes que no sanan el alma y se dispuso a poner la mesa. Tenía que darse prisa, quería que su hija soplara las velas y que todos comieran del pastel que acababa de preparar, pero, a la vez, no deseaba que los niños estuvieran en casa cuando llegaran los agentes del *sheriff* y los ejecutores de la evicción. James y ella ya lo habían hablado y

pidieron que el proceso se llevara a cabo en horario escolar para que los niños no tuvieran que estar presente. A pesar de la dureza de la situación, estaba segura de que la ausencia de Drake y Emmeline haría más fácil la realidad.

Mientras ponía el pastel sobre la mesa, pensó que era una pena que ya no tuvieran el Ford, les habría sido de gran ayuda en un día como ese. Conservaba un gran recuerdo del auto: su carrocería de metal y estribo de madera, su simpleza y funcionabilidad, su pintura de un negro brillante y su tapicería de piel marrón le encantaba. Su Tin Lizzie, como todos cariñosamente conocían a ese modelo de Ford, había sido un gran coche y lo echaba de menos. Si no hubiera sido porque tuvieron que hacer frente a los pagos de la hipoteca, jamás lo hubieran vendido. Los Knox habían resuelto el problema de la mudanza gracias a los Potter. El matrimonio, entrado en años, que vivía en el apartamento de al lado, se había ofrecido a ayudarlos a trasladar las cajas en su vehículo.

James entró en la cocina con su máscara puesta, bien arreglado, preparado para ir a trabajar. Los niños, alborotados, lo seguían.

—¿Cuál es mi sorpresa, mamá? He traído a Drake y a papá como me pediste.

Emily había puesto un mantel blanco con cuatro platos y la tarta lucía en el centro de la mesa con la palabra Felicidades escrita con merengue. Una sola vela encendida se levantaba orgullosa en el medio del pastel.

—¡Feliz cumpleaños, cariño!

James miró a Emily extrañado y orgulloso por partes iguales. ¿Cómo se las habría ingeniado para conseguir los ingredientes de la tarta? Pero prefirió no preguntar, no quería estropear la pequeña fiesta de su hija. Se limitó a sentarse y a esperar a que su esposa cortara la tarta.

James no iba a estar presente durante el desalojo de su casa, le había dicho a Emily que no era una buena idea solicitar tiempo libre en el trabajo, ya que no podían permitirse el lujo de perderlo. Al fin y al cabo, era el único ingreso del que disponían. Emily intuía que esa excusa no era completamente cierta, ya que sabía de buena tinta que muchos otros empleados habían pasado por la misma situación

que ellos y el periódico había sido comprensivo otorgándoles el día libre. Estaba convencida de que James ni siquiera había avisado en el rotativo. Desde que llegó la notificación de desahucio, no había sido él mismo, y su esposa sabía que en realidad no quería estar presente cuando les quitaran la casa. Emily prefirió no hacerle más daño obligándolo a quedarse, así que lo dejó correr porque entendía que para James la expulsión significaba un fracaso personal.

—Mamá…, muchas gracias, ¿es de manzana? —preguntó Emmeline.

—Por supuesto, la tarta favorita de la cumpleañera.

—Bien —gritaron los dos niños a un tiempo y se sentaron en la mesa deseando probar el dulce.

—Emmeline, vamos, sopla la vela —la apuró James—. Tenemos que irnos, se nos hace tarde.

La chiquilla cerró los ojos poblados de pestañas negras y respiró hondo, cogió aire y lo expulsó extinguiendo la llama en un santiamén.

—Desde ahora, todo nos va a ir muy bien —anunció con autoridad.

—¡Ah! ¿Y eso? —preguntó su padre, sorprendido.

—Porque ese ha sido mi deseo y los deseos de cumpleaños siempre se cumplen.

Emily la besó en la frente y la abrazó enternecida con la fantasía infantil.

—Bueno, lo importante es que hoy pases un día muy feliz —añadió James.

—¿Vamos a probarla ya, o vais a seguir hablando? —exclamó Drake, desesperado, levantando el plato para que su madre le sirviera un trozo del pastel—. Tengo hambre.

—Está bien, glotón, aquí tienes.

Después del inusual desayuno, James se despidió de su esposa sin hablar del desalojo y acompañó a sus hijos a la escuela. Emily se quedó sola, metió los platos y cubiertos ya limpios en una de las cajas y, con el corazón roto, se dirigió al coche de los Potter. No le quedaba mucho que transportar, ya que la familia se había apresurado a vender la mayoría de sus pertenencias. Sabían que las

autoridades solían poner las cosas de los desahuciados en la acera, y ni Emily ni James querían que eso les ocurriera a ellos; sería demasiado doloroso.

—¿Cómo está, señora Knox? —dijo Greg Potter, que la esperaba echado en su coche.

—Gracias por su amabilidad, señor Potter. No sé qué hubiéramos hecho sin usted y su esposa.

—No tiene importancia. Si no hubiéramos comprado nuestra casa hace años, también nos veríamos en su misma situación, y Helen y yo pensamos que, especialmente en estos momentos difíciles, es cuando más tenemos que ayudarnos los unos a los otros.

Emily sonrió brevemente mientras metía las cajas que llevaba en los brazos en el maletero del viejo coche de Greg. El hombre la miró con preocupación y quiso decirle algo que la animara.

—Seguro que se adaptarán a su nueva vida. Tal vez, a los adultos les cueste más, pero los niños se acostumbran a todo. No esté triste.

—Nos ajustaremos bien —dijo Emily—. En Inglaterra ya vivimos la dureza de la guerra, y ni James ni yo hemos sido nunca ricos. Lo que más me preocupa es encontrar un trabajo. Hoy en día es un desafío. Si los hombres lo tienen difícil, imagínese las mujeres.

El señor Potter bajó la cabeza, pensativo.

—Imagino que tiene razón —alegó—. Aunque entiendo que los hombres como principales proveedores de las familias tengan prioridad cuando surge una oportunidad.

—Lo sé, soy afortunada de que James aún conserve su empleo, pero no es seguro que lo haga por mucho tiempo, así que necesitamos estar preparados por si eso ocurriera.

—¡Ojalá pudiera ayudarlos más! Le deseo todo lo mejor de corazón —dijo el hombre, que bajó la cabeza, entristecido. Han sido unos buenos vecinos.

Emily rompió todo tipo de protocolo y se abrazó al hombre agradecida.

—Muchas gracias —atinó a decir.

Greg Potter miró hacia otro lado intentando disimular sus lágrimas y acomodó las cajas en el coche para que cupiesen mejor.

—Por cierto, ¿cómo está llevando su marido todo esto? —dijo Greg, que se apoyó en el coche.

—Siente mucha vergüenza, por eso no está aquí. Él cree que no lo sé, pero para mí es un libro abierto. No quiere que la gente se entere de lo que nos está ocurriendo ni que nadie nos tenga lástima. La verdad es que me preocupa.

—Puedo comprenderlo —dijo el señor Potter—. Que te quiten lo que has conseguido a base de tu trabajo puede trastornar a cualquier hombre.

—Tiene la autoestima muy baja y me da miedo que caiga enfermo.

El hombre asintió y movió la cabeza con impotencia.

—El presidente Hoover nos va a llevar a todos al infierno —enfatizó el señor Potter, cerrando la puerta de su auto de un portazo —. ¡Cómo puede seguir defendiendo que los individuos resuelvan sus problemas económicos por sí mismos cuándo la mayoría se está muriendo de hambre! Ese idiota piensa que las asociaciones benéficas y el sector privado podrán sacarnos de esta crisis, pero ya le digo yo, señora Knox, que se equivoca. Se quiere colgar medallas por haber aprobado algunas obras públicas para proporcionar empleos, pero no se da cuenta de que son insuficientes.

—Estoy de acuerdo con usted y cada día estoy más convencida de que el gobierno debería intervenir. Necesitamos toda la ayuda posible y unas buenas reformas sociales que eviten una crisis como esta en el futuro.

—Le aseguro que este presidente tiene los días contados. ¿Cómo es posible que se niegue a proporcionar asistencia directa a los desempleados o a implementar programas de bienestar social?

—¡No lo sé! —respondió Emily, que se encogió de hombros—. Pero debería llevar en su conciencia el sufrimiento de todos los ciudadanos.

Greg la miró con compasión. Helen y él ya habían vivido su vida, pero los Knox, como tantas otras familias, eran jóvenes, tenían niños pequeños y esa maldita crisis había truncado todos sus sueños.

—¿Está segura de que estarán bien? Imagino que sabrá que existen organizaciones benéficas que los pueden ayudar. Ofrecen

asistencia temporal, alimentos, ropa…

—¡Oh, señor Potter! —exclamó Emily con ternura—, gracias por su preocupación, pero estoy segura de que saldremos de esta.

—Disculpe si la he ofendido, señora Knox. Tal vez, he hablado demasiado. Mi mujer siempre dice que me suelo meter en la vida de los demás, mi intención solo era ayudar.

—Usted nunca podría ofenderme y sé que lo único que quiere es nuestro bienestar. Por lo que a nosotros respecta, usted y Helen son los mejores vecinos que hemos tenido desde que llegamos a América y nunca podremos pagarle su ayuda.

Un coche de policía se acercó a ellos y aparcó delante del edificio justo cuando Helen Potter salía de la casa.

—Emily, ¿prefiere que nosotros nos encarguemos de esto? —preguntó la mujer mirando al *sheriff*, que bajaba del coche en ese instante.

—Solo necesito un momento para despedirme, ¿podrían decirle al oficial que bajaré en un minuto?

—Eso está hecho —afirmó Greg.

Emily corrió por las escaleras y se adentró en su casa desmantelada. Recorrió las habitaciones una a una y paseó las manos por las paredes despidiéndose de su hogar. Un sentimiento encontrado anidó en su pecho y la embargó la incertidumbre y el desconsuelo. Habían sido muy felices en ese lugar. Admiró el apartamento por última vez, los ventanales del comedor, la amplia cocina, la luminosa sala, y con lágrimas en los ojos, se alejó dejando allí parte de ella. A pesar de todo, estaba decidida a no dejarse vencer, sabía que era fuerte para salir de aquella pesadilla, sin embargo, no podía evitar que le doliera. Cogió la última caja y, con cuidado, sacó la llave de su bolso, la acarició con suavidad, y cerró la puerta de su hogar por última vez.

4

UNA VIDA DIFERENTE

1932

Todos los días, James se levantaba temprano, a pesar de que hacía ocho meses que había perdido su empleo en el periódico. Se sentía pequeño y hacía tiempo que no dormía bien. La constante incertidumbre para encontrar trabajo y mantener a su familia a flote lo consumía por dentro y su hogar se había convertido, en pocos años, en un lugar oscuro, lleno de tensión y desesperanza.

El hombre se sentó en una de las sillas desvencijadas del salón, cerró los ojos y respiró profundo. Estaba harto de hacer colas interminables en oficinas de empleo, fábricas, obras y tiendas buscando un trabajo que nunca llegaba. La competencia era brutal, personas hundidas que, como él, vivían sin esperanzas. Su aspecto desfigurado tampoco lo ayudaba. Su máscara imponía, suscitaba preguntas incómodas y recuerdos de una guerra que todos querían olvidar y los empresarios siempre preferían a hombres fuertes sin cicatrices antes que a él. Hundió la cabeza entre las piernas, tratando de pensar.

—Hoy será el día, hoy encontraré trabajo.

Esa frase era su lema, se la recitaba continuamente para animarse. Hacía ocho meses que su jefe lo había llamado a su despacho para anunciarle que por la necesidad de llevar a cabo recortes masivos de personal se veía obligado a prescindir de sus servicios como reportero. Esa había sido la gota que colmó el vaso, si hasta entonces había mantenido un buen espíritu, a pesar de las adversidades, la pérdida de su trabajo lo cambió para siempre. Y es que ser extranjero, a pesar de llevar once años en América, no le favorecía. Excepto Drake, que había nacido en Estados Unidos, al resto de la familia Knox le había tomado más de cinco años conseguir la naturalización y tuvieron que pasar por un proceso largo que requirió cumplir con innumerables requisitos de lealtad y

moralidad. A pesar de todo, James sabía que eran afortunados de ser ciudadanos del norte de Europa, los del sur y los asiáticos lo tenían mucho peor, ya que no entraban dentro del perfil ideal que promovían las leyes de inmigración en América.

Nunca había experimentado en el periódico un ambiente hostil y de discriminación hasta que la depresión azotó al país y el miedo al desempleo cambió la actitud de sus compañeros. Los propios estadounidenses competían por los pocos trabajos que había disponibles y James tuvo que contemplar cómo en el rotativo se quedaron hombres que habían entrado en plantilla mucho después que él solo por el hecho de haber nacido en América. Desde que la crisis se había agravado, tanto él como Emily habían perdido muchos amigos que empezaron a ver en ellos a competidores indeseables que podían arrebatarles lo que por derecho era suyo. Aunque su jefe nunca lo admitió, a James le quedó meridianamente claro que el periódico prefería a los trabajadores varones, blancos y nativos; una política de xenofobia ampliamente aplicada en todos los sectores, a pesar de no ser oficial.

Miró a su alrededor, su familia seguía durmiendo, pero ya se empezaba a escuchar las primeras voces en la calle. El nuevo edificio al que se habían mudado reflejaba a la perfección el declive al que habían sucumbido, era un lugar antiguo al que no habían modernizado un ápice desde principios de siglo. James se dirigió a la cocina, con cuidado de no despertar a los niños, y se preparó un té. El piso era pequeño, de un solo dormitorio, una sala de estar, donde también dormían sus hijos, y una cocina. Tenía un estilo *railroad,* donde todas las habitaciones se alineaban en fila, asemejando un tren, sin pasillos, y se accedía a cada una a través de la anterior. Mientras observaba su casa, a James no le cupo ninguna duda de que ya no formaban parte de esa clase media azotada sin piedad por la crisis. Ahora eran pobres y esa realidad lo aterró.

Con cuidado, se dirigió hacia el único dormitorio del apartamento con el té en la mano. El suelo, de madera, chirrió bajo sus pies y Emmeline se removió en el colchón donde dormía en el suelo. Manchas de humedad poblaban las paredes y la pintura descascarada había visto días mejores. James se acercó a su hija y

la arropó con cuidado. La corriente de aire que entraba a través del marco de la ventana mal ajustado era fría y desagradable y no quería que se enfriara. El hombre besó a la niña y se volvió a mirar a Drake, que dormía tranquilo debajo de las mantas. Una punzada de culpabilidad atenazó su corazón. Tenía que hacer lo que fuese por volver a trabajar, sus hijos se merecían una vida mejor. James se restregó los brazos, tenía frío. Golpeó suavemente el radiador de vapor que estaba conectado a un sistema central, pero, como de costumbre, no funcionaba.

La luz grisácea de la mañana invernal iluminó suavemente la cara de Emily, que tapada hasta el cuello seguía dormida. A pesar de los años, estaba preciosa y James la contempló satisfecho. Emily debió intuir que la miraba porque se desperezó para quitarse los restos de sueño que aún la abrazaban.

El barrio donde vivían no era uno de los más peligrosos, pero sí uno de los menos prósperos de Brooklyn. Estaba densamente poblado, con edificios de apartamentos uno junto a otro. La mayoría de los vecinos, como los propios Knox, habían llegado allí desde zonas mejores avocados a la ruina por la situación que todos estaban viviendo. James tiró el agua del cubo que ponían para evitar la gotera que, incesante, caía desde el techo de su dormitorio, y se sentó en la cama al lado de su esposa.

—¿Cómo has dormido, perezosa? —Emily le dedicó una sonrisa aún con los ojos cerrados.

—Bien, ¿y tú?

—Bien —mintió James, que se había llevado casi toda la noche despierto—. Voy a vestirme. Debo irme, tenemos que buscar la forma de pagar el alquiler.

Emily se sentó en la cama, preocupada. Desde que arrancó la pesadilla que atravesaban, se las habían ingeniado para no tener que deberle nada a nadie, pero con la pérdida del empleo de James, el poco dinero que tenían ahorrado se había volatilizado y los trabajos esporádicos de Emily no daban para comer y pagar la renta.

—Tenemos que hacer lo que sea para mantener este techo sobre nuestras cabezas. No es como nuestra antigua casa, pero al menos es un refugio seguro —continuó James—. Creo que no podría

soportar tener que trasladar a nuestros hijos a esos barrios de chabolas que se han construido a las afueras.

James puso los codos sobre sus rodillas y dejó caer la cabeza entre las manos.

—Lo conseguiremos, mi amor. —Emily abrazó a su marido para consolarlo. Le dolía verlo hundido—. Esta racha tiene que acabar.

—Sí, pero ¿cuándo?

—Miremos lo positivo, al menos, los chicos pueden seguir en la escuela. Es un gran alivio que sea gratuita

—Lo es, pero me temo que Drake tendrá que empezar a trabajar para ayudar en casa.

Emily bajó la mirada y jugueteó con las sábanas, pensativa. Sabía que James tenía razón, iban a necesitar toda la ayuda posible para sobrevivir, pero para ella su hijo aún era pequeño y le dolía en el alma empujarlo a trabajar y quitarle tiempo de juegos y estudios. Emily opinaba que en la educación estaba el cambio y solo una persona preparada tendría posibilidades de futuro y podría salir adelante.

—Lo sé —agregó la mujer—, pero prométeme que tendrá tiempo para seguir en el colegio.

James se acercó a ella y la besó en los labios, pero no le dio la respuesta que Emily ansiaba. En realidad, no estaba seguro de poder prometerle algo así a su esposa. También le dolía que su hijo tuviera que ayudar a la familia y que él no se bastara solo para sacarlos adelante, pero la situación se había vuelto tan precaria que no les dejaba muchas más alternativas.

—¿Irás a hablar hoy con algún periódico? —preguntó Emily para cambiar el tema.

—Sabes que ya los he visitado todos. No quieren inmigrantes, y menos a una persona como… como yo —dijo tocándose la cara desfigurada—. Los del sur y el este de Europa lo tienen peor que nosotros, que al menos hablamos bien el idioma, pero aun así nos consideran extranjeros. Ayer estuve preguntando en algunas obras; en la construcción, los patrones están más dispuestos a hacer la vista gorda, volveré la semana que viene si no encuentro algo antes. Hoy he decidido visitar la fábrica textil que hay en Queens. Tal vez,

por tener experiencia trabajando en la fábrica de ladrillos de Accrington, me consideren como un buen candidato.

—¡Oh, no! La señora Peterson me ha dicho que su marido está explotado en esa fábrica.

—Son irlandeses, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Emily con resignación—. Le pagan menos que a los estadounidenses, su esposo no ha tenido más remedio que aceptar esas condiciones por su necesidad de ingresos, pero los patrones son brutales. Esa fábrica debe ser tu último recurso —Emily se quedó pensativa un momento—. ¿Y si pruebas a hablar con el pastor anglicano de Saint George?

—No somos religiosos —afirmó James con un tono tajante.

—Lo sé, pero hay muchos ingleses que asisten al oficio de esa iglesia. Se ayudan entre ellos, James, nos pueden proporcionar comida, consejos y estoy segura de que nos ayudarán en todo lo que puedan.

—Desde la guerra ya sabes que no creo en Dios. Nadie se presentó en los campos franceses para ayudarnos. Y si existe un Dios, ¿qué tipo de Dios es? Además, quiero intentar conseguir una colocación por mí mismo.

—En nuestras circunstancias, no podemos ser orgullosos —farfulló Emily, molesta, y James se rindió para no herirla.

—De acuerdo, si en los próximos días no encuentro nada, te prometo que recurriré a ellos. ¿Te parece bien?

Emily suspiró, enfadada. Esa conversación ya la habían tenido en más de una ocasión y James seguía en sus treces de no dejarse ayudar. Pero ella no estaba dispuesta a perder ninguna oportunidad que evitara sufrimiento a sus hijos, y aunque no discutió con su marido, resolvió que buscaría ayuda tanto en la iglesia anglicana y la comunidad inglesa como en cualquier otro sitio que pudiera ofrecérsela.

James se enfundó en un traje pasado de moda y, tras despedirse de su familia, salió a la calle sin desayunar. Los niños recogieron los colchones de la sala y se vistieron para ir a la escuela, y mientras Emmeline estaba en el baño, Emily aprovechó para hablar con su

hijo. Si tenía que abandonar su infancia y ponerse a trabajar, quería que lo supiera por su madre.

—Drake, hacía tiempo que quería pedirte algo —comenzó.

Le costaba articular las palabras y el muchacho, un joven alto como su padre, se dio cuenta de su sufrimiento. Madre e hijo no se parecían físicamente, pero sus personalidades eran casi idénticas y se entendían solo con mirarse. Emily se llevó las manos a la boca, casi como si estuviera rezando, y clavó la mirada en su hijo sin poder hablar. Se sentía triste, avergonzada, no le importaba que James y ella tuvieran que pasar calamidades, al fin y al cabo, ya las habían experimentado antes, pero le era muy doloroso ver sufrir a sus hijos.

—Mamá, no pasa nada —dijo el joven con una media sonrisa que animó a su madre de inmediato—. Empiezo mañana.

Emily estaba confundida, aún no le había pedido nada, por lo que clavó sus ojos claros e interrogativos en Drake.

—Ya no soy un niño, sé que tú crees que sí, pero te equivocas. Soy consciente de que necesitamos dinero y lo difícil que es encontrar trabajo hoy en día; así que llevo semanas buscando un empleo y lo mejor es que… lo he conseguido.

—Pero ¡¿cuándo has estado tú buscando trabajo?! —exclamó Emily orgullosa y perpleja a partes iguales.

—Todos los días después de la escuela. También lo ha hecho Emmeline, pero ella no ha tenido suerte.

Emily dibujó un círculo con la boca y abrió mucho los ojos. ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta? Sintió cómo las lágrimas acudían a sus ojos y se dio la vuelta para que su hijo no la viera llorar.

—¿Y qué vas a hacer?

—De momento, venderé periódicos. Mañana tendré que levantarme muy temprano, pero no me importa.

—Pero ¡ese horario interferirá con el de la escuela!

—No, todo lo contrario, para cuando tengamos que empezar, yo ya habré acabado con el reparto.

Emily se arrodilló ante el chico que estaba sentado en una de las sillas de la sala y lo abrazó con fuerza.

—Tú padre y yo estamos muy orgullosos de ti y de tu hermana. No queremos que dejéis de estudiar, ahí está el futuro. Recuérdalo siempre, Drake, pero esta es una época de necesidad… Lo siento mucho, hijo.

—Nadie tiene la culpa de lo que está pasando. No te preocupes, mamá, mis amigos también están buscando trabajo. No me pagarán mucho, pero estoy seguro de que puedo vender más que los demás.

Emily no pudo contener el llanto por más tiempo y lágrimas silenciosas rodaron por su rostro aún bello.

—Siento que esta crisis os haya obligado a crecer antes de tiempo, pero te agradezco tu valor para que entre todos salgamos adelante.

Emmeline los sorprendió abrazados.

—¿Qué pasa?

—Drake me ha contado que habéis estado buscando trabajo —la chica fulminó a su hermano con la mirada, pero no le mintió a su madre.

—Sí, pero yo no he encontrado nada —dijo, bajando los hombros.

—Ni yo tampoco, hija. Es peor para las mujeres, por eso es tan importante seguir en la lucha por nuestros derechos. Ya tenemos el voto y solo el cielo nos podrá parar.

—Pero creo que tengo una buena noticia para ti, mamá. —Tanto Emily como Drake la miraron con interés—. Ayer visité la oficina del Ejército de Salvación en Manhattan, quería saber si tenían trabajo para mí.

—¡Qué buena idea, Emmie! —dijo Drake, usando el diminutivo con el que, a veces, se dirigía a su hermana. ¡No me habías contado nada de eso!

—Me dijeron que no contrataban a niños, que era aún muy joven y que debía esperar unos años para poder trabajar allí. Sin embargo, estaban muy atareados, parecía como si no dieran abasto. Creo que necesitan más gente, mamá.

—¿Estás segura?

—No lo sé, pero me dio esa impresión.

—Hace unos meses me dijeron que no tenían nada que ofrecerme, pero quien sabe, tal vez la situación haya cambiado —afirmó Emily esperanzada—. La verdad es que me encantaría trabajar allí, hacen una labor encomiable.

—Y, ¿qué es exactamente lo que hacen, mamá? —preguntó Drake.

—Ofrecen refugio temporal a los que no tienen una vivienda, organizan comedores sociales y distribuyen ropa entre otras cosas. Son muy proactivos.

—¿Vas a ir a visitarlos? —Preguntó Emmeline.

—Claro que sí. El no ya lo tengo, así que no hay nada que perder. Os acompañaré al colegio e iré al Ejército de Salvación más cercano a la escuela. Gracias, hija, por haberlo mencionado.

—De nada.

La chica se agarró las dos puntas de la falda e hizo una breve reverencia, y Emily y Drake no pudieron evitar la risa. Por primera vez, después de muchos meses, Emily se sintió feliz.

5

PROHIBIDO

1932

Alas cuatro de la tarde, a James ya le dolían los pies de tanto caminar. Se sentó en un banco del parque y se descalzó. Desde que había salido de su casa esa mañana, había recorrido la isla de Manhattan de arriba abajo y no había conseguido más que desprecio y palabras vacías por parte de los empleadores. Ya no sabía qué hacer ni a quién dirigirse. Ocho meses habían sido suficientes para que entendiera que no iba a encontrar trabajo. Se había planteado volver a Inglaterra, pero eran cuatro personas y jamás podría pagar los pasajes. Desesperado, se quitó el sombrero y se desabotonó el cuello de la camisa, a pesar de que hacía frío. James odiaba tener que vivir de la caridad si era perfectamente capaz de trabajar, y la ausencia de empleo para poder sacar a su familia adelante lo angustiaba cada día más. Se deshizo de la máscara e inclinó la cabeza hacia atrás. Su cabeza estaba embotada y necesitaba tiempo para pensar qué debía hacer.

—Eh, tú, ¿qué te pasó en la cara?

James, sorprendido por la pregunta tan directa, miró a su interlocutor sin la más mínima duda de que se refería a él. El hombre, un gigante de casi dos metros, vestía un traje elegante de gran sofisticación con una chaqueta con hombreras que realzaba su gran silueta.

—Además de deforme, ¿eres sordo?

—No —respondió James con perplejidad. Nadie le había hablado tan directamente acerca de las heridas de su cara y la reacción del hombretón le pareció refrescante.

—Pues, ¿qué te pasó?

—Me hirieron en la guerra —dijo escueto.

—Siento un gran respeto por los excombatientes —añadió el grandullón—. Tuve un amigo inglés que murió en Francia.

—Lo lamento —añadió James en un susurro.

Su pensamiento voló por un instante al páramo donde luchó con Ed y Charlie, y esa idea le produjo una angustia que lo hizo sentirse incómodo.

—¿Cómo fue la guerra?

—Perdona —exclamó James rotundo—. No me gusta hablar de eso.

El gigante levantó las manos a modo de disculpas y lo escrutó de arriba abajo pensativo.

—¿Sabes?, yo te conozco —dijo, apuntándolo con el índice que más que un dedo parecía una salchicha.

—Ah, ¡¿sí?!

—Sí. La hermana de mi mujer es la señora Mancini, vive en tu mismo bloque de pisos. Me acuerdo de haberte visto alguna vez cuando hemos ido a visitarla. Tu cara te delata, es difícil de olvidar.

—Es una buena mujer —respondió James más animado.

—Ella habla maravillas de tu esposa. Le dijo a mi mujer que la ayudó cuando estuvo enferma y que incluso le llevó sopa y cuidó de ella.

—Sí, Emily es así.

El hombre reparó en el traje deslucido de James, en sus zapatos sin brillo y en sus hombros caídos, y lo miró pensativo.

—No tienes trabajo, ¿me equivoco?

James se puso los zapatos, dispuesto a abandonar el parque y a acabar con esa conversación absurda que no llevaba a nada.

—No. No tienes trabajo, pero yo tengo la solución para ti.

El hombre le tendió una mano enorme y apretó la de James con una firmeza que reflejaba su tamaño y personalidad.

—Soy Bruno Lombardi, pero todos me conocen como Titán.

—James Knox —dijo el inglés impresionado por la mezcla de poder y autoridad que desprendía Bruno.

—¿Cuándo perdiste tu trabajo? —Titán se sentó en el banco junto a James con cuidado de no arrugar sus pantalones de pinzas.

—Hace ocho meses.

—¿Y a qué te dedicabas?

—Soy periodista, pero ahora estoy dispuesto a hacer cualquier cosa: construcción, trabajos en fábricas… Lo que sea para sacar a mi

familia adelante.

Bruno clavó sus ojos en la cara sin máscara de James y se arregló la corbata de rayas diagonales, pensativo.

—¿Estás seguro de eso?

Bruno se planteó si debía proponer a James participar en uno de los asuntos turbios en los que estaba metido. Sentía como si le debiera un favor a los Knox. Emily había ayudado a su cuñada y la familia siempre era lo primero. Tal vez, esa era una buena ocasión para compensarles.

—¿A qué te refieres?

—A que si en realidad harías cualquier cosa.

—Seguro —afirmó James sin un atisbo de duda.

—Esa es una buena respuesta. —Lombardi decidió arriesgarse. Le pareció que el inglés estaba demasiado desesperado como para delatarlo si no estaba de acuerdo con su propuesta—. Dime, ¿conoces al señor Luciano?

James frunció la boca y movió la cabeza de un lado a otro. Ese nombre estaba unido al crimen organizado y se le erizaron los pelos de la nuca.

—Vivo en Nueva York y soy periodista, ¿cómo no iba a conocer al señor Luciano?

James se levantó del banco dispuesto a marcharse, pero Titán lo detuvo extendiendo el brazo delante de él.

—No me cabe duda de que eres un hombre decente, pero hasta la gente decente tiene que comer y pagar las facturas, ¿no es verdad?

Las palabras de Bruno detuvieron a James, que recordó de inmediato la precariedad en la que vivía su familia.

—Si me estás proponiendo algo, será mejor que me lo digas ya, de lo contrario, debo irme.

El gigantón se puso de pie. A pesar de que James era alto, Bruno le sacaba más de una cabeza, era muy corpulento e imponía con su sola presencia. Vestía con esmero, su traje a la moda estaba acompañado de un sombrero Fedora de ala ancha con banda de *grosgrain* que le confería cierta elegancia.

—Uno de nuestros muchachos sufrió anoche un percance y andamos cortos de personal.

—¿Qué clase de percance? —preguntó James.

—Eso es irrelevante. Lo importante es que tu cara impresiona, amigo. No creo que seas un tipo duro, pero lo pareces, y eso nos vendría muy bien. Es un trabajo sencillo, solo esta noche…

—¿Qué tendría que hacer? ¿Algo ilegal?

—Eso depende de cómo se mire. ¿Bebes alcohol?

—No.

—Pues hay mucha gente que sí, y la Ley Seca no es muy popular entre ellos. El señor Luciano los ayuda a que puedan seguir disfrutando. Nosotros no lo consideramos un crimen, sino una pequeña desobediencia civil. Además, ¿qué es una noche fuera de la ley ante la posibilidad de poder dar de comer a tu familia durante una semana?

—¿Qué tendría que hacer?

—Nada extraordinario, solo conducir y llevar algunas botellas a bares clandestinos. ¿Has estado en alguno?

—No —contestó James.

—Pues que no hayas entrado en ninguno no quiere decir que no existan. Están por todas partes, detrás de estanterías de negocios legales, escondidos tras fachadas inocentes, en sótanos o apartamentos privados. Algunos son humildes destinados a la clase media, pero nosotros solo trabajamos para establecimientos de lujo frecuentados por la élite de Nueva York.

—No tengo ninguna experiencia con negocios ilegales.

—No te voy a engañar, todo implica un riesgo, pero, en realidad, lo que te propongo es un negocio simple. Además, con saber conducir y mantener la boca cerrada es suficiente.

James sabía que lo que Bruno le estaba ofreciendo era participar de manera activa en el contrabando de alcohol convertido en el negocio más lucrativo de la ciudad debido a la Ley Seca. Un delito penado por la ley. Nunca se había involucrado en actividades ilegales, pero tampoco antes había tenido dos hijos y una esposa a los que no podía alimentar ni a los que ofrecer una vivienda digna.

—¿Qué me dices? —insistió Lombardi.

—¿Puedo pensármelo? —contestó James para ganar tiempo.

—Olvídalo, amigo, yo solo intentaba hacerte un favor. —Titán tiró al suelo el cigarrillo que tenía entre los labios y empezó a caminar dejando a James detrás.

—¡Espera! —lo detuvo—. ¿Cuándo tendría que empezar?

Lombardi se volvió con una gran sonrisa en su cara cuadrada de ancha mandíbula.

—Esta misma noche, pero el señor Luciano tendrá que darte el visto bueno antes. Vamos, sígueme, no está muy lejos de aquí.

Durante el corto camino que los hombres recorrieron hasta llegar al hotel Waldorf-Astoria, donde Lucky Luciano tenía una de sus múltiples oficinas, James no dijo ni una sola palabra, mientras que Bruno habló por los dos. Le contó que había nacido en Sicilia y que trabajaba para la familia Luciano desde que era niño. James no lo escuchó, estaba demasiado ensimismado en sus propios pensamientos. Sentía una tremenda culpa por estar tentado a involucrarse en actividades oscuras. Él siempre había sido un hombre honesto y respetuoso con la ley, y odiaba que la vida lo estuviera empujando por el camino de la clandestinidad y el crimen. Sin embargo, lo que más lo azoraba era la vergüenza que sentía por traicionar sus principios morales y tuvo que repetirse que la decisión que estaba a punto de tomar era solo fruto de la desesperación.

—Hemos llegado —anunció Bruno con su voz de barítono.

El Waldorf-Astoria era un hotel de lujo que derrochaba prestigio, opulencia y elegancia. Había reabierto sus puertas el año anterior, ya que el original había sido demolido para dar paso a la construcción del flamante rascacielos Empire State Building. James nunca había estado en su interior y le gustó la modernidad y sofisticación que desprendía. Era el hotel más alto del mundo y uno de los edificios más grandes de Nueva York. Le impresionó el vestíbulo, un espacio grandioso de techos altos con una gran araña de cristal que lo iluminaba todo, suelos de mármol pulido, columnas imponentes y una decoración delicada y elegante.

—Sígueme y no hables a no ser que te pregunten —ordenó Bruno.

Tomaron el ascensor y Titán llamó con los nudillos a la puerta de una habitación en la primera planta. Un hombre bajo y trajeado abrió y escrutó el pasillo mirando en ambas direcciones.

—Llegas tarde.

—Lo sé.

—¿Quién es este y dónde está Francesco?

—Francesco no va a venir —dijo Bruno sin dar más explicaciones.

El hombre de pequeña estatura miró a James con asco.

—¿Y a ti que coño te ha pasado en la cara?

—Déjalo en paz, Marco.

—¿Es que no lo has visto con esa estúpida máscara?

James empezó a pensar que se había equivocado y quiso dar la vuelta y volver a alcanzar el ascensor, pero una voz autoritaria lo detuvo.

—No te preocupes por Marco, es un estúpido sin educación. Pasa, por favor. ¿A quién nos has traído, Titán?

El hombre que acababa de hablar estaba apoyado en un soberbio escritorio; no destacaba físicamente ni por su altura ni por su musculatura, sin embargo, a James le llamó la atención la profunda cicatriz que surcaba el lado derecho de su rostro. Tenía una apariencia cuidada, una mirada penetrante que asustaba y una complexión media sin llegar a ser corpulento.

—Parece que a los dos nos dejaron un regalo en la cara —dijo, señalando la gran cicatriz que le cruzaba el rostro desde la mandíbula hasta la mejilla—. ¿Qué te pasó a ti? Lo mío fue un ataque con navaja en el 1929.

James no contestó.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —gritó Marco sarcástico—. El señor Luciano te ha hecho una pregunta.

—Lo siento —farfulló James, nervioso—. Mis heridas son de metralla. La guerra, que puede ser muy despiadada.

—Bueno, lo importante es que los dos estamos vivos, ¿no es cierto?

El hombre se acercó a James con la mano extendida.

—Soy Charles Luciano, pero todos me conocen como Lucky Luciano. ¿Cómo te llamas?

—James Knox.

—No eres italiano, ¿irlandés, quizá?

—No, señor, soy inglés.

—Mejor así, puedo trabajar con ingleses, pero esos malditos irlandeses son harina de otro costal. A pesar de que, a veces, hemos hecho negocios juntos para maximizar nuestras ganancias, nunca hemos sido amigos. Esos cerdos suelen ser competitivos y les encanta el conflicto, tratar con ellos siempre resulta demasiado complicado.

Luciano se volvió y clavó sus ojos oscuros en los de Bruno Lombardi.

—He mandado a Titán a que encuentre un nuevo conductor para esta noche —dijo el capo—. Imagino que te ha elegido a ti. No sé de qué te conoce, pero me fío de su juicio.

El hombre guardó unos segundos de silencio.

—¿Sabes quién soy?

—Sí, señor —dijo James, manteniéndole la mirada.

—¿Y también sabes a qué nos dedicamos?

—Tengo una ligera idea.

Luciano se paseó alrededor de James sondeándolo con unos ojos de mirada fría, a pesar de que su boca dibujaba una leve sonrisa.

Lucky dio una palmada sonora sobresaltando tanto a James como a sus hombres y retomó la conversación.

—Entonces, ¿estás de acuerdo en trabajar con nosotros esta noche?

James se tomó unos segundos para agarrarse un poco más a la vida honesta que hasta ese momento había tenido.

—Sí, señor.

No había terminado de decir la frase cuando sintió que se estaba traicionando a sí mismo, sus valores, todo lo que había construido, pero se excusó al pensar que la precariedad era la culpable que lo avocaba a una nueva vida fuera de la ley.

—Está bien, ni que decir tiene que este negocio requiere de toda tu discreción. Irás acompañado por Titán, nunca hace un hombre solo una entrega y menos aún si es nuevo en esto. Mañana, si te interesa el empleo y has cumplido bien con tu obligación, volveremos a hablar. Titán —dijo dirigiéndose al grandullón—, ponlo al día de todo lo que necesita saber.

Luciano volvió al escritorio, sacó un cheque de uno de los cajones, escribió una cantidad, lo firmó, lo dobló y se lo tendió a James, que lo cogió, pero no se atrevió a abrirlo delante del mafioso.

—Adelante, míralo.

Con manos temblorosas, desdobló el papel y leyó la cantidad. Su mirada se posó fugaz en la de Luciano, que le puso la mano en el hombro y le habló con condescendencia.

—Sé que es mucho dinero para un solo porte, pero me gusta ser generoso con los que trabajan para mí. Aquí somos una familia y nos tratamos como tal. Por eso la fidelidad es tan importante, ¿me entiendes?

—Lo entiendo, señor —atinó a decir.

—Ahora, dejadme solo —ordenó Luciano con un ademán de la mano—, tengo que terminar de tratar un asunto. ¡Suerte esta noche!

El capo dio la conversación por terminada y Marco acompañó a James y a Bruno hasta el ascensor. James estaba mareado y empezaba a sentir unas nauseas en la boca del estómago difíciles de manejar. Se había dejado comprar y esa píldora era difícil de tragar.

—Espero que no hagas nada raro esta noche, Faccia di Metallo, el señor Luciano puede ser muy generoso, pero también sabe poner en su sitio a los que no trabajan bien o, peor aún, a los que nos traicionan.

—¿Cómo me has llamado? —balbució James.

—Oh, vamos, ¡¿es que nunca has tenido un mote?! No puedes trabajar para nosotros y llamarte James, es demasiado simple, muy poco italiano. Desde hoy, te llamaré Cara de Lata, y no hay más que hablar.

—Calla, Marco.

Bruno empujó a su compañero y cerró la puerta del ascensor dejándolo fuera.

—No te preocupes por Marco —dijo Titán cuando bajaron al vestíbulo—. Es molesto, pero, en el fondo, no es mala gente. Vamos, te acompaño a tu casa, te explicaré todo lo que debes saber por el camino.

James no contestó, salieron a la calle y agradeció el aire frío que se había levantado, los acontecimientos se habían desarrollado tan deprisa que ni siquiera le había dado tiempo a digerirlos. ¿Cómo era posible que se hubiera involucrado con la familia mafiosa más poderosa de todo Nueva York? Le dolía la cabeza y no sabía qué le iba a contar a Emily para escabullirse esa noche, pero desde luego no la verdad. Se sintió decepcionado de sí mismo y asqueado de haber caído tan bajo.

Cuando se despidió de Bruno, se quedó un rato en la calle, necesitaba despejar la cabeza antes de subir y enfrentarse a su familia. Se sentó en los escalones de la entrada y pensó en su hermana y en la opinión que Hattie tendría sobre la situación en la que se había metido. La echaba tremendamente de menos. Hacía años que no se veían, aunque su comunicación era fluida a través de cartas. Sin embargo, en aquel oscuro momento que estaba viviendo, hubiera necesitado un abrazo suyo. Suspiró hastiado, tiró la colilla del cigarrillo que acababa de terminar y subió a su apartamento abatido. Estaba seguro de que esa noche su vida cambiaría para siempre. Iba a jugar con el diablo y no tenía dudas de que tarde o temprano habría consecuencias.

6

AIRE NUEVO

1932

El 9 de noviembre, el país dio la bienvenida a un nuevo presidente. Las elecciones habían concedido la victoria a Franklin Delano Roosevelt dejando atrás la política de no intervención de Hoover, al que todos acusaban de no haber hecho lo suficiente por sus compatriotas.

—Sube el volumen de la radio —pidió Emily a su hija, que estaba sentada en una silla del comedor. Hacía muy poco que habían adquirido un nuevo aparato, y la sensación de retomar parte de su vida anterior había sido un bálsamo para toda la familia.

Ni James ni Drake se encontraban en casa. El muchacho había decidido seguir repartiendo periódicos, le gustaba lo que se cocía en las calles y los muchos amigos que hacía con su trabajo, y James había salido muy temprano, como todos los días desde que había vuelto a trabajar. Le había dicho a Emily que había conseguido un empleo en la fábrica textil donde también trabajaba el señor Peterson, pero su esposa estaba preocupada. Lo notaba triste y angustiado, a pesar de que las cosas les iban mejor, y tenía la sensación de que le estaba mintiendo. A pesar de todo, no habló con él de eso y se concentró en que vivían más desahogados sin el miedo de no poder alimentar a sus hijos.

—Estaba segura de que ganaría el señor Roosevelt —anunció Emmeline, que se acercó a su madre para escuchar la radio con atención.

Emily sonrió, le parecía gracioso cómo su hija hablaba del tema de las elecciones como si entendiese de política, pero le siguió la conversación.

—Esto es un hito en la historia de este país. Un éxito —añadió Emily, emocionada—. La gente ha respondido bien, si Hoover no nos ha podido sacar de esta crisis, alguien más debe intentarlo.

Emmeline miró a su madre orgullosa, le gustaba lo fuerte e inteligente que era, y que compartiese sus opiniones con ella la hacía sentirse mayor.

—¿Será bueno el presidente Roosevelt, mamá?

—Eso espero, mi amor. Por lo menos, nos llena de esperanzas y alivio a todos. Estoy segura de que no será peor que Hoover, que se ha demostrado incapaz de abordar las necesidades de los estadounidenses.

—Este es el comienzo de una era —repetía el locutor de la radio —. Ahora debemos esperar que el nuevo presidente cumpla su promesa e implante ese New Deal que tanto estamos esperando.

—¿Qué es eso del New Deal?

—Eso es el futuro, Emmeline. Una serie de medidas para crear empleos, mejores salarios, y precios agrícolas más altos.

—Me parece que Roosevelt es un buen hombre —añadió la niña, orgullosa de poder dar su opinión, y se irguió en la silla imitando a su madre.

—Desde luego, sabe proyectar optimismo y buena energía, no como Hoover, que es sombrío y un soso de cuidado.

Emily le guiñó un ojo a su hija y Emmeline empezó a reír, contenta.

—Y a papá, ¿también le gusta el señor Roosevelt?

Emily suspiró sin poder evitarlo, no quería involucrar a su hija en los problemas que últimamente tenía con James, pero no iba a mentirle.

—Bueno, papá, como otros muchos americanos, no está seguro de si este nuevo presidente es lo que el país necesita.

—Y eso, ¿por qué?

—Tal vez, porque no les gusta que el gobierno intervenga tanto en la vida de los ciudadanos.

—Pero ¿no es para ayudarnos?

A Emily le sorprendió la conclusión a la que había llegado la niña y le tocó el pelo oscuro y rizado con cariño.

—Eso mismo opino yo. Pero, anda, basta de política y vístete, que vas a llegar tarde a la escuela.

Emily acompañó a su hija y, abrumada de esperanzas y anticipación por el cambio que se avecinaba, se dirigió al trabajo. Había conseguido un empleo en el Ejército de Salvación, como Emmeline había predicho. La organización, cristiana e internacional, había sido fundada en Inglaterra a finales del siglo XIX, aunque su labor en América se había expandido considerablemente para poder ayudar a los miles de pobres, necesitados y desfavorecidos que cada día llamaban a sus puertas. A Emily la contrataron como trabajadora social. Su experiencia como voluntaria en comedores sociales y su trayectoria como activista en Inglaterra la posicionaron bien para la consecución del puesto.

El Ejército de Salvación intervenía en muchas áreas para ayudar a la población: desde la asistencia a los desempleados y desamparados, cubriendo programas de reinserción en la sociedad, hasta apoyo emocional y espiritual, tan necesario en momentos de crisis. El trabajo de Emily incluía la evaluación de las necesidades de las familias para recibir ayudas, la distribución de alimentos y ropa y la gestión para ayudar a las personas a encontrar empleos o viviendas. Estaba profundamente agradecida a la organización no solo porque le había dado la oportunidad de volver a trabajar, a pesar de ser mujer, sino porque también le permitía hacer una diferencia en la vida de la gente más afectada por la crisis.

Emily se abotonó el abrigo gris gastado y se dirigió al edificio donde trabajaba ubicado en Manhattan. El inmueble era simple, funcional y diseñado para servir; con una fachada sencilla, construida, como muchas otras de Nueva York, en ladrillo y piedra sin ningún tipo de lujos. La finca contaba con una capilla, comedores sociales y dormitorios para los más necesitados que se distribuían en siete plantas. La oficina de Emily se encontraba en el quinto piso, junto a las salas de reuniones y área de recepción.

Como todos los días, lo primero que vio al llegar fue la gran cola de personas que esperaba a que el Ejército de Salvación abriera sus puertas para poder disfrutar de una comida caliente. Cruzó el gran portal de madera y se sacudió los pequeños copos de nieve que se habían adherido a su abrigo. Se le partía el corazón al ver a tantas

personas decentes y sin culpa atravesar una situación tan difícil como la que estaban viviendo.

Ruth Henderson la saludó con una gran sonrisa nada más verla aparecer.

—Llegas temprano, Knox, pero no sabes cuánto me alegro de verte. No sueltes el bolso, tenemos que irnos de inmediato. Te cuento por el camino.

Ruth era otra trabajadora social, rubicunda y negra que había trabado buena amistad con Emily desde que esta había entrado a formar parte del Ejército de Salvación. Tenía unos cuarenta años y, a pesar de tener unos ojos amables y una sonrisa cálida, era una fiera luchando por los derechos de los más desfavorecidos.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Ha ocurrido algo?

—Ha habido un accidente en la fábrica donde trabaja el señor Johnson. Parece que está mal herido. Su familia no podrá pagar la factura del hospital. Iremos primero a ver cómo está y te encargarás de solucionar el tema del pago, luego nos quedaremos con sus hijos mientras Martha, su mujer, va a visitarlo.

Emily repasó sus notas.

—No los conozco. ¿Dónde viven?

—Harlem.

—Nunca he estado allí.

—Siempre hay una primera vez para todo.

El médico del señor William Johnson las informó de que no iba a poder trabajar en mucho tiempo. Una máquina le había aplastado la mano izquierda y los doctores se debatían entre amputársela o no. Ruth y Emily pagaron la factura de la operación y la estancia en la habitación del hospital y se dirigieron a la casa de la familia para visitar a Martha. La mujer no tenía trabajo, había intentado buscarlo en muchas ocasiones, pero el racismo exacerbado le había cerrado las puertas a un empleo decente una y otra vez.

Harlem era el epicentro de la cultura afroamericana en la ciudad y a Emily le pareció mucho más vibrante y dinámico de lo que había esperado. Música de *jazz* salía por las ventanas de los edificios desconchados y niños mal vestidos bailaban al ritmo de *swing* y *lindy hop* en las aceras.

—¿Qué miras con esos ojos tan abiertos? —preguntó Ruth, divertida.

—No sé, no me imaginaba el barrio así.

—¿Y cómo te lo imaginabas?

—Más triste, más sombrío, sin embargo, parece bullicioso y lleno de vida.

Aunque algunas calles empezaban a ser asfaltadas, la mayoría seguían siendo adoquinadas con edificios de ladrillos de unos cuatro o cinco pisos y escaleras de incendios de hierro forjado que bajaban por las fachadas. A Emily le sorprendió la cantidad de negocios que con toldos de colores y escaparates de vidrios adornaban las aceras, pero, sobre todo, le gustó la alegría que emanaba de la gente. La pobreza era palpable, pero también la camaradería entre los vecinos que se reunían en las esquinas para conversar animadamente, iban y venían a ritmo pausado o simplemente descansaban en los escalones de las entradas de sus casas. Emily pensó que la comunidad negra de aquel barrio periférico había encontrado la manera de celebrar su cultura y la vida a través de la música, el baile y las reuniones sociales, y le pareció un lugar estupendo, a pesar de todo.

Ruth se echó a reír.

—Se nota que no tienes muchos amigos negros. Harlem es un barrio de contrastes, Emily. No hay duda de que es pobre, pero también un lugar rico en cultura, arte, literatura, música y baile. Además, sus vecinos saben cómo ayudarse. Es uno de los lugares más proactivos de todo Nueva York. Las iglesias, las organizaciones comunitarias y los grupos de caridad impiden que las familias mueran de hambre. ¿Sabes que crecí aquí?

—No. No lo sabía.

—Mi padre era blanco y mi madre negra. —Emily la miró sorprendida, era la primera vez que Ruth la hacía partícipe de algún detalle íntimo de su vida privada—. ¡Mira qué cara se te ha quedado! —la mujer rio con una risa limpia y sincera que siempre hacía que Emily se sintiera bien—. Lo sé, no es nada común que un blanco mantuviera un romance con una mujer negra, pero, aunque mi madre nunca ha querido confesármelo, creo que solo fui fruto de

una noche de pasión. Nunca conocí a mi padre y por eso tampoco he vivido jamás en una cultura blanca, aunque tampoco me aceptarían —dijo, señalando su mano—. Como ves, he sacado los rasgos de mi madre y mi color sería muy oscuro para ellos.

Unos chiquillos en harapos dejaron de saltar a la cuerda y se acercaron a ellas, Ruth les dio unas monedas y el sonido de sus risas y gritos de alegría llenó a las mujeres de felicidad y satisfacción.

—Este es un barrio lleno de creatividad, pero sigue siendo pobre, por lo que también está lleno de resistencia.

Emily se mordió el labio inferior sin perder puntada de lo que Ruth le contaba. Le parecía tremendamente interesante.

—Si los blancos ya lo tenemos difícil para encontrar trabajo, no puedo ni imaginar cómo será para la población negra.

—Sí, yo tuve mucha suerte. La señora para la que mi madre trabajó durante años pagó mis estudios y me ayudó a conseguir el trabajo en el Ejército de Salvación —añadió Ruth—. Sin embargo, la mayoría de la población negra solo encuentra trabajos de baja categoría y mal pagados y la discriminación se palpa no solo en el empleo, también en el acceso a los servicios públicos. Por eso es por lo que cada vez crece más el activismo en barrios como este. ¿Conoces a A. Philip Randolf o a Marcus Garvey?

—No —respondió Emily un poco avergonzada.

—Son grandes defensores de los derechos civiles y luchan por el empoderamiento económico y una sociedad más igualitaria. Han estado detrás de muchas protestas y manifestaciones para exigir más paridad.

—Yo creo que el racismo es una gran injusticia.

—Pues ojalá hubiera más gente que opinara igual que tú.

Las mujeres pasaron por la puerta de un local cerrado y Ruth lo señaló con el índice extendido.

—¡Mira! —exclamó de repente—. Este es el Cotton Club, es el club de *jazz* más famoso de todo Harlem, y atrae no solo a los residentes, sino a gente de todo Nueva York. Para mí, estos clubes no solo son lugares de diversión, sino centros culturales. ¡Creo que te encantarían! Tenemos que venir juntas un día, seguro que lo

pasaríamos muy bien. ¿Sabes que Luis Armstrong actúa aquí algunas noches?

—¿El famoso músico?

—¿Qué otro podría ser, Emily? Pero ¡tú en qué mundo vives!

Las amigas se echaron a reír y entre risas llegaron a casa de los Johnson, un apartamento pequeño, mal ventilado y con poca iluminación. Dos de los hijos de la pareja, Sam y Serena, se escondían detrás de la falda de su madre cuando esta abrió la puerta.

—Hola, Ruth, gracias por venir —dijo Martha escueta—, ¿te harás cargo de los niños, o los dejo con la señora Vincent? Mi hijo mayor está aún repartiendo periódicos y no volverá hasta más tarde, no quiero dejarlos solos.

—Mi hijo también ha empezado a repartir periódicos —dijo Emily orgullosa de Drake.

—Martha, esta es mi compañera, Emily Knox.

Emily extendió la mano y saludó a la mujer con efusividad.

—¿Qué edad tiene su hijo?

—Doce —respondió Martha.

—¡Qué casualidad! Igual que el mío.

—Sí, pero seguro que el suyo no tiene que enfrentarse cada día a insultos racistas ni actitudes despectivas por parte de sus clientes, compañeros o, incluso, la policía. Lo más probable es que a su hijo no lo traten con desprecio solo por el color de su piel. Dígame, ¿ha vuelto su hijo a casa alguna vez con moratones por el acoso al que lo someten en la calle?

Emily estaba azorada y no sabía que habría podido decir para enfadar de esa manera a Martha.

—Yo… siento si la he ofendido, señora Johnson, no ha sido mi intención.

Ruth intervino para apaciguar la situación.

—Martha, tanto Emily como yo estamos aquí para ayudarte.

La mujer se llevó las manos a los ojos y comenzó a llorar.

—Lo siento mucho, ya sé que usted no tiene la culpa de nada. He sido grosera y lo lamento.

—No se preocupe —anunció Emily, que seguía impactada por las afirmaciones de Martha.

—Es que ya no puedo más. Todo son problemas, y el accidente de William ha sido la gota que ha colmado el vaso. Mi hijo Ian es un buen muchacho y me duele mucho que siempre le den a él las rutas más peligrosas, que le paguen menos que a los otros niños blancos y que hasta lo hayan detenido en más de una ocasión sin motivo solo por ser negro.

—Lo siento mucho, señora Johnson. Si ya es duro para mí que mi hijo tenga que trabajar para ayudar en casa, no quiero ni pensar por lo que usted estará pasando con tantas injusticias.

—Está bien de cháchara —interrumpió Ruth—. Debes darte prisa, Martha. Nosotras nos quedaremos con los niños, y si tenemos que irnos antes de que vuelvas, yo misma los bajaré a casa de tu vecina.

—¿Cómo has encontrado a William? —preguntó la señora Johnson en voz baja para no alterar más a sus hijos.

—La cosa no pinta bien, no voy a mentirte. Aún no saben si tendrán que amputar.

Martha, que no tendría más de treinta años, cerró los ojos angustiada, y Emily se llevó a los chicos a la cocina para que Ruth y ella pudieran hablar con tranquilidad.

—¡¿Qué voy a hacer ahora?!

—No te preocupes por eso, te ayudaremos. Voy a redirigir tu caso al Ejército de Salvación aquí en Harlem, ellos se encargarán de que no os falte nada. Además, sabes que puedes contar con tu iglesia.

—Es verdad —apuntó la mujer—, es un gran consuelo para nosotros.

—Y no solo espiritual —añadió Ruth—, podéis ir a los comedores comunitarios que organizan, o si lo prefieres, te darán alimentos para que cocines aquí, ropa y lo que necesitéis. Yo intentaré buscarte un trabajo y, por los niños, no te preocupes. Estoy segura de que el comité de vecinos se organizará para cuidarlos.

—¿Cómo ha sido el accidente?

—No lo sé con certeza, tal vez tú puedas informarte mejor. No nos han dejado hablar con William y el doctor tampoco nos dio detalles.

—Me lo imaginaba —afirmó Martha, que frunció los labios llena de indignación.

—¿Qué quieres decir?

—Que no querrán darle publicidad a lo que ha ocurrido. Hace tiempo que William denunció que la prensa de troquelado con la que trabajaba no funcionaba bien.

—Ruth la miró confundida.

—Es una máquina que aplica presión sobre el metal para sacar unos moldes. Por lo visto, se atascaba y mi marido se veía obligado a volver a ponerla en funcionamiento cuando aún seguía encendida. Lo denunció a su jefe, un blanco soberbio que nunca lo ha tratado bien, no le prestó la más mínima atención. Lo peor es que hace unos meses cambiaron otras troqueladoras manejadas por trabajadores blancos, pero no la suya ni la de los otros compañeros negros. Cuando se quejó al patrón, le contestó que podía darse con un canto en los dientes por tener trabajo y que se callara y no volviera a molestarlo más con estupideces. Esta desgracia se podría haber evitado, Ruth, estoy segura de ello.

Emily, que le había preparado unos bocadillos a los niños, los dejó en la cocina y se unió a la conversación.

—Perdonad que os interrumpa, pero creo que un hecho tan grave como el que acaba de narrar Martha deberíamos denunciarlo. No debe quedar impune.

Ruth puso los ojos en blanco y movió la cabeza de un lado a otro.

—Emily, de verdad que me sorprende tu idealismo. ¿Cómo puedes ser tan ingenua? Solo somos trabajadoras sociales, ayudamos a los que lo necesitan, pero no somos políticos. La discriminación es un hecho en todo el país, no es nada nuevo, y la depresión lo único que ha hecho es exacerbar las desigualdades. Creo que, si fueras negra, ya sabrías eso de sobra.

—Pues yo creo que Emily tiene razón —afirmó Martha con los ojos llenos de desesperación.

—Claro que la tiene, eso es lo triste, que, a pesar de tenerla, no hay mucho que podamos solucionar. ¿Denunciar el abuso sufrido por un hombre negro en su lugar de trabajo? Y, ¿qué solucionaríamos con eso? ¿Es que acaso es algo único o nuevo?

Martha se puso las manos en la cintura y paseó por su diminuto salón dando grandes zancadas.

—Ruth, no quiero oír eso, estoy cansada. Los poderosos nos excluyen de los trabajos, nos segregan, no podemos usar sus mismas instalaciones, recibimos salarios más bajos, somos los primeros en ser despedidos… ¿Es que también tenemos que aguantar que pongan nuestras vidas en peligro?

—Martha…, yo no soy el enemigo. Sé de lo que me hablas, tengo tu mismo color de piel —dijo Ruth, levantando la voz más de lo que le hubiera gustado—, estoy de acuerdo contigo y es muy injusto, pero ¿qué podemos hacer? Ni siquiera podemos acudir a los sindicatos, ya sabes que no defienden los derechos de los negros con el mismo ímpetu que defienden los de los blancos. Nuestras voces suelen ser ignoradas.

—Pero habrá algo que podamos hacer. El señor Johnson, tal vez, no podrá volver a trabajar —insistió Emily asqueada de cómo se abusaba impunemente de las familias negras.

—No sé —añadió Ruth azorada.

A la mujer no le asustaba pelear, pero no quería aumentar las expectativas de Martha para que luego no consiguieran nada.

—Esto es algo que nunca he contado a nadie —intervino la señora Johnson—, pero mi marido es miembro del Partido Comunista. Es el único que defiende la igualdad racial y económica en este país. Quizá, pueda hablar con ellos para que nos ayuden.

—Yo la acompañaré —se ofreció Emily—. Hay que pelear, Ruth, no nos queda más remedio.

La mujer echó el cuello hacia atrás y respiró hondo. No podía enfrentarse a las dos.

—Tenéis razón. De acuerdo, entonces. Empezaremos mañana mismo. Vosotras visitad las oficinas del Partido Comunista, yo iré a la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color.

—¿Es el NAACP? —preguntó Martha.

—Exacto.

—¿Qué es eso? —preguntó Emily.

—Una organización que trabaja muy duro para la defensa de los derechos laborales y la lucha contra la discriminación. Puede que ellos nos orienten. Hoy no hay nada más que podamos hacer, así que vete tranquila, Martha, nos quedaremos con los niños.

—Está bien —aceptó la señora Johnson más calmada—. Muchas gracias por toda vuestra ayuda.

Con el corazón pesado, la mujer se puso un abrigo que había estado en su poder desde hacía años, abrazó a Ruth y a Emily y se despidió de sus hijos con un beso rápido. Salió de su apartamento con paso firme, a pesar del miedo que la embargaba, y se tragó las lágrimas que luchaban por salir. Las injusticias continuas que se estaban llevando a cabo eran tan graves que se juró que las cosas no iban a quedar así. Estaba decidida a llevar la lucha más allá de las paredes de su apartamento y a encontrar aliados dispuestos a hacer justicia y a cambiar el mundo que cada vez estaba más corrompido. Se lo debía a ella misma, pero, sobre todo, se lo debía a sus hijos para que pudieran tener un futuro mejor.

7

«LA FAMILIA»

1933

Lucky Luciano se había criado en el Lower East de Nueva York, un barrio conocido por su pobreza y delincuencia y en el que aprendió a moverse con soltura entre malhechores. Con el tiempo, su astucia y brutalidad le habían permitido ascender rápidamente en el negocio del crimen y creó una institución conocida como la Comisión, desde la que coordinaba las actividades de las familias mafiosas de todo el país. Luciano y los suyos se dedicaban tanto al contrabando de alcohol como al juego ilegal, prostitución, tráfico de drogas y extorsión, entre otros negocios clandestinos, y muchos lo consideraban el amo de Nueva York.

Ese era el mundo en el que James Knox se movía desde hacía un año y el que lo había cambiado profundamente. Ya poco quedaba de su personalidad dulce y amable de antaño, se había vuelto mucho más duro y tenía menos escrúpulos. A pesar de todo, seguía sintiéndose avergonzado, culpable y odiaba verse obligado a hacer cosas con las que no estaba de acuerdo. Salía temprano y volvía tarde a casa y, cada vez, compartía menos con su esposa e hijos. Se sentía angustiado por mentirle a Emily, pero sabía que ella desaprobaría lo que hacía y lo último que necesitaba era discutir. Desde aquel fatídico día en el que había aceptado trabajar para el capo, estaba cada vez más enredado en actividades delictivas. En realidad, sentía como si su destino estuviera sellado, puesto que decirle que no a Lucky Luciano era imposible. Desde su ingreso en «la familia», el dinero ya no faltaba en su casa y no tenía que preocuparse de pagar el alquiler o tener algo que llevarse a la boca. Eso era lo único que lo animaba. Con el sueldo que Emily aportaba con su trabajo en el Ejército de Salvación y con su salario, tenían suficiente y, a pesar de que aún no habían recuperado su modo de vida anterior a la crisis, estaban en vías de hacerlo. No estaba orgulloso de lo que hacía, cada vez se sentía más involucrado y era

consciente del peligro al que se enfrentaba cada día; sin embargo, esa nueva vida le había dado también la oportunidad de salir de la indigencia, y de eso sí estaba agradecido.

A pesar de haber empezado en el negocio del crimen sin ningún tipo de experiencia, a James no se le daba mal. Trabajaba sin máscara y sus cicatrices atemorizaban tanto a clientes como a miembros de bandas contrarias que preferían mantenerse lejos de él. Solía hablar poco, y cuando lo hacía, con su voz pastosa y gutural, era para sentenciar algo irrevocable, por lo que se ganó no solo la confianza de Luciano, sino de toda «la familia» en muy poco tiempo. En tan solo un año, Cara de Lata, como le conocían en el mundo de la noche, se había afianzado en el hampa y gozaba del respeto de su jefe como para tener hombres bajo su mando.

Esa noche, James había llegado temprano al almacén del puerto donde escondían las cajas de alcohol listas para su distribución. Vito *el Buitre* Moretti, conocido por su lealtad inquebrantable a Lucky Luciano y también por su brutalidad, le había advertido de la urgencia de la entrega. El licor que iban a repartir se había vuelto especialmente valioso al haber aumentado las redadas policiales en la ciudad haciendo más difícil que las bebidas llegaran a los locales de lujo para los que trabajaban. Estos estaban decididos a pagar el alcohol a precio de oro con tal de que sus clientes no se quedaran sin una copa, y Lucky Luciano sabía cómo aprovechar una oportunidad.

—Nada puede salir mal, Cara de Lata. No hay lugar para errores y tienes que asegurarte de que esta entrega llegue a su destino, o te aseguro que será la última vez que te veas en un espejo —lo amenazó el Buitre—. Hay mucho dinero en juego.

La intimidación de Moretti lo había mantenido inquieto todo el día, por lo que decidió ir antes de lo habitual al almacén. Su reloj de pulsera no marcaba ni las diez de la noche cuando se encontró con sus hombres, que empezaban a cargar las primeras cajas en los camiones. Se sentía ansioso y quería terminar con el trabajo lo antes posible. No le gustaba el Buitre y menos aún que lo amenazara. En el umbral de la puerta, a James le pareció vislumbrar la silueta de Titán tras la lumbre incandescente de un cigarrillo.

—¿Qué haces aquí? —exclamó extrañado de ver al grandullón en el puerto. Hacía meses que tenían rutas distintas y James ya no requería de «niñera» para hacer su trabajo.

—El Buitre me pidió que viniera a supervisar el cargamento de hoy. Me dijo que había hablado contigo. —Bruno Lombardi tiró al suelo el pitillo y lo pisó con la punta de su zapato Spectator bicolor que hacían destacar su estilo de vestir audaz.

—Sí, me dejó muy claro que esta entrega es crucial y que no consentirá que nada la estropee.

—¿Qué policías estarán hoy presentes en el negocio? —preguntó Titán.

—Benson y King. Ya les hemos pagado y alejarán a sus compañeros del objetivo en la hora pactada.

—Bien. Son de confianza, llevan años trabajando para nosotros. Esos dos chicos se dejan sobornar con facilidad. El hecho de que los agentes de la ley estén mal pagados en este país juega a nuestro favor.

—Supongo que sí —dijo James desganado.

—¿Cómo que supones? Benson y King nos han protegido de los intentos de redada por parte de agentes federales durante años, y nos han servido de informantes para alertarnos de investigaciones en curso. Por eso el señor Luciano es tan generoso con ellos.

—Tengo entendido que también lo es con políticos y jueces.

—Por supuesto, si todos estamos contentos y obtenemos nuestra parte del pastel, el trabajo se hace más fácil.

Bruno Lombardi, que llevaba un traje de *tweed* negro de tres piezas, se sentó en una de las cajas que aún quedaban por subir al camión y se encendió otro pitillo.

—¿Te importa si me quedo hasta que todo esté cargado? No quiero problemas con el Buitre.

—Claro, haz lo que quieras, así me ayudarás a comprobar que todo va bien.

James supervisó el trabajo de los hombres y en un par de ocasiones miró su reloj, preocupado. No podían salirse del horario establecido si no quería tener algún contratiempo inesperado.

—Vamos, vamos, muchachos, hay que darse prisa —los animó, mirando nervioso a su alrededor.

Desde que Moretti lo había amenazado, se sentía inquieto y quería que esa noche terminara lo antes posible. Había visto en más de una ocasión lo que el Buitre podía llegar a hacerle a una persona y no le había gustado cómo se había dirigido a él esa mañana.

Salvatore, un joven de unos diecisiete años que había llegado hacía uno desde Sicilia, se paró en seco delante de él con una de las últimas cajas de licor en los brazos.

—Señor Knox, creo que algo va mal.

De una zancada, Titán se plantó delante del muchacho, antes de que James pudiera reaccionar.

—¿Qué quieres decir? —dijo, haciendo aspavientos con las manos delante del chico—. Tenemos que irnos ya, este negocio es muy importante.

—Tranquilo, Titán —intervino James—. Salvatore, ¿qué te hace decir algo así?

—Compruébelo usted mismo, señor. Estas cajas no pesan todas lo mismo.

James miró a Titán pidiéndole una explicación.

—¿Es eso posible?

—En absoluto —aseguró el gigante—, siempre usamos los mismos cajones y en cada uno cabe un número exacto de botellas.

—¿Estás seguro de lo que dices, Salvatore?

—Seguro, señor —al chico no le tembló la voz, y a James no le cupo duda de que decía la verdad.

—Entonces, tendremos que abrir algunas de las cajas para averiguar lo que ocurre.

—Eso nos retrasaría —intervino otro de los hombres—. Si llegamos tarde, no podremos contar con la protección de King y Benson y nos expondremos a una redada. Si eso pasa, el señor Luciano nos matará.

James miró a Bruno en busca de respuestas.

—Tenemos que averiguar qué hay en las cajas —le aseguró el hombre—. No tenemos más remedio que abrirlas.

—Está bien, traed una ganzúa.

Solo tuvieron que abrir dos para entender qué estaba pasando. Salvatore tenía razón, y en la segunda caja, encontraron, además de licor, armas recortadas.

—¿Qué demonios significa esto? —exclamó James sin dejar entrever el miedo en su voz.

—Significa problemas, amigo. Estas armas son del señor Luciano —añadió Titán, observando una de ellas de cerca—. Llegaron en un cargamento hace una semana. Estamos entre la espada y la pared. Si no hacemos la entrega, nos tendremos que enfrentar a su furia por postponer un gran negocio, y si la hacemos, quién sabe lo que ocurrirá. No creo que los que hayan puesto las armas aquí tuvieran pensado que llegaran a los bares clandestinos, por lo que estarán esperándonos en cualquier esquina para hacerse con ellas.

—¿Una emboscada?

—Será lo más probable.

James pensó un momento.

—Salvatore, ¿alguien de fuera de nuestra organización ha estado aquí estos días?

—No, señor.

—¿Estáis todos seguros de eso? —alzó la voz para que lo oyeran todos los demás.

—Seguro —dijeron los muchachos.

—¿No habéis visto a nadie de la familia Masseria o Maranzano merodeando?

—Nadie, señor —volvió a afirmar Salvatore—. Le juro que ningún miembro de las otras familias ha estado aquí.

James deseaba que hubiera sido alguien de otra facción enfrentada a Luciano, la opción que quedaba era mucho más complicada de resolver.

—¿Quién crees que está implicado en esto? —susurró a Bruno Lombardi mientras los hombres esperaban órdenes.

—No lo sé, pero con seguridad alguien de dentro de nuestra organización —dijo James en voz baja para evitar que lo oyeran los demás—. ¿No crees que Vito Moretti estaba muy preocupado para que la entrega se llevara a cabo sin ningún incidente?

Lombardi lo miró pensativo y tiró al suelo la colilla que sostenía en la mano.

—¿Crees que el Buitre Moretti tiene algo que ver con esto?

—No lo sé, Titán. Ya no estoy seguro de nada —dijo James mientras se llevaba las manos a la cabeza.

—Vito lleva años trabajando para Luciano, es uno de sus mejores lugartenientes, aunque no pondría mi mano en el fuego sobre si lo traicionaría para lucrarse.

—¿Se te ocurre otro nombre?

Bruno bajó la cabeza y guardó silencio.

—La verdad es que no —dijo al fin—, pero, sin pruebas, no podemos acusar a nadie; todos sabemos lo que el señor Luciano puede llegar a hacer si se conspira a sus espaldas.

James cerró los ojos y se masajeó la frente buscando una solución.

—Cierto, por eso tendremos que conseguirlas. Vamos —ordenó —, saquen las armas de las cajas y guárdenlas en el almacén. Fulcio, tú y Stefano os quedaréis aquí. —Los hombres asintieron con la cabeza.

—Si los dejas aquí, irás corto de hombres —agregó Titán.

—Y si no lo hago, alguien puede venir a por las armas si se enteran de que las hemos sacado de los cajones.

—Entonces, te acompañaré. Dame un segundo para ir a mear y enseguida estoy contigo.

James se alegraba de que Bruno estuviera allí.

—Gracias, amigo —dijo, y le dio la mano a Lombardi agradeciéndole el apoyo—. Muchachos —arengó el inglés—, llevaremos el licor a su destino, pero por otra ruta.

—¿Tendremos tiempo de cambiar el recorrido? —preguntó Salvatore.

—Tendremos que hacerlo —sentenció James—. Quiero que todos mantengáis los ojos bien abiertos. Pueden intentar asaltarnos.

—¿Estás seguro, James? —agregó Titán.

—Seguro. —James se paró un momento y sobre la pared escribió la ruta en una nota—. Aquí tienes, Salvatore, llama a

Benson y a King, diles el nuevo itinerario y pídeles refuerzos. No les des explicaciones, solo que estén alerta.

—Eso está hecho, señor.

—¿Deberíamos llamar a más hombres? —preguntó James a Bruno, que ya se preparaba para salir.

—No. Vamos retrasados, las entregas ya han empezado por toda la ciudad y no daríamos buena imagen ante el señor Luciano. Será mejor que hagamos el trabajo con los hombres que tenemos.

James aceptó las indicaciones de Lombardi. Al fin y al cabo, Titán conocía al capo mucho mejor que él.

—Tened todos mucho cuidado.

James fundió su mano con la del grandullón y, con un nudo en el estómago, se montó en uno de los dos camiones a su lado.

—Que sea lo que Dios quiera —dijo James cuando arrancó el vehículo.

—Amén —contestó Lombardi, besando la medalla de la virgen que siempre llevaba al cuello.

Y, sin más, se adentraron en las calles de la ciudad que jamás dormía.

8

EL DESCUBRIMIENTO

1932

William Johnson salió del hospital a la semana de haber ingresado. Los médicos habían logrado salvarle la mano, pero estaba en tan malas condiciones que no le dieron esperanzas de que pudiera volver a utilizarla. Estaba preocupado, no tenía ni idea de qué iba a hacer, aunque era un hombre fuerte que no se dejaba vencer a pesar de las zancadillas que la vida solía ponerle en el camino.

Emily y Ruth llegaron a Harlem por la tarde, y nada más entrar en el apartamento de William y Martha, encontraron el ambiente enrarecido. Las acompañaba el hijo de Emily: Drake. Hacía tiempo que el muchacho necesitaba unos pantalones nuevos, había crecido tanto que su ropa ya no le quedaba bien, pero hasta ese momento la familia no había podido desprenderse ni de un solo centavo para comprárselos. Ya que las cosas les iban mejor, Emily insistió en visitar unos grandes almacenes esa misma tarde, aunque el muchacho tuviera que ir con Ruth y con ella a visitar a los Johnson.

—¿Por qué esas caras tan largas? —preguntó Ruth, conteniendo el aliento.

—Será mejor que se sienten —dijo William, que estaba en el sofá con sus hijos

—Este es mi hijo, Drake —lo presentó Emily.

—Encantado de conocerlos a todos.

—¿Es este el joven que reparte periódicos? —preguntó Martha.

—El mismo que viste y calza —dijo el chico, alegre.

—Pues este —dijo, señalando a un adolescente desgarbado— es nuestro hijo, Ian. El otro día no estaba en casa cuando nos visitaron.

—¿Cómo estás, Ian? —saludó Emily.

El chico bajó la vista, avergonzado, se notaba que no estaba acostumbrado a que una mujer blanca se dirigiera a él con amabilidad.

—Bien, gracias, señora —masculló en un murmullo.

—Mi madre me ha dicho que tú también repartes periódicos. ¿Cuál es tu zona? —preguntó Drake.

Ian lo miró sonriente, sorprendido de que un chico blanco quisiera hablar con él.

—Suelo ir a Manhattan. Allí es dónde se mueve más prensa.

—Yo también estoy allí, en el norte. Si nuestras rutas coinciden, tal vez, podamos hacerlas juntos.

Los ojos de Ian miraban a Drake extrañados. ¿Qué clase de joven era ese al que no le importaba que los vieran juntos? Los chicos empezaron a conversar animadamente sobre periódicos e itinerarios e Ian invitó a Drake a salir a la calle para dejar a los mayores solos con sus cosas.

—Llévate a tus hermanos, Ian. Tu padre y yo tenemos que hablar con la señora Henderson y la señora Knox.

—Vamos, mocosos, ya habéis oído a mamá —incitó el muchacho a los niños, que ya se habían puesto de pie.

Cuando se cerró la puerta, Ruth se sentó en una silla delante de William.

—¿Qué es lo que ocurre?

Martha, de pie al lado de su marido, lo rodeó con el brazo como si quisiera protegerlo.

—Díselo, cariño.

—Parece que el accidente no ha sido un accidente en absoluto —afirmó William.

—¡¿Qué?! —exclamó Emily, sentándose cerca de Ruth.

—Mi compañero Brian Looth ha venido esta mañana para advertirme. Tenía sus sospechas por cómo había sido el accidente y revisó la máquina después de que me llevaran al hospital. Descubrió que el control del pedal estaba alterado. Alguien con conocimientos mecánicos lo manipuló, por eso se mantuvo activado incluso después de que yo hubiera soltado el control. Eso fue lo que realmente hizo que la máquina se moviera inesperadamente atrapando mi mano.

—¿Está seguro de eso? —preguntó Emily—. Su esposa nos contó que usted se había quejado del funcionamiento de la troqueladora a

sus superiores antes de que ocurriera el accidente.

—Y así es, pero me quejé del sistema hidráulico de la máquina, no del pedal. Señora…

—Knox —apuntó Emily.

—Señora Knox, hace mucho que Brian y yo trabajamos con máquinas como la que me ha hecho esto —se tocó la mano herida —, son equipos peligrosos que requieren de precisión y concentración para manejarlos. Si mi amigo dice que el pedal estaba manipulado, no le quepa duda de que tiene razón. A pesar de que el saboteador fue listo y se aseguró de que los cambios no fueran visibles a primera vista, Brian es un experto y no ha necesitado mucho tiempo para darse cuenta de que la máquina fue dañada a propósito.

—¿Podrías explicarnos exactamente lo que ocurrió el día del accidente? —intervino Ruth.

—No hay mucho que contar. Todo sucedió en un minuto. Mientras operaba la troqueladora, la máquina comenzó a actuar de manera extraña, pero antes de que pudiera reaccionar, el sistema hidráulico sobre presurizado causó un movimiento brusco del troquel y la máquina no se detuvo, ni siquiera cuando intenté ajustar una de sus piezas. Mi mano quedó atrapada debajo.

—Esto cambia las cosas —dijo Martha—. No es solo que no han prestado atención al mantenimiento de la máquina y haya ocurrido un accidente, a pesar de lo mucho que William reclamó el mal estado del artilugio, ahora estamos hablando de un sabotaje deliberado. Tenemos que hacer algo al respecto. Esto ya es demasiado. No sabemos si mi marido podrá volver a trabajar y han atentado contra su vida.

—Vamos, cariño, cálmate —la consoló William.

—Por supuesto —convino Emily, enojada—. ¿Cree que el señor Looth podría demostrar que ha sido un sabotaje?

William bajó la mirada y movió la cabeza de un lado a otro en negación.

—No. La persona que lo ha hecho se ha tomado muchas molestias para eliminar las evidencias. Esta mañana, el pedal volvía a funcionar sin problemas. —William sonrió hastiado—. En la fábrica,

los jefes han hecho correr el rumor de que no hubo un mal funcionamiento de la máquina, sino que fue un error humano del que yo tuve la culpa. Creo que lo que siempre han querido es echarme. Hay mucha gente que no concibe cómo una persona de mi color puede tener un trabajo cualificado manipulando un equipo sofisticado y peligroso.

—No se preocupe, señor Johnson. No nos vamos a quedar de brazos cruzados. ¿Verdad, Ruth? —Emily miró a su compañera en busca de apoyo, pero la mujer evitó su mirada—. Si lo que dice es cierto, si sabotearon esa máquina para echarlo de la fábrica, encontraremos al culpable y se hará justicia.

Ruth soltó un suspiro profundo y la miró con una mezcla de compasión y resignación. Le gustaba el idealismo de Emily, sabía que era buena persona, pero ella no tenía ni idea de los desafíos que la población negra enfrentaba día a día. Tal vez, podrían actuar, pero de ahí a encontrar justicia iba un abismo.

—Emily, sé que quieres ayudar, y admiro tu valentía —masculló Ruth—, pero William es un hombre negro en una fábrica que claramente lo ve como una molestia. Sus patrones blancos no van a admitir el sabotaje, y los abogados... Bueno, no muchos querrán pelear esta batalla. No si se trata de un hombre de color.

La expresión de Emily cambió de sorpresa a incredulidad y sus ojos se llenaron de ira. ¿Cómo Ruth podía hablar así? Ella también era negra.

—Esto es inaudito, lo que ha ocurrido es un atropello —farfulló realmente afectada.

Martha le puso la mano en el hombro y le regaló una sonrisa cálida. Conocía a muy pocos blancos que actuaran como Emily y le gustó su energía y disposición.

—No estoy de acuerdo con que traten a William de manera distinta solo por el color de su piel. ¿Acaso eso es justo? ¡No hay excusas para lo que ha ocurrido! —Emily se levantó de golpe y la silla se tambaleó detrás de ella. Sus mejillas estaban encendidas de indignación, y sus manos temblaban mientras las apretaba en puños —. En estos momentos, me asquea ser blanca.

—No debe renegar de su color, señora Knox —intervino William —, es lo que nos da raíces. Solo necesitamos a más gente como usted para que luchen a nuestro lado y consigamos cambiar esta situación.

—Lo que Ruth quiere decir —agregó Martha— es que este es nuestro día a día, es como golpear una pared de ladrillos, es una lucha constante. Tenemos que ser inteligentes y buscar la mejor forma de denunciar para conseguir nuestro objetivo.

—Pero, si nos conformamos, si aceptamos que no podemos hacer nada, ¿qué clase de personas seríamos? —dijo Emily abatida.

—Lo que debes saber, Emily, es que si insistes en ayudar —afirmó Ruth—, tienes que estar preparada para lo que venga. Porque luchar por William o por todos nosotros significa que tú también podrías convertirte en un objetivo. Y eso no es algo que puedas tomar a la ligera.

—Entonces, que así sea. Si luchar por lo correcto significa convertirme en una diana, lo acepto. Pero no voy a quedarme callada mientras destrozan la vida de William y la de su familia.

La determinación de Emily contagió a Ruth, que finalmente extendió su mano y la colocó sobre el hombro de su compañera.

—¿Sabes que eres una soñadora sin remedio? —Emily esbozó una sonrisa.

—Me lo han dicho en más de una ocasión, pero estoy acostumbrada a pelear.

—Y ustedes, ¿qué opinan? —preguntó Ruth a los Johnson.

—¡Que ya estamos cansados de aguantar! Soy un hombre honrado, un buen trabajador, y no me merezco lo que me ha ocurrido.

—De acuerdo entonces. Si todos pensamos igual y vamos a pelear esta batalla, lo haremos unidos. Pero debemos movernos con cautela.

Emily respiró hondo, tratando de calmar su corazón acelerado. La ira todavía ardía dentro de ella, pero la determinación era aún más fuerte.

—Entonces, ¿por dónde empezamos?

—Nosotros ya lo hemos hecho —confesó Martha—. Cuando nos hemos enterado de lo del sabotaje esta mañana, William me envió a la sede del Partido Comunista de inmediato.

—Tengo amigos allí —dijo el hombre—. Estoy seguro de que nos ayudarán.

Emily no sabía mucho sobre el Partido Comunista, pero Ruth sí. Había crecido en Harlem y conocía el papel que jugaba en la lucha por los derechos de los oprimidos.

—¿Y qué le dijeron, Martha? —preguntó Emily.

—Les expuse lo que había ocurrido y me han asegurado que podrán encontrarnos un abogado que lleve nuestro caso sin coste alguno. Creen que podrán argumentar que el conspiración ha sido un acto intencionado de la empresa para deshacerse de un trabajador incómodo.

—A los patronos les molestó desde el principio que me uniera al Partido —añadió William—. No sé cómo se enteraron, pero lo hicieron. Además, mis actividades sindicales y mi resistencia a las malas condiciones laborales me han señalado como una persona conflictiva. Creo que es por eso por lo que querían deshacerse de mí.

—No me cabe duda —agregó Ruth—. ¿Te comunicaron algo más, Martha?

—Que el apoyo legal hasta podría incluir demandas por negligencia, compensación por el accidente y posiblemente una acción colectiva si otros trabajadores también han sido perjudicados.

—Bien, bien, todo eso está muy bien —intervino Emily—. Estoy segura de que, si se lo proponemos, también podrán organizar manifestaciones y protestas frente a la fábrica para denunciar públicamente el abuso. Tal vez, James, mi marido, pueda ayudarnos con la prensa.

—Nosotras habíamos contactado con la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color, pero eso fue antes de que supiéramos que la avería de la máquina no fue un accidente —añadió Ruth—. Creo que los miembros de la NAACP podrán investigar el trasfondo racial del sabotaje. Si encuentran pruebas de discriminación racial en la empresa, tal vez, puedan usarlas para

iniciar una campaña de denuncia que no solo busque justicia para William, sino también una reforma en la política de contratación.

—Tenemos que hacernos oír, escribir cartas a las autoridades, movilizar a la comunidad y organizar vigilias. Tengo experiencia de cuando luchábamos por la consecución del voto femenino, yo puedo encargarme —dijo Emily.

Ian y Drake irrumpieron en la casa entre risas, y Martha esbozó una gran sonrisa.

—Los niños se han quedado un rato más jugando, mamá —anunció el muchacho.

—Está bien, mejor así. ¿Queréis limonada? —ofreció Martha—. La señora Vincent la trajo esta mañana y está deliciosa.

Los chicos aceptaron encantados y se sentaron en la diminuta cocina de los Johnson bebiendo y riendo a carcajadas. Martha los miró con admiración y alegría.

—Nunca había visto a mi hijo tan relajado con un chico blanco. Se ve que lo ha educado bien, señora Knox. Puedo ver mucho de usted en él.

Emily sonrió, satisfecha, y miró a su hijo, que le tenía el brazo echado a Ian sobre los hombros. Drake había crecido mucho y los primeros síntomas de adolescencia se reflejaban tanto en su cuerpo nervudo como en su semblante juvenil.

—Gracias —dijo con orgullo—. Mi marido y yo lo hemos educado para que sea una buena persona y para que reconozca lo que es justo y lo defienda, sin importar lo que cueste.

La señora Johnson hacía poco que conocía a Emily, pero había conseguido hacerse una buena idea de cómo era esa mujer rubia, esbelta y bella. Por fuera podía aparentar debilidad, pero, sin duda, eso solo era una quimera, ya que Emily Knox era una de las mujeres más fuerte, íntegra y luchadora que había conocido. Un ser humano con una resiliencia, empatía y compasión que muy pocas personas compartían. Martha nunca había conocido a una persona blanca que la hubiera tratado con amabilidad, solo odio, o a lo sumo indiferencia. Sin embargo, Emily era distinta. No solo le demostraba cariño y respeto, sino que se atrevía a pelear por su familia y, sin

haberlo planeado, sintió cómo se relajaba y bajaba la guardia ante ella.

—Entonces, yo tenía razón —dijo Martha con los ojos llenos de emoción—. Hay mucho de usted en su hijo.

9

EL PRECIO DE LA LEALTAD

1932

James y Titán regresaron al almacén al amanecer con un aire de alivio. La entrega del licor se había llevado a cabo sin ningún contratiempo, aunque todos los que participaron en ella contuvieron el aliento y mantuvieron los ojos bien abiertos durante toda la noche. Benson y King se encargaron personalmente de alejar a la policía de los locales de moda que James, Titán y los suyos visitaron y, a pesar de la tensión y el riesgo que habían corrido, nadie los emboscó para exigirles las armas escondidas en las cajas de alcohol. Precisamente, la falta de un ataque a los camiones era lo que inquietaba a James. Estaba seguro de que alguien intentaría recuperarlas y eso le preocupaba. Hasta ese momento, su trabajo había sido relativamente sencillo, y aunque se había enfrentado a algunas situaciones desagradables, ninguna tan peligrosa como la que estaban viviendo esa noche.

—¿No entiendo nada, Titán? —masculló James cuando conducían de vuelta a la nave que la familia Luciano tenía en el puerto—. ¡¿Cómo es que nadie nos ha atacado?!

—No lo sé —respondió el hombre—. ¿Crees que alguno de los clubes que hemos visitado esta noche pueda estar implicado?

—Sí es así, tienen que estar compinchados con algún hombre de Luciano. Si no, ¿cómo han llegado las armas a las cajas? Ya oíste a Salvatore y a todos los demás, nadie de fuera de la organización ha pisado el depósito.

—Sí, supongo que tienes razón —añadió Bruno Lombardi, encendiéndose un cigarrillo y llenando la camioneta de un humo gris que hizo toser a James—. Y, ahora, ¿qué piensas hacer?

Titán era un hombre eficiente, leal, y había entablado una cierta relación amistosa con James durante el año que el inglés llevaba trabajando para la mafia, pero había llegado a la conclusión de que no tenía muchas luces.

—Es obvio que hay que contarle lo que ha ocurrido al señor Luciano. Con él es más seguro ser transparente. Por suerte, el cargamento ha llegado bien a su destino y no ha perdido su dinero. Eso es lo más importante, así, al menos, no apuntará su ira hacia nosotros, aunque estoy seguro de que llevará a cabo una investigación exhaustiva sobre lo que ha ocurrido.

Ya de vuelta en el almacén, sus hombres le aseguraron que no había habido ningún contratiempo durante el tiempo que habían estado fuera y que las armas seguían allí.

—Salvatore, tú y Paolo os quedáis aquí hasta nueva orden —decretó James—. Tenéis que hacer una vigilancia discreta. No queremos llamar la atención.

—Deberías reunir a los hombres. Hay que hablar con ellos —sugirió Titán, que se plantó impertérrito en medio del local.

—Estoy de acuerdo.

James llamó a los muchachos, todos jóvenes e italianos, que hicieron un corro en el polvoriento barracón.

—Como sabéis —empezó Lombardi—, alguien puso las armas del señor Luciano en las cajas con licor que hemos distribuido esta noche. El porqué aún no me queda claro, no deberían de haber estado ahí, pero es un hecho. Os lo voy a preguntar solo una vez y será mejor que no me mintáis. ¿Alguno de vosotros está implicado en esto? Los hombres bajaron las cabezas y se removieron inquietos, algunos con las manos en los bolsillos, otros con la mirada huidiza, pero todos afirmaron no tener nada que ver con el asunto.

—Os recomiendo que penséis cuáles han sido vuestros movimientos durante estos últimos días porque el señor Luciano os lo va a preguntar hasta que sepa vuestro número de la seguridad social de memoria, y os aseguro que él no será tan amable como lo estamos siendo nosotros.

Los chicos se miraron los unos a los otros asustados.

James, sentado en una silla polvorienta en medio del almacén, se puso la mano en el cuello y echó la cabeza hacia atrás.

—Está bien, Titán —intercedió—. Míralos, solo son unos jóvenes asustados. Esto no ha sido cosa de ellos. Es un asunto bien planeado.

El hombre asintió.

—Podéis iros, muchachos —los animó James—. No habléis de esto con nadie. ¿Entendido?

Los chicos de Luciano se marcharon con la misma celeridad con la que habían llegado y James se quedó rezagado con Titán. Cerró el gran portalón del almacén asegurándose de que Salvatore y Paolo quedaran dentro y, pensativos, los dos hombres se dirigieron al vehículo en el que habían llegado.

—Vamos, Titán—. Vayamos a ver a Luciano.

—Aún no. Él nunca se levanta antes de las ocho de la mañana. No sería prudente despertarlo. Además, tengo mi coche ahí.

—Yo sigo creyendo que ha sido el Buitre —anunció James—. Siempre ha sido ambicioso, y esto huele a una maniobra para provocar la caída de Luciano, dándole armas a otra familia.

Lombardi se quitó el sombrero y se pasó la mano gigante por el pelo.

—Si es así, ¿por qué no le haces un seguimiento discreto? Síguelo y observa cómo reacciona esta mañana, y a las diez nos vemos en la oficina del Waldorf Astoria.

James se quedó pensativo. Titán tenía razón.

—De acuerdo. Nos vemos luego, amigo. Ten cuidado.

—Tú también.

James condujo hasta la puerta de la casa de Vito *el Buitre* Moretti, no podía desprenderse de la sensación de nerviosismo desagradable que le corroía por dentro como si de un ácido se tratase. Nunca había estado en una situación así y temía que las cosas pudieran llegar a ponerse muy feas.

Oculto en la penumbra de los edificios que lo rodeaban, James esperó frente al apartamento de Moretti. Después de una hora, el hombre apareció tranquilo, casi demasiado, pensó James, para alguien que él consideraba un posible traidor. El Buitre caminaba solo, sin más compañía que un sombrero bien ajustado y un cigarro en la mano. No parecía que estuviera preocupado, y James empezó a dudar. Había esperado encontrar algo que lo delatara, algún indicio que confirmara sus sospechas, pero no descubrió nada fuera de lugar. ¿Y si estaba equivocado y el traidor no era el Buitre? Pero,

entonces…, ¿quién podría ser? Repasó en su cabeza los nombres de los mafiosos que pudieran tener acceso al almacén del puerto y pensó en Marco, pero no le convencía. ¿Tal vez, Titán? «¡No!», se dijo moviendo la cabeza. Bruno podía tener pocas luces, pero no era judas, y menos con Luciano, que podía ser muy peligroso.

Miró su reloj, se le hacía tarde, y decidió abandonar la vigilancia. Ya estarían esperándolo en la oficina del jefe.

De regreso al cuartel general del capo, James se dirigió directamente a la primera planta. Ya no necesitaba a nadie que lo guiara, conocía muy bien el camino. Cuando Marco le abrió la puerta, le extrañó verlo tan pálido.

—Hola, ¿qué te ocurre?

—Será mejor que pases. —A James le extrañó que Marco no lo molestara haciendo bromas sobre su cara, pero hizo lo que le pidió sin preguntar.

—¿Ya ha llegado Titán?

—Calla y entra de una vez —dijo el italiano con un hilo de voz, sin hacer gala del sarcasmo que lo caracterizaba.

James entró en la sala principal desde donde Lucky Luciano llevaba sus negocios, y lo que vio lo pilló por sorpresa. La habitación de paredes oscuras y muebles elegantes olía a humo y a rancio y el ambiente era tenso y viciado. Luciano estaba rodeado de sus hombres más leales mientras Bruno Lombardi, sentado delante de él, tenía las manos atadas a la espalda y la cara llena de moratones. El hombretón parecía acobardado y pequeño. Estaba cabizbajo, con los puños apretados y la mandíbula tensa. Levantó la vista un segundo y James descubrió en sus ojos una mezcla de miedo y desesperación que jamás había visto antes. El temor lo delataba, aunque era evidente que intentaba mantener la calma ante el peligro inminente.

A James le daba vueltas la cabeza y no se atrevía a decir palabra, pero si aquello era un malentendido, tal vez, él pudiera aclararlo. Abrió la boca para explicar lo que había ocurrido la noche anterior cuando Luciano, elegantemente vestido, lo cortó en seco con un gesto de la mano. El capo, que fumaba un puro, fijó sus ojos

en James y la tensión en el aire se disparó como por arte de magia. Se puso de pie y señaló a Bruno con la cabeza.

—Nuestro amigo tiene algo que decir, ¿verdad, Titán?

James se quedó clavado en el suelo, no habría podido hablar ni aunque hubiese querido. Se limitó a mirar a Bruno, que no pudo mantenerle el contacto visual por mucho tiempo. El grandullón, que hasta ese momento había mantenido una fachada de tranquilidad, empezó a sudar profusamente.

—James, cuéntale al señor Luciano lo que pasó anoche. Señor —suplicó el gigante mirando a su jefe—, escuche a Cara de Lata, él se lo explicará todo. Ha sido el Buitre, él nos ha traicionado.

James no lograba entender por qué Luciano tenía atado a Titán y se paseaba alrededor de él con la cara desencajada por la furia. ¿Qué había ocurrido desde que se habían separado esa misma mañana cómo para que su amigo acabara en esa situación?

—Parece que tenemos un problema. Uno grave —sentenció el mafioso.

James, para evitar demostrar debilidad, trató de mantenerse sereno y se acercó lentamente al escritorio de Luciano.

—¿Qué pasa, jefe?

El hombre expulsó una bocanada de humo antes de hablar y apagó el puro en el antebrazo de Titán haciéndolo gritar de dolor. James retrocedió unos pasos. La cabeza le daba vueltas y no entendía que era lo que estaba ocurriendo.

—¿Crees que a mí se me escapa algo, James?, ¿que he llegado hasta donde estoy sin entender mi negocio?

—No, señor —dijo muy serio, temblando de pies a cabeza.

—Hace días que me llegó el soplo de que alguien de mi propia organización podría estar implicado en el contrabando de armas.

James abrió mucho los ojos, incrédulo.

—Os hice seguir a todos y comprobé vuestros pasos.

—Fue el Buitre, señor —gritó Titán rojo de miedo e ira.

—Vito es un mal bicho, eso no puedo negártelo, pero jamás se rebelaría contra mí, aunque, por supuesto, también hice que lo siguieran. Está limpio.

—Señor, yo… —Las palabras de Titán se apagaron cuando Luciano lo abofeteó dejando la marca de su anillo en la mejilla del gigante.

El hombre se calló de repente y James parpadeó aguantando el aliento.

—Sabes que no me gusta que me interrumpan cuando hablo —Luciano siguió caminando alrededor de Lombardi—. Tengo informantes a los que no se les escapa nada. Mi contador, un hombre discreto al que no conocéis y con acceso a los movimientos financieros de todos vosotros, ya había notado actividades sospechosas. Fue él quien me dio el aviso de que algo estaba pasando.

—Puedo explicarlo —gritó Titán.

James lo miró con los ojos muy abiertos, incrédulo.

—¿De verdad que puedes? Hemos encontrado cuentas bancarias vinculadas a ti que estaban recibiendo depósitos de una fuente desconocida. Los fondos eran transferidos de forma encubierta desde cuentas relacionadas con los Maranzano. ¿Vas a negarlo, mi querido Titán?

Al hombre se le heló la sangre y la saliva se le atragantó en la garganta.

—Al principio, no quise creerlo. Llevas mucho tiempo trabajando para mí y nunca me habías demostrado deslealtad, pero no podía ser ingenuo ni quedarme de brazos cruzados, por lo que mandé a otro informante, más cercano al mundo de las calles, que te siguiera y, ¡eureka! —el capo bramó haciendo que Titán saltara de temor—, te han visto con los hombres de confianza de los Maranzano —gritó, tan cerca de la cara de Bruno Lombardi que la llenó de saliva—. No solo me has robado, sino que has pasado armas a otra familia traicionándome desde dentro de mi propia organización. Nos has puesto en peligro. Dime, ¿qué es lo que te han ofrecido?

Luciano se recompuso, no le gustaba perder los estribos y decidió actuar con frialdad. Se acomodó el traje de chaqueta larga y cruzada y se sentó en el gran sillón detrás de su despacho. Con un

gesto de cabeza, ordenó a otro de sus hombres que se posicionara cerca de Lombardi.

—No puedo permitir que una ingratitud de esta magnitud quede sin un castigo ejemplar, estoy seguro de que lo entiendes, Titán. Tú sabes muy bien cómo funcionan las cosas y nadie traiciona a Lucky Luciano.

—Titán estuvo conmigo anoche, señor. Ayudó en la entrega de la mercancía —masculló James.

—Por supuesto que lo hizo, porque tú le truncaste el plan. Cuando se vio descubierto, llamó a los Maranzano para anular el asalto que habían preparado a los camiones. Le pareció que así se cubriría las espaldas. ¿No es así, Titán?

—Estuvo todo el tiempo conmigo, señor.

—Piensa bien, Cara de Lata, en algún momento se escabulliría porque te aseguro que los avisó. Os teníamos vigilados, por lo que esta mañana ya teníamos apostados a nuestros hombres cerca del almacén. Le contamos lo que sabíamos a Salvatore y Paolo y con su ayuda cogimos a Bruno con las manos en la masa. Si te soy sincero, Titán —continuó el mafioso—, quería que mis informantes se hubieran equivocado y que no fueras tú, pero se ve que tengo una buena red de personas que velan por mis intereses. Hasta esta mañana no estaba seguro de tu culpabilidad, pero volviste a por las armas, y esa fue tu perdición.

James miró a Titán y lo que vio en su rostro era solo resignación, la certeza de que sus días estaban contados.

—Este hombre —continuó Luciano— nos vendió a los Maranzano y planeó hundirnos desde dentro. Y lo peor, James, es que todos confiamos en él. Se aprovechó de nosotros y actuó en contra de los intereses de la familia. Eso es imperdonable.

James sintió como la ira ardería en su pecho, pero no dijo nada. Sabía que Luciano ya había decidido lo que iba a hacer.

—¿Por qué? —atinó a decir James, mirando a Bruno Lombardi.

Titán, al entender que ya no tenía nada que perder, habló con el resentimiento acumulado durante años.

—No fue por miedo ni amenazas —gritó Titán, con un tono amargo—. Lo hice porque estoy harto. Cansado de romperme la

espalda por la organización y no ver nada a cambio. —Bruno sonrió a través de sus labios partidos—. Llevo años trabajando para el señor Luciano, obedeciendo órdenes, haciendo el trabajo sucio, ¿y qué he conseguido? Nada. Mientras tú, James —lo señaló con la cabeza—, llegas de la nada y en menos de un año ya estás ganándote el favor del jefe, ya estás subiendo la escalera, mientras yo sigo en el mismo lugar, como si no importara.

El hombre corpulento hablaba lleno de resentimiento y James se culpó por no haberlo visto venir, era evidente que Titán había estado acumulando una gran frustración contra él.

—Quiero más —continuó Titán, con la mirada fija en Luciano—. ¿Sabes lo que es mirar cómo otros a tu alrededor ganan más dinero, consiguen más respeto, mientras tú apenas sobrevives? No soy menos que el Buitre, ni menos que James. Pero tú, Luciano, nunca lo viste así. Siempre fui el músculo, nunca el cerebro, ¿verdad?

Luciano, imperturbable, lo escuchó sin interrumpir hasta que el traidor expulsó cada gota de veneno que llevaba dentro. Solo entonces, dio una señal a dos de sus hombres, que se acercaron a Titán y lo levantaron de la silla. Bruno Lombardi no se resistió, sabiendo que su destino estaba sellado.

—Llévenlo a la trampilla.

James cerró los ojos, sabía lo que aquello significaba: un hoyo en el suelo en uno de los almacenes del puerto que conducía a una cámara subterránea inundada por el agua del mar. Era un antiguo método de castigo reservado para traidores: un final lento y doloroso, ahogado en las frías aguas del East River.

Solo en ese momento que su sentencia fue clara, Titán gritó hasta que uno de los hombres lo amordazó para que no armara más escándalo y lo sacaron a empujones de la habitación. James, aterrorizado, vio cómo se lo llevaban sin poder hacer nada.

—Nunca lo olvides, Cara de Lata —afirmó Luciano antes de despedirlo de su oficina—. La familia es lo único que importa.

James abandonó el despacho, traumatizado por lo que acababa de vivir. Se había dado de bruces con un asesinato y no había podido evitarlo. Ni siquiera proveer para su familia justificaba que hubiera renunciado hasta el más profundo de sus valores. Pensó, asqueado,

que para sobrevivir en el mundo donde se había metido había que tener ojos hasta en el cogote y no confiar en nadie, y desde ese mismo instante empezó a planear cómo desenredarse de los tentáculos de Lucky Luciano.

10

UNA NUEVA VISIÓN DEL MUNDO

1933

Había pasado casi un año desde que Ruth, Emily y los Johnson habían empezado a tratar con el Partido Comunista y la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color sobre el sabotaje ocurrido en la fábrica que había dejado imposibilitado a William. Tanto unos como otros habían perdido la esperanza de que ninguna de las organizaciones pudiera ayudarlos, y eso les provocaba un regusto amargo envuelto en un dolor y rabia intensos.

Esa mañana, Ruth recibió a Emily en la sede principal del Ejército de Salvación con una gran sonrisa.

—¿Qué pasa? —dijo la inglesa, torciendo la boca en un mohín de intriga.

Ruth se acercó a ella y la abrazó con todas sus fuerzas, lo que hizo que Emily lanzara una carcajada sonora.

—Pero ¿a qué viene tanta alegría?

—Esta vez, nos han oído. Por fin, nos han oído.

A pesar del tiempo transcurrido desde el daño ocasionado a William, el dolor para los Johnson no había cesado. Martha había hecho todo lo que estaba en su mano por mantener a su familia a flote y había conseguido pequeños trabajos que no duraban mucho. Se hubieran muerto de hambre si no hubiera sido por el Ejército de Salvación, la comunidad y la iglesia en Harlem, ya que William seguía incapacitado para trabajar. Ian, el hijo mayor, incluso tuvo que dejar la escuela para encontrar más rutas de ventas de periódicos y aportar más en casa. Y la esperanza de que se hiciera justicia se desvanecía día a día como agua entre las manos.

—¿De qué me hablas? —gritó Emily, emocionada.

—De una gran noticia, de una noticia inesperada que va a cambiar el rumbo y la vida de los Johnson.

—No seas tan misteriosa, Ruth, y dime qué ha ocurrido de una vez.

—Nos vamos a Harlem.

Cuando llegaron a casa de Martha y William, tocaron el timbre con expectación. Era raro verlas tan entusiasmadas, especialmente después de tanto tiempo de frustraciones y promesas vacías.

—Martha —gritó Ruth desde la puerta sin poder contener su nerviosismo.

La mujer, que estaba en la cocina, se acercó con rapidez y las dejó entrar sin demora.

—¿Qué os trae por aquí? —preguntó con el ceño fruncido por la sorpresa. No os esperaba hoy, ¿ha pasado algo?

—Traemos buenas noticias —dijo Emily, tratando de recuperar el aliento. Ruth la había arrastrado hasta la casa de los Johnson con una prisa frenética y el corazón le bombeaba deprisa.

—Sentémonos —añadió la señora Johnson.

—¿Dónde está William? —preguntó Ruth, deseosa de hacer partícipe al hombre de lo que sabía.

—Buscando trabajo. Hoy ha salido muy temprano.

—Oh, ¡qué pena! —apuntó desilusionada—. Está bien, te lo contaré de todas formas —se explicó con la voz aún agitada—. Después de todo este tiempo, y gracias a la presión continua del Partido Comunista y el NAACP, hemos logrado que el caso de William llegara a oídos del senador del distrito. ¡Van a investigar a la empresa! Y no solo eso, han abierto una demanda colectiva por los accidentes laborales que han afectado a muchos otros trabajadores, especialmente a los de color. ¡¿No es maravilloso?!

Martha se quedó sin palabras por un momento y, de repente, se echó a llorar sin control. El alivio, que hacía tanto tiempo anhelaba, le recorrió, por fin, su cuerpo menudo.

Emily la miró con una sonrisa cálida y esperó a que se calmara.

—¿Es eso verdad? —preguntó la mujer sin estar totalmente convencida.

—Por supuesto que es verdad y, ¡eso no es todo! —continuó Ruth, más emocionada aún—. La NAACP también consiguió que los medios cubrieran la noticia. Hay periodistas que quieren entrevistar

a William y contar su historia. ¡La empresa está siendo expuesta ante todo el país! ¡No podrán seguir escondiéndose! Parece que los tiempos están cambiando.

Martha se tapó los ojos mientras trataba de disimular los sollozos. Después de tanto sufrimiento, por fin, parecía que las cosas iban a arreglarse.

—¿Cómo ha podido pasar algo así? —atinó a decir, sorbiendo las lágrimas.

—Fue una combinación de esfuerzos —continuó Ruth—. El Partido Comunista organizó protestas en la fábrica, y la NAACP preparó una estrategia legal para exponer las injusticias que la empresa ha estado cometiendo. Desde el Ejército de Salvación, tampoco nos rendimos. Emily y yo hemos enviado cartas, hemos hablado con abogados y se han organizado reuniones. Todo este tiempo, no nos dimos por vencidas. Y finalmente, un senador que estaba bajo presión por las próximas elecciones decidió tomar acción. En este mismo instante, ya se está investigando las prácticas de la empresa.

—No solo se trata de la compensación por el accidente de William —añadió Emily llena de felicidad—. Si esto sigue adelante, puede que obliguen a la empresa a pagar pensiones vitalicias a todos los trabajadores heridos por su negligencia y mala praxis. ¡Esto podría cambiar sus vidas para siempre!

Martha no podía creer que después de casi un año de luchas, de noches sin dormir y lágrimas, hubiera una luz al final del túnel. La mujer tomó las manos de Ruth y Emily y las apretó con fuerza.

—¡No sé cómo podré agradeceros lo que habéis hecho por nosotros!

Emily sonrió satisfecha, no solo habían ayudado a los Johnson; también habían demostrado que la solidaridad y la lucha colectiva podían hacer una diferencia real en la vida de muchos.

De repente, Ian entró en el pequeño apartamento.

—Hola, señoras Henderson y Knox. ¿Cómo est…? —Las palabras se le atoraron en la garganta cuando se dio cuenta de que su madre estaba llorando—. ¿Ha pasado algo? —dijo con una voz baja y apesadumbrada.

—Todo está perfecto, hijo —anunció Martha, quitándose de un manotazo las lágrimas del rostro—. Ruth y Emily nos han salvado.

—No, Ian —añadió Ruth—, el Partido Comunista y la NAACP lo han hecho.

El muchacho se sentó junto a ellas a petición de su madre y lo pusieron al día de las buenas noticias. Tras el relato, se relajó de inmediato y su visión del mundo cambió de repente en ese mismo instante.

—No pensé que pudiéramos conseguir algo así —dijo el chico—. Papá siempre dice que a la gente como nosotros nunca nos hacen caso.

—Tal vez, las cosas empiezan a ser diferentes —contestó su madre.

El muchacho se quedó pensativo, el que finalmente se hiciera justicia en un sistema que parecía diseñado para aplastarlos lo confundía. Pero comprendió que los destinos sí podían cambiarse si se unían todos en la misma lucha. Lo que era inútil era pelear solo.

—Hay algo más que debéis saber. Han mencionado que, dado el impacto del caso, William podría convertirse en una figura clave para las demandas laborales y los derechos civiles. Si está dispuesto, podría ser el portavoz de muchos trabajadores negros que no han tenido una voz hasta ahora.

—i¿Lo dice usted en serio?! —exclamó Ian orgulloso de su padre.

—Por supuesto —agregó Ruth—. Es una lástima que él no esté aquí, me hubiera gustado contárselo personalmente.

—Pues quedaos a cenar, lo celebraremos. William estará encantado.

—Gracias, Martha, hoy no podemos, pero vendremos otro día, ¿verdad, Emily?

—Por supuesto. Nada me gustaría más.

Martha volvió a llorar, sabía que las nuevas noticias le darían un propósito a William y se alegró mucho por él. Lo había pasado muy mal ese último año y necesitaba un poco de esperanza.

—Gracias —balbució—. Gracias a las dos. Especialmente a usted, señora Knox. Nunca había conocido a una mujer blanca tan

comprometida y le juro que no creía que existiera alguien como usted, pero me ha demostrado que estaba equivocada, que realmente se preocupa y que es una buena persona. Me gustaría pedirle perdón.

Martha se levantó y abrazó a Emily con fuerza.

—No tiene que disculparse por nada —añadió Emily con cariño —. La entiendo perfectamente. ¿Qué le parece si empezamos a tutearnos como símbolo de una nueva amistad?

—Nada me gustaría más.

—Bueno, dejémonos de tanto sentimentalismo —intervino Ruth, mirando su reloj—. Es tarde, será mejor que nos vayamos y os dejemos asimilar tantas buenas noticias.

Ruth se acercó a Martha y la besó en la mejilla.

—A partir de ahora, todo será diferente, te lo aseguro.

Las mujeres abandonaron la casa y dejaron a Martha y a Ian con un nuevo sentimiento de esperanza difícil de explicar.

A la mañana siguiente, Ian y Drake se encontraron a las seis, como de costumbre, a las puertas de las oficinas del New York Times, donde compraban los periódicos. El sistema era sencillo, los muchachos o *newsboys*, como familiarmente los conocían por toda la ciudad, compraban una cantidad de periódicos a un precio reducido y luego los vendían a otro más alto quedándose con la diferencia. Así que el ingreso de los chicos dependía de la habilidad de cada niño para poder vender los ejemplares. Para muchas de las familias afectadas por la gran depresión, el dinero que los pequeños ganaban era vital, a pesar de que la competencia era feroz.

—¡Ian! —exclamó Drake, emocionado, nada más ver a su amigo —. Mi madre me contó ayer todo lo que el Partido Comunista y la NAACP han hecho por tu padre y quería decirte que me alegro mucho. —El chico le dio unas palmadas en la espalda y consiguió arrancarle una gran sonrisa.

Drake era un joven alegre y vivaz, y a Ian le sorprendía que alguien como él, que parecía tener el mundo a sus pies y podría rodearse de cualquiera, eligiera precisamente su compañía y amistad. Desde que se conocieron, habían congeniado bien, y Drake,

con su sonrisa fácil, su alegría sincera y habilidad natural para conectar con los demás lo hacía sentirse valorado.

—Ya ves —dijo Ian—, nunca pesé que las cosas pudieran solucionarse, pero me he dado cuenta de que cuando la gente se une para pelear, se crea una fuerza poderosa que puede conseguir mucho más que si se lucha solo.

Drake sonrió al ver la determinación de su amigo.

—Estoy totalmente de acuerdo, por eso pienso que deberíamos formar parte del sindicato de los *newsboys* que se ha organizado. ¿Qué opinas?

—Qué es una buena idea.

Ian, alegre y desinhibido, se agarró a una farola con un ejemplar del *New York Times* en la mano que enrolló a modo de espada y levantó señalando al cielo con ímpetu.

—Seamos los caballeros que luchan por nuestras familias, por todos los que sufren y han sido olvidados.

Drake rompió en una carcajada cargada de emoción.

—Baja de ahí y deja de hacer el tonto —ordenó un miembro del personal del periódico que repartía los ejemplares entre los niños—. Es muy temprano para armar tanto ruido.

—Sí, señor —dijo el chico muy serio mientras Drake aguantaba la risa.

El hombre los miró de reojo, enojado, y continuó de malhumor entregando la prensa a los pequeños.

—Ahora en serio, Ian —volvió a la carga Drake en un susurro—, estoy harto de trabajar tanto por un puñado de centavos. Lidiar con el calor, la nieve, los robos de periódicos y la violencia de las calles es demasiado para que lo hagamos solos. Dicen que el sindicato nos puede proteger. ¿Qué me dices?

—Ya te he contestado. Estoy de acuerdo. Hagámoslo, formemos parte de ese sindicato.

Ian y Drake estuvieron juntos toda la mañana vendiendo periódicos en la misma ruta. Ese día habían tenido suerte, la venta no se había dado mal. Cuando terminaron, se sentaron en los escalones de uno de los edificios de Manhattan a contar las monedas que habían conseguido.

—Estaba pensando que tal vez, ahora que a tu padre le van mejor las cosas, puedas retomar la escuela —dijo Drake, al que Emily le había inculcado la importancia de los estudios.

—Eso me encantaría. Me gusta aprender.

Un chico rubio con ojos azules y gorra sucia los interrumpió.

—Eh, Drake, ¿vienes con nosotros, o qué?

—¿Vais para Brooklyn?

—Sí.

—Vale —gritó el muchacho—. Vamos, Ian, tu próxima ruta te viene de camino.

El rubio frunció el ceño y murmuró algo entre dientes antes de añadir, en voz alta:

—Un momento. —Ian lo miró incómodo porque sabía lo que se avecinaba—. Nadie lo ha invitado a él.

Drake entrecerró los ojos y su tono se volvió más cortante al contestar.

—Si mi amigo no puede venir, yo tampoco voy.

—No seas idiota, Knox. ¿Lo dices en serio? ¿Por ese? —dijo el muchacho de la gorra con desprecio.

Drake dio un paso al frente con una expresión seria y decidida.

—Déjalo —farfulló Ian, nervioso, que se apresuró a agarrarlo del brazo—. Ve tú. No merece la pena.

—Te repito que él es mi amigo —gritó Drake sin dejarse amedrentar—. Así que sí, hablo muy en serio. Si Ian no viene, yo tampoco.

El joven rubio lo miró con asco y les dio la espalda a los dos.

—Vamos, chicos, Drake se ha vuelto loco.

Ian nunca había tenido un amigo blanco, por lo que la actitud valiente de Drake lo dejó perplejo. Lo miró con admiración y se alegró del día en el que se habían conocido.

—No hace falta que hagas esto —intervino el chico mientras el grupo de *newsboys* se alejaba—. Ya estoy acostumbrado a que me pasen cosas así, no es la primera vez.

—¡Claro que hace falta! —Drake pateó enfadado una piedra en el camino sin comprender qué malo tenía ser amigo de alguien negro.

—Muchas gracias, Drake, pero no merece la pena enfadarse. Esto es algo habitual e intento que no me afecte. Sin embargo, estoy muy orgulloso de ti y que hayas querido defenderme. Nunca me había pasado nada igual antes. Supongo que a veces la familia no se elige —dijo, dejando que sus palabras sellaran el momento con una conexión que ya ningún prejuicio podría romper—. Por eso, he decidido que desde hoy voy a considerarte mi hermano.

—¿Y eso se te ha ocurrido ahora mismo? Pues ya iba siendo hora, porque yo ya te consideraba así desde hacía tiempo.

Los dos muchachos comenzaron a reír y supieron en ese instante que la lucha por la justicia social se convertiría en su causa compartida, su bandera. Con un apretón de manos, sellaron un pacto tácito, que forjaron esa mañana de marzo en algún rincón de Manhattan y que los acompañaría toda la vida.

11

SOMBRAS ENTRE NOSOTROS

1934

Desde la muerte de Bruno Lombardi, hacía ya dos años, James no había vuelto a ser el mismo. Su carácter se había ensombrecido, se mostraba más callado, siempre estaba fuera de casa y apenas compartía nada de su vida con su familia. Se había encargado de construir deliberadamente una barrera entre ellos y él que los había separado sin remedio. A pesar de que Emily no entendía su actitud, James lo hacía para protegerlos. Pensaba que, cuanto menos supieran de su trabajo, más seguros estarían, y era una regla que se juró cumplir a rajatabla.

Los Knox habían conseguido mudarse de nuevo a un apartamento más grande y cómodo que el que tenían en el barrio de Brownsville y vivían desahogados y sin muchas preocupaciones económicas. A pesar de todo, Emily no era feliz. Nunca hubiera imaginado que su matrimonio pudiera hacer aguas, aún amaba a James, pero la actitud de su marido, cerrada y taciturna, la carcomía por dentro. Había intentado hablar con él sin éxito, pero no logró sacarlo de ese estado tan lúgubre y ceñudo en el que se encontraba. Durante los últimos años, la situación se había vuelto tan tensa que esa noche, cansada de esperar un cambio que nunca llegaba, decidió darle un ultimátum. Hasta tomar esa decisión, Emily había llorado mucho, le dolía solo de pensar que pudiera perderlo, pero estaba convencida de que tenía que hacer algo si quería salvar su relación.

Cuando James regresó del trabajo, cenaron todos juntos y conversaron acerca de cómo habían pasado el día, aunque el hombre apenas participó. Emily esperó a que los chicos se acostasen, y reuniendo todo el valor del que fue capaz, aprovechó para enfrentarse a su marido. En el dormitorio, se sentó en el borde de la cama, con los hombros pesados, respiró profundo y, de espaldas a James, empezó a hablar.

—Creo que ya no me amas.

—No empieces, Emily, yo… yo te amo. Yo…

La mujer levantó la mano para que la dejara continuar.

—Nunca imaginé que llegaríamos a este punto. Siempre pensé que nuestro matrimonio sería para toda la vida y que nos querríamos siempre, pero cometí un error. Yo te quiero, James, eres y serás mi gran amor, pero tú no eres feliz ni yo tampoco.

El hombre hizo amago de intervenir, pero Emily continuó con su discurso y tuvo que callarse.

—A mí no puedes mentirme, te conozco, James Knox, sé que te ocurre algo y que me lo estás ocultando desde hace mucho tiempo. Lo único que quiero es recuperarte, volver a lo que teníamos antes, aunque no estoy segura de que tú quieras lo mismo.

James miró por la ventana para ocultar su expresión de desconcierto. Se encontraba entre la espada y la pared, quería proteger a su familia del mundo en el que se había metido, pero sabía que le estaba haciendo daño a Emily, y eso lo mataba por dentro. Ella era su mundo y no quería herirla.

—He intentado ayudarte, hablar contigo, pero no puedo llegar hasta ti, así que, aunque me parte el alma, creo que debemos separarnos, seguir caminos diferentes, tal vez así encuentres lo que buscas.

James se dio la vuelta con un gesto de terror impreso en su cara desfigurada.

—No —gritó con la desesperación reflejada en la voz—. No puedes abandonarme, te necesito, te amo.

Emily se echó a llorar.

—¿Sabes cuánto tiempo hacía que no me decías esas palabras?

—Lo siento —exclamó, agachándose frente a su esposa y tomándola de las manos—. Lo siento mucho, no sé cómo hacerlo. Eres lo mejor que me ha ocurrido en la vida y, a pesar de todo, no deberías tener dudas sobre cuánto te quiero.

—Pero ¿qué es lo que te pasa, James? Si es verdad que me amas, que amas a nuestros hijos, ¿por qué siempre estás ausente?, ¿por qué no nos cuentas que haces cuando sales de casa? Ya no compartimos nada, no te interesas por nuestras vidas, no

conocemos nada acerca de tu trabajo y no hacemos nada juntos. ¿Es qué hay otra mujer?

—Otra… No, por supuesto que no —James se lanzó a los brazos de Emily sin pensarlo—. Te juro que no hay otra persona. Te amo como el primer día, es que…

Emily le acarició el pelo sin poder retener las lágrimas.

—No quiero que seas infeliz, si para que recuperes tu buen talante tenemos que separarnos, lo aceptaré.

—No eres tú, Emily.

—Pues, entonces, ¡¿dime qué es?! —gritó, enfadada—. De lo contrario, tendrás que irte, porque yo ya no puedo más.

James se sentó junto a su esposa y se puso las dos manos en la cara.

—Estoy intentando protegeros —farfulló.

—¿Protegernos de qué?

James comenzó a llorar y Emily le cogió la mano y esperó a que se calmara sentada junto a él.

—Además de pareja, siempre hemos sido buenos amigos. Tienes que contarme que es lo que te pasa —dijo con voz suave.

James la miró fijamente y movió la cabeza asintiendo. Llevaba demasiado tiempo escondiendo el secreto de a qué se dedicaba y no podía seguir mintiéndole a Emily. Con dificultad, empezó a narrar todo lo que había ocurrido en su vida desde aquel nefasto día en el que Titán le ofreció trabajar para Lucky Luciano. Los negocios turbios a los que se había tenido que enfrentar, la muerte de Bruno Lombardi y la imposibilidad de salir de la organización. A Emily se le erizó la piel a medida que James iba contándole por todo lo que había pasado. Lo escuchó con atención para calibrar las consecuencias de lo que le estaba diciendo, pero no lo interrumpió. Cuando su esposo hubo acabado, tomó su cara entre sus manos y lo besó con calma.

—Nunca debiste ocultarme a qué te dedicabas, ni yo debí de ser tan ingenua como para pensar que un trabajo de oficina en una fábrica diera tanto dinero. Ambos nos hemos mentido y somos culpables a partes iguales.

—Ahora, por desgracia, dependemos de esta maldita organización. Trabajar para ellos es lo que nos ha proporcionado estabilidad financiera durante estos últimos años y ha impedido que nos muramos de hambre.

—Sí, pero ¿a cambio de qué?

—Lo sé, no ha merecido la pena —dijo James—. Si supiera cómo salir, dejaría esa seguridad, aunque implicara nuestra ruina. Vendí mi alma al diablo, solo quería que mi familia no pasara hambre y tuviera un techo sobre sus cabezas, pero no puedo vivir así. Sé que os he puesto en peligro y eso es algo que no podré perdonarme en la vida. He estado tan preocupado y asustado por todos nosotros que no he podido pensar en otra cosa que no fuera apartaros de ese mundo hostil. No podría soportar que os hicieran daño, y créeme, Emily, esa gente no tiene escrúpulos. Tengo que alejarme de las redes de Lucky Luciano, pero después de ver lo que le hizo a Bruno Lombardi, no sé cómo hacerlo.

James volvió a hundir la cara entre sus manos, desesperado, mientras Emily se mantuvo en silencio. Su mente era un torbellino y se devanaba los sesos por buscar una solución.

—¿De verdad que no crees que se pueda salir de la mafia?

James movió la cabeza de un lado a otro completamente abatido.

—No. No lo creo.

Emily se levantó de la cama y con las manos en la cintura comenzó a caminar de un lado a otro por la habitación.

—Tiene que haber una solución.

—¡¿Crees que no llevo años pensando en eso?! Pero salir de una organización mafiosa, cualquiera que sea, es extremadamente difícil y peligroso. Se espera una lealtad de por vida. Aquí impera la Ley del Silencio, y los que intentan salir son vistos como un riesgo, ya que pueden revelar información valiosa sobre la organización, sus operaciones o sus miembros. Te aseguro que no dejarán que me vaya.

—¿Y si les prometes que no harás nada de eso?

James se echó a reír con una risa amarga llena de impotencia.

—Eso no es posible, cariño. Luciano dirige sus negocios con mano de hierro y abandonar su red de contrabando de alcohol y crimen es una cuestión personal para él. He perdido mi libertad, ¿es que no lo entiendes? La deserción es como una sentencia de muerte, igual que ocurría en el ejército.

—Pero podrás hablar con él, podrás…

James se acercó a ella e hizo que se detuviese. La abrazó con dulzura y admiró los intentos de Emily de buscar una salida.

—No es tan sencillo —le susurró—. La mayoría de las veces, los que se alejan de la organización son asesinados, así se aseguran de que no representarán ningún riesgo.

Emily se echó a llorar y James la apretó con fuerza para consolarla.

—¿Tú has tenido que…? —le costaba pronunciar las palabras—. ¿Has tenido que matar a alguien?

James respiró hondo, se llevó una mano a la frente y se la masajeó con el índice y el pulgar.

—No, pero es como si lo hubiera hecho, ya que he visto cómo mataban a gente y no he hecho nada por evitarlo. Estoy avergonzado, pero, sobre todo, me ahoga la culpa.

—Entiendo —dijo Emily, que le cogió la mano y se la apretó sin dejar de pensar en una solución a la coyuntura en la que se encontraban.

—Tiene que haber algo que podamos hacer, James, tal vez, recurrir a la policía.

—Imposible. La mayoría de los agentes están untados.

—¿Qué podría pasar si simplemente no vuelves al trabajo?

—Me matarían. No me importa lo que me ocurra a mí, pero no puedo exponeros a vosotros. Luciano y otras organizaciones utilizan las ejecuciones como una forma de aleccionar a otros miembros de la organización para que entiendan que no es fácil abandonarlos. Créeme, Emily, he considerado todas las opciones, llevo años pensándolo y no veo la manera de salir de forma voluntaria sin enfrentar graves consecuencias. La estructura y los valores de la mafia no me permitirán dejarlos sin una razón sólida.

—Pues habrá que buscar esa razón, porque yo quiero recuperar a mi marido.

Emily se abrazó a su esposo y lo besó con pasión.

—Ahora que volvemos a no tener secretos entre nosotros, podremos enfrentarnos juntos a esto. Seguro que se nos ocurre una vía.

—Yo solo veo una única salida —dijo James tímidamente—, la he estado madurando, aunque es casi imposible y nos podríamos encontrar con graves consecuencias. Tendríamos que desarrollar un plan extremadamente cuidadoso para minimizar el riesgo y, aun así, no sé si funcionaría.

Emily lo miró con los ojos muy abiertos y una brizna de esperanza llenó su corazón.

—Haremos lo que haga falta para recobrar nuestra libertad. Dime, ¿en qué estás pensando?

12

UNA SALIDA

1935

James Knox había estado más de medio año meditando el plan que desde el asesinato de Titán rondaba por su cabeza para abandonar la organización mafiosa de Lucky Luciano. El apoyo de Emily le había dado la fuerza suficiente para ponerlo en marcha, a pesar del riesgo que conllevaba no solo para él, sino para toda su familia. Se había demorado en llevarlo a cabo mucho más de lo que hubiera deseado, pero debía asegurarse de tenerlo todo bien atado antes de dar el paso definitivo. Todas las precauciones eran pocas para que saliera bien.

Durante meses, los Knox se habían devanado los sesos para buscar la mejor salida. Sabían que James no podría abandonar su trabajo sin más, puesto que Luciano desconfiaría de sus intenciones y sería víctima de represalias. La violencia era uno de los mecanismos de control que la mafia utilizaba y el riesgo de ser torturado o incluso asesinado era muy real. Habían descartado ir a la policía, porque la fuerte influencia de Luciano sobre las autoridades locales y las fuerzas del orden era brutal. James sabía que muchos de los jueces y policías eran corruptos y sería difícil contar con el amparo de la ley. La única solución que se les ocurría era que James rompiera lazos con todo lo que le rodeaba: amigos, conocidos, incluso su propia familia. Irse lejos de Nueva York era su mejor baza, aunque tenía que hacerlo de una manera inteligente para proteger a Emily y a sus hijos. James sabía que, si se marchaba, tendría que vivir bajo constante vigilancia en el caso de que consiguiera sobrevivir y nunca podría volver a confiar en nadie, pero estaba dispuesto a intentarlo con tal de dejar atrás a Luciano y lo que representaba. Por eso se le ocurrió que lo mejor sería fingir su muerte. Sabía que tendría enormes dificultades para hacerlo, pero de lo que estaba seguro era de que no podía seguir rodeado de criminales y vivir al margen de la ley. Si Luciano lo creía muerto, tal

vez no utilizara a su familia como una herramienta de coerción para seguir manteniendo su control sobre él. Era un riesgo que debía correr para poder recuperar su libertad.

Emily se había puesto en contacto con la hermana de James, Hattie, que vivía en Serbia con su esposo desde el término de la guerra. Le pareció que el país estaba lo suficientemente lejos de Nueva York como para brindarle a James una oportunidad. El hombre no se involucró en esa comunicación con su hermana y lo dejó exclusivamente en manos de Emily, así habría menos posibilidades de que la mafia la rastreara en caso de descubrir algo sospechoso. Hattie pagó por el pasaje de barco de su hermano y Emily se encargó de contactar, a través de su compañera Ruth Henderson, con una persona capaz de falsificar la documentación de James.

Cuando los Knox empezaron con los preparativos del plan, no sabían a quién acudir, y a Emily se le ocurrió que, tal vez, Ruth era la persona adecuada. Desde que le contaron lo que tenían pensado hacer, la mujer estuvo dispuesta a tenderles una mano. Había crecido en Harlem y conocía bien los bajos fondos de la ciudad, por lo que pudo ponerlos en contacto con falsificadores para que los ayudaran.

Una vez tuvieron los nuevos papeles en regla, Ruth les presentó a Richard Smith, un médico negro, que se ofreció para firmar un certificado de defunción falso para James. Los últimos retoques del plan fueron buscar a un sacerdote dispuesto a llevar a cabo un funeral falso. Eso fue lo más complicado, pero de nuevo los contactos de Ruth en el Ejército de Salvación dieron resultado. El pastor Ruben O'Hara, un irlandés inmigrante regordete y de cara colorada, accedió a llevar a cabo la farsa y organizó un responso lleno de sentimiento y veracidad.

El día previsto para la huida, James y Emily hicieron el amor con pasión, como hacía mucho tiempo que no lo disfrutaban. Las dificultades de los últimos años los había alejado, pero desde que James pudo desahogarse y compartir con su esposa por lo que estaba pasando, habían vuelto a encontrarse e intentaron recuperar el tiempo perdido. Se dejaron llevar por sus cuerpos desnudos y se

amaron envueltos en sábanas húmedas, sudor y cariño. Se acariciaron por horas hasta caer exhaustos uno al lado del otro, y a Emily le pareció que, a pesar de todo, aún seguían siendo aquellos dos jóvenes enamorados de Accrington que se amaban sin condiciones.

—Te quiero —susurró Emily, tendida en la cama mientras James la abrazaba con ternura—. No sé cómo voy a vivir sin ti. ¿Cómo es posible que hayamos llegado a esta situación?

James miró hacia otro lado e hizo un gran esfuerzo por no llorar. Creía estar preparado para dejar atrás a su familia, pero solo era una gran mentira que se había repetido a sí mismo para poder seguir adelante. Ahora que su marcha era inminente le ahogaba la pena y la culpa. Intentó mantener la calma y ser fuerte por Emily.

—Hemos pasado por cosas peores —sentenció—. Lo único que nos queda es resistir y esperar. Con suerte, dentro de unos años, Luciano se haya olvidado de mí y podamos volver a vivir en paz. Mientras tanto, tendremos que ser cuidadosos. Sé que volveremos a vernos, mi amor. Estoy seguro.

Emily no lo creyó y el dolor hizo que se le hiciera un nudo en la garganta.

James miró el reloj que había dejado en la mesita de noche.

—Se hace tarde. Los chicos no tardarán en llegar.

Se apartó de su esposa y se sentó en el filo de la cama, con los hombros hundidos y la cabeza hacia abajo, y Emily pensó que la vida era injusta por haberse cebado con James con tanta dureza.

—¿Crees que Emmeline y Drake entenderán lo que tengo que hacer? —preguntó con el corazón roto.

—No lo sé, cariño. Confío en ellos, pero no será fácil.

—Ojalá no tuviera que irme —dijo James, dándole la espalda, completamente abatido.

La mujer se acercó a él y abrazó con fuerza su espalda desnuda.

—No te preocupes por nosotros, estaremos bien. Lo importante es que no te descubran para poder volver a estar juntos lo antes posible.

—Si algo me ocurriera… —farfulló James, pero Emily le puso un dedo en la boca haciéndolo callar.

—No quiero oír eso. No nos pasará nada a ninguno y volveremos a vernos.

—Pero, Emily… si algo…

—No —gritó esta vez—. No puedo soportar ese pensamiento.

Ambos se fundieron en un profundo abrazo hasta que James se puso de pie y comenzó a vestirse.

—Vamos, es la hora.

Los chicos aparecieron cuando Emily estaba terminando de preparar la cena: pollo frito y puré de patata con verduras.

Los Knox habían considerado la posibilidad de mantener a sus hijos al margen de la situación de James con la mafia y hacerlos creer que su padre en verdad había muerto. Pero ambos estuvieron de acuerdo en que el dolor y el trauma que eso les causaría sería mayor que saber que solo fingiría su muerte como sacrificio para protegerlos. Ambos confiaban en la madurez de sus hijos y en su capacidad para mantener el secreto, sin embargo, para evitar cualquier riesgo innecesario, decidieron contarles solo lo esencial y evitaron desgranarle cualquier detalle escabroso sobre el hampa o Lucky Luciano. A pesar de todo, estaban asustados, ya que la complicidad de Emmeline y Drake significaba un riesgo si el capo y sus hombres los presionaban, pero decidieron que hablar con ellos con sinceridad era lo mejor para la familia.

Esa noche cenaron todos juntos, cosa que no había sido habitual en esos últimos años. Las luces estaban bajas y el ambiente era silencioso e incómodo y, a pesar del esfuerzo de los padres, la atmósfera parecía tensa y cargada.

—Tengo que confesaros algo —sentenció James con una gran tristeza en la voz. Luchaba por encontrar las palabras adecuadas y Drake y Emmeline lo miraron con rostros confundidos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Drake.

James estaba visiblemente nervioso, trataba de mantener la calma para no asustar a sus hijos, y Emily le agarró la mano para insuflarle fuerzas.

—Hay algo que tengo que deciros y no es fácil —carraspeó un par de veces y siguió con voz pausada casi sin mirar a su familia a la

cara—. Esta noche tendré que irme por un tiempo y no sé cuándo…, o si podré volver.

Emmeline movió los ojos de su padre a su madre sin comprender.

—¿Qué significa que no podrás volver? ¿Por qué? —preguntó la joven visiblemente alterada.

Drake cruzó los brazos, desconfiado.

—Lo único que necesitáis saber es que esto es lo mejor para todos. No puedo contaros nada más. Lo hago para cuidar de vosotros.

—Es por el trabajo, ¿no es cierto? —Drake miró a su padre a los ojos buscando respuestas, pero James no contestó—. ¿Y tú estás de acuerdo con que se vaya, mamá?

—Siempre apoyaré a tu padre, Drake. Ambos lo hemos pensado con detenimiento y, por ahora, esta es la mejor solución.

—No lo entiendo —dijo Emmeline con lágrimas en los ojos. La jovencita adoraba a su padre y se sentía traicionada y dolida—. ¿No dices siempre que la familia es lo más importante?, ¿por qué tienes que irte?

James se levantó y besó a su hija con cariño. Se estaba convirtiendo en toda una mujer, y aunque aún era joven todo en ella reflejaba una madurez que lo sorprendía.

—Porque, a veces, para cuidar a la familia, uno tiene que hacer sacrificios. No quiero que os hagan daño ni que viváis con miedo, y para eso tengo que desaparecer.

—Nos estás abandonando, papá. ¿Por qué huyes? —lo confrontó Drake, enfadado.

—No estoy huyendo, hijo, solo estoy haciendo lo que debo para que estéis a salvo y créeme que esto es lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida.

—Papá, por favor, no te vayas —reiteró Emmeline entre sollozos abrazando a su padre, más que con los brazos con el alma. A pesar de que James se había mostrado más distante y frío en los últimos años, ella seguía adorándolo y no podía concebir una vida sin él.

—Lo siento, mi amor, pero tienes que ser fuerte.

—Quiero saber qué está pasando —demandó Drake—. Ya no soy un niño. ¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? ¿Qué le diremos a la gente?

James miró a Emily en busca de apoyo, azorado. No quería entrar en detalles y su hijo lo estaba poniendo entre las cuerdas.

—Solo diréis que papá ha tenido un accidente y ha fallecido —intervino la madre—. No podremos hablar de nada de esto con nadie y no trataremos de contactar con vuestro padre. Cuando pueda, será él quien se ponga en contacto con nosotros.

—Va a ser duro —intervino James—, pero ustedes sois fuertes. Yo siempre he confiado en mi familia y ahora es vuestro turno de confiar en mí.

—¿Quieres decir que vas a fingir tu muerte? —preguntó la chica completamente desconcertada.

—Esto tiene que ver con la mafia ¿verdad? —añadió Drake—. No puede ser otra cosa.

Emily miró a James suplicándole con los ojos que no le mintiera.

—Sí —sentenció—. Créeme, Drake, tu madre y yo lo hemos sopesado todo, es la única forma. Mi vida corre peligro si me quedo, y lo más importante, las vuestras también. Siempre estaré con vosotros, aunque no podáis verme, y haré todo lo que esté en mi mano para que nos volvamos a reunir algún día.

Drake se mordió el labio inferior como solía hacerlo su madre.

—Esto es una locura. ¿Y tú sabías todo esto, mamá?

—Tu madre sabe lo suficiente como para comprender que esta es la mejor opción.

—No quiero que te vayas, papá —Emmeline se abrazó, esa vez, a la cintura de su padre llorando. Se la veía descompuesta y a Emily se le desgarró el alma. Sabía lo dura que la ausencia de James resultaría para ella.

—Quiero que me prometas algo, Emmeline, que seguirás adelante con tus estudios, que te cuides y cuides a mamá y a tu hermano. Recuerda siempre que esto lo hago por vosotros. Volveremos a estar juntos. Estoy seguro. De momento, tendremos que llevarnos en el corazón. Os quiero más de lo que podéis

imaginar. —La hija hundió la cabeza en el pecho de su padre y este sintió como si el mundo se hubiera acabado.

James miró a su hijo que, enfadado, le rehuyó la mirada.

—Sé que estás furioso, Drake, que no entiendes lo que voy a hacer, pero ¿puedo contar contigo? Ahora serás tú el hombre de la casa y tengo que saber si estarás a la altura. El joven que hasta ese momento se había hecho el fuerte comenzó a llorar y su padre aprovechó para acercarse a él y abrazarlo.

—Te quiero, hijo. Recuerda que todo lo que he hecho en mi vida siempre ha sido por vosotros.

—Y yo a ti —dijo en un susurro—. Cuídate, papá. No te preocupes por mamá o Emmeline. Te prometo que cuidaré de ellas.

James miró a su esposa, que contemplaba la escena devastada, y los cuatro se fundieron en un gran abrazo.

—Estoy muy orgulloso de mis dos hijos. No importa lo lejos que me encuentre, siempre estaré con vosotros. Me acompañaréis vaya donde vaya.

—Vamos —dijo James a Emily—. Se nos hace tarde.

La mujer, con el rostro inundado en lágrimas y sin poder hablar por la melancolía que la embargaba, se puso el abrigo, se despidió de sus hijos y se marchó con James. Los corazones de Drake y Emmeline se desgarraron desconcertados cuando escucharon el ruido de la puerta al cerrarse. El chico abrazó a su hermana para consolarla y, en silencio, trataron de asimilar lo que acababa de pasar y la posibilidad de que nunca volvieran a ver a su padre.

13

LA VISITA DE LUCIANO

1935

Tras la marcha de James, Emily y sus hijos se habían ajustado exactamente al plan que habían maquinado. No salían de casa nada más que para lo estrictamente necesario y llevaban una vida discreta y de duelo sin levantar sospechas.

El ambiente era sombrío esa noche, una fina lluvia repiqueteaba en los cristales, la casa estaba en silencio y las cortinas cerradas a cal y canto. Emily estaba terminando de fregar los platos cuando oyó el motor de un coche detenerse frente a su edificio. Por instinto, se asomó a la ventana, y vio a varios hombres bien trajeados descender de un vehículo negro. Se le puso la piel de gallina al instante y su cuerpo se tensó como la cuerda de un arco al ser estirada. Estaba segura de que esa visita no era de cortesía y un miedo atroz recorrió su espalda.

—Drake, Emmeline —corrió hacia la sala donde estaban sus hijos —. Vamos, deprisa, a la cama.

—¿Qué pasa, mamá? —interrogó la chica al ver la premura con la que se movía su madre.

—Son los hombres de Luciano, vienen hacia aquí.

—Yo no me muevo —afirmó Drake—. No te voy a dejar.

—Tú harás lo que yo te diga. Es mejor que esté yo sola, podré manejar mis emociones, pero no sé si vosotros sabréis manejar las vuestras. Vamos, a la cama ya.

Los jóvenes obedecieron a su madre justo antes de que unos nudillos tocaran a la puerta con severidad. Emily tuvo el tiempo justo de ponerse una bata vieja encima de su ropa de calle antes de abrir.

—¿Puedo ayudarlos en algo? —dijo la mujer a través de la puerta entreabierta.

—¿Podemos pasar, señora Knox?

Frente a ella se presentó el mismísimo Lucky Luciano, educado, elegante, pero también perspicaz y poco inclinado a dejar cabos

sueltos. Como siempre iba exquisitamente vestido con un traje de chaqueta ancha y zapatos Oxford, pero su presencia enrareció el ambiente, que se cargó de tensión, desconfianza y peligro.

—¿Sabe quién soy?

—Por supuesto, señor Luciano —dijo Emily, disimulando el temblor de su voz, y abrió la puerta con una mezcla de nerviosismo y tristeza cuidadosamente interpretada.

Luciano entró acompañado de dos de sus mejores lugartenientes y con parsimonia observó cada detalle de la casa.

—¿Quieren sentarse?

—No, no se moleste, solo hemos venido a presentarles nuestras condolencias. Escuché lo de James, y ya sabe…, siempre me preocupo por los míos.

—Es usted muy amable. Todo esto ha sido… tan repentino. —Emily sacó un pañuelo del bolsillo de la bata y se enjugó unas lágrimas.

—¿Dónde están sus hijos? —La pregunta la dejó sin respiración. El capo los había estudiado y sabía de la existencia de Drake y Emmeline. La amenaza velada la aterrorizó y tuvo que sobreponerse para no gritar.

—Están dormidos. Desde la muerte de su padre, están muy afectados, imagino que puede comprenderlo.

—Por supuesto —agregó Luciano. El hombre se paseó por toda la casa y sus ojos felinos se clavaron en Emily cuando se paró frente a ella. Se tomó su tiempo examinándola.

—James nunca me habló de lo guapa que es usted.

Emily fingió sentirse avergonzada, el hombre la estaba poniendo muy nerviosa y le costaba mantener la compostura.

Luciano se acercó a una de las repisas del salón y cogió una fotografía familiar en la que se encontraban Emily, sus hijos y James con su máscara. La observó con desprecio.

—Su marido era un buen hombre. Es una lástima lo que le ha ocurrido ahora que empezaba a tener más responsabilidades con nosotros.

El capo estudiaba cada movimiento de Emily, que se sintió como una presa a punto de ser devorada. La tensión podía cortarse, pero

la mujer no se amilanó. Tenía mucho que perder si la descubría, así que siguió en su papel de viuda desconsolada.

El mafioso, sin prisas, se sentó en el sofá sin pedir permiso.

—Últimamente, su marido parecía cambiado… Pero, claro, a veces, la presión en nuestro trabajo es demasiado alta. ¿Cómo ocurrió? —dijo de golpe, cambiando de tema.

—¿Perdón?

—Sí, su muerte, ¿cómo ocurrió? Era aún un hombre joven.

—Fue un accidente automovilístico —contestó Emily escueta.

—¿Un accidente?

Emily no quería dar más detalles de los necesarios, pero Luciano no se iba a conformar sin una explicación más elocuente. Sabía de más que el mafioso se había enterado de los pormenores de la muerte de James, pero estaba claro que quería conocerlos por ella.

—Su coche derrapó en la carretera. No pudo controlarlo y cayó por un acantilado. No hubo nada que se pudiera hacer. Imaginé que usted ya lo sabría.

James y Emily se habían deshecho del coche gracias a los amigos de Ruth de Harlem y habían previsto la visita de Luciano y lo que Emily tenía que decir cuando se presentara en su casa. Sin embargo, ahora que lo tenía delante, la presencia del capo la atemorizaba más de lo que había anticipado. Sus ojos de serpiente trataban de mirar dentro de ella y, a pesar de sus modales esmerados, no podía esconder que en realidad era un ser brutal y despiadado.

Luciano la observó en silencio midiendo cada palabra, cada gesto.

—Sí, lo sabía, pero quería que me lo contara usted —dijo con tono amenazante.

Uno de los hombres deambuló por la casa de los Knox a un gesto casi imperceptible de su jefe. Se adentró en la cocina, abrió puertas y cajones e incluso echó un vistazo en las habitaciones de los hijos de Emily, que fingieron estar dormidos.

Luciano chasqueó la lengua y movió la cabeza, desilusionado.

—Es una pena lo que le ha ocurrido a su esposo. Espero que la familia se mantenga ahora más firme que nunca, sin necesidad de

tomar… decisiones imprudentes. —Emily le mantuvo la mirada. La advertencia de Luciano estaba clara, pero no se derrumbó—. Sabe que estamos aquí para proteger a los nuestros, ¿verdad?

—Lo sé…, y le estoy muy agradecida.

El lugarteniente del capo regresó junto a él y negó con la cabeza con un gesto que indicaba que no había observado nada fuera de lo normal. Luciano respiró profundamente, molesto. Se dirigió hacia la ventana y clavó sus ojos oscuros en la noche sin estrellas.

—Una cosa más, señora Knox…, ¿por qué un entierro tan repentino? Me hubiera gustado despedirme de su esposo y ver su cuerpo. —A Emily le temblaron las piernas—. Entienda que los negocios no son fáciles, hay que estar seguro.

Emily tragó saliva e hizo un esfuerzo por no descomponerse. Había planeado ese momento al detalle y sabía que tenía qué responder. James ya la había advertido de que Lucky pediría pruebas de su muerte, y no se había equivocado. Por esa razón, se había de preparar cuidadosamente el «entierro» de James para no dejar flecos.

—Bueno, no tenemos familia en América a la que tuviéramos que esperar para el sepelio y el cuerpo de mi marido quedó irreconocible. No quise que mis hijos lo vieran así, por eso decidí enterrarlo rápidamente, pero le puedo mostrar el certificado de defunción… Está en orden.

Emily no le dio tiempo a Lucky Luciano a responder cuando se encaminó a su dormitorio y volvió con el documento falsificado que había obtenido gracias a sus contactos. Se lo entregó al capo, que lo estudió sin dejar de mirarla a los ojos. Estaba convencido de que algo no cuadraba y odiaba que esa mujer estuviera riéndose de él. Buscó un indicio de nerviosismo en ella, pero no logró que se tambaleara, y sin pruebas contundentes de que la muerte del inglés no había sido real, no pudo hacer nada más y se dio por vencido por el momento. Emily había ganado. El hombre se levantó del sofá visiblemente enojado, pero decidió retirarse y dejarlo pasar. Al fin y al cabo, si Cara de Lata seguía vivo, estaba seguro de que tarde o temprano lo descubriría. Con un breve chasquido de los dedos, dio una señal a sus hombres para que salieran de la casa.

—Espero que encuentre consuelo, señora Knox, pero… no olvide que nosotros siempre estamos vigilando. Cuídese.

Sin mediar más palabras, los hombres se fueron tan rápido como habían llegado, dejando a Emily como un flan, sola, en medio del salón de su casa. Sus hijos se levantaron y se abrazaron a ella.

—¿Cómo estás, mamá? —preguntó Emmeline, asustada.

—Exhausta, pero hemos superado la prueba. Papá estaría orgulloso. Sin embargo, debemos tener mucho cuidado. La amenaza persiste y nuestros pasos deben seguir siendo cautelosos y calculados.

—No te preocupes —añadió Drake—, así lo haremos.

Con el susto en el cuerpo, la madre besó a sus hijos temerosa. Estaba contenta de que Luciano no pudiera controlar más la vida de James, aunque era evidente que su sombra aún se cernía sobre el resto de la familia.

14

FUERA DE CASA

1935

James había salido de Nueva York en barco con una identificación falsa. Viajó como un pasajero común hasta el puerto de Rotterdam en los Países Bajos y desde allí en una ruta ferroviaria a través de Austria. El viaje en tren desde Viena a Belgrado le tomó doce horas y, aunque estaba exhausto, lo que peor llevaba era la soledad, que intensificaba sus pensamientos. Desde que abandonó la ciudad, había pasado las noches sin dormir repasando su plan, asegurándose de que no cometía ningún error, en alerta máxima y desconfiando de cualquier persona que se le acercase. Había barajado la posibilidad de hacer el itinerario a través del puerto francés de Dove o incluso el de Liverpool en el Reino Unido; los muelles de Nueva York eran un hervidero de actividad y podría haber elegido cualquiera de ellos, sin embargo, le pareció más segura la ruta holandesa.

Su viaje había estado cargado de ansiedad y tensión, una prueba emocional hasta llegar a Yugoslavia que le había resultado difícil de manejar. Amaba a su hermana y estaba contento de volver a verla, pero no bajo las circunstancias en las que iba a hacerlo. Se sentía atrapado entre el pasado en la mafia que quería dejar atrás y la incertidumbre del futuro. La idea de que Luciano pudiera estar siguiéndolo o, peor aún, tomar represalias contra su familia lo atormentaba. Cada puerto, cada tren, cada paso fronterizo, había sido un suplicio, se sintió observado, como si en cualquier momento alguien pudiera descubrir su verdadera identidad, y el remordimiento de dejar a su familia detrás era una carga abrumadora que no podía quitarse de la cabeza. Sabía que fingir su muerte había sido la decisión acertada, pero no dejaba de preguntarse qué pasaría si la mafia dirigía su mirada hacia Emily y sus hijos. Tampoco estaba seguro de si en Serbia estaría seguro o si los tentáculos del capo tendrían alcance hasta en ese lugar remoto de Europa. Lo último

que quería hacer era poner a Hattie y a su esposo, Darko, en peligro, pero cuando ingenió su plan de escape, fueron las únicas personas en las que pudo pensar para que lo ayudasen.

Emily había acordado en una conferencia telefónica con Hattie que no irían a recoger a James a la estación. Lo más seguro sería que él mismo buscara la manera de llegar a su casa a las afueras de Belgrado.

La casa de Darko y Hattie era modesta, pero a la vez acogedora. Se ubicaba en lo alto de una colina achatada y estaba rodeada de campos y viñedos lo suficientemente alejada de la ciudad como para proporcionarles la discreción que necesitaban. Hattie no sabía exactamente cuándo James llamaría a su puerta, pero ese día había estado agitada, y cuando Darko le propuso ir temprano a dormir, rehusó el ofrecimiento con cariño.

—Solo un rato más, mi amor. Tengo el presentimiento de que hoy será el día.

—Está bien, leeré y te esperaré despierto.

Hattie se preparó un té y miró a través de los cristales de la ventana de la cocina, todo parecía tranquilo, al igual que los días anteriores, cuando también se había quedado despierta esperando a James. El sol se ponía perezoso y su luz, ya tenue, se reflejó sobre los árboles y tiñó las nubes de rosa y naranja. El ambiente era de calma, pero el corazón de Hattie rebozaba lleno de turbulencias. La historia sobre la mafia y el peligro que corría su hermano y su familia en Nueva York no la habían dejado dormir desde que se había enterado, y deseaba verlo aparecer sano y salvo para encontrar la paz que hacía semanas había perdido.

James había decidido ir andando desde la estación principal de Belgrado hasta casa de Hattie. No quería arriesgarse a coger un taxi, por lo que tuvo que caminar más de una hora hasta llegar allí. El camino no le resultó muy difícil y una mezcla de alivio y nerviosismo lo invadió cuando vio la casa a lo lejos. Era exactamente como su hermana se la había descrito a Emily, y una gran paz le inundó el alma haciéndolo llorar. Hacía más de una década que no se veían y, a pesar de que había mantenido la comunicación por carta, no sabía cómo sería el reencuentro después de tantos años.

Hattie puso los dos brazos en la mesa y reposó la cabeza en ellos haciendo que su melena rizada se esparciera en cascada. Unos golpes, apenas audibles, la sobresaltaron e hicieron que se pusiera de pie de inmediato derramando el té.

—¿Quién es? —preguntó en inglés.

—Soy yo, James.

El corazón de la mujer se desbocó de repente hasta el punto de que encontró dificultoso abrir la cerradura, y solo cuando tuvo a su hermano frente a frente, logró calmarse. Ambos se quedaron quietos, mirándose, intentando reconocerse. Hattie fue la primera en lanzarse al cuello de James y lo abrazó fuertemente, casi como si quisiera asegurarse de que era real.

—Oh Dios mío, ¡cuánto te he echado de menos! ¿Estás bien? —dijo con lágrimas en los ojos mientras lo tocaba de arriba abajo para asegurarse de que no era ninguna aparición.

—Ahora sí —añadió James, hundiendo su cara en el cuello de su hermana. Darko observó la escena, lleno de emoción, desde lo alto de la escalera, pero pensó que sería mejor no interrumpirlos. Sabía cuánto James significaba para su esposa y prefirió dejarlos solos para que se pusieran al día.

—No puedo creer que estés aquí. Pasa. —Hattie tiró de su hermano hacia dentro y volvió a abrazarlo con fuerza.

—No sabes cuánto he deseado este momento… Lo único que me duele son las circunstancias en las que nos volvemos a encontrar. Siento ponerte en esta situación, yo…

Con desgana, Hattie se apartó de él y tocó su rostro enmascarado.

—Shhh —le dijo—, no importa lo que hayas hecho o porqué necesitas estar aquí. Lo único valioso es que sigues siendo mi hermano y que te quiero. ¡Ojalá hubieran podido acompañarte Emily y los niños! Os he echado mucho de menos.

—Ya no soy el mismo —dijo el hombre con lágrimas en los ojos —. No me conoces, hace tiempo que me perdí en el camino y ahora he tenido que fingir mi muerte y escapar… Si la mafia se entera, puede venir tras de mí, de mi familia o incluso tras de ti y Darko. Odio traerte mis problemas, pero no sabía a quién más acudir.

—Ven, siéntate aquí —le indicó Hattie, que lo llevó de la mano hasta un sillón en el salón.

El interior de la casa era acogedor, el fuego estaba encendido y había un ligero aroma a comida recién hecha.

—¿Tienes hambre?

—¿Lo que huele es un *cutting pie*?

—Exactamente, de pollo y jamón.

—¿Cómo podría rechazar algo así? Hace años que no lo como.

James se quitó la máscara, le lanzó una breve sonrisa desfigurada a su hermana y Hattie lo besó en la mejilla.

—Me gusta tu casa, se respira paz y te juro que es lo que necesitaba.

—Sé que la situación es desesperada, pero mírame. —La mujer se puso delante de él y le clavó los ojos oscuros—. Aquí estás a salvo, ¿me oyes? Estamos juntos ahora y no importa lo que hayas hecho o lo que tenga que venir, somos familia.

James se relajó poco a poco porque sabía que su hermana era sincera y en sus ojos reconoció su fortaleza y apoyo incondicional. Hattie llamó a su marido.

—¡Darko! —gritó—. James ha llegado. El hombre bajó con una sonrisa cálida en la cara, su pelo rizado de antaño se había vuelto más ralo, pero su empaque tranquilo seguía intacto.

—Me alegro de que estés aquí. Nuestra casa es la tuya, hermano.

James, emocionado, contuvo las lágrimas como pudo y le tendió la mano que Darko apretó con fuerza.

—Vamos, siéntate con nosotros, le iba a poner un trozo de *pie* a James. ¿Quieres un poco?

—Y, ¿qué tal un vaso de Rakia para celebrarlo?

—Eso está hecho —dijo Hattie, que corrió a por tres vasos para que su hermano probase la bebida nacional.

Los tres brindaron por el futuro y se pusieron al día de sus vidas sentados a la mesa. A pesar de la presión y el miedo, James se sintió mucho más en paz y relajado de lo que había estado en años y en la pequeña casa de la colina de los Matić volvieron a ser una familia. Rodeado del amor de su hermana y de Darko, por primera

vez en mucho tiempo, James permitió sentirse de nuevo esperanzado.

15

NO ES TU GUERRA

1936

Como habían prometido, Emily y sus hijos no intentaron contactar a James, a pesar de que hacía meses que había salido de sus vidas. Ni siquiera le habían escrito a Hattie para evitar que pudieran rastrear las cartas. Emily tenía la sensación de que habían conseguido engañar a Luciano, aunque estaba convencida de que aún era pronto para cantar victoria y debían seguir siendo prudentes. Echaba tremendamente de menos a su esposo, y cualquiera que la estuviera vigilando vería tanto en su semblante como en el de sus hijos una pena que los ayudaba para evitar levantar sospechas. Desde la visita del capo, los Knox no habían vuelto a ver a ninguno de sus hombres rondando su casa, pero no les cabía duda de que les seguían los pasos. Los mafiosos no eran más que felinos salvajes buscando el momento para atacar a su presa y, a pesar de que el plan había funcionado, no se rendirían hasta estar convencidos de que la muerte de James había sido sincera.

Drake se había negado a seguir estudiando desde la partida de su padre. El dinero que Emily ganaba en el Ejército de Salvación no era suficiente para mantenerlos a flote y el chico resolvió que debía trabajar en algo distinto a la venta de periódicos, un trabajo más estable que le reportara más beneficios. El disgusto fue mayúsculo para su madre, aunque a Emily no le quedó más remedio que obligarse a recordar que James había estudiado más tarde en la vida y le había ido bien en el periodismo, y se dijo a sí misma que el hecho de que su hijo hiciera una pausa en sus estudios no era el fin del mundo.

El chico había afianzado su amistad con Ian Johnson y se tomó como algo personal el protegerlo de los abusos y atropellos a los que jefes y clientes lo sometían. Había heredado de Emily el sentido de la justicia, la lealtad y la lucha por las buenas causas, y le revolvía el

estómago lo mal que trataban a Ian solo por su color de piel. Sus personalidades eran distintas, pero la rabia silenciosa ante las injusticias y las desigualdades de la sociedad en la que vivían los acercó mientras crecían y marcaron la manera de ver el mundo de los dos amigos.

En 1936, los dos muchachos ya llevaban un año trabajando en una de las fábricas manufactureras más grandes de Nueva York. Su experiencia en la participación en el sindicato de *newsboys* y la necesidad creciente de luchar por mejores condiciones laborales hicieron que los jóvenes se involucrasen cada vez más en pequeños movimientos locales por los derechos civiles, y siempre se les podía ver juntos en reuniones comunitarias en las que se discutía la opresión de las clases bajas y las minorías.

Tanto Drake como Ian tenían un carácter apasionado. No habían nacido para ser meros observadores, y era obvio que les gustaba arremangarse y meter las manos en la masa. Simplemente, no estaban hechos para quedarse de brazos cruzados. Desde que ambos pusieron el pie en la fábrica, se involucraron en los sindicatos de la manufacturera y en el Internacional de Trabajadores de la Confección de América para protestar contra las duras condiciones laborales de largas jornadas, bajos salarios y un entorno peligroso e insalubre. Drake era el más lanzado de los dos y siempre conseguía arrastrar a Ian en todo lo que se proponía. No es que el chico de los Johnson no opinara lo mismo que su amigo, pero su color hacía que se pensara mejor las cosas y fuera menos impulsivo.

Drake tenía muy buena relación con su madre, le resultaba fácil hablar con ella y era incapaz de ocultarle nada, aunque esa mañana le pareció difícil iniciar una conversación que sabía que ella no aprobaría. Se sentó en la cocina, donde Emily andaba atareada con los platos y comenzó a silbar el estribillo de una canción de moda para tranquilizarse.

—¿Te preocupa algo? —preguntó Emily, que conocía a su hijo a la perfección.

—No es nada.

—¿Estás seguro?

—Bueno, es solo que Ian y yo fuimos anoche a una reunión clandestina del Partido Comunista.

Emily tapó la salsa que estaba preparando, se dio la vuelta y le mantuvo la mirada.

—Pensaba que no permitían la entrada de menores en sus filas.

—Y así es, pero es algo informal, fuimos con un grupo de amigos de la fábrica que están interesados en el activismo y los derechos laborales como nosotros.

Emily se mordió el labio para evitar sonreír. Drake era muy joven, pero estaba genuinamente atraído por todo lo que implicaba la justicia social, y lo amaba por eso. No obstante, estaba preocupada, eran tiempos difíciles marcados por tensiones sociales y un racismo sistémico. En Estados Unidos, había una fuerte represión hacia movimientos que se consideraban radicales o subversivos y le daba miedo que su hijo pudiera meterse en líos. Solo la amistad entre Drake e Ian era vista como inusual y les había causado problemas a los dos tanto por parte de las autoridades como de otros blancos poco tolerantes.

—Sabes que os apoyo —le aseguró Emily—, pero…

—Sabía que ahora vendría el pero.

—Es solo que el Partido Comunista es visto en este país como una amenaza para el orden establecido, por su ideología y por su llamada a la igualdad racial y de clase. Eres muy joven para que te etiqueten de persona subversiva o peligrosa, pueden tacharte de «agitador» político y eso te traería muchos problemas. ¿No sería mejor que esperaras unos años más para involucrarte en ese tipo de reuniones? Creo que a tu padre no le gustaría.

—Por eso esperaba una respuesta así de papá, pero no de ti. ¡Que espere unos años! ¿Y qué hago mientras tanto?, ¿dejar que se pisoteen nuestros derechos? —dijo enfadado.

—Me temo que, aunque seáis jóvenes, el gobierno os mirará con desconfianza y hasta podríais ser vigilados por las autoridades. Eso podría poner en riesgo vuestro futuro.

—Mamá —exclamó el chico, molesto—, ¿te estás escuchando? Tú no te aplicas el cuento, siempre has hecho lo que has creído mejor y más justo, ¿por qué yo no?

Emily lo pensó un momento y se distrajo removiendo la salsa de tomate que estaba cocinando.

—Tienes razón —claudicó—, es solo que me preocupo por ti. Esta sociedad solo promueve el individualismo y me da miedo que te hagan daño.

Drake abrazó a su madre, y Emily se fundió en él deseando que volviera a ser pequeño de nuevo. Sus hijos estaban creciendo muy deprisa y no estaba segura, especialmente sin James a su lado, de que estuviera preparada para afrontarlo.

—Al menos, prométeme que no os vais a meter en líos.

—Mamá, Roosevelt ha aprobado la Ley Wagner, ahora los derechos de los trabajadores a organizarse en sindicatos y participar en actividades es legal y hay garantías de que no habrá represalias.

—Oh, Drake, ¡aún te queda mucho por aprender! La ley es buena y está ayudando a la protección de los derechos de los trabajadores, pero en muchos aspectos es solo humo. Las autoridades, los rompehuelgas o los grupos anticomunistas siguen siendo muy violentos y no los detendrá una ley recién aprobada. Eso es lo que me da miedo.

—Está bien, mamá, si eso es lo que quieres oír, no me meteré en problemas.

—No es solo lo que quiero oír, es lo que me gustaría que hicieras.

Emily se volvió hacia los fogones disgustada. Siguió con la comida mientras Drake tamborileaba con los dedos en la mesa.

—¿Qué pasa?, ¿hay algo más que quieras contarme?

Al muchacho le fastidiaba que su madre siempre viera a través de él como si estuviera hecho de un cristal fino y transparente.

—La verdad es que sí —dijo frunciendo el ceño—. Me gustaría hablarte sobre lo que se dijo en la reunión de ayer.

—¿Y bien…? —lo animó Emily, intrigada con tanto misterio.

—Anoche vino a hablar con nosotros un veterano de la lucha obrera en España, un camarada del Partido Comunista de ese país.

Emily se quedó petrificada. Hacía unos meses que había empezado la Guerra Civil española y solo pensar en un nuevo conflicto hacía que se le helara la sangre, pero evitó demostrar sus

sentimientos para que Drake siguiera contándole lo que le preocupaba.

—¿Qué os dijo? —preguntó la madre en un susurro, temiéndose lo peor.

—Habló sobre la guerra. Es un hombre que ha participado en combates defendiendo a la Segunda República Española, pero su grupo se ha dado cuenta de que, a pesar de que el entusiasmo es fuerte entre los republicanos, necesitan refuerzos internacionales, ya que las fuerzas franquistas cuentan con el apoyo de Alemania e Italia. Ha corrido mucho peligro para llegar hasta aquí y creo que se merece que todos lo escuchemos con atención.

Emily se apoyó en el fregadero y cerró los ojos de espaldas a su hijo. El corazón le latía tan fuerte que sentía sus pulsaciones en las sienes. La imagen de la guerra volvió a su retina con absoluta claridad, al igual que la cara de Mary Carr, la madre de su amigo Ed, muerto en el Somme. Recordó lo que el conflicto le había hecho a James, Charlie y otros muchos jóvenes que jamás regresaron a casa, y un temor irracional se le instaló en la boca del estómago.

—Hay muchas maneras de luchar por lo que consideramos justo. No hace falta ir a la guerra. Yo he vivido una, y créeme que no soluciona nada.

—Esta solucionará el avance del fascismo.

—Solo si ganan, Drake. Créeme, no es una buena idea.

—Mamá, yo no he dicho que vaya a ir a ninguna guerra. Ha sido solo una reunión del Partido.

—Si eso es cierto, ¿por qué me lo estás contando?

Drake bajó la mirada y Emily sintió un escalofrío que recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies.

—Estoy de acuerdo en que luches por cambiar el mundo, hijo, pero yo he visto de primera mano los efectos devastadores de una guerra. No quiero que sufras lo mismo, ya se sacrificó nuestra generación para que las siguientes no tuvieran que pasar por algo así. Solo el rostro de tu padre es un recordatorio continuo de la brutalidad de una batalla, no podría soportar que te ocurriera algo así a ti también. Además, ¿por qué unos muchachos extranjeros querrían marcharse a una guerra que ni siquiera es suya?

—Ese es el error, mamá —expuso Drake exaltado—. Esta guerra no es solo de los españoles, es de todos. Es una lucha por la democracia. Si no ayudamos y los fascistas ganan, ¿qué impedirá una nueva guerra mundial?

—En este país hay muchas injusticias aún por combatir: el racismo, por ejemplo, los derechos laborales y civiles. Creí que estabas interesado en esos temas. No necesitas cruzar un océano para encontrar algo por lo que luchar.

—Lo sé, pero esta guerra es importante. Si el fascismo gana en España, se extenderá, por eso la causa republicana es también la causa de los trabajadores oprimidos del mundo.

—¿Has leído los periódicos, Drake? En España se están cometiendo verdaderas atrocidades, los bombardeos, las ejecuciones, están a la orden del día. No es lo mismo que te lo cuenten a vivirlo, tú no sabes que es una guerra —grito Emily desesperada.

Drake ignoró el comentario de su madre y se puso de pie junto a ella.

—Se han creado unas Brigadas Internacionales —dijo en voz baja—. Es una unidad de combatientes voluntarios de todo el mundo. En España se necesitan jóvenes fuertes y comprometidos para unirse a la causa y luchar en las trincheras. No es solo cuestión de solidaridad, es una oportunidad para detenerlos, mamá. Incluso Ian puede participar, el color de su piel no importa para luchar por la libertad. ¡¿No es maravilloso?! Los americanos negros podrán combatir codo a codo con los blancos en condiciones de igualdad. Nos han prometido que no habrá ni segregación ni discriminación. En el ejército de las Brigadas Internacionales, el criterio de la selección solo se basa en nuestro compromiso político y la dedicación a la causa antifascista, no en el color de la piel.

—Basta, Drake, no sabes de lo que hablas —estalló la mujer. Los recuerdos de la Gran Guerra se agolpaban en su mente impidiéndole pensar—. No irás. —Su hijo la miró confundido y Emily trató de buscar una excusa a la desesperada—. Sería ilegal, la Ley de Neutralidad prohíbe el apoyo a cualquiera de los bandos. ¿Crees que

las autoridades americanas no vigilarán de cerca el hecho de que se recluten jóvenes para España? Podrías hasta ir a la cárcel.

—Será mejor que dejemos esta conversación, mamá —sentenció Drake frustrado—. Pensaba que precisamente tú me entenderías, pero ya veo que no es así. La verdad es que no tenía claro qué hacer. Salí de la reunión con una mezcla de emoción y temor al mismo tiempo. Ian y yo prometimos pensarlo bien antes de alistarnos, pero tu reacción me parece injusta y ha hecho que ahora tenga aún más ganas de irme a España. Has sido tú la que me has enseñado a no pensar solo en mí y pelear contra las injusticias o la opresión. Esta es una gran oportunidad, ¿o es que han cambiado tus convicciones?

—No, no lo han hecho —dijo Emily, que se sentó en una de las sillas de su cocina abatida—, pero eres mi hijo, y eso es lo que cambia las cosas. Una guerra es solo un conflicto donde los poderosos juegan con las vidas de los muchachos idealistas como tú. Los sacrificios que hicimos los chicos de nuestra generación no lograron la paz prometida, la lucha en España será igualmente inútil.

Drake le dio un puntapié a la mesa, estaba furioso y nunca había visto a su madre tan enfadada.

—Tu padre y yo no sobrevivimos ni nos sacrificamos tanto para perderte ahora. En una guerra solo hay muerte y destrucción, y el heroísmo y la lucha por la justicia rara vez nos llevan al resultado que prometen.

—Será mejor que dejemos esta conversación —sentenció el joven, que con paso decidido se dirigió a la puerta.

—Por favor, no lo hagas, Drake.

El muchacho la miró con tristeza.

—Creí que apoyarías mi postura y comprenderías mi deseo de luchar por una causa justa.

—Entiendo que quieras pelear, pero te aseguro que no podrás cambiar el mundo con la guerra. Esa no es la manera y solo sirve para provocar sufrimiento.

El muchacho se dio la vuelta y Emily comprendió que no podría hacerlo cambiar de opinión.

—Espera —gritó entre lágrimas.

El chico se detuvo sin volverse.

—Ojalá pudiera detenerte, pero te conozco demasiado bien, Drake Knox, y sé que tu corazón ya ha tomado una decisión. Solo necesito que me prometas una cosa.

—¿Qué quieres que te prometa?

—Que volverás con vida.

El muchacho volvió junto a su madre y la besó en la mejilla.

—Te veré esta noche, mamá. —Y salió de la habitación sin hacerle una promesa que sabía no dependía de él.

Con el corazón hecho pedazos, Emily se dejó caer en el suelo y deseó con toda su alma tener a James a su lado. Él hubiera sabido qué decirle a su hijo para que no se fuera. Sin embargo, y a pesar de todo su temor, una pequeña parte de ella admiró el valor de Drake, cargado de j1uventud, idealismo y esperanzas, un valor que le venía heredado de ella y de una época lejana que Emily quería olvidar.

16

BELGRADO

1936

Después de casi un año en Serbia, James se había adaptado bien al país. Hacía meses que había empezado a trabajar y, temeroso de que la mafia pudiera seguir sus pasos, siempre era cuidadoso y evitaba rodearse de gente. Tomaba todo tipo de precauciones, como salir de casa a horas distintas cada día y seguir rutas diferentes para que no pudieran rastrear sus pasos. Toda precaución era poca con Lucky Luciano y sus hombres. James consideraba que ese pequeño esfuerzo no era nada en comparación con su seguridad.

Esa mañana, sabía que sería distinta a todas las demás. Salió temprano, se cubrió el rostro con su máscara, se puso un sombrero de fieltro, una gabardina con el cuello levantado y tomó el tranvía eléctrico. Se sentó al final del vagón e intentó pasar desapercibido, un serbio más que cogía el transporte público para llegar al trabajo. Miró su reloj de pulsera, nervioso. Tenía que ser puntual si quería hablar con su jefe, y era imperativo que lo hiciera lo antes posible.

James se bajó en la primera parada de la parte vieja de la ciudad. Belgrado era un lugar vibrante, una mezcla de culturas, religiones, economía y política que la hacían única, además de haberse convertido en la capital del Reino de Yugoslavia. El casco antiguo conservaba la influencia otomana y sus calles estrechas siempre lo llevaban a pensar que se encontraba dentro de la novela de *Las mil y una noches*. La parte nueva de Belgrado le gustaba menos, ya que era más parecida a las construcciones europeas modernas, con edificios neoclásicos o de *art decó* que, aunque bonitos, no tenían el exotismo de la zona vieja. Hacía frío, y James se ajustó el sombrero y se subió aún más el cuello de la gabardina, pero no logró entrar en calor.

Apresuró su marcha y pensó en lo agradecido que estaba a su jefe por haberle dado la oportunidad de volver a trabajar. No le

gustaba ser una carga para su hermana y su esposo, y hasta que encontró un empleo en Belgrado, se pasó los días angustiado en casa de Hattie pensando a que podía dedicarse. Probó suerte contactando a algunas de las agencias de noticias internacionales que operaban en el país. No hablaba serbio y encontrar un puesto que no fuese en inglés se le hizo muy complicado, aunque hubiera trabajado de cualquier cosa si lo de las agencias no hubieran salido bien. La única condición que se había autoimpuesto era que su próximo empleo estuviera dentro de la ley.

James llegó al centro temprano, por lo que decidió pasear para despejar la cabeza. Tenía mucho en lo que pensar y decisiones que tomar que no le resultaban fáciles; además, se sentía alicaído y echaba terriblemente de menos a Emily y a sus hijos, con los que no se había comunicado desde que salió de Estados Unidos. Había acordado con su familia que no hablarían por teléfono ni se cartearían durante su primer año en Yugoslavia para evitar un posible seguimiento de Luciano y sus hombres. Y lo estaban cumpliendo a rajatabla, a pesar de lo duro que el plan estaba resultando.

Mientras paseaba, admiró los innumerables y bonitos edificios de la ciudad y la cantidad de gente que, con paso apresurado, cruzaban por los nuevos puentes que se habían construido sobre el río Sava para mejorar la conexión con la vecina ciudad de Zemun. A James aún le sorprendía que en ese magnífico lugar no habitaran solo serbios, como Darko. Por el contrario, Belgrado también era el hogar de croatas, eslovenos, bosnios y macedonios, además de turcos, gitanos y judíos, un verdadero crisol de culturas y nacionalidades que trabajaba para el crecimiento de la ciudad y que a él le parecía maravilloso. Echaba de menos Nueva York, pero Belgrado también era un sitio efervescente y contaba con una gran cantidad de cines, restaurantes y cafeterías, donde se veía a gente reunida en tertulias hablando de política, literatura o arte. James no había podido participar de la vida de la ciudad, a pesar de que le hubiera encantado poder asistir al teatro o tomar un té en la calle Knez Mihailova o en la plaza Terazije. Sin embargo, sabía que su particular situación le impedía disfrutar de esos pequeños lujos y solo se

permitía salir de casa de Hattie para ir al trabajo. Su hermana sí solía aprovechar la noche belgradense con su esposo, y para que James no se sintiera tan solo, le contaba con todo lujo de detalles cómo eran los salones de bailes, restaurantes o los clubes nocturnos a los que acudían con frecuencia.

No todo en Belgrado eran luces, también tenía sus sombras, ya que Yugoslavia también había sido alcanzada por la Gran Depresión que removió los cimientos estadounidenses y del mundo. Sin embargo, la familia de James había tenido suerte y Hattie y Darko no habían perdido sus empleos. La mujer trabajaba como enfermera en el Hospital Estatal, uno de los centros médicos más importantes y reconocidos de la ciudad. Su experiencia con las ambulancias y en el campo de batalla durante la Gran Guerra la posicionaron bien para conseguir el puesto que aún conservaba casi dos décadas después del fin del conflicto armado. Darko también había tenido suerte y, tras la recuperación de sus heridas de guerra, le ofrecieron un cargo político al que más tarde renunció para entrar en la Policía Local. No le había resultado difícil encontrar ese empleo, ya que las tensiones políticas y las preocupaciones por el creciente desorden civil llevaron a las autoridades a considerar a exmilitares para puestos de seguridad nacional. El rey Alejandro I había sido asesinado hacía solo un año, lo que había provocado un impacto profundo en la estabilidad política del país, por lo que Darko había visto asegurado su puesto aún en tiempos de crisis.

James volvió a mirar el reloj y agilizó el paso, no quería llegar tarde, no esa mañana. Cruzó el Mercado de Zeleni Venac, que bullía de gente que con prisa se dirigían a sus empleos a esa temprana hora, y James se fundió con los belgradeses sin llamar la atención.

Belgrado no era un centro de prensa extranjera tan grande como París o Londres, pero tenía una presencia notable de medios internacionales o agencias de noticias por su posición estratégica y por ser la capital de Yugoslavia. Esa situación era la que había ayudado a James a conseguir su empleo en Reuters, una de las agencias británicas más antiguas y respetadas del mundo, y que mantenía a sus lectores informados de las novedades políticas y conflictos en los Balcanes. En su búsqueda de empleo, James había

evitado recurrir a agencias norteamericanas, como United Press Internacional, era más seguro romper todo lazo con su país de adopción y concentrarse en los medios ingleses, y tras una entrevista personal, consiguió el trabajo en la agencia británica sin mucha dificultad.

James no trabajaba siempre en el mismo lugar, a pesar de que Reuters tenía su oficina principal en la plaza de la República. Esto le pareció un plus cuando le ofrecieron el empleo, ya que, sin un lugar fijo, sería como una diana en movimiento en caso de que la mafia lo estuviera vigilando. A pesar de todo, nunca trabajaba lejos de edificios gubernamentales, donde se ubicaban la mayoría de las agencias de noticias y las embajadas internacionales.

Llegó al edificio de la agencia en la calle Knez Mihailova, en el corazón de la ciudad, con mejor ánimo que cuando salió de casa de Hattie. Cuando entró, no se quitó la gabardina y se dirigió a grandes pasos al despacho del señor Maxwell, un inglés rubio y barrigón de carácter nervioso, aunque amigable.

—Señor, necesito hablar con usted —dijo, abriendo el despacho de su jefe.

—Pasa y cierra la puerta, tienes cinco minutos.

El hombre, con una camisa blanca arremangada, no levantó los ojos de los papeles que estaba revisando ni invitó a James a sentarse.

—Tengo que irme a España.

La afirmación pareció captar la atención de Maxwell, que dejó la lectura y corrió sus gafas hasta la punta de la nariz mirándolo de arriba abajo sin comprender.

—Sabes que allí están en guerra, ¿verdad?

—Pues claro que lo sé.

—Entonces, ¿por qué quieres ir a España?

—Podría cubrir la contienda.

—Claro, ¿para qué irías si no? Pero no has contestado a mi pregunta. Cualquiera pensaría que después de haber participado en la Gran Guerra y salir con… bueno, tus heridas —dijo el hombre señalando con cierta incomodidad el rostro de James—, no querrías saber más de ningún tipo de conflicto armado.

—Creo que puede ser interesante, y precisamente porque lo viví, tengo experiencia suficiente para narrar lo que está sucediendo allí.

Maxwell se puso de pie frente a James, se apoyó en su mesa y se llevó un lápiz a la boca pensativo. Lo miró con intensidad, estudiándolo.

—No me lo creo. Si quieres ir a España, tendrás que decirme la verdad.

—Digamos que tengo que salir del país.

—Eso me parece sincero, pero necesitaré más detalles.

—Señor —añadió James con un tono de voz suplicante y temeroso—, es mejor que no le cuente nada, sería mucho más seguro para usted.

—¡¿Para mí?! ¿Y qué tengo yo que ver con que tú te quieras ir a España? Lo siento, muchacho, no estás el primero en la lista ni tienes la experiencia necesaria para ser un corresponsal de guerra. Se acabaron tus cinco minutos. Mi respuesta es no.

—Señor Maxwell, usted no lo comprende, es cuestión de vida o muerte. Tengo que salir de Belgrado lo antes posible. ¿Puedo confiar en usted?

El hombre lo miró, preocupado, no era mala persona y observó en los ojos de James algo que le preocupaba de verdad.

—¿Qué te ocurre?

James sopesó la situación: podría irse a España sin más y no contarle nada a su jefe, pero su ayuda le haría las cosas infinitamente más fáciles.

—Prométame que lo que le cuente no saldrá de aquí.

—De acuerdo —titubeó Maxwell, intrigado.

—Está bien, trataré de resumirle mi situación. Salí de Nueva York hace un año engañando a la mafia y haciéndoles creer que había fallecido. Mi familia sigue allí y, conociendo a Lucky Luciano, estoy seguro de que aún los acecha como un halcón. No parará de investigar hasta que no tenga la absoluta certeza de que no fingí mi muerte.

James hizo una pausa para tragar saliva, y Maxwell esperó a que estuviera preparado para continuar.

—Mi cuñado es serbio, trabaja en la Policía Local, ayer tuvo noticias por unos compañeros de más rango que unos hombres extraños han llegado a la ciudad. Son americanos, pero tienen un acento italiano muy marcado. La mafia tiene redes extensas y conexiones en diferentes países, están seguros de que se trata del hampa. No puedo quedarme aquí, señor. Si lo hago y me descubren estoy muerto.

—¿Trabajabas para la mafia? —exclamó el inglés con los ojos muy abiertos.

—No me quedó más remedio, pero no he matado a nadie si eso es lo que le preocupa. Durante todo el tiempo que estuve con ellos, solo pensaba en cómo salir de ahí. La maldita crisis me obligó a aceptar traficar con alcohol para sacar a mi familia adelante.

—Entiendo —dijo Maxwell, agachando la cabeza.

—Cuando escapé de Estados Unidos, no estaba seguro de que mi plan de fuga fuese a funcionar. Sin embargo, durante un año no he tenido problemas. Creo que si están aquí por mí es que deben de haber rastreado mi pasado y habrán descubierto que mi hermana vive en Belgrado. No creo que se atrevan a hacerles daño a Hattie ni a su marido si no logran encontrarme, pero no puedo volver a Nueva York.

—Entiendo, aunque cabe la posibilidad de que esos hombres no estén en Belgrado por ti.

—Cierto, pero no quiero arriesgarme.

—¿Por eso España?

—Exacto, señor. No creo que la mafia se exponga yendo a un país en guerra, no soy tan importante y, tal vez, para cuando termine el conflicto, se hayan olvidado de mí y pueda reunirme de nuevo con mi familia.

Maxwell respiró hondo y se pasó la mano por el pelo contemplando que debía hacer.

—Por favor, señor. Me iré hoy mismo con o sin su ayuda, pero con su apoyo será más fácil.

—No sé, Knox… —respondió mirándolo sin saber que hacer—. ¿La mafia? ¿En serio?

—No le puedo negar que me vi obligado a trabajar para Lucky Luciano, pero solo me encargaba del transporte de licor de contrabando. Se lo juro.

El hombre dio algunos pasos largos por el despacho, pensativo, y tras un rato cavilando, le palmeó la espalda.

—Está bien, pero como periodista no puedes recriminarme que te investigue. Si descubro que me has mentido, yo mismo te entregaré a las autoridades. Odio a los hijos de puta de la calaña de Luciano, Al Capone o Frank Costello. Son solo basura y espero que me hayas dicho la verdad, de lo contrario, tendrás más problemas conmigo que con ellos.

—Le prometo que todo lo que le he contado es cierto, pero haga lo que tenga que hacer.

—Está bien, pues prepara tus cosas porque saldrás esta misma noche.

—Muchas gracias, señor —dijo James, aliviado, y le tendió una mano a Maxwell que este apretó en son de paz.

—Mandaré que te compren un pasaje para el norte de Francia, desde allí podrás coger un barco hasta España. Te daremos unas credenciales para que te acredites ante el gobierno republicano, las zonas controladas por ellos son más fáciles para la prensa internacional. Esto solo te permitirá el acceso a algunas áreas del país. Me preocupa tu inexperiencia, pero creo que podrás apañártelas —dijo el periodista, acompañándolo a la puerta—. Ah, muchacho, y ten mucho cuidado, esa gentuza no anda jugando.

—Gracias de nuevo, señor.

—Debes enviarnos informes diarios a través de telegramas o correo postal y te pondremos en contacto con otros expatriados simpatizantes republicanos que pueden darte información y ayudarte a acceder a diferentes partes del conflicto. Recuerda que una vez dentro estarás en territorio en guerra y te expondrás a los mismos peligros que la población civil española. Encontrarás censura, hostilidad en los dos bandos y no podremos hacer nada para protegerte. ¿Te ha quedado claro?

—Estoy dispuesto a correr ese riesgo. Ya he sobrevivido a una guerra, ¿por qué no a dos? De lo que estoy seguro es de que si la

red de Lucky Luciano ha llegado hasta aquí es porque sospechan algo. Si me quedo, mi hermana y su marido pueden morir asesinados, y eso no puedo consentirlo.

—Ten cuidado, James —masculló Maxwell—, porque una vez que cruces esa frontera, lo más probable es que no solo huyas de la mafia, sino también de los demonios que creías haber dejado atrás. Te lo digo porque yo también participé en la Gran Guerra y nada ni nadie me haría volver a otra. ¿Lo has pensado bien? Ir a España podría implicar que no regresaras. ¿Estás preparado?

James lo miró con decisión, sin atisbo de dudas en su rostro.

—Si el no regresar implica que mi familia esté a salvo…, sí, estoy preparado.

17

EMMELINE

1936

Emmeline, sentada en la cocina de su casa, no podía dejar de pensar en lo que le había contado su hermano; clavó los ojos en la mesa y jugueteó con sus dedos, preocupada.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

—Entonces, no hay más que hablar. Ya has tomado tu decisión. Te apoyaré en lo que pueda y cuidaré de mamá; no te preocupes por ella. Pero tengo una condición.

—¿Cuál? —dijo Drake, que le acababa de decir a su hermana su intención de irse con las Brigadas Internacionales a la guerra de España.

—Quiero asistir a todas las reuniones del Partido Comunista a partir de ahora. Necesito entender cuáles son sus razonamientos para que jóvenes extranjeros tengan que ir a luchar tan lejos de casa.

Drake lo pensó un momento. Conocía bien a Emmeline y sabía que no se daría por vencida, así que prefirió acceder y terminar con aquella conversación lo antes posible. Tenía una estupenda relación con ella y necesitaba que estuviera de su parte después de la hecatombe que había sido hablar con su madre. Le costaría mucho marcharse si su familia al completo no lo apoyaba, y Emmeline podía ser una buena aliada para convencer a Emily de que ir a España era lo correcto.

—Está bien, mañana por la noche, después de la cena, tendremos una. Puedes venir si quieres.

—De acuerdo, pero ¿qué le diremos a mamá? —preguntó la joven.

—Qué iremos al cine, acaban de estrenar *Tiempos modernos*, de Chaplin, y todo el mundo está hablando de esa película. No le extrañará que queramos verla.

—¿Es esa donde satirizan sobre las dificultades que tienen los trabajadores con la crisis y la creciente mecanización del trabajo?

—Exactamente. Chaplin me encanta, es un verdadero genio.

—Y a mí. Sí, es buena idea, mamá se lo tragará, pero tendremos que ir al cine en cualquier otro momento porque no parará de hacernos preguntas acerca de la película.

—Estoy de acuerdo —los hermanos Knox empezaron a reír y el ambiente, antes cargado, se relajó de repente como cuando eran pequeños.

Como sus hijos habían imaginado, Emily no dudó ni por un momento de ellos y Drake y Emmeline se marcharon de su casa después de cenar.

—Pasadlo bien, chicos —comentó la madre, y los muchachos se despidieron de ella con un beso y un abrazo.

—No nos esperes despierta, puede que la película acabe tarde —añadió Drake.

—Muy bien. Disfrutad mucho.

Los chicos salieron de su casa y caminaron en silencio. La reunión se iba a llevar a cabo en un lugar discreto que ofrecía privacidad y protección frente a las autoridades.

—¿Adónde vamos, Drake?

—A Harlem. A uno de los muchos lugares escondidos que utiliza el Partido para evitar problemas. Allí hay una población trabajadora simpatizante con los ideales comunistas y nadie nos delatará. Es un sitio pequeño, con una entrada secreta y acceso limitado. Ya lo verás. Nos reuniremos con Ian.

—¿Ian? El hijo de los Johnson.

—El mismo.

—¡Hace mucho tiempo que no lo veo!

—Él también vendrá a España —le aseguró Drake.

—¿Ian irá a España? Pero…

—Sí, ya sé lo que vas a decirme. Es negro, pero allí puede pertenecer al ejército y luchar junto a los blancos como hombre libre e independiente que es. Ese es uno de los motivos por los que quiere ir. Las Brigadas Internacionales no ponen ningún tipo de impedimento para que los chicos negros se unan a sus filas. Han

prometido que serán tratados con igualdad, incluso más de la que pueden encontrar en este país donde se siguen las leyes de segregación racial. ¿No te parece increíble?

—Por supuesto que sí. ¡Es maravilloso!

—En la España republicana, los ideales de lucha por la igualdad, la libertad y la justicia unirán a combatientes de diferentes etnias por una causa común. Ian está muy emocionado y no me extraña después de lo que se ve en este país cada día.

—Me alegro por él —añadió Emmeline, que caminaba a buen ritmo al lado de su hermano.

—En realidad, la lucha contra el fascismo en España es una extensión de la lucha contra el racismo, el colonialismo y la opresión. Por eso creo que deberíamos ir todos a ayudar.

—¿Y tú crees que los demás soldados aceptarán bien a los chicos negros en las Brigadas Internacionales?

—No lo sé, pero si la mayoría son comunistas, socialistas o anarquistas, deberían compartir ideales de igualdad racial y social.

—Pues yo dudo de que las Brigadas estén completamente libres de racismo —afirmó la chica—. Muchos de esos combatientes serán estadounidenses y ya sabemos cómo son las cosas aquí.

—Pues esperemos que te equivoques, ya te contaré cuando llegue allí.

Los hermanos cogieron un autobús y en poco más de veinte minutos se adentraron en las calles del barrio de Harlem.

—¡Date prisa! —dijo Drake—. Vamos justos de tiempo. Es ahí, en ese almacén.

—¡En un almacén!

—Ya te dije que era un lugar secreto.

Los chicos bajaron por un pasillo lúgubre de angostas escaleras de madera que daban a una sala pequeña con un ambiente cargado de humo.

—¡Eh, Knox, aquí! —masculló Ian sentado en el otro extremo de la habitación.

Con un gesto, de la mano le indicó a Drake donde debían sentarse.

A Emmeline le llamó la atención lo mucho que Ian había cambiado. Lo recordaba como un chico delgado, enclenque y no demasiado alto. Sin embargo, esa noche, Ian le pareció un joven muy atractivo. Su piel oscura y rostro simétrico acogían unos ojos profundos y expresivos que proyectaban confianza y serenidad, y su cuerpo atlético y musculado hicieron que se ruborizara.

—Siento llegar tarde —susurró Drake, poniendo las manos sobre los hombros de su amigo y tomando asiento en la fila detrás de él—. ¿Te acuerdas de mi hermana?

—¡Hola! —dijo Ian, sin apartar su mirada de la de la joven—. ¡Claro que me acuerdo de ella!, pero ya no es tan mocosa como cuando la conocí.

—Ni tú tan enclenque. —El muchacho le tendió la mano sonriendo y Emmeline se la apretó con fuerza.

—Encantada. Soy Em…

—Eso sí lo recuerdo. Eres Emmeline Knox. Encantado de verte de nuevo.

La chica sintió cómo sus mejillas se teñían de rojo y un calor inusual le recorrió el cuerpo.

—¿Qué nos hemos perdido? —interrumpió Drake en voz baja rompiendo el encanto.

—El que habla es Sam Waters —susurró Ian al oído de su amigo —. Es un activista local muy apasionado, ¿le has oído algún discurso antes?

—No. Es la primera vez.

—Es miembro activo del Partido Comunista y ya ha estado en contacto con voluntarios y organizaciones que enviarán soldados a España.

—Shhh —dijo otro de los asistentes—. Quiero enterarme del discurso.

—Compañeros, como os estaba diciendo, es de vital importancia que ayudemos a la República española. La lucha contra el fascismo no puede esperar. Hitler y Mussolini ya están enviando tropas a los golpistas, y si no los paramos a tiempo y cae Madrid, pronto también se hundirá París, Londres y quién sabe si esa oleada llegará hasta América. ¿Cómo podemos ayudar?, os preguntaréis, con las Brigadas

Internacionales. Esa es nuestra respuesta. Hombres comprometidos que están dispuestos a luchar. Son gente trabajadora como vosotros, que, a pesar de saber que no todos volverán, prefieren arriesgarse a dejar que el fascismo se expanda. Ahora es el momento de actuar, de no quedarnos sin hacer nada y unirnos a los compañeros que ya luchan en las trincheras españolas. El Partido se encargará de respaldaros. Nosotros organizamos la logística, el transporte, y nos aseguraremos de que lleguéis hasta allí.

El murmullo se hizo intenso en la sala y a Emmeline se le encogió el corazón lleno de emoción.

—No va a ser fácil —gritó Sam Waters por encima de las voces para hacerse oír—, pero nada que valga la pena lo es. España nos necesita, compañeros, y el mundo nos necesita aún más.

Ian se levantó de su asiento y aplaudió con fuerza, y Emmeline aprovechó para observarlo con detenimiento. Su mandíbula marcada y pómulos altos le daban un aspecto fuerte y elegante. El chico tenía un cuerpo musculado fruto de la actividad física constante que demandaba su trabajo, pero lo que más atrajo a la muchacha fue su porte decidido y su compromiso con la causa. Drake, emocionado, besó a su hermana.

—¡Un discurso maravilloso! ¿No crees? —Emmeline le devolvió una sonrisa cómplice.

Sam Waters siguió arengando con pasión y cuando terminó su alegato dispuso una pequeña mesa donde los jóvenes que quisiesen podían apuntarse para la guerra. El Partido Comunista ya se encargaría de contactarlos y hacerlos llegar hasta España. Ian y Drake no se lo pensaron más. Habían tardado unas semanas en tantear a sus familias y madurar su decisión; la charla de Sam les había dado el empujón final y no veían por qué tendrían que esperar más tiempo.

—Vamos —propuso Drake—, vayamos a poner nuestros nombres en esa lista. Quédate aquí, hermanita, volveremos en un segundo.

Emmeline estaba de acuerdo con todo lo que había escuchado esa noche en el sótano mugriento de Harlem, aun así, se estaba hablando de una guerra y la asustaba las consecuencias que un conflicto de esa envergadura podría acarrear en su familia. Había

visto lo que la guerra le había hecho a su padre y pensó en él con amargura. Una punzada de dolor apretó su corazón, haciendo que sus latidos se aceleraran, lo echaba terriblemente de menos y deseó con toda su alma que se encontrase bien y a salvo. Las lágrimas amenazaron con salir de sus ojos oscuros, pero parpadeó varias veces y las mantuvo a raya. Entendía por qué su hermano estaba dispuesto a marcharse a España, pero ahora que su partida era inminente, también comprendía los sentimientos de su madre para oponerse. A pesar de todo, Emmeline tomó la decisión de apoyar a su hermano. Su causa era lógica y justa y se enorgulleció de que hubiera jóvenes como Drake e Ian dispuestos a luchar por todos los demás.

Los tres chicos salieron a la calle, junto con el resto de los asistentes que se dispersaron con rapidez, solo quedó un grupo pequeño de hombres que siguieron hablando con intensidad sobre la guerra en España alejados de la puerta del almacén. La temperatura había bajado y la chica se colocó un chaleco rosa palo que había traído con ella que le sentaba de maravilla. Ian buscó algo bonito que decirle cuando se dio cuenta de que Emmeline tenía clavada su mirada en él, y no hizo falta nada más para que todo se desvaneciera a su alrededor. Hacía tiempo que estaba enamorado de ella en secreto, pero jamás había compartido sus sentimientos con nadie, ni siquiera con Drake. Ella era blanca, él negro…, y esa simple realidad hacía que los separase un abismo.

—Y, ahora, ¿qué? —dijo Emmeline.

—Ahora solo queda esperar instrucciones —aseguró su hermano.

—¿Tu madre y tú estaréis bien cuando Drake se marche? —preguntó Ian con un cierto halo de preocupación que a la chica le resultó encantador.

—Estoy segura de que nos las arreglaremos.

—¡Vaya! —exclamó Drake—. Se me ha olvidado la gorra dentro. Esperadme aquí un momento.

El chico echó a correr y volvió a entrar en el sótano. Emmeline e Ian se quedaron solos en medio de un silencio incómodo que el muchacho intentó romper con torpeza.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos... Nunca pensé que nuestro reencuentro sería en un lugar como este.

Emmeline asintió sin decir nada, sin embargo, su mirada dulce se posó en Ian mucho más tiempo de lo permitido, dándole confianza al muchacho para volver a hablar.

—Me alegro de volver a verte —se atrevió a decir—. Estás tan bonita como la primera vez que te vi.

Un ligero rubor subió a las mejillas de la muchacha, y cuando estaba a punto de contestarle, Drake apareció con su gorra en la mano.

—Ya la tengo, la había dejado en la silla.

El ambiente parecía haber cambiado desde que Drake se había ido y el chico miró a su amigo y a su hermana extrañado.

—¿Pasa algo?

—¿Qué tendría que pasar? —sentenció Emmeline molesta—. Vamos, es tarde y mamá se estará preguntando dónde nos hemos metido.

—Vale, vale… Pero no te pongas así —dijo Drake en broma—. ¿Ves, Ian, qué hermana más impertinente me ha tocado? Bueno, amigo, nos vemos mañana en el trabajo.

Ian abrazó a su amigo y se despidió de Emmeline con una breve reverencia.

—Me alegro mucho de volver a verte.

—Yo también —le dijo Emmeline con una sonrisa y junto a su hermano echó a andar camino a su casa.

Ian se quedó clavado en la puerta del edificio donde había tenido lugar la reunión y observó cómo los Knox se alejaban en la distancia con mariposas en el estómago. Apretó fuerte los ojos y movió la cabeza de un lado a otro con una mezcla de emociones que lo confundían. Tenía que quitarse a Emmeline de la cabeza, porque amar a una mujer blanca solo le traería problemas. Sin embargo, su corazón le gritaba que era la persona con quien quería estar. Ese pensamiento, tan revelador y poderoso, vino acompañado de un tsunami de preocupación que lo atrapó por completo. ¿Qué pensaría ella sobre el color de su piel? Una cosa era que fueran amigos y otra muy distinta que fueran pareja. Sabía que la sociedad racista en la

que vivían era brutal. El simple hecho de querer estar con una mujer blanca era un gran riesgo no solo para él, sino también para Emmeline. Ian se pasó la mano por el pelo rizado y pateó un paquete vacío de cigarrillos que encontró a su paso. Nunca podría estar con ella sin exponerla al peligro que una relación interracial podría acarrearles y no sabía si ella querría correr ese riesgo. Ni siquiera estaba seguro de que le gustase.

Se dirigió hacia su casa e intentó apagar sus pensamientos, aunque por mucho que lo intentó, no pudo sacarse a Emmeline de la cabeza. Esa chica lo había trastornado como ninguna otra. Las ondas de su melena oscura, su belleza firme y serena, sus ojos profundos y su presencia, que no necesitaba de grandes gestos para ser notada, lo habían atrapado sin remedio. Las pocas veces en las que habían coincidido, siempre le había parecido una chica bonita y extraordinaria, pero esa noche la vio sublime, deslumbrante y supo que era la mujer de su vida. Sin embargo, era consciente de que incluso en el mejor de los casos y ella también estuviera interesada, su amor podía ser condenado o considerado ilegal y ese pensamiento lo atormentó. No quería hacerle daño y se preguntó si debía hablar con ella y decirle cuánto le gustaba. Al fin y al cabo, rendirse sería como aceptar un destino que otros habían decidido por ellos. Se restregó los ojos con fuerza, y su corazón se debatió en una lucha interna entre el deseo de protegerla y la necesidad de ser honesto consigo mismo. Decidió caminar para ordenar sus pensamientos antes de subir a su casa, y después de darle muchas vueltas, resolvió que reuniría el valor para hablar con la chica. Estaba harto del racismo sin sentido que siempre le rodeaba, de sentirse inferior a los blancos y no poder perseguir sus sueños con total libertad. Esa vez, se prometió que sería distinto. Tal vez, Emmeline no estuviera interesada en él; quizá no quisiera salir con un chico negro, pero la decisión sería solo de ellos dos, no de nadie más. Nadie le impondría lo que tenía que hacer con su vida. En el amor, no.

18

LO QUE HAY QUE HACER

1936

Araíz de la ayuda recibida por el Partido Comunista y la NAACP, William Johnson llevaba cuatro años trabajando como coordinador de campañas laborales, responsable de organizar manifestaciones, huelgas y ayudas para la concienciación de otros trabajadores negros sobre sus derechos. William se había demostrado como un gran comunicador y en poco tiempo se erigió como el portavoz de muchos hombres y mujeres sin voz. Al principio, había tenido dudas sobre su capacidad para realizar un trabajo de esa envergadura, pero su elocuencia y carisma, además de creer con toda su alma en lo que hacía, lo llenaron de confianza muy pronto.

A los Johnson les iba mejor económicamente, aun así, seguían viviendo en el mismo apartamento de su querido barrio de Harlem. A pesar de que se podía ver en él un resquicio de lo que fue, la reminiscencia del esplendor cultural, musical y cultural, el barrio también se vio afectado por la depresión que el país atravesaba, aunque seguía siendo un hervidero de creatividad donde el *blues* y el *jazz* se respiraba en sus calles y en clubes como el Cotton y el Apollo Theater.

En los últimos años, Harlem se había convertido en un punto caliente de tensiones y desigualdades sociales, por lo que la NAACP y el Partido Comunista, al que pertenecía William, eran muy activos en el distrito y los vecinos organizaban protestas y manifestaciones para combatir la pobreza y la desigualdad racial. El señor Johnson siempre estaba a la cabeza de todas ellas y consiguió que muchos trabajadores apoyaran al partido, ya que este defendía la igualdad de todas las razas en la lucha de clase.

—¿Aún no ha llegado Ian? —le preguntó Martha a su marido, que miraba nervioso a través de una ventana del salón.

William miró al viejo reloj colgado en la pared de su salón, eran las once de la noche y una sensación de inquietud le apretó el

pecho. Pudo leer el terror en la cara de su esposa y, a pesar de su miedo, intentó tranquilizarla.

—Aún es temprano —mintió.

—No. No lo es, y tú lo sabes tan bien como yo. Le ha pasado algo, estoy segura. Ya hemos esperado suficiente. Tenemos que hacer algo.

William sabía que su hijo hacía horas que debía de haber vuelto a casa, pero no quería alterar más a Martha, por lo que se limitó a seguir mirando por la ventana. La mujer retorció entre sus manos un trapo con el que había estado secando los platos de la cena y empezó a llorar apoyada en el quicio de la puerta del salón.

—Las calles son muy peligrosas para un chico negro y más a estas horas de la noche. ¿Y si la policía lo ha detenido, o lo han golpeado? ¿Y si ha sido el blanco de algún grupo racista? ¿Y si ha intentado entrar en algún establecimiento solo para blancos y le han pegado? Puede que esté tirado en cualquier callejón de la ciudad… —gritó.

—Basta, mujer —ordenó William tajante—. Sé perfectamente a lo que se enfrentan nuestros jóvenes cada día, pero no debemos adelantarnos a los acontecimientos. Aún no es tan tarde como para ponernos en lo peor.

Martha corrió hacia otra ventana y descorrió las cortinas, la calle estaba oscura y solo las risas de algún grupo de amigos yendo a algún club nocturno rompía el silencio. La incertidumbre y el miedo se podían cortar en la pequeña habitación de los Johnson, pero Martha se secó las lágrimas con el delantal que llevaba puesto e intentó recomponerse para no despertar a sus otros dos hijos.

William se fue a su dormitorio sin decir palabra. No hacía falta, ya que su semblante reflejaba cómo se sentía, y salió con un abrigo marrón y un sombrero que se encajó en la cabeza de cabellera rizada.

—¿Adónde vas? Te acompaño. —ofreció Martha que se quitó el delantal en segundos y se dirigió a la puerta.

—No, cariño, tú quédate. Alguien tiene que estar aquí por si vuelve Ian.

La mujer lo miró enfadada. La mataba la idea de quedarse esperando de brazos cruzados sin saber dónde estaba su hijo.

—No, quiero ir contigo.

—Martha, por favor, sé razonable.

La señora Johnson entrelazó los dedos y echó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.

—No podemos dejar a Serena ni a Sam solos.

Martha necesitó cada fibra de su ser para escuchar a William y convencerse a sí misma de que su esposo tenía razón. Quedarse en casa era lo que debía hacer, no debían alarmar a sus otros hijos.

—Está bien —dijo al fin—, pero ¿adónde irás?

—Primero, a hablar con los vecinos por si alguno lo ha visto, luego despertaré al pastor. Ellos nos ayudarán para empezar la búsqueda. Aún no sé si debo o no avisar a la policía.

—No lo hagas, William, te lo suplico —le rogó Martha, que parecía aterrada—, es demasiado arriesgado. En vez de eso, manda a alguien a que avisen a Ruth y a Emily, ellas tienen contactos.

—Está bien, cariño —le dijo mientras le cogía las manos entre las suyas—. Así lo haré, pero prométeme que te tranquilizarás.

El hombre la abrazó y ella se deshizo en sollozos entre sus brazos.

—Lo que más me asusta es que esté herido en cualquier lugar o que lo hayan detenido sin motivo —masculló la mujer con la cara hundida en el pecho de su esposo—. Puede, incluso, que le haya pasado algo peor, pero no quiero pensar en ello.

—Todo saldrá bien.

—Ruth y Emily pueden ayudar con los hospitales —se le ocurrió a Martha—. Si lo han capturado en una redada o alguien lo ha herido, puede que lo encontremos en uno de ellos.

—Les pediré que los revisen. Hablaré con el Partido y la NAACP, despertaré a quien tenga que despertar, pero voy a encontrar a nuestro hijo. Te lo prometo. Ellos se encargarán de presionar a las autoridades, tienen experiencia en lidiar en casos de abusos policiales, si fuese eso lo que ha pasado. También le pediré a la señora Knox que hable con su hijo. Es un buen amigo de Ian y sabrá que sitios suelen frecuentar. Recemos para que a nuestro muchacho

solo se le haya ido el santo al cielo y esté enfrascado en alguna actividad con sus amigos.

—No perdamos el tiempo en rezar —afirmó Martha rotunda—, porque tú sabes tanto como yo que un retraso prolongado y sin previo aviso de un joven negro supone un riesgo muy serio y, aunque quieras disimularlo, William Johnson, sé que estás tan asustado como yo.

El hombre besó a su mujer en la frente sin decir nada más y salió del apartamento con el corazón en un puño y el convencimiento de que nada bueno saldría de todo aquello. Se sentía impotente y la situación que estaban viviendo le recordó una vez más que, a pesar de su posición como activista, tanto él como todas las personas de su mismo color seguían a merced de un sistema corrupto y racista.

Martha no podía estarse quieta, hacía una hora que William había salido y aún no tenía noticias ni de él ni de su hijo. Estaba segura de que una taza de té la tranquilizaría, pero se sentía incapaz de ingerir nada, por lo que siguió pegada a la ventana escrutando la calle. De repente, a lo lejos, vislumbró un movimiento extraño, un bulto que a duras penas se sostenía en pie. Martha corrió a pagar la luz de la habitación para que sus ojos se acomodaran mejor a la oscuridad de la calle y fijó la mirada en el punto en movimiento. Parecía una persona, alguien que avanzaba con dificultad y arrastraba con cada paso el peso de su cuerpo. El corazón le dio un vuelco y sus pies corrieron escaleras abajo, dejando la puerta abierta detrás de ella. No tuvo que esperar mucho hasta que la sombra que había observado desde su ventana se hizo nítida y Martha dejó escapar un grito aterrador de su garganta al tiempo que echaba a correr despavorida.

—Hijo, ¡¿qué te han hecho?! —susurró, aterrada.

Las lágrimas no dejaban de brotarle de los ojos oscuros y en la carrera alocada perdió uno de sus zapatos que ni siquiera echó en falta. Ian se desplomó en los brazos de su madre cuando se sintió seguro y Martha lo abrazó para protegerlo como cuando era pequeño. Sintió una desesperación abrumadora. Era consciente de que el solo hecho de salir a la calle para gente como ellos podía

terminar en violencia, pero ver a su hijo ahí tumbado, magullado, herido, la hizo darse de bruces con una realidad devastadora.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto? —preguntó, desconsolada.

—Estoy bien, mamá —balbució Ian con mucha dificultad.

El joven tenía la camisa blanca manchada de sangre, un ojo hinchado y el labio partido, la peor parte se la había llevado sus costillas.

—¡¿Cómo que estás bien?! ¡¿Tú te has visto?!

El miedo se apoderó de ella. Miró de un lado a otro de la calle y se aseguró de que no lo hubieran seguido. Lo besó en la cara y maldijo en silencio a las personas que se habían atrevido a ponerle las manos encima.

—Vamos, tenemos que irnos de aquí. Es mejor que entremos en casa.

Ian intentó levantarse y tuvo que sujetarse el pecho por el dolor lacerante que le provocó tan simple movimiento.

—Apóyate en mí —le dijo Martha con dulzura—. Te ayudaré.

Ver el dolor de su hijo la llenó de rabia e impotencia. Ian era un buen chico, un muchacho listo y encantador, y no entendía por qué alguien querría hacerle daño. Su cabeza y su alma eran un torbellino de sentimientos: no solamente sentía angustia y miedo, sino una indignación creciente por volver a descubrir que la comunidad negra era vulnerable y que, probablemente, los que habían golpeado brutalmente a su hijo quedarían impunes y sin castigo.

Martha entró con Ian en el saloncito de su casa y lo tumbó en el sofá desgastado. Dejó a un lado la irá y el dolor, preparó agua caliente y algunos antisépticos para concentrarse en limpiar sus heridas. Serena y Sam se abrazaban contemplando la escena sin atreverse a decir palabra. Lágrimas de puro terror resbalaban por el rostro de los niños y su madre los abrazó para tranquilizarlos.

—Se pondrá bien —los confortó mientras miraba a su hermano —. No os preocupéis. Ahora, id a casa de los Vincent. Quedaos con Claire y contadle al señor Vincent lo que ha ocurrido para que vaya al encuentro de papá, que salió hace horas a buscar a Ian. Tiene que saber que ya está en casa. ¿Me habéis entendido? Ah, y que

avisen al médico lo antes posible. Vamos, vamos, no os quedéis ahí parados como dos pasmarotes. Los chiquillos no rechistaron y se fueron a casa de los vecinos temblando como hojas.

Cuando sus hijos menores se hubieron marchado, Martha se acercó de nuevo a Ian. Le tomó las manos y volvió a besarlo con la sensación reconfortante que solo una madre sabe dar.

—¿Qué ha pasado, mi amor?

El muchacho cerró los ojos y frunció los labios hinchados. Se sentía frustrado y avergonzado y una rabia incontrolable le subía del estómago a la garganta provocándole nauseas.

—No quiero que te preocupes, mamá. Son solo unos golpes.

—¡Unos golpes! —exclamó Martha fuera de sí—. Si casi no puedes moverte, me apuesto a que tienes rotas varias costillas.

La mujer volvió a bajar el tono de voz e intentó hacerse dueña de sus sentimientos.

—Por favor, hijo, dime, ¿qué ha ocurrido?

—Nada fuera de lo habitual. Me encontré con las personas equivocadas en el sitio equivocado, nada más. La próxima vez, te prometo que tendré más cuidado.

—¿Dónde?

—Salí de una reunión del partido y quise dar un paseo fuera del barrio, cuando me di cuenta, me había alejado demasiado, así que cogí el autobús para regresar. Un grupo de jóvenes quiso impedir que me sentase, a pesar de haber asientos libres, yo me negué y ellos me atizaron. Nadie hizo nada por evitarlo, los demás pasajeros, todos blancos, estaban viendo la injusticia, pero nadie movió un dedo y dejaron que me echaran a patadas del autobús después de golpearme a sus anchas.

Ian hablaba con la mirada perdida, decepcionado, pero no resignado.

—¡Oh, mi amor! —dijo su madre—. ¿Por qué no te levantaste del asiento?

—¿Y dejar que se salieran con la suya? No, mamá, no puedo hacer eso. No es correcto y, a pesar de los golpes, no voy a dejar que gente como esa me derribe. No consentiré que cosas así me

detengan. Por eso tengo que luchar por un mundo mejor. Un mundo más libre, más igualitario, menos racista. Por eso me iré a España.

Martha se detuvo y bajó el paño mojado con el que limpiaba las heridas de su hijo.

—¿Qué has dicho? ¿A España? ¿A la guerra…?

—Lo habíamos comentado.

—No es cierto. Solo nos hablaste acerca de los discursos que se estaban dando en reuniones a las que asistes.

De repente, la casa de los Johnson empezó a llenarse de vecinos con la misma indignación, rabia y miedo que sentían Martha e Ian. Lo que esa noche le había ocurrido al muchacho le podría haber pasado a cualquiera de sus hijos y todos querían ayudar. La conversación entre madre e hijo quedó en suspenso, pero a Martha no se le olvidó que tendrían que retomarla más tarde.

El médico llegó con su maletín gastado, vendó las heridas del chico y algunas mujeres trajeron café y té para animarlos. Hombres en grupo hablaban en el pasillo sobre lo ocurrido y el pastor se presentó para reconfortar al herido y a su familia. Poco tiempo después, William entró en su casa desesperado, a trompicones, acompañado de amigos y miembros del partido.

—¡Hijo! —se arrodilló frente al muchacho y lo contempló para cerciorarse de que, a pesar de los golpes, estaba bien—. ¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

—¿Acaso importa, papá?

William Johnson, un hombre alto y fuerte, comenzó a llorar de impotencia y rabia ante el asombro de sus vecinos y amigos y el señor Vincent anunció que era hora de que todos volvieran a sus casas.

—Mañana tendremos tiempo de hablar. Ahora Ian y vosotros necesitáis descansar.

Cuando todos se hubieron retirado, el señor Johnson volvió a abrazar a su hijo, que le contó todo lo que había ocurrido. William lo escuchó sin interrumpirlo con los hombros hundidos y la mirada baja y deseó que lo hubieran golpeado a él en vez de a Ian. Cada herida, cara moratón, cada magulladura de su hijo le dolían más que si hubieran sido suyas.

—Papá —balbució el muchacho—, tengo que contarte algo. No quiero decepcionarte, pero… he tomado una decisión.

Al chico le costaba encontrar las palabras.

—Voy a ir a España con las Brigadas Internacionales y Drake Knox vendrá conmigo.

William lo miró sorprendido.

—Pero están en guerra… ¿Por qué a España? Hay mucho por lo que luchar aquí mismo.

—Lo sé, pero necesitan ayuda para contener el fascismo. Allí pelearemos para conseguir una sociedad igualitaria. Entenderé si no estás de acuerdo, pero te pido que respetes mi decisión.

El padre miró al hijo con una mezcla de preocupación y profundo respeto y esperó unos segundos antes de hablar.

—Te comprendo —afirmó, y Martha dio un respingo de sorpresa ante la respuesta de su marido.

—¿Qué te pasa, William Johnson? Está hablando de irse a la guerra y tú dices que le comprendes. ¡¿Te has vuelto loco?!

El hombre levantó la mano para hacer callar a su esposa.

—Lo comprendo, Martha. Ian siente la misma pasión que siento yo por defender a los oprimidos y ve en España una oportunidad. Cuando uno es víctima de las injusticias, es difícil quedarse de brazos cruzados. Yo también quisiera protegerlo, igual que tú, pero ya no es un niño. Cada generación tiene que enfrentarse a sus propias luchas, y esta es la de Ian.

—Gracias, papá —exclamó el chico lleno de admiración por su padre.

—¿Lo has pensado bien? —declaró Martha en un susurro.

—Sí, mamá, ya no hay vuelta atrás, sobre todo, después de lo que ha pasado hoy.

—Te apoyaré —repitió William—. No son fáciles los tiempos que nos han tocado vivir, pero, si yo fuera tú, también me iría.

Martha rompió a llorar con desconsuelo.

—Cariño —masculló William—, ¿no te das cuenta de que aquí corre el mismo peligro o más que en España? Si yendo allí ayuda a que cambien las cosas, bienvenida sea su marcha, aunque sea a una guerra. El mundo está loco y no nos queda más remedio que luchar.

¡Mira cómo lo han dejado! —exclamó el hombre señalando a su hijo —. Y sabes que podría haber sido peor.

William abrazó a Martha con fuerza y le tendió una mano a su hijo, que se unió a ellos en el abrazo.

—Este mundo necesita hombres valientes como tú. Ve y pelea por lo que crees, y no olvides nunca de dónde vienes. La lucha por la libertad no tiene fronteras, y si piensas que ir a España es lo correcto, nosotros estaremos a tu lado, incluso en la distancia. ¿No es verdad, Martha?

La mujer cerró los ojos, resignada, rendida a las palabras de William. No podía luchar contra los dos. Respiró profundo y se limpió las lágrimas.

—De acuerdo, solo espero que la vida te proteja, ya que yo ya no puedo hacerlo —dijo emocionada—, y que vuelvas sano y salvo a casa.

19

BIENVENIDO

1937

El jefe de James en Belgrado había hecho un trabajo magnífico con las credenciales del periodista y había movido los hilos para proporcionarle buenos contactos en Barcelona que lo ayudaran a cubrir el conflicto. Desde que salió de Nueva York, había mantenido su verdadero nombre, pero había cambiado su apellido al de Holden para crear una nueva identidad sin romper completamente con su pasado, esperando que esta capa adicional de anonimato lo protegiera de cualquier rastro que pudiera llevar a Lucky Luciano hasta él.

Hattie no se había tomado muy bien tener que separarse de su hermano, pero comprendió que era lo más sensato. Si Darko había notado un movimiento extraño por parte de la camorra en Belgrado era probable que el capo hubiera descubierto que James tenía familia en Yugoslavia y quería cerciorarse de que no se escondía entre ellos. Tenía la esperanza de que pudieran volver a reunirse pronto, pero en ese momento era mucho más seguro para todos que su hermano saliese del país. James no le dio ninguna explicación ni a Darko ni a Hattie de adónde se dirigía, era mejor que no supieran nada, y con el corazón hecho trizas, se despidió de ellos una oscura noche de invierno y se marchó de la acogedora casa en la montaña hacia lo desconocido.

Hattie quedó devastada, después de casi veinte años sin verse había vuelto a recuperar a su querido hermano y ahora lo había perdido de nuevo, pero le preocupaba más el que pudiera ocurrirle algo malo si se quedaba que su pesadumbre de no poder estar con él. James le rogó que no se pusiera en contacto con Emily. Cuando se calmaran las aguas, él mismo hablaría con su esposa y le harían saber a Hattie que todos estaban bien. A la mujer le hubiera gustado poder acompañarlo a la estación y darle allí un último abrazo, pero

no era prudente, así que se conformó con despedirse en la intimidad de su hogar.

—Te quiero, James. Este año ha sido un regalo, pero sé que volveremos a vernos de nuevo. —Hattie no estaba convencida de sus palabras y las dijo más por animarse que por convicción.

—Por supuesto, hermanita. Yo también te quiero.

—Cuídate mucho —dijo Darko, que abrazaba a su esposa para apoyarla.

—Y vosotros también. Gracias por todo lo que habéis hecho por mí.

—Tú hubieras hecho lo mismo por nosotros.

Hattie, estoica, se despidió de James y le deseó suerte. El hombre salió a la oscuridad de la noche sin más equipaje que una bolsa desgastada. No había caminado más de tres o cuatro pasos cuando su hermana corrió hacia él gritando su nombre, lo abrazó con fuerza y lo besó en la mejilla.

—Por favor, ten mucho cuidado. Casi te pierdo en Francia y no estoy dispuesta a quedarme sin ti. Eres mi familia y no podría vivir en un mundo en el que no estuvieras.

—Sabes que sí podrías. Eres fuerte y tienes algo muy bueno aquí, Darko es un hombre estupendo y te quiere de verdad. Te prometo que no me dejaré atrapar, y no sé cuándo, pero tendrás noticias mías.

La mujer lo besó una última vez y, más tranquila, se secó las lágrimas con las palmas de las manos y soltó a su hermano que, en silencio, se perdió en la oscuridad de la noche.

James llegó a la estación de Belgrado, donde cogió un tren a Splint, un puerto en la costa del Adriático, donde tuvo que esperar dos días escondido hasta poder embarcar hacia Marsella. Una vez en la ciudad francesa, tomó otro barco hasta Barcelona, donde llegó a principios de 1937. La ciudad estaba controlada por el bando republicano y fue allí donde lo esperaron los contactos del señor Maxwell. Además de los controles y dificultades logísticas, como la vigilancia, a las que se vio sometido durante todo el viaje no tuvo grandes incidentes y pudo entrar en el país mucho más rápido de lo que había planeado.

El señor Maxwell le había entregado fotografías y los nombres de las personas que se encargarían de recogerlo en España. Cuando James llegó al puerto, cubiertos con abrigos oscuros y sombreros, lo esperaban dos hombres que se dirigieron a él en inglés con un fuerte acento español.

—Señor Holden —lo llamó el más alto y delgado de los dos—. Bienvenido a España. Mi nombre es Marcos Jiménez, trabajo en el Ministerio de Propaganda, y este es Luis Osuna, periodista de la Vanguardia, que se encargará de ayudarlo en su adaptación a nuestro país. El señor Maxwell nos puso sobre aviso de su visita y tenemos todo organizado para que pueda instalarse.

James comprobó las fotografías, no se fiaba de nadie, y cuando se sintió seguro, les tendió la mano a modo de saludo.

—Encantado de conocerlos.

Luis Osuna, un hombre bajo, de rasgos faciales toscos y más dicharachero que el señor Jiménez, lo saludó de manera desenfadada y con una gran sonrisa.

—¡Hola, amigo! Sabes que te has metido en la boca del lobo viniendo a España, ¿verdad?

—Me temo que sí —añadió James.

—Pues a lo hecho, pecho. No te preocupes que intentaremos que salgas vivo de esta.

James llevaba puesta su máscara, pero ni el político ni el periodista lo miraron sorprendidos ni hicieron ningún comentario al respecto, por lo que James entendió que el señor Maxwell los había puesto sobre aviso.

—Vamos, caballeros, debemos irnos —se impacientó Jiménez, que avanzó unos pasos por delante de los demás.

Los tres se subieron a un vehículo oscuro y se pusieron en camino hacia la oficina que el Ministerio de Propaganda tenía en la ciudad. Marcos se puso tras el volante y Luis se enzarzó en una conversación interesante sobre los riesgos de la guerra para los periodistas que quedó interrumpida cuando James se interesó más por lo que veía a través de las ventanillas del coche que por sus palabras.

—¿Quiénes son esa gente?

—Milicianos —dijo Luis—. Están por todas partes, son hombres y mujeres armados que patrullan las calles. Aquí hay que tener ojos hasta en el cogote.

Los recuerdos de la guerra que James había intentado suprimir durante tantos años volvieron a su cabeza con una fuerza inusual. Las barricadas en las calles, el sonido de la batalla, el ambiente de temor invisible, le hicieron recordar a sus amigos…

James observó varias iglesias en ruinas y calles repleta de miseria.

—Debieron de ser bonitas en su momento —señaló el inglés a los edificios en ruinas.

—El anticlericalismo está en auge por aquí, como puede comprobar. Algunas iglesias las han convertido en hospitales o comedores populares. Para muchos eran una señal de los valores arraigados en la sociedad que había que destruir.

—Parece que la gente está muy unida y organizada —agregó James.

—No crea cuanto ve, señor Holden —intervino Marcos Jiménez —. Barcelona no es solo un campo de batalla entre republicanos y franquistas, también lo es entre las distintas facciones republicanas. Esa es una de nuestras debilidades.

—Marco tiene razón, aquí los trotskistas —señaló Luis—, los comunistas y los anarquistas luchan entre sí por el control de la revolución. Debes tener cuidado cuando andes por la calle, los enfrentamientos entre estos grupos añaden más violencia a la ciudad.

El vehículo se paró en un barrio obrero delante de una casa con elementos modernistas. El edificio de tres pisos tenía balcones con barandillas de hierro forjado y unas ventanas grandes con marcos de madera desde donde colgaban banderas de la Segunda República y algunas pancartas con mensajes propagandísticos. Azulejos de cerámica blancos y azules decoraban la fachada y una puerta maciza, desgastada por los años, daba paso al interior.

—Pensé que íbamos a la oficina del Ministerio de Propaganda.

—Y así es —dijo Marcos Jiménez—, este barrio nos brinda más protección, aunque parezca mentira. La oficina está en la segunda

planta.

Los hombres subieron con prisas y Marcos los dejó entrar en un salón con molduras en el techo que le daban un aire elegante y a la vez sencillo a la vivienda.

—Esperen aquí, por favor. —El hombre desapareció por un angosto y oscuro pasillo para volver en pocos minutos con un sobre marrón en la mano—. Aquí tiene todo lo que le hace falta: un salvoconducto que le permitirá moverse con facilidad entre las zonas controladas por el gobierno republicano; evitará problemas en los puestos de control. Y aquí —le tendió otro documento— tiene su permiso de prensa, en él se le acredita oficialmente como corresponsal extranjero y le permitirá acceso a áreas restringidas, podrá asistir a conferencias de prensa y solicitar entrevistas con altos cargos del gobierno o líderes del frente. El señor Osuna será su traductor y le acompañará para comunicarse con soldados, funcionarios o cualquiera que no hable inglés. Aunque no me cabe duda de que sabe por lo que nuestro país está pasando, también lo pondrá al día del contexto político y social que estamos viviendo.

—Se lo agradezco mucho —dijo James—. Parece que lo tienen todo muy bien organizado.

—Eso intentamos, señor Holden, aunque no siempre lo conseguimos. El señor Maxwell es un amigo personal y un buen periodista. No dudo de su palabra cuando me dice que hará usted un buen trabajo.

—Ahora, si me disculpa, debo ocuparme de algunos asuntos urgentes, pero el señor Osuna lo llevará a una casa segura.

—¿Una casa segura?

—Sí —agregó Luis—, son pensiones o casas en contacto con el gobierno, así se garantiza una mayor seguridad para sus inquilinos, que suelen ser extranjeros. Te llevaré a una donde hay reporteros como nosotros. Seguro que estarás bien.

Los hombres salieron de la oficina del Ministerio de Propaganda, no sin que antes James volviera a agradecer a Marcos Jiménez toda su ayuda y buen hacer.

—¿Has trabajado antes como periodista de guerra? —preguntó Luis mientras caminaban hacia la casa asignada a James.

—No exactamente. Pero escribí mucho para los periódicos de trincheras mientras serví en la Gran Guerra.

—Así que eres un veterano. Yo nunca he combatido en una guerra.

—Bueno, tal vez, mi máscara te haya dado una pista.

—No me pareció prudente preguntar. —Los dos sonrieron a la vez y James se sintió cómodo hablando con ese hombre moreno de modales abiertos y amables—. Admiro las agallas de los soldados. Yo siento que, cada vez que salgo para cubrir una batalla, la adrenalina me recorre el cuerpo y tengo que luchar con el estrés para hacer bien mi trabajo. Aunque no creas que nos dejan pisar el frente.

—Cuando estás metido en una trinchera, tienes que gestionar la ansiedad si quieres sobrevivir, no te queda otra, por eso la escritura era mi único refugio, mi momento de calma ante tanto caos.

—Ahora será diferente —afirmó Luis—. No escribirás solo para tus compañeros, sino que tendrás que lidiar con la presión de informar. La gente espera que seamos sus ojos y oídos, y no les podemos fallar. Además, tenemos que tratar con el dilema de informar con precisión o hacerlo rápido. Yo siempre prefiero contrastar mi información. He visto a compañeros que se han precipitado y eso ha influido en la opinión pública. Es un trabajo peligroso, no te lo voy a negar, pero también gratificante. Informar sobre lo que realmente está sucediendo puede marcar la diferencia. Aquí es —dijo Luis, de repente, parado frente a un edificio de paredes agrietadas—. Hemos llegado.

—Gracias —añadió James—, la verdad es que no me esperaba un recibimiento tan agradable. Tú y Marcos me habéis allanado mucho el terreno.

—Creo que te gustará esta casa, hay más periodistas que hablan inglés y te servirán de sistema de apoyo, te ayudarán a compartir el peso emocional, y créeme que, aunque esta vez no seas soldado, también lo sentirás. Además, puedes contar conmigo para lo que necesites. No me alojo muy lejos de aquí. Por cierto, ¿qué piensas hacer mañana? ¿Prefieres descansar, o ya estás dispuesto a ponerte manos a la obra?

—La verdad es que aún no lo he pensado.

—¿Quieres venir conmigo?

—¿Adónde vas?

—A Albacete. Hace un par de semanas llegaron más muchachos de las Brigadas Internacionales y han establecido su cuartel general allí. Los voluntarios se están preparando para participar en diferentes batallas y quiero saber cuál es la opinión internacional acerca de la guerra de boca de hombres y mujeres de la calle, no políticos o intelectuales.

—Me parece muy interesante y creo que es una magnífica idea. Así tendré la oportunidad de hablar con algunos de los ingleses y americanos que se han alistado.

—Seguro que encontrarás a muchos del *British Battalion*. Algunos son sindicalistas, activistas de izquierdas y comunistas. Es muy probable que te puedan dar buena información para tu primer reportaje de guerra.

—Me encantaría acompañarte.

—Entonces, no se hable más. Te recogeré a las seis de la mañana y conduciremos hasta allí. Ahora vamos a conocer a tus compañeros de piso.

20

HERIDAS Y REVELACIONES

1937

Tras el ataque a Ian, la marcha a España tuvo que ser pospuesta hasta que el muchacho se recuperara. Mientras tanto, Drake se encargó de organizar todo para los dos. El Partido Comunista lo puso en contacto con la organización Amigos Americanos de la República Española, que simpatizaba con la causa republicana. La asociación se encargó de coordinar su salida y la de Ian como voluntarios y los aleccionó sobre cómo proceder para evitar levantar sospechas ante las autoridades americanas. El gobierno de Estados Unidos había prohibido viajar al país europeo bajo la Ley de Neutralidad, por lo que la organización les aconsejó obtener pasaportes legítimos no revelando su verdadera intención de hacer de España su destino final.

Durante la convalecencia de Ian, Emmeline había ido a visitarlo a su casa junto a su madre y Ruth Henderson los primeros días, después había vuelto sola y solía pasar las tardes con el muchacho hasta que Drake iba a recogerla. Les decía a todos que era por motivos solidarios. Ian estaba solo, dolorido y era lo menos que podía hacer por un amigo. Sin embargo, Emily no la había creído y, a pesar de querer a Ian, percibía en la distancia nubarrones negros en la vida de su hija. A pesar de todo, no se atrevió a decir nada sin tener la certeza de que sus temores no eran infundados.

Una tarde, a solas en casa de los Johnson, cuando Ian estaba ya muy recuperado, Emmeline anunció que sería la última vez que iría a visitarlo. Si podía caminar con normalidad y sus heridas estaban casi curadas, se le acababan las excusas para volver día tras día y, aunque con reticencia, decidió que no podía seguir haciéndolo.

—Pero…, si no vienes, extrañaré nuestras conversaciones. Te extrañaré a ti… —argumentó el muchacho, nervioso. No había previsto que Emmeline dejara de visitarlo tan pronto. Había disfrutado tanto de su compañía que no quería ni pensar que esos

días terminasen, y sintió cómo se le encogía el estómago solo con la idea.

—Ya estás mejor, Ian. No falta mucho para que puedas salir a la calle y te marcharás a España en poco tiempo. No hay motivos para que yo esté aquí.

—¡Claro que los hay!

—Ah, ¿sí? ¿Y cuáles son?

—Que quiero seguir viéndote —afirmó rotundo—. Emmeline…, hay algo que llevo guardando hace tiempo y ya no puedo ocultarlo más. —El joven se sentó junto a la chica en el sofá anticuado de los Johnson y le tomó las manos entre las suyas—. No sé si es el momento adecuado, pero no quiero esperar más.

La muchacha se puso de pie, nerviosa, haciendo rechinar la madera bajo sus pies. Se había enamorado de Ian, pero ahora que el muchacho parecía querer declararle su amor, entendía que debía tomar una decisión y no sabía si estaba preparada para ello.

—Será mejor que me vaya.

—No, espera. Por favor, espera. —La chica se detuvo en mitad del salón—. Todo este tiempo que has estado conmigo has sido mi roca, y me has ayudado mucho, tanto que me he dado cuenta de lo que realmente siento por ti. No estaba seguro de si decirte esto o no, pero he decidido que tú debes saber mis sentimientos y luego tomar tus propias decisiones.

El muchacho hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas y bajó la mirada dudando si debía continuar.

—Te quiero, Emmeline Knox. —Ya estaba. Lo había dicho.

La chica recibió su declaración con una amplia sonrisa y su corazón le dijo en ese mismo instante que no debía tener miedo. Comprendía los riesgos de una relación interracial, pero no le importó.

—Sé que en breve voy a irme a la guerra y que mi color de piel y el tuyo juegan en nuestra contra, pero no puedo evitarlo: te amo. No planeé enamorarme, y menos de una mujer blanca; la sociedad no lo comprenderá, quizá, nuestras familias tampoco, pero creo que ya no podría vivir sin ti.

Emmeline lo notó vulnerable y esa fragilidad la llenó de ternura. Sabía que sus palabras eran sinceras y, sin pensárselo dos veces, lo abrazó.

—¿Quieres saber un secreto? —Ian la miró con los ojos llenos de esperanzas—. Yo también te quiero. —Ambos se besaron con suavidad y pasión al mismo tiempo.

—Antes de seguir adelante —dijo el muchacho, acariciando el rostro perfecto de Emmeline y haciendo que volviera a sentarse—, tenemos que hablar con honestidad de algunas cosas. Si decides estar conmigo, debes estar preparada para que nos juzguen y nos lo pongan difícil solo por nuestra diferencia racial, y no quiero que sufras. Ser negro en este país no es fácil. Nos miran diferente, siempre con sospechas y desconfianza, y estar conmigo… —Ian tragó saliva— te pondría en situaciones difíciles y peligrosas. Quiero ser lo más sincero posible contigo antes de que tomes una decisión.

—No me importa lo que piense la gente —dijo la chica, indignada—. Mis padres no me criaron así y nadie me podrá alejar de ti. Aun así, no soy una ingenua y sé que el camino que tendremos que recorrer será duro. Habrá sitios a los que no podamos ir, recibiremos miradas de odio e insultos, pero estoy dispuesta a ello si tú también lo estás.

—Sé que lo dices de corazón, pero tú nunca has tenido que soportar lo que he vivido yo toda la vida, y estar conmigo te traerá muchos sufrimientos. Te amo, pero si no estás preparada, lo comprenderé, no quiero ser una carga para ti.

—i¿Una carga?! ¿De qué hablas, Ian? Tú eres todo lo que quiero. ¿Por qué si no hubiera venido todos estos días a verte? Me gustan tus ideas, tus conversaciones, tu sensibilidad y también me gusta tu piel morena. No la cambiaría por nada.

El chico la miró orgulloso y le dedicó una gran sonrisa de dientes blancos.

—Siento que tú puedes verme tal y como soy —añadió con emoción—, más allá del color de mi piel. Solo espero que puedas mantener esa determinación cuando las cosas se pongan difíciles, porque te aseguro que lo harán.

—Pues, cuando llegue el momento, pelearemos juntos, ¿no crees?

El muchacho la besó de nuevo hasta que unos golpes hicieron que se separara.

Mientras Emmeline se recompuso la melena alborotada, Ian abrió la puerta.

—¿Adivina qué? —anunció Drake con una gran sonrisa en la cara.

Ian lo hizo pasar.

—Hola, hermanita, siento llegar tarde, pero traigo buenas noticias. Mirad lo que tengo aquí —el muchacho sacudía dos sobres blancos en la mano.

—¿Y bien…? —preguntó Ian sin entender.

—Son dos billetes de barco para Francia. Tú y yo, amigo, tomaremos un transatlántico con destino a Marsella. Espero que no te marees porque estaremos ahí dentro una semana. Me han dicho que habrá más brigadistas bajo la apariencia de turistas, así que podremos hacer amigos incluso antes de llegar.

—¿Cuándo os marcharéis? —preguntó Emmeline a punto de llorar.

—Vamos, vamos…, no nos pasará nada, Emmie.

Drake miró a su amigo, que de pronto no parecía muy entusiasmado con la idea del viaje.

—¿Ocurre algo?

—¿Cuándo nos vamos? —exclamó esa vez Ian.

—En una semana.

—¿Sabes la ruta que seguiremos? —preguntó el joven para disimular.

—Prepara ropa de abrigo, porque cruzaremos los Pirineos. Seremos un grupo pequeño de voluntarios, pero no te preocupes, que no iremos solos. Nos acompañará un guía, un pastor que conoce bien el terreno y nos llevará por senderos apartados para evitar los controles fronterizos. Primero llegaremos a Cataluña, una vez allí, ya nos asignarán destino.

—¿Crees que podréis cruzar sin problemas, Drake? —preguntó Emmeline, visiblemente preocupada.

—Bueno, los de la Asociación de Amigos Americanos de la República Española organizarán desde Marsella la travesía a pie y dicen que, aunque los franceses son neutrales, a menudo son complacientes con los brigadistas. Además, cuando lleguemos a Francia nos pondremos en contacto con simpatizantes locales que nos darán asistencia.

—Pero… ¿no es muy pronto salir en una semana? —agregó la chica, que no paraba de retorcerse las manos, nerviosa.

—¿Pronto? Otros compañeros hace meses que salieron, si lo hemos demorado es por esperar a que Ian se recuperara, pero ya ves lo bien que está.

Drake abrazó a su amigo y le palmeó la espalda feliz.

—Es hora de irnos, Emmie, ya hemos esperado lo suficiente.

Emmeline rompió a llorar y Drake la miró desconcertado.

—Está bien —dijo harto de la actitud de su hermana—. ¿Alguien me va a decir que ocurre aquí? Os conozco muy bien como para saber que me estáis ocultando algo.

—Tienes razón —anunció Ian—, y es un asunto que debes saber antes de que nos marchemos a España.

Emmeline agachó la cabeza, conocía bien a su hermano y lo mucho que quería a Ian, pero también sabía lo protector que podía llegar a ser con ella, especialmente desde la marcha de su padre.

—Me gustaría que, cuando te lo cuente, no cambie nada entre nosotros, aunque entenderé si no quieres volver a hablarme.

Drake lo miró extrañado y levantó una ceja, confuso

—¿Por qué tendría que cambiar algo entre nosotros?

—No lo planeé, hermano, solo sucedió.

—De acuerdo, pero ¿me vas a decir de una vez de qué se trata?

—Amo a Emmeline, y no me preguntes por qué, pero ella también me ama a mí. No puedo seguir ocultándolo y quiero que lo sepas por nosotros antes de que te enteres en otra parte.

Drake clavó sus ojos en los de su hermana pidiéndole una explicación.

—¿Es eso cierto, o solo una broma?

—No es ninguna broma, Drake. Nos amamos y sabemos a los peligros que nos enfrentaremos con nuestra relación, pero eso es

algo que estamos dispuestos a afrontar juntos.

Emmeline esperó una mala reacción por parte de Drake, pero el chico no demostró enojo, solo sorpresa.

—Esto cambia las cosas. No os voy a mentir, no es fácil para mí aceptar de inmediato lo que me acabáis de contar. No es porque no confíe en ti, Ian, eres mi mejor amigo. Solo que me duele por lo que tendréis que pasar. A la vez, no puedo pensar en nadie mejor que tú para mi hermana. Eres un gran tipo, y confío en ti para cuidarla. Lo que me da miedo no sois vosotros, es la gente de fuera, los de mente diminuta que os puedan hacer daño. ¿Habéis pensado en eso?

—A nosotros también nos preocupa —dijo Emmeline, abrazando a su hermano—, pero no podemos dejar que rijan nuestras vidas y nuestro futuro. ¿No es así? Seguro que lo comprendes.

—Tienes razón.

Drake cogió a su hermana por la cintura y la levantó del suelo haciéndola girar, orgulloso de ella.

—Parece que hoy tenemos muchas cosas que celebrar. Solo espero que vuestra relación no afecte a nuestra amistad, Ian. No quiero perder a mí mejor amigo por culpa de esta mocosa —bromeó Drake, señalando a su hermana.

—Eso no va a pasar —agregó el muchacho convencido.

—Entonces, lo único que falta es que me prometáis que no os pondréis muy cariñosos delante de mí. Creo que no podría soportarlo.

Drake sacó la lengua imitando un gesto de asco y los tres prorrumpieron en carcajadas sinceras con la seguridad de que su amistad permanecería intacta.

—¿Ya lo sabe mamá? —preguntó Drake a su hermana.

—No. Eso es otra historia.

—¿Y tus padres, Ian?

—Como dice Emmeline, eso es otra historia.

—Pues dejadme que os diga que los dos estáis metidos en un lío y que no me gustaría estar en vuestros zapatos. Pero será mejor que se lo contéis otro día, porque hoy toca celebrar. Daos prisa y vayamos al Cotton Club.

PREPARATIVOS

1937

Drake repasó la lista de lo que tenía que llevar a España una vez más. Encima de la cama tenía el pasaporte, libros sobre la situación en el país europeo, mapas, rutas de viaje y las cartas de recomendación que le habían dado desde la Asociación Americana de Amigos de la República Española que explicaban su intención de unirse a la causa republicana.

—¿Qué tal, Drake? —preguntó Emmeline, que lo miró con ternura, recostada contra el marco de la puerta.

La chica estaba radiante. Desde que había iniciado su relación con Ian, se sentía feliz y enamorada. Esa tarde había elegido un chaleco de lana color magenta que le sentaba muy bien y una falda negra que se ajustaba a las caderas. Su melena negra y rizada, la forma de sus ojos y su sonrisa sempiterna hacían que se pareciese mucho a su padre y a su tía Hattie, y Drake no pudo evitar pensar en James al verla.

—Nervioso, si te soy sincero. He repasado una y otra vez todo lo que necesito y siempre creo que me estoy olvidando de algo.

—Te ayudaré —anunció la chica, que lo arrastró de la mano al borde de la cama—. Veamos, ¿has cogido ropa resistente?

—Sí —farfulló, pensativo—. He empacado solo lo justo, cosas funcionales que me puedan durar y algunas prendas de abrigo. Dicen que los Pirineos pueden ser muy duros en esta época del año.

—Bien —acordó Emmeline, satisfecha, y metió en la pequeña maleta toda la ropa que su hermano había dispuesto sobre la cama.

—¿Qué zapatos piensas llevar?

—Por eso no te preocupes. Mamá me compró estas botas. —El chico se las mostró orgulloso—. Son muy resistentes, y me ayudarán para la caminata que nos tienen preparada desde Francia. ¡Ah! Mete esto también. —Drake le tendió una bolsa negra y pequeña.

—¿Qué hay aquí dentro?

—Cosas importantes: una navaja, un encendedor, un cuaderno para escribir cartas y… fotos de la familia.

Emmeline tragó saliva emocionada, pero no quería llorar delante de su hermano. No todos los días se iba uno a la guerra y quería que la recordara alegre, no apesadumbrada o triste.

—¿Tienes dinero?

—Sí, no es mucho, pero pueden ocurrir gastos imprevistos. Mamá es muy previsora, eso fue lo primero que me dijo que llevara. Creo que ya lo tengo todo.

—No todo —insistió Emmeline—. Estoy estudiando para ser enfermera, ¿recuerdas? Necesitarás algunas medicinas: pastillas para la fiebre o infecciones, vendas y alcohol. Nunca se sabe cuándo te podrán venir bien y seguro que en el campo de batalla la ayuda médica para algo sin mucha importancia no será inmediata. Espera un momento.

La chica desapareció de la habitación durante unos minutos y volvió con una caja pequeña cargada con los suministros médicos que le parecieron importantes.

—Aquí tienes, y ayer compré estos frutos secos para ti y para Ian. Creo que os ayudarán en la travesía. Ahora sí estás preparado, hermanito —afirmó Emmeline, convencida, contemplando la maleta terminada de Drake.

El chico la abrazó y la besó en la mejilla. Quería a su hermana y estaba seguro de que la iba a echar mucho de menos, pero también sabía que marcharse era lo correcto y ni siquiera el cariño de su familia lo iba a retener en Nueva York.

—Muchas gracias por tu ayuda —le agradeció. Drake se acercó a ella y le puso las manos en los hombros—. ¿Estás segura de que mamá y tú estaréis bien?

—Por supuesto, somos unas Knox. Ve ahí fuera y cambia el mundo, eso es lo que importa ahora, y cuida de Ian. Quiero que volváis sanos y salvos los dos. ¿Me lo prometes?

—Solo si tú me prometes mantener el fuerte hasta que regrese.

Emmeline le tendió la mano y Drake le dio un apretón como si estuviera sellando un pacto.

—Eso está hecho.

Los hermanos rieron a carcajadas y se echaron en la cama como cuando eran pequeños. Los dos charlaron de sus cosas durante más de una hora hasta que Emmeline anunció que tenía que marcharse.

—Será mejor que me vaya. He quedado con Ian, me gustaría despedirme de él a solas antes de la cena de esta noche con las dos familias. ¿Te he dicho que vamos a anunciar nuestro compromiso hoy?

—¿Estáis seguros de que es una buena idea? ¿Por qué no esperar a que Ian vuelva de la guerra? Las cosas pueden cambiar entre vosotros, o podría… ocurrir algo.

Drake bajó la mirada. No habían hablado de la posibilidad de que muriese en España y no quería empezar ahora. Le resultaba un tema difícil. Aceptaba morir por una causa justa, pero odiaba pensar en el dolor que eso le causaría a su familia.

—Nada cambiará entre nosotros, Drake. Nos queremos y así seguirá siendo para cuando Ian regrese. Estoy segura. Creo que es una buena idea que mamá y sus padres lo sepan. Ian y yo lo hemos hablado y se lo diremos hoy.

—De acuerdo —aceptó Drake—. Sois muy valientes y yo os ayudaré en lo que pueda.

Emmeline le regaló una gran sonrisa de complicidad, se arregló el pelo con las manos y se dirigió a la puerta.

—Pues si de verdad quieres ayudarme, entretén a mamá mientras me despido de Ian. Id a dar un paseo, lo necesita, está muy nerviosa. Yo me adelantaré y llevaré la ensalada de patatas y las alitas de pollo a casa de los Johnson y nos veremos allí para la cena.

—Eso está hecho.

Drake engatusó a su madre, que deseaba pasar cada minuto con su hijo antes de que partiese hacia España y logró que dieran un paseo por Central Park. Emily estaba abrumada, la Gran Guerra la había marcado profundamente y aún no había superado ni la muerte de Ed Carr, ni el suicidio de Charlie, sus amigos de la infancia que ahora no eran más que fantasmas en su mente. Sentía una gran desazón y le hubiera gustado que James estuviera allí para afrontar juntos la despedida de su hijo. Aunque luchaba por apartar cualquier

pensamiento negativo de su cabeza, temía que la historia se repitiese y que Drake tuviera que experimentar la misma devastación que su esposo y ella habían vivido. Ni siquiera había tenido el valor suficiente para ayudarlo a hacer el equipaje y se sentía desesperada por ser incapaz de retener a su hijo a salvo en Nueva York. El riesgo latente de perderlo la asfixiaba.

—Estás muy callada, mamá. —Emily clavó sus ojos en los de su hijo con una mirada que reflejaba la ansiedad y el temor que sentía.

—Te quiero —balbució en un susurro—. ¿Te parece bien que solo caminemos?

Drake la observó, angustiado, sabía que la situación la desbordaba y entendió que no necesitaban palabras para saber lo que sentían el uno por el otro. La tomó de la mano y la besó en la frente.

—Por supuesto, mamá.

Emily caminó al lado de su hijo y deseó que no volviera con cicatrices ni en el cuerpo ni en el alma. Esas eran las peores, pensó, porque las guerras no terminaban cuando dejaban de caer las bombas o se firmaba la paz, sino que los que las habían vivido se la llevaban a casa y podían seguir reflejándose en sus vidas destruidas, sus familias rotas y las heridas que nunca sanaban.

Emmeline quedó con Ian en su casa antes de la gran cena de despedida que se iba a celebrar esa misma noche. William y Martha estaban trabajando, y los pequeños de los Johnson habían ido con los Vincent al zoológico, por lo que durante unas horas tendrían el apartamento para ellos solos.

La muchacha llamó a la puerta con suavidad e Ian la recibió con una camisa blanca remangada hasta los codos que le daba un aire relajado. Emmeline lo saludó entusiasmada y pasó al salón. El sol de la tarde se reflejó en su pelo oscuro haciéndolo brillar, e Ian sintió que el corazón le rebozaba de amor.

—¡Estás preciosa! —exclamó con ojos enamorados y la besó con dulzura.

—Y tú muy guapo —El chico bajó la mirada algo avergonzado, había intentado arreglarse para Emmeline y estaba satisfecho de la reacción de la muchacha—. Aquí tienes los platos que ha preparado

mi madre, creo que si tu madre ha cocinado tanto como la mía, estaremos comiendo sobras hasta que volváis de España.

Los jóvenes se echaron a reír y el ambiente distendido los hizo olvidar que pronto se separarían. Ambos estaban nerviosos, sabían que esa podría ser su última oportunidad de estar a solas antes de que Ian se marchara a la guerra y, aunque no habían hablado de ello, ninguno de los dos quería desaprovecharla.

—Siéntate, por favor —insistió el joven—. Voy a dejar los platos en la cocina y vuelvo enseguida.

Cuando Ian regresó, se sentó junto a Emmeline en silencio. El chico la tomó de la mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

—¿Estás nerviosa?

—La verdad es que sí.

Ambos eran muy jóvenes, nunca habían tenido relaciones íntimas con ninguna otra persona y sentían una mezcla de emoción y de miedo.

—Te quiero, Emmeline.

—Y yo a ti, y voy a extrañarte mucho —respondió la chica, con un nudo en la garganta, sin soltarle la mano.

Ian sintió un deseo irrefrenable de besarla y hacerla suya y con dulzura se atrevió a tocarle la mejilla mientras las miraba con una intensidad que nunca había mostrado antes.

—Lo único que me da fuerzas para dejarte ahora es saber que me esperarás. Porque lo harás, ¿verdad?

—Pues claro, tonto.

El muchacho no pudo refrenarse más y la besó con timidez al principio y luego con fiereza, a lo que Emmeline respondió con la misma pasión. Era como si quisieran aferrarse el uno al otro antes de la inevitable separación. El chico la tomó por la cintura y entrelazó sus dedos varoniles en el pelo rizado de la muchacha, que dejó escapar un gemido entrecortado. Ambos sabían que estaban rebasando las reglas establecidas por la sociedad, a pesar de amarse con locura, pero no podían evitar lo que estaba a punto de ocurrir. Su amor era genuino y verdadero, y ambos se deseaban. Ian levantó a Emmeline y la llevó en brazos hasta su cama, donde la desnudó con una mezcla de ternura y pasión.

—Mis padres no llegarán hasta dentro de unas horas, pero pararé si no quieres seguir adelante —se detuvo un momento—. Si no estás preparada, lo entenderé.

—No hay nada en el mundo que desee más que estar contigo.

Emmeline le acarició la nuca, lo atrajo hacia ella y el muchacho la besó con rabia. Los pechos de la chica se convirtieron en un refugio de amor y aceptación, e Ian los saboreó con mimo mientras Emmeline hundía su cara en su cuello moreno y sudoroso. Una vez estuvo dentro de ella, se movieron a un mismo ritmo hasta llegar al éxtasis, y ambos sintieron que no solo acababan de hacer el amor, sino que habían sellado su compromiso y su cariño en un lazo destinado a resistir el paso del tiempo.

22

LA CENA

1937

El apartamento de los Johnson era pequeño y acogedor. Los muebles robustos y oscuros estaban desgastados por los años, aunque aún reflejaban un buen cuidado. Fotografías familiares colgaban de las paredes y Emmeline se entretuvo en admirarlas mientras Ian hacía la cama que habían alborotado al hacer el amor. El sonido de unas llaves en la cerradura la puso en alerta y Martha Johnson apareció con paquetes y bolsas en las manos que dejó en la encimera de la cocina.

—Buenas tardes, señora Johnson.

La mujer dio un respingo de asombro y se volvió de manera rápida y brusca, como si un resorte dentro de ella se hubiera activado de repente. Se llevó una mano al pecho.

—¡Emmeline! —exclamó—. No te había visto. ¿Hace mucho que estás aquí?

—No, acabo de llegar —mintió—. He traído los platos que mi madre ha preparado.

—¡Oh! Gracias —dijo Martha, que reparó en la ensalada de patatas y en las alitas de pollo marinadas—. Tu madre es muy amable, pero le dije que no necesitábamos nada.

La cocina de la señora Johnson era pequeña y funcional, con una mesa en el centro donde la familia hacia la mayoría de las comidas. Martha metió lo que había comprado en una nevera perfectamente limpia, se colocó un delantal floreado y empezó a sacar sartenes y cacerolas para calentar la cena.

—Ya lo tengo todo listo —le confirmó a Emmeline—, pero quiero terminar algunos detalles de última hora. ¿No han vuelto los niños?

—Aún no, Ian me dijo que habían ido al zoo.

—Estarán al llegar… Por cierto, ¿dónde está Ian?

—Creo que quería cambiarse para la cena. —Emmeline lo dijo con naturalidad y Martha no dio importancia a sus palabras ni

sospechó nada—. ¿Puedo ayudarla?

La mujer miró el reloj de la cocina; faltaba media hora para que todos estuvieran allí, así que aceptó encantada la oferta de la muchacha.

—¿Te importaría poner la mesa? En ese cajón está el mantel —dijo la señora Johnson mientras señalaba un aparador en el salón.

—¿Este?

—No, no, querida. Hoy es una ocasión especial, el de más abajo. El que me regalaron para mi boda.

El mantel blanco de lino era muy sencillo, pero Emmeline se dio cuenta de lo orgullosa que la señora Johnson se sentía de él.

—Es muy bonito.

—No es nada del otro mundo —respondió la mujer, mirando el trozo de tela con cariño—, pero es lo único que tengo de aquel día. Me lo regaló mi madre.

Emmeline sonrió y extendió el mantel en la mesa del salón. Los platos eran sencillos de cerámica blanca, y cuando todo estuvo montado con los cubiertos y servilletas, Martha se acercó con un precioso jarrón lleno de flores frescas que había comprado esa misma tarde en el mercado local.

—Este es el toque final —afirmó, mirando satisfecha su mesa, y Emmeline se emocionó con lo poco que Martha necesitaba para ser feliz.

A los pocos minutos, sonó el timbre de la puerta y los pequeños de los Johnson, Sam y Serena, entraron llenando la casa de risas y confusión. Ian salió de la habitación y saludó a su madre con un fuerte abrazo, y Martha lo notó nervioso y azorado. Lo achacó a la inminente marcha hacia España, así que no quiso preguntarle nada para evitar empañar la velada.

—¿Te gusta la carne guisada, Emmeline?

—¡Me encanta! Es uno de mis platos favoritos.

—Estupendo, porque es lo que vamos a cenar, una receta de Luisiana, de donde eran mis padres. También tendremos col rizada y pan de maíz. ¡Esta noche no se va nadie de aquí con hambre!

Emmeline e Ian intercambiaron miradas furtivas mientras Martha se afanaba en la cocina y los niños charlaban sobre sus aventuras en

el zoo con su madre. El timbre volvió a sonar. Emily, Ruth y Drake entraron cargados de paquetes.

—¡Os dije que no trajerais nada! —gritó Martha desde la cocina.

—Es solo algo para el postre —afirmó Ruth mientras se quitaba el abrigo—. ¡Uf! El tiempo está desapacible y ha empezado a llover.

Ian y Emmeline saludaron a los recién llegados y los jóvenes se sentaron en el salón a charlar animadamente mientras las mujeres fueron a la cocina a ayudar a Martha con los últimos preparativos de la cena.

—¡Buenas noches a todos! —anunció el señor Johnson, que llegó sacudiéndose el agua de su abrigo de lana oscura y dando fuertes golpes con los pies en el suelo para evitar dejar el barro de sus suelas en la madera del piso—. Se ha puesto la noche fea.

—Hola, cariño —dijo Martha—. Ve a cambiarte, estás empapado. Ya está todo listo y nos sentaremos a la mesa nada más termines.

—Uh… ¡Qué bien huele!

—Pues date prisa antes de que se enfríe la comida. ¿Quién quiere limonada casera? —preguntó Martha mientras sacaba una jarra de la nevera—. También tenemos té dulce y vino. —La mujer fue sirviendo los vasos y todos bebieron alegres.

Se sentaron a la mesa y, antes de empezar a cenar, el señor Johnson sugirió que se cogieran de las manos y desearan lo mejor a los muchachos. Estuvieron un rato con los ojos cerrados, cada uno envuelto en sus propios pensamientos, hasta que William rompió el silencio.

—Me gustaría desearles a Ian y a Drake mucha suerte ante lo que les espera —dijo visiblemente emocionado—. Quiero que sepáis que estoy muy orgulloso de los dos y estoy seguro de que el señor Knox también lo estaría. Sé que lo que vais a hacer no es fácil, pero hay momentos en la vida en los que hay que alzar la voz y defender lo que uno considera correcto. —Ian bajó la mirada. Quería a su padre y veía lo mucho que su marcha lo afectaba—. Sé que habéis reflexionado sobre esto y, aunque ir a la guerra no es algo que un padre quiera para sus hijos, os entiendo. Defenderéis la justicia, lucharéis contra lo que amenaza destruir la libertad y eso es algo por lo que merece la pena arriesgarse.

Emily se removió incómoda en el asiento y Ruth le tomó la mano para calmarla. William levantó su vaso de vino y propuso un brindis.

—Por estos dos muchachos valientes —agregó—. Recordad que en los campos españoles no estaréis solos, todos estaremos allí con vosotros. Bebamos por la valentía de Ian y Drake y por el sacrificio que están dispuestos a hacer por un futuro mejor. ¡Que la suerte os ayude y os traiga de nuevo a casa!

Emily no pudo aguantar más. Era una mujer de mente abierta, pero el peso del pasado era demasiado. James y ella habían vivido una guerra y conocía las consecuencias de primera mano. William Johnson no.

—Yo entiendo por qué se van —anunció Emily, aguantando la mirada al señor Johnson—. Luchar por la libertad y los derechos de los oprimidos es algo que siempre hemos hecho en casa, pero… —tragó saliva, los ojos se le llenaron de lágrimas y tuvo que morderse el labio para no llorar—. Mi marido volvió destrozado de la Gran Guerra, no solo con heridas físicas que lo desfiguraron para siempre, sino con otras más profundas e invisibles que casi le robaron el alma.

Las lágrimas rodaron por su rostro ovalado y el silencio se hizo sepulcral en el salón de los Johnson.

—Tengo miedo, miedo de que te hagan daño, miedo a que no regreses —le dijo directamente a su hijo mientras se le quebraba la voz, a pesar de que trató de mantener la compostura—. Te quiero, Drake, y si te ocurriera alguna cosa, no sé si podría soportarlo. Acepto tu decisión, pero no puedo evitar no estar de acuerdo con el señor Johnson.

El chico se levantó y abrazó a su madre que seguía sentada a la mesa.

—Siento hacerte daño, mamá, pero es lo que tengo que hacer. ¿No lo comprendes?

—Yo también lo siento, William, pero opino como Emily —anunció Martha muy seria.

—Ahora ya no es momento de expresar nuestras opiniones, sino de tener una buena velada de despedida y apoyar a los chicos —dijo el hombre contundente.

—No. No quiero callarme porque nuestro hijo no solo tendrá que enfrentarse a una guerra como Drake, sino a un nuevo país y a nueva gente que no sabemos cómo lo tratarán solo por ser negro.

—Seguro que no será peor que aquí, mamá —añadió Ian.

—Tal vez, pero yo no lo sé. ¿Qué pasa si lo es? Ya sé que me has dicho que el Partido Comunista dice que en España todos seréis iguales, que no habrá diferencia entre blancos y negros, pero… ¿y si se equivocan?

—Yo lo protegeré —afirmó Drake.

Martha lo miró con afecto y le lanzó una sonrisa amable.

—Sé que lo harás, pero solo sois dos chiquillos.

La mujer dejó salir toda su angustia en lágrimas silenciosas que limpió con un pañuelo arrugado que llevaba en la manga del vestido.

—Ya no hay vuelta atrás —dijo Ruth, que no había querido inmiscuirse en un tema tan delicado para las familias—. Vamos, Emily, Martha, las dos sois mujeres valientes y luchadoras, y esos mismos valores son los que les habéis inculcado a vuestros hijos. Ya no son niños —dijo, mirando a la señora Johnson directamente a la cara—, aunque para vosotras siempre lo sean. Han tomado una decisión, ¿no creéis que esta noche deberíamos pasar una velada inolvidable? Ese recuerdo será el que acompañe a los chicos hasta que vuelvan.

—Será mejor que comamos —anunció William serio y molesto con su esposa.

La tensión podía cortarse con un cuchillo y Drake aprovechó la distracción de todos para susurrarle a su hermana.

—No creo que sea el mejor momento para que Ian y tú anunciéis vuestro compromiso, ¿no crees? El ambiente está demasiado cargado. Vuestra declaración de amor no será bien recibida por nadie. Sería más prudente que esperaseis a que las emociones se calmen.

Emmeline lo miró dubitativa.

—Las cosas ya están lo suficientemente calientes como para que vosotros avivéis el fuego confesando que os queréis. Creo que sería añadir un nivel de estrés innecesario para mamá y la señora Johnson. Espera, Emmie, será lo mejor.

La joven lo miró, molesta. Acababa de hacer el amor con Ian y quería gritarles a todos que lo amaba y que él la amaba a ella. No le importaba qué opinasen los demás, sin embargo, entendió lo que Drake trataba de decirle. Con un leve gesto de la cabeza imperceptible para todos menos para Ian, Emmeline le comunicó que no harían pública su relación esa noche. Ian cerró los ojos y respiró aliviado. Su madre y la señora Knox necesitaban procesar primero su partida y la de Drake, ya habría tiempo para comunicarles su amor.

El señor Johnson, que odiaba no estar de acuerdo con su esposa, se levantó de la mesa y se dirigió a ella.

—Te quiero, Martha, y te comprendo, pero hagamos que esta despedida sea memorable para los chicos. ¿Te parece bien?

Martha abrazó a William, esbozó una sonrisa y el ambiente se fue relajando a medida que empezaron a charlar unos con otros.

—Vamos, que se enfría la comida. ¿Es que nadie le va a meter mano a esas deliciosas alitas de pollo? —exclamó Sam, el hermano pequeño de Ian.

Y, con la espontaneidad que solo los niños pueden expresar, consiguió que todos rieran a pesar de las circunstancias.

ESPAÑA

1937

La travesía en barco que Drake e Ian habían realizado hasta Marsella había resultado accidentada, pero nada los había preparado para lo que les esperaba en el cruce de los Pirineos. La caminata a través de las montañas nevadas se inició en la zona de Perpiñán con un tiempo pésimo. La lluvia no dejó de arreciar desde que desembarcaron en Francia, y Drake agradeció en silencio que su madre le hubiera comprado las botas que llevaba puestas, ya que le mantuvieron los pies secos y calientes a lo largo del arduo viaje. Las redes de apoyo antifascista habían preparado varias rutas clandestinas para acompañar con guías preparados a los voluntarios provenientes de todas partes del globo. Ian y Drake se sumaron a una reunión pequeña de no más de seis hombres, todos estadounidenses. Se dirigieron al paso fronterizo de Le Perthus, donde los esperaba un agente de enlace del Partido Comunista, encargado de reclutar a la mayoría de los brigadistas internacionales para luchar en España. El pequeño grupo llegó exhausto, hambriento y empapado al desfiladero acordado, y se adentraron en una cueva donde se tumbaron en el suelo a esperar a quien, según el guía, los ayudaría a cruzar la frontera.

—Buenas noches, Claudio —saludó en un susurro un hombre bajo y moreno que salió de detrás de unos salientes rocosos—. Tenemos que irnos antes de que amanezca, las patrullas de vigilancia están por todos partes.

—Hola, amigo —dijo el guía desganado—. Aquí te paso el testigo, yo también debo volver lo antes posible.

—¡Bienvenidos, muchachos! —anunció el hombre en un inglés tosco pero comprensible—. No tenemos mucho tiempo para presentaciones. Soy Gregorio López, el agente de enlace, y cruzaré con vosotros hasta España. Durante el tiempo que estemos caminando, no quiero oír ni una sola palabra, ni siquiera escucharos

respirar, ¿está claro? De eso puede depender el que sigamos vivos. Os explicaré todo más adelante, cuando sea más seguro. Ahora debemos ponernos en marcha.

—Entendido —afirmaron los voluntarios, y sin mediar más palabras, dejaron atrás al guía francés y se dirigieron a Cataluña.

El grupo estuvo caminando durante siete horas, haciendo cortas paradas para tomar algo de pan, queso y agua que Gregorio había traído en una mochila. Ninguno de los seis jóvenes estaba acostumbrado a caminatas tan extremas, y se sentían exhaustos y desorientados. Habían llegado hasta los Pirineos con mochilas ligeras y estaban deseando llegar a su destino para ponerse ropa limpia y poder descansar. A primera hora de la mañana los nuevos brigadistas, con Gregorio López a la cabeza, entraron en Figueres, donde la resistencia antifascista tenía cierta fuerza.

Caminaron todos juntos y escudriñaron la ciudad con ojos de sorpresa y curiosidad. Cataluña tenía un ambiente revolucionario muy diferente al que se respiraba en sus países de origen. Símbolos republicanos y comunistas se veían en ventanas y balcones y los voluntarios sintieron que estaban participando en algo trascendental. Pisar suelo español los llenó de un gran alivio, ya que por fin estaban en un sitio donde la lucha era visible, al igual que el apoyo a la causa republicana, sin embargo, el ambiente de guerra y el estado de la población civil los llenó de preocupación.

Sin detenerse, se dirigieron a un albergue seguro, donde proveyeron a los muchachos con un refrigerio y algunos uniformes militares provisionales para que se fueran equiparando a las fuerzas republicanas.

—Tenéis una hora para descansar. Después de eso, nos dirigiremos a Barcelona —afirmó el agente mientras los chicos disfrutaban de una comida caliente que engulleron con ansias.

Cuando terminaron, una chica morena vestida con pantalones y una camisa blanca dirigió al grupo a una sala llena de catres con mantas. Ian se tumbó en uno y se durmió enseguida. Algunos jóvenes de diferentes nacionalidades ya estaban allí y dormitaban tranquilos, mientras que otros conversaban de política con pasión o jugaban a las cartas. El grupo de los norteamericanos se mezcló con

otros brigadistas europeos y el albergue les asignó un traductor para que pudieran comunicarse. Drake estaba tan emocionado por todo lo que estaba viviendo que no pudo conciliar el sueño y decidió charlar con el resto de los voluntarios que, como ellos, habían llegado a España para defender la democracia y la libertad.

—¿De dónde venís? —le preguntó a un joven alto de espalda cuadrada y hombros anchos.

—De Canadá. He oído que sois de Estados Unidos.

—Sí, la mayoría somos de Nueva York. ¿Hace mucho que llegasteis?

—Una hora antes que vosotros.

—¿También habéis cruzado por la zona de Perpiñán?

—No. Vinimos por Cerbère. Están utilizando diferentes rutas para hacérselo más difícil a las patrullas y que no nos descubran. ¿Cómo están las cosas por tu país?

—Imagino que igual que en el tuyo. Hemos venido clandestinamente porque el gobierno no nos apoya. —Drake se levantó de la cama que había elegido y le tendió la mano al joven voluntario—. Me llamo Drake Knox.

—Robert Tayler. Nuestro gobierno tampoco nos apoya. Están preparando una ley para que sea ilegal que ningún canadiense se una a fuerzas armadas extranjeras sin su permiso. Así que ya ves, estamos igual que vosotros.

—Y la gente de a pie, ¿cómo está reaccionando a vuestra marcha? —preguntó Drake.

—No mucha gente le está dando importancia a esta guerra. Está muy lejos de casa. Solo nos hemos apuntado los más comprometidos con la causa republicana. Somos jóvenes de izquierda, no solo comunistas, también socialistas y anarquistas que pensamos que lo que aquí está pasando es una injusticia que nos incumbe a todos, pero esa no es la opinión mayoritaria en Canadá.

—Lo siento, muchachos, cambio de planes. Tenemos que ponernos en marcha ya —el sonido de la voz potente de Gregorio López interrumpió la conversación abruptamente—. Tenemos órdenes de llegar a Barcelona lo antes posible. De ahí nos dirigiremos a Tarragona, después a Valencia y, por último, a

Albacete, nuestro destino final. Hay un camión esperándonos fuera. Es rudimentario, pero puede ser más rápido que el tren. Sé que ya os habéis enfrentado a un camino agotador para llegar hasta aquí y que estáis cansados, y algunos, incluso, puede que hasta desanimados, pero es normal sentirse así. Me gustaría daros las gracias a todos por haber venido, y recordad que sois parte de una lucha que no es solo de España, sino de toda la humanidad.

Gregorio habló con firmeza, pero en sus palabras se reflejaba también cordialidad y empatía, y los chicos se animaron con su discurso.

—En Albacete se encuentra la base principal de las Brigadas Internacionales. Allí se os asignará a un batallón y recibiréis entrenamiento militar. ¿Cuántos de vosotros habéis cogido un rifle?

Ninguno de los jóvenes levantó la mano, y Gregorio se pasó la mano por el pelo oscuro, preocupado.

—Aun así, os estamos agradecidos a todos, camaradas. Necesitamos la fuerza de vuestras manos y, sobre todo, vuestro valor.

—¿Por qué vamos a Albacete, señor? —preguntó Drake, que nunca había oído hablar de esa ciudad—. Pensé que nos quedaríamos en Barcelona.

—En Albacete está la base de las Brigadas Internacionales. Es por su ubicación estratégica, nos permite organizar y desplegar rápidamente a los soldados hacia los diferentes frentes de combate. Allí empezará vuestra misión, aprenderéis a luchar codo con codo con los hermanos españoles, a usar armas y técnicas de combate.

Los voluntarios empezaron a hablar entre sí comentando lo que Gregorio les acababa de decir.

—¿Cómo están las cosas en el frente? —preguntó Ian, que salió de detrás de un grupo de muchachos y enfrentó la mirada del agente—. Me gustaría tener una información veraz de cómo van los combates y saber a qué tenemos que atenernos.

Gregorio lo escrutó con interés. No había muchos jóvenes de color entre las filas de los brigadistas y le gustó que Ian fuera un hombre claro y directo.

—No os voy a engañar —anunció a viva voz para hacerse oír a través del murmullo de voces—, tenéis que prepararos para la dureza del frente, los fascistas son implacables, por eso son tan importantes estas primeras semanas de entrenamiento. Es imperativo que aprendáis disciplina y resistencia. Lo bueno es que no estaréis solos, sino rodeados de un ambiente de camaradería entre jóvenes que luchan por una causa común, y os garantizo que haréis amigos para toda la vida. Ellos serán vuestras nuevas familias, vuestros hermanos y dependeréis los unos de los otros para manteneros con vida.

—Gracias por una respuesta tan sincera, señor —dijo Ian, y Gregorio inclinó la cabeza en reconocimiento.

—Ahora, andando, muchachos, tenemos que llegar a Albacete hoy.

Los chicos se montaron en el camión muy cerca unos de otros. La mayoría eran estadounidenses y canadienses, pero también los acompañaba una pequeña representación de italianos y belgas creando una atmósfera cosmopolita. Estar en España era un momento que habían anticipado durante meses y, aunque entusiasmados y nerviosos, también se dieron de bruces con la dura realidad de un país en guerra que llenó a muchos de ansiedad.

Tras el largo viaje, los brigadistas llegaron a Albacete cansados y emocionados al mismo tiempo. Autoridades republicanas, miembros del Partido Comunista de España y del Comintern los recibieron en una antigua escuela que utilizaban para las recepciones de los nuevos soldados. Un hombre de complexión media y cuerpo robusto los esperaba con un rostro de rasgos duros que reflejaban determinación. Su voz autoritaria atemorizó a los muchachos y Drake le preguntó a Gregorio de quién se trataba.

—Es André Marty, un francés que organiza a las Brigadas Internacionales. Cuidado con él —le advirtió—, es un hombre muy severo e inflexible. Será quien se encargue de supervisar vuestro entrenamiento y os asignará a un batallón. No os crucéis en su camino, es poderoso dentro del sistema de las Brigadas. Lo controla todo, la logística, el suministro de armas, y la disciplina y su obsesión por la lealtad comunista están creando fricciones dentro del

movimiento republicano y entre las propias Brigadas Internacionales, pero se encargará de que os preparen bien para el combate.

Drake tragó saliva, Marty tenía un aire duro que no le gustó.

—Camaradas —gritó el francés—, habéis venido desde muy lejos para uniros a la lucha más importante de nuestro tiempo: la lucha contra el fascismo. Aquí no se os tratará como turistas, ahora sois soldados y vuestro deber es cumplir con valentía, disciplina y lealtad.

Ian miró a Drake, satisfecho de lo que estaba escuchando. Desde que habían desembarcado en Francia, nadie le había hecho ninguna referencia al color de su piel y el discurso de Marty lo hacía sentirse incluido.

—Lo que os espera no es fácil —siguió el hombre—, sé que la mayoría de vosotros no habéis visto una guerra real, pero tendréis que aprender rápido porque en el frente el fascismo no espera y os necesitamos. Habéis venido a luchar, pero también a obedecer. Las Brigadas Internacionales son unas unidades organizadas y nuestro éxito dependerá de que todos sigamos las órdenes. Cualquier acto de indisciplina será severamente castigado.

Gregorio miró a Drake y torció la boca para reafirmar su opinión sobre Marty, gesto que no le pasó inadvertido al muchacho.

—No estáis aquí por vuestra propia gloria personal, sino por algo más grande, nuestros ideales de igualdad, justicia y libertad.

—¡Ha dicho igualdad, Drake! —afirmó Ian cada vez más emocionado.

—Aquí luchamos o morimos, por lo que tenéis que abrir los ojos y preparar vuestros cuerpos y vuestras mentes para lo que está por venir. El entrenamiento empezará inmediatamente y espero lo mejor de todos vosotros. No toleraré debilidades, ni dudas, pero, sobre todo, no toleraré traiciones.

El hombre dejó de hablar para escudriñarlos a todos con ojos severos e hizo una pausa durante unos segundos.

—¡Bienvenidos a España!

Cuando Marty terminó su arenga, Gregorio López se despidió de ellos prometiéndoles que no sería la última vez que se verían y les indicó a los seis miembros del grupo que había llevado hasta Albacete dónde tenían que registrarse. Los muchachos se dirigieron

a otro edificio de solo una planta donde verificaron sus identidades, documentaron sus nombres y nacionalidades y se les pidió referencias políticas para asegurarse de su compromiso a la república y al ideario comunista. Ian estaba fascinado observándolo todo. No podía creer que nadie le hubiera tratado diferente a los demás compañeros ni hubieran hecho ningún tipo de comentario despectivo por el color de su piel. En las filas del registro encontró a otros voluntarios negros y se llenó de emoción y orgullo.

El canadiense, Robert Tayler, salió con unos papeles en la mano del edificio del registro.

—¡Eh, Robert! —gritó Drake desde la cola—. ¿Cómo te ha ido? ¿Ya tienes batallón?

—De momento, con los italianos y franceses, dicen que se está preparando un batallón canadiense, pero aún no lo han formado.

—¿Adónde os llevan ahora?

—Creo que a un cuartel donde nos van a alojar.

—Vamos, Tayler —dijo otro joven del mismo grupo—. Tenemos que irnos.

—Adiós. Suerte. Nos veremos por aquí —se despidió el canadiense.

Ian y Drake siguieron avanzando en la fila, donde conocieron a más norteamericanos con sus mismos ideales y con los que charlaron sobre sus intereses, motivaciones y lugares de origen.

Después de un rato de conversación, Ian se quedó callado, pensativo, pero con una sonrisa de oreja a oreja que llamó la atención de Drake.

—¿En qué piensas?

—En que hace tiempo que no me sentía tan feliz. ¿Te das cuenta de que desde que hemos llegado nadie ha hecho ningún comentario despectivo hacia mí?

—Eso es lo que nos dijeron en las reuniones del partido.

—Cierto, pero es diferente experimentarlo. Sé que es difícil para ti entenderlo, pero te aseguro, amigo, que es algo muy emotivo para mí. No estaba seguro de si aquí encontraría las cosas igual de difíciles que en casa, pero no es así. ¡Me encantaría que mi madre pudiera ver esto!

—Aquí parece que lo único que importa es el compromiso a la causa —agregó Drake.

—Parece que sí, pero es una maravilla que desde que hemos llegado las personas que hemos conocido han estado más interesados en saber si puedo luchar que en juzgarme por mi color. Es una sensación de igualdad que nunca había experimentado antes y me hace sentirme feliz y seguro. Si te soy sincero, esta es la primera vez que me siento un hombre más entre los demás. Lo único que me apena es que no sea así en nuestro país.

Drake abrazó a su amigo.

—Lo siento, Ian. Siento que en casa tengáis que pasar por el dolor que trae la desigualdad social y el racismo.

—Bueno, basta de sentimentalismos —añadió Ian—. Mejor que nos centremos, porque ese André Marty no tendrá reparos en cortarnos los huevos si le fallamos.

Los dos se echaron a reír y siguieron esperando en la cola hasta que les llegó su turno. Los militares les hicieron preguntas acerca de su experiencia militar, habilidades, idioma y país de origen, y una vez anotaron todas sus respuestas, tomaron la decisión de asignarlos al batallón Abraham Lincoln, que se acababa de crear ese mismo mes de enero solo para estadounidenses.

Los muchachos salieron del inmueble con otros voluntarios y se dirigieron hacia los camiones que los llevarían a sus alojamientos. Las autoridades les habían avisado que no esperaran nada del otro mundo. Albacete no estaba preparada para tantos hombres y mujeres que llegaban cada día de todos los rincones del planeta. Las autoridades habían tenido que improvisar y ubicarlos en edificios públicos con pocos suministros.

Mientras caminaban, Drake se paró en seco, no podía creer lo que veían sus ojos y la sorpresa se hizo patente en su rostro. Se quedó clavado en el sitio sin poder moverse y tuvo la sensación de que las botas se le habían pegado al suelo.

—Pero ¿qué te ocurre? —exclamó Ian, sorprendido por la extraña actitud de su amigo—. ¿Por qué no caminas?

Drake no le respondió e Ian advirtió que tenía los ojos puestos en un punto fijo.

El muchacho siguió la mirada de su amigo y reparó en un hombre vestido de calle que hojeaba un mapa con una cámara de fotos en la mano. Ian no los reconoció.

—Drake…, nos están esperando. Han subido todos al camión y no querrás que tengamos problemas el primer día, ¿verdad?

—Es mi padre —sentenció.

—¿Tu padre? ¿Quién?

Drake solo pudo articular una palabra.

—Allí —anunció, apuntando al hombre de la cámara que ocultaba su rostro tras un gran sombrero negro.

—Pero ¿cómo es posible?, ¿tu padre no había muerto?

AYUDAS A LA DEMOCRACIA

1937

Desde que Ian y Drake se marcharan a España, Emmeline, su madre y la señora Johnson se volcaron en conseguir ayudas para la causa republicana. Desde el inicio de la guerra, habían surgido organizaciones de solidaridad en Estados Unidos que regulaban actividades para recaudar fondos, suministros y concienciar a la población de lo que estaba sucediendo en Europa, y hombres y mujeres se habían involucrado en ellas para ayudar a la República.

Emily y Martha formaban parte del Comité Norteamericano de Ayuda a la Democracia Española y mandaban ropa y alimentos a los damnificados de la guerra y a los refugiados. Mientras que Emmeline, además de continuar con sus estudios de enfermería, sacaba tiempo como voluntaria en la Oficina Médica para Ayudar a la Democracia. La joven apoyaba el esfuerzo del comité para recaudar dinero y equipos médicos para los hospitales en España, y se dedicó con ahínco a organizar conciertos benéficos y subastas para movilizar a la comunidad local.

Una de las actividades que estas corporaciones tenían en común era la de organizar protestas pacíficas y manifestaciones con la intención de concienciar a la opinión pública y pedir el apoyo del gobierno para una mayor intervención en el país europeo. Sin embargo, Emily y Martha pronto entendieron que el gobierno se refugiaba tras la Ley de no intervención y no estaba dispuesto a moverse ni un ápice de su postura.

Como todos los lunes por la tarde, desde que Ian y Drake se habían marchado, Emmeline, Emily y Martha se reunieron delante de la Liga de las Naciones junto a grupos pro-republicanos y antifascistas. Exigían que la organización internacional hiciera más por detener la intervención de Alemania e Italia en apoyo de los sublevados en España, aunque no estaban teniendo mucho éxito.

—Siento llegar tarde —dijo Emmeline con la voz entrecortada. Había estado corriendo y le faltaba el aire.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó su madre.

—Nada. Las clases han terminado más tarde de lo previsto.

—Pues nosotras tenemos buenas noticias —agregó Emily con cara de satisfacción.

—Y, ¿a qué esperas para contármelas?

—El Comité para la Ayuda de la Democracia Española ha adelantado la marcha que tenía prevista en Madison Square Garden. Tarde o temprano, el gobierno cambiará de opinión.

—¡Me parece genial! ¿Para cuándo está prevista?

—Para ahora mismo —intervino Martha.

—¡¿Ahora!? Pues démonos prisa.

—Yo no soy tan optimista como tu madre —agregó Martha—. No estoy muy segura de que podamos hacer cambiar de opinión al gobierno solo con manifestaciones. Roosevelt se agarra a las leyes que no permiten vender armas a países en guerra y no creo que mueva su postura por muchas marchas que hagamos.

Emily suspiró, malhumorada.

—Tal vez, pero las marchas y manifestaciones servirán para concienciar a la ciudadanía y consolidar más el apoyo popular a la República. Si conseguimos recolectar más fondos y enviar más ayudas daré por bueno el evento de hoy, lo que no podemos es quedarnos de brazos cruzados. Así que vamos, que no quiero que seamos las últimas en llegar —dijo Emily.

—Este *rally* es uno de los eventos más grandes que se han organizado. Se esperaba que acudieran cientos de personas, pero por la cantidad de gente que viene en esta dirección, yo diría que al final seremos miles —exclamó Emmeline, mirando a su alrededor llena de emoción y sorpresa.

Las mujeres se agarraron del brazo y se mezclaron con el gentío. Emily había acordado verse con Ruth en un punto determinado del recorrido y la mujer ya las estaba esperando cuando llegaron.

—Ahí está —dijo Martha—. Puntual como siempre.

—¡Eh, chicas! —las llamó Ruth con alegría—. Este lugar está abarrotado, creí que no os encontraría.

Las mujeres se sentaron juntas en medio de la plaza donde habían dispuestos sillas para escuchar las disertaciones. Los organizadores habían obtenido el permiso para que una banda amenizara la velada con música alegre a la vez que un recital de poesía se llevaba a cabo para entretener al público congregado en un escenario secundario. Gente con banderas y pancartas llenas de mensajes a favor de la democracia esperaba con impaciencia los discursos de la noche.

—Dicen que Ernest Hemingway, Dorothy Parker, Langston Hughes y muchos otros escritores, artistas y activistas están aquí —afirmó Ruth, emocionada—. Creo que la idea de este *rally* es todo un éxito, lo que necesitábamos para captar la atención de todos sobre la situación en España. Por fin, estamos haciendo algo significativo.

—¿De verdad lo crees, Ruth? —preguntó Martha hastiada.

La robusta mujer la miró sin entender.

—¡Claro que lo creo! ¿Es que tú no?

—Debe ser que estoy más desilusionada que tú y no creo que Roosevelt cambie de idea acerca de una ayuda abierta a España.

—Puede que tengas razón, pero algo bueno saldrá de todo esto, ¿no crees?

—Eso mismo le he dicho yo —agregó Emily.

De los altavoces salió un chirrido metálico que hizo que muchos se taparan los oídos y una comitiva de hombres y mujeres subieron al escenario principal. El evento empezó con una breve introducción de los representantes del comité que agradecieron la presencia de los asistentes, pero el momento álgido de la noche lo ocuparon los discursos de Parker y, en especial, el de Hemingway, quien había estado en España cubriendo la guerra como corresponsal y habló vívidamente sobre los horrores del conflicto que heló la sangre de todos los que estaban allí reunidos. Martha no pudo evitar el llanto y Emily se llevó un puño a la boca y cerró los ojos ante las palabras del escritor. Ruth y Emmeline se abrazaron a ellas con el alma en vilo y todas desearon que el hombre estuviera exagerando.

—Si todo lo que Hemingway está diciendo es cierto…, nuestros hijos no volverán con vida —añadió Martha entre lágrimas.

—Nunca se sabe —la animó Emmeline—. No podemos ponernos en lo peor. Los muchachos ni siquiera han combatido todavía.

Las mujeres aguantaron estoicamente las cuatro horas que duró la celebración hasta el mismo acto de clausura donde los organizadores hicieron un llamamiento directo a las donaciones y al apoyo a las Brigadas Internacionales y a España.

Cuando la ceremonia hubo finalizado, las cuatro mujeres, con el corazón afligido, enfilaron la octava avenida para tomar el autobús y volver a sus casas.

—Bueno, chicas, yo me despido aquí —anunció Ruth mientras el autobús se acercaba.

La casa de la señora Henderson quedaba en dirección opuesta a la de Martha y Emily, por lo que tomó otra avenida y se perdió en la noche.

Las tres mujeres restantes subieron al colectivo, les hubiera encantado poder sentarse, estaban cansadas, pero no encontraron ningún asiento libre. Martha se escabulló hacia el final del autobús mientras Emmeline y su madre se mantuvieron de pie cerca de una de las puertas.

—¿No te ha parecido maravilloso los discursos de solidaridad que hemos oído esta noche? —dijo Emmeline, feliz y emocionada.

—Todo ha sido muy emotivo, hija. Pronto sabremos cuánto se ha recaudado hoy para ayudar a nuestros muchachos. Por muy poco que sea, todo es bueno para apoyarlos.

—¡Eh!, pero si eres tú, blanca traidora, deshonra de tu raza —las interrumpió un chico de complexión fuerte con el pelo corto de un rubio sucio.

Emmeline y su madre volvieron la cabeza a la vez. Un grupo de muchachos, un poco mayores que la chica, las miraban intimidantes con ojos hostiles.

—¿Qué le has llamado a mi hija? —preguntó Emily sin dar crédito a lo que había oído.

—Déjalo, mamá —suplicó la muchacha, que cogió a su madre del brazo para evitar que se encarase con los chicos.

Martha no se atrevió a abrir la boca y lejos de ellas observó el incidente, atemorizada.

—He dicho que es una asquerosa amante de negros. —El muchacho guiñó los ojos, de un tono azul pálido, que no disimulaban la dureza de su mirada y que solo transmitían agresividad.

Emily, indignada, le dio un bofetón sonoro que el chico no vio venir.

—¿Es que tu madre no te ha enseñado educación? No vuelvas a dirigirte a ninguna señorita en esos términos —protestó Emily mientras los pasajeros murmuraban sin saber qué hacer.

—Yo no veo a ninguna señorita —gritó el chico del pelo rubio, dejando ver cómo palpitaban las venas de su cuello—. Solo una ramera que nos avergüenza a todos, una asquerosa amante de negros.

—Pero ¡¿cómo te atreves a hablarnos así?!

—Basta, mamá. Con gente así no se puede razonar. —Y tiró de Emily, que estaba cada vez más enfadada.

Los viajeros contemplaban la situación estupefactos, algunos bajaron las cabezas y otros fingieron mirar a través de las ventanas del autobús sin querer meterse en la pelea.

El joven empezó a reír y sus compañeros lo acompañaron sin saber muy bien a qué venía esa risa.

Martha, aterrada, no se movió. No estaba bien visto que una mujer negra defendiera a dos blancas. Si lo hacía, daría sin querer credibilidad a la historia del matón, y no quería causarles problemas ni a Emily ni a su hija.

—¿Es tu madre? —preguntó el joven, que vestía una camiseta arrugada y un abrigo gastado. Su voz era grave y burlona, y a Emmeline le dio asco y escalofríos escucharla.

Nadie le contestó y él volvió a reír a carcajadas.

—No lo sabe, ¿verdad? Pues seré yo quien le dé la noticia.

—Cállate —gritó Emmeline, que sorprendió a Emily y a Martha con el tono de su voz. El chico, con una expresión desafiante, se acercó más a la muchacha y esta lo apartó de un empujón.

—Señores, mis disculpas si he molestado a alguien, pero esta es una mujer fácil y sin moral que se acuesta con negros.

—Pero ¡¿cómo te atreves?! —Emily fue a darle otro bofetón, pero esa vez el joven fue más rápido y se quitó a tiempo de su camino.

—Pobre, señora. No sabe qué tipo de hija tiene en casa. ¡Díselo! —incitó a la joven—. Sé quién eres, hemos vigilado esas reuniones clandestinas del Partido Comunista a las que asistes. Sueles ir con otro tipo, pero nos ha llamado la atención tu actitud cariñosa con ese negro —afirmó el chico, acercándose a Emmeline, que aguantó las lágrimas para no empeorar la situación—. No engañarás a nadie negándolo. ¿Es que no pudiste encontrar a un hombre blanco?

—Basta —farfulló un hombretón grande y alto que estaba al final del autobús—. ¿Puedes probar lo que estás diciendo?

—He dicho que la he visto —añadió el chico—, ¿qué más necesitas?

—Es tu palabra contra la suya —agregó otro de los viajeros—. Y si mientes, estás acusando a una señorita blanca de algo muy serio.

El chico intentó justificarse, lleno de odio, pero los viajeros observaron a Emmeline y no tuvieron la impresión de que estuviera involucrada en algo tan sórdido y poco ético como sugería aquel animal.

—Pues si no puedes probar nada, tú y tus amigos os vais a bajar de mi autobús ahora mismo —ordenó el conductor—. Ya me tenéis harto.

—¿Están todos locos, o qué? Es una mujerzuela a la que le van los negros. ¿Es que no me habéis oído?

—Cállate, no digas esas barbaridades —añadió otra señora muy bien vestida e indignada con las palabras del joven fanfarrón—. Has hecho llorar a la chica.

El señor del final del autobús, junto a otros hombres, rodearon al grupo racista, que perdió fuelle.

—Os vais a bajar ahora y no hay discusión que valga si no queréis que os partamos la cara a todos. Conductor —gritó el hombre—, pare, esta plebe se baja aquí mismo.

El hombre dio un frenazo sin molestarse en mirar atrás y a empujones los viajeros sacaron a los chicos del autobús. Martha había estado tan callada durante el altercado que a Emily le pareció

extraño. Era como si hubiese querido desaparecer. Emily se acercó a ella.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupada mientras la confusión reinaba aún en el vehículo.

—No me hables, Emily. Será mejor para todas, no pueden ver que te relacionas conmigo —dijo en un susurro.

Emily suspiró profundamente y su corazón se encogió con una profunda tristeza. Nunca había experimentado un episodio de racismo contra ella o su familia, y entendió el miedo y el dolor que Martha sentía en ese momento. Con lágrimas en los ojos, se apartó de su amiga y cogió a su hija del brazo para calmarla. El autobús siguió su camino, y cuando llegaron a su parada, se bajaron dejando a Martha atrás, que siguió adelante con el resto de los viajeros.

—Vamos, Emmeline —dijo Emily, alterada.

Caminaron sin decir nada hacia su casa, hasta que la joven detuvo a su madre y rompió el silencio.

—Mamá, espera. Tenemos que hablar.

25

REENCUENTRO

1937

En el camino hacia Albacete, Luis Osuna había puesto al día a James de los pormenores de la base oficial de los brigadistas.

—Recuerda, Holden —dijo, utilizando el seudónimo que James había elegido cuando llegó a Belgrado—, nos pagan por informar, pero también por capturar las historias humanas detrás del conflicto. El público quiere conocer la vida de los voluntarios internacionales en España, especialmente, la gente del país al que pertenecen. Necesitamos profundizar en sus motivaciones para venir a la guerra, sus experiencias aquí en España y las dificultades que están encontrando. Tu agencia es Reuters, ¿no?

—Sí —dijo James, escuchándolo atentamente.

—Pues te aconsejo que busques voluntarios ingleses para hacerles entrevistas. No te preocupes, tendremos tiempo de pasearnos por la base y observar sus entrenamientos, descansos, reuniones. Encontrarás a los chicos adecuados dispuestos a hablar. Ellos son los que pueden ofrecer una perspectiva única sobre la guerra que, para nosotros los periodistas, es oro.

—De acuerdo, intentaré profundizar en sus motivaciones para venir, sus dificultades para entrar en España o qué esperan de esta lucha.

—Así es… estupendo. Capta las historias humanas y estarás bien. Esta base militar está dividida en varios edificios —cambió de tema Luis cuando se adentraron en el recinto—. Hay varios inmuebles, oficinas administrativas, áreas de entrenamiento y hospitales de campaña en varios puntos de la ciudad dedicados a las brigadas internacionales.

James miró a su alrededor y no pudo evitar recordar el Somme, las trincheras en Francia, sus amigos…, el horror de la guerra y, sobre todo, sus consecuencias, y un nudo invisible le cerró la garganta.

—¿Estás bien? —preguntó Luis, que lo miró fijamente intentando interpretar sus pensamientos.

—¡Ohi Sí, sí… —disimuló—. No es nada.

Los periodistas siguieron caminando y pasaron por delante de varios barracones improvisados que alojaban a los reclutas.

—Antes de la guerra, estas naves eran fábricas —aseguró Luis.

James las miró desilusionado y pensó que carecerían de muchas de las necesidades básicas para los voluntarios. Hombres como Luis Osuna no reparaban en detalles como esos, pero un exsoldado como James Knox lo percibió nada más poner un pie en la base.

—Mira, aquel barracón es el inglés, allí está el estadounidense y más allá el francés. Los chicos están separados por idiomas y nacionalidades, así hay que utilizar menos traductores.

James bajó la cabeza, aturdido, todavía no había asistido a ningún combate y ya estaba realmente angustiado. Recordó las palabras de su jefe antes de salir de Belgrado y pensó que Maxwell tenía razón. El efecto de volver a un país en conflicto devastaba su alma. Ya no estaba en Francia, ni en el Somme, pero la guerra seguía siendo igual en todas partes y apestaba a podrido. James intentó disimular su estado de ánimo y siguió caminando al lado de Luis. Llegaron a una amplia área donde jóvenes de muchos países llevaban a cabo un entrenamiento exhaustivo y pararon para observarlos.

—Estos muchachos están muy verdes —anunció sin apartar sus ojos de ellos—. Se nota que no han cogido un arma en su vida.

—Eso he oído. La mayoría son intelectuales, estudiantes o trabajadores de izquierda que han venido a luchar por lo que creen y que no tienen ni idea de dónde se han metido.

—Pues deberían entrenarse a fondo, porque ninguno, al menos de los que están ahí —dijo James, apuntando al campo de entrenamiento—, está listo para entrar en combate. ¿Quiénes los preparan?

—Algunos oficiales republicanos y veteranos de guerra y, por supuesto, hay asesores militares soviéticos.

—He estado leyendo sobre André Marty, el responsable de la organización de las brigadas. ¿Crees que nos podrá recibir hoy? —

preguntó James.

—No sé. Ese comunista francés es un personaje muy peculiar que se está ganando muchos enemigos. Lo intentaremos, pero antes vayamos a las oficinas a presentar nuestras credenciales.

Luis se detuvo un momento a charlar con otro compañero español que, cámara en mano, se disponía a visitar el hospital de campaña donde los brigadistas heridos eran tratados antes de ser trasladados a hospitales más grandes. Mientras tanto, James se entretuvo escudriñando a los jóvenes que charlaban entre sí, jugaban a los dados y reían a todo pulmón, a pesar de las barreras lingüísticas y culturales. Al contemplarlos, pudo palpar el sentimiento de solidaridad y camaradería típicos del frente y pensó en su vida en las trincheras, en Charlie, en Ed y en lo mucho que esos muchachos iban a sufrir. Le hubiera gustado que las guerras se hubieran detenido con la suya y que esa nueva generación no viviera lo que ellos habían vivido. Desde la batalla del Somme, estaba convencido de la ineficacia de un conflicto armado para resolver problemas, pero los gobiernos era obvio que no habían llegado a su misma conclusión. A James le hubiera gustado gritar y decirle a cada uno de esos jóvenes que volvieran a sus casas, que no merecía la pena morir por ninguna causa, y menos a su edad con toda la vida por delante, pero sabía que, aunque en un arranque de locura hiciera algo así, ninguno cambiaría de opinión solo por el consejo de un veterano como él.

—¿Listo? —exclamó Luis, que trajo a James de vuelta a la realidad.

—Listo. Tengo una pregunta —anunció el inglés—. ¿Desde esta base salen los muchachos para el frente?

—Sí, los organizan en columnas y los equipan para la batalla. Yo estuve aquí la vez que salió el último grupo. Es un momento muy emotivo, los chicos suelen estar muy nerviosos, ya que la mayoría nunca ha estado en un combate real.

—Lo entiendo —farfulló James tras su máscara—. Antes de entrar en batalla, sueles tener mucho miedo, no sabes qué te espera, ni siquiera, si saldrás vivo. Luego ese miedo se va disipando y solo queda tu instinto de supervivencia.

Luis lo miró, intrigado, aún no le había preguntado nada sobre las heridas de su rostro y le pareció un buen momento para saciar su curiosidad.

—¿De qué batalla son tus cicatrices?

—Del Somme. Yo fui uno de los afortunados. Estoy vivo.

—Es una buena manera de mirarlo, pero imagino que no habrá sido fácil.

—No. No lo ha sido.

—Bueno, ¿te importaría esperar aquí un momento? —pidió Luis —. Tengo que hacer una pequeña gestión. Volveré enseguida.

El hombre se alejó unos pasos y entró en uno de los edificios de oficinas. James aprovechó para echarle un vistazo a un mapa y familiarizarse con la ubicación de Albacete, y mientras leía, oyó una voz familiar a su espalda.

—Pa… Pa… ¡¿Papá?!

El grito fue desgarrador, y James se giró de inmediato, buscando su origen. Se quedó paralizado, inmóvil; reconocería esa voz en cualquier parte, y un miedo atroz le recorrió el cuerpo.

—¡Drake!

—Papá, ¿qué haces aquí?

James abrazó a su hijo como si quisiera recuperar en ese instante cada segundo perdido. Para ambos, el mundo exterior dejó de existir y solo quedó el consuelo de tenerse de nuevo. James se apartó unos pasos del muchacho con la voz quebrada para mirarlo con una mezcla de felicidad y desesperación. Drake le devolvió el abrazo, haciendo un esfuerzo enorme por contener las lágrimas. ¡Cuánto había extrañado a su padre! La emoción los envolvió por completo, pero también una confusión difícil de ignorar: James había dejado a su familia atrás en Nueva York y, sin embargo, allí estaban, padre e hijo, reencontrándose en medio de una guerra ajena.

—Te creía en Yugoslavia —aseguró el joven—. Este año ha sido… difícil sin ti. Me alegro tanto de verte.

Ian los miró con interés, sin comprender muy bien lo que estaba ocurriendo.

—Es una larga historia. Yo también te he echado de menos y quiero que me cuentes todo sobre tu madre y tu hermana, pero

primero dime, ¿por qué estás aquí? España está en guerra.

—Lo sé, papá, por eso he venido. Mira, ¿recuerdas a Ian Johnson?, desde hoy pertenecemos al batallón Abraham Lincoln de las Brigadas Internacionales.

—¿Cómo está usted, señor Knox? —dijo el muchacho, tendiéndole la mano.

A James le pareció estar viviendo una pesadilla, se sentía abrumado. Le dio la mano a Ian sin dejar de mirar a su hijo. Solo de pensar que tendría que entrar en combate lo aterrorizaba.

—Drake, ¿en qué estabas pensando? He visto lo que la maldita guerra hace a los hombres y no permitiré que te destroce a ti también. ¡Tienes que volver a casa! ¡Esta no es tu lucha! Ni la tuya tampoco, muchacho —le dijo a Ian.

El chico miró a su padre perplejo. Estaba contento de ver que estaba bien y que las garras de Lucky Luciano no lo habían atrapado, pero la reacción de James lo puso en alerta y la reprimenda lo llenó de frustración y determinación al mismo tiempo.

—Tú no lo entiendes, papá. Mi decisión de venir a España es tan válida como lo fue la tuya cuando luchaste en la Gran Guerra. Ha sido una decisión razonada, no un simple impulso, y no voy a irme a ninguna parte. Sé lo que la guerra te hizo a ti, pero yo no soy tú. Vine porque creo que es mi deber y no puedo quedarme al margen.

—¿Y por qué crees que nos alistamos nosotros? Por las mismas razones, Drake. Porque Inglaterra nos necesitaba, por patriotismo o porque no estaba bien visto quedarse en casa… Mentiras—gritó James sin poder evitarlo—. Todo mentira. Esto solo te traerá sufrimientos, créeme, hijo, tienes que irte.

—Lo siento, papá, ya no soy el niño que dejaste en Nueva York y no tienes derecho a pedirme que vuelva a casa. Esta también es mi lucha, creo en la causa por la que voy a pelear, y quiero ser parte de algo más grande…, algo que importa. No estoy ciego, he visto tu rostro desde que nací, sé lo que un combate puede llegar a hacer, pero no tengo miedo y no me iré.

Ian permanecía callado, perplejo ante la escena que estaba presenciando. Pensaba que el señor Knox había muerto en un

accidente automovilístico hacía dos años y no entendía por qué ni Emmeline ni Drake le habían sacado de su error.

—Te equivocas si piensas que estas marcas que ves en mi rostro es lo peor que te puede llegar a pasar. Hay muchas otras cicatrices que no son visibles, y pesan mucho más. Con cualquiera de ellas tendrás que aprender a vivir el resto de tu vida…, si puedes. Eso si no te matan antes ahí fuera.

—Creí que nuestro reencuentro sería diferente —dijo Drake enfadado—. Tú y mamá me enseñasteis a luchar por lo que es correcto, y eso es lo que estoy haciendo ahora. No voy a dejar que el miedo me detenga igual que tú no lo hiciste.

—Eh, Drake, siento interrumpir, pero parece que los camiones se están poniendo en marcha —lo apremió Ian.

El muchacho miró a su padre lleno de angustia.

—Lo siento, papá. Te quiero y me alegro mucho de que estés bien. Ahora tengo que irme, pero estaré aquí unas semanas antes de entrar en combate. ¿Crees que podremos volver a vernos antes de eso?

James lo miró completamente destrozado, y cogiéndolo por los hombros, lo atrajo hacia sí, no sin antes cerciorarse de que nadie les estuviera prestando atención.

—Por supuesto que sí. Yo también te quiero. Nadie debe saber que eres mi hijo. Eso sería peligroso. Aquí mi apellido es Holden. Recuérdalo.

—Ian ya lo sabe.

El chico miró al padre y al hijo nervioso.

—¿Podrás guardar el secreto? —le preguntó James.

—Por supuesto, señor Knox.

—Ahora soy Holden. James Holden, ¿entendido? Periodista internacional para la agencia Reuter.

—De acuerdo —respondieron los dos.

—Vamos, somos los últimos, Drake —lo apremió Ian, agarrándolo del brazo.

El muchacho miró a su padre con tristeza. ¡Había tanto que quería contarle y saber de él! La sorpresa de encontrarlo había sido

mayúscula y esperó con toda su alma que tuvieran tiempo para poder verse de nuevo.

—Tened cuidado.

Drake le dedicó una amplia sonrisa que iluminó el corazón de James y se fue corriendo hacia el último camión. Ian, ya dentro, le tendió la mano y tiró de él.

—Tienes muchas cosas que contarme, Knox. Creí que tu padre estaba muerto.

—Solo fingió su muerte —murmuró el muchacho sin apartar la mirada de la figura lejana de su padre—, pero hoy sé que, al estar aquí, he ayudado a que muera un poco más por dentro.

LAS CARTAS EN LA MESA

1937

Emmeline estaba confundida y enfadada por igual, y su corazón todavía galopaba exaltado por el enfrentamiento con los jóvenes racistas.

—¡No puedo creer lo que ha pasado! —exclamó Emily aún con la furia y la sorpresa en el rostro—. Pero ¿cómo han podido esos chicos horrendos tratarte así? —La mujer tenía la cara arrebolada y la indignación le rezumaba por cada poro de la piel.

—Mamá, creo que es el momento de hablar —dijo la joven, parándose en medio de la calle.

Emily miró a su hija, sin estar segura de que quisiera tener esa conversación.

—¿De qué? —titubeó.

Las palabras de Emmeline y su expresión de preocupación hicieron que Emily lo comprendiera todo sin tener que preguntar nada más.

—Tienen razón, ¿no es cierto?

—Mamá, deja que te lo explique. Yo, nosotros…

—¡Basta! —gritó Emily, que se liberó del brazo de su hija con un movimiento brusco y se quedó mirándola a los ojos—. ¿Es qué te has vuelto loca?

—¿Cómo puedes decir eso? Me hubiera esperado esa respuesta de otras personas, pero nunca de ti. —La chica comenzó a llorar con desconsuelo y Emily cerró los ojos y trató de dominar sus emociones para evitar un enfrentamiento abierto con ella. La madre se recompuso y la tomó de las manos.

—Sabes que me gusta Ian, porque intuyo que es de él de quien hablaban, ¿verdad? Es un buen muchacho, pero el mundo no está preparado para vuestro amor.

—No lo hemos buscado, mamá, solo nos hemos enamorado. Lo quiero. ¿Por qué tendría la sociedad que dictarme con quién puedo o

no puedo mantener una relación?

—Tienes razón, hija. Tienes razón, pero las cosas no son así de fáciles, y lo sabes. No quiero que sufras por la ignorancia de los demás.

—Sé que no será sencillo, pero estamos dispuestos a intentarlo. ¿Tú estás dispuesta a aceptarlo?

Emily, desesperada, se retorció las manos antes de dar una contestación.

—Por desgracia, Emmie, no se trata de mí. Esta sociedad está llena de prejuicios raciales y tendréis que enfrentaros a muchas dificultades. Solo tienes que ver lo que nos ha pasado en el autobús, y ni siquiera estabas al lado de Ian. Seréis objeto de miradas malintencionadas, de comentarios despectivos y rechazo social por donde vayáis. ¿Podrás soportar tú el escrutinio cuando cenéis tranquilamente en vuestro restaurante favorito, o cuando vayáis a alguna tienda o cojáis el autobús? La gente criticará abiertamente vuestra relación, y te puedo asegurar que eso te hará daño y pondrá mucha presión en lo que sentís el uno por el otro.

Emmeline, con los ojos brillantes, no pudo evitar romper a llorar. Sabía que su madre tenía razón, pero no estaba dispuesta a sacrificar a Ian para que la sociedad del maldito tiempo que le había tocado vivir estuviera satisfecha.

La noche se había vuelto oscura y fría, y la chica, frustrada, se abrochó el abrigo *beige* y caminó decidida, dejando a su madre detrás.

—Espera, tienes que escucharme.

—No quiero escuchar más de lo mismo.

—Lo harás porque es importante para tu futuro —gritó Emily, enojada.

La muchacha se detuvo y esperó a que su madre la alcanzara, y Emily, conciliadora, la volvió a tomar de las manos.

—Si sigues adelante con esto, cariño, y decidís casaros, tendréis problemas para encontrar una vivienda, un buen empleo. Nadie quiere cerca a una pareja interracial. ¿Y qué me dices de los actos violentos? —Emily se llevó una mano a la boca y tragó saliva. Se le erizó la piel solo de pensarlo—. Recuerda la paliza que le dieron a

Ian y también lo has visto esta noche. Muchos recurrirán a la violencia para expresar su desaprobación por vuestra relación. El rechazo de todos te hará sentirte aislada.

—No si mi familia me apoya.

Las palabras de su hija hicieron blanco en el centro del corazón de Emily, que se sintió herida porque, a pesar de todo, ella siempre estaba ahí para sus hijos. Sin embargo, Emmeline estaba siendo poco razonable y no entendía lo que quería hacerle ver.

—Sabes que todos nosotros te apoyaremos, pero ¿y el resto de los amigos y conocidos?, ¿y la familia de Ian? ¡¿Qué pensarán los Johnson y su comunidad?! ¿Crees que será fácil que acepten que su hijo se haya involucrado sentimentalmente con una mujer blanca?

—Nos arriesgaremos, mamá. Sé que estás preocupada por mí y que solo quieres protegerme, pero he encontrado al hombre de mi vida. No me pidas que renuncie a él.

La chica fue tajante, con un tono de seguridad en sus palabras que hicieron que Emily comprendiera que no la haría cambiar de opinión. Sus dos hijos eran testarudos como ella.

—Sabes que en nuestra familia siempre hemos querido ayudar a cambiar las cosas y que creemos firmemente en la igualdad, pero aún faltan años para que esa igualdad sea una realidad. Tendréis problemas con la policía, con las autoridades. Ian ya lo vive cada día. ¿Qué opina él acerca de ponerte en peligro?

—Soy yo quien ha elegido, mamá.

Unas gotas de lluvia empezaron a mojar el asfalto y las mujeres aligeraron el paso para entrar en su edificio justo antes de que descargara la tormenta. Emily abrió la puerta y ambas siguieron la conversación dentro de su casa.

—¿Te has parado a pensar qué les ocurriría a vuestros hijos si decidís formar una familia?

—Aún falta mucho para eso —reaccionó la joven de malos modos, sacudiendo una mano frente a su madre. Estaba harta de la conversación, Emily se había expresado claramente y se sentía molesta y decepcionada.

—Pero debes pensarlo. Los niños estarán estigmatizados y sufrirán discriminación tanto por la comunidad blanca como por la

negra.

La chica se quitó el abrigo y se sentó en el sofá con los hombros hundidos, su madre la siguió y tomó asiento junto a ella.

—Mamá, mi amor por Ian es genuino —dijo en un susurro, secándose las lágrimas de las mejillas con los dedos—, no se basa en las expectativas sociales. ¿No crees que es muy injusto que las normas dicten a quién puedo amar? Las barreras raciales en este país son obsoletas, y por eso lucharé con todas mis fuerzas para romperlas. El color de nuestra piel no será un impedimento para nuestra felicidad. La gente puede juzgarnos todo lo que quiera, pero yo sé quién es él y él sabe quién soy yo, eso es lo único que me importa. Merecemos disfrutar de los mismos derechos que cualquier pareja.

—Lo sé, mi vida. —La mujer abrazó a su hija con fuerza—. Lo sé y tienes razón. Pero, por desgracia, no será así.

Emmeline se deshizo del abrazo con delicadeza.

—Ya he aceptado que no será fácil, pero no soy una niña y estoy dispuesta a luchar por Ian y por nosotros. Es una persona increíble, con los mismos sueños, las mismas esperanzas y deseos que cualquier otra persona, y me entristece que sea juzgado y tratado diferente solo por su color de piel. Además, si queremos cambiar el mundo y luchamos por la libertad en España o por la igualdad en nuestras calles, ¿no sería una hipócrita si no empezara esa lucha por mi propia vida? ¿No quieres para mí un amor verdadero, como el que tú tienes con papá?

Emily suspiró con los ojos cerrados y se rindió a las palabras de su hija. Emmeline estaba en lo cierto, ¡cómo no luchar por encontrar la felicidad con la persona que amaba!

—Tienes razón —dijo sacudiendo la cabeza—. No será fácil, pero tienes que defender lo que sientes por Ian, al menos, debes intentarlo. Siento haberte hecho sentir mal, solo tengo miedo por ti. Por los dos.

Emmeline puso la cabeza en el hombro de su madre, agradecida.

—Gracias, mamá. Nunca quise que te preocuparas, pero Ian significa mucho para mí.

Emily recordó los momentos duros en Accrington cuando James eligió a Cora y pensó que lo había perdido para siempre. En ese tiempo, el vacío y el dolor la habían invadido por completo y no quería esa sensación de angustia para su hija. Si Ian también la amaba, debían intentarlo.

—Parece que te he enseñado a luchar —dijo Emily con una sonrisa de orgullo, y las dos se echaron a reír—. No puedo protegerte de todo lo malo que hay ahí fuera, y ni mucho menos puedo detenerte de vivir tu vida, solo quiero que sepas que tienes mi apoyo, que te quiero y que lo único que me importa es que seas feliz.

Emmeline se lanzó a los brazos de su madre y se agarró fuerte a ella como cuando era pequeña.

—Gracias, mamá, te prometo que vamos a estar bien.

—Eso espero, cariño, pero cuando las cosas se pongan difíciles, que lo harán, recuerda que siempre, siempre, tendrás un lugar seguro en casa. ¿De acuerdo? Imagino que Martha no sabe nada de esto, aunque después de lo de esta noche en el autobús, tal vez, sospeche algo. ¿Piensas hablar con los Johnson?

Emmeline bajó la mirada visiblemente preocupada y se acomodó el vestido para hacer algo con sus manos vacías.

—Aún no lo sé.

INFORMACIÓN

1937

James se las había ingeniado para visitar la base de Albacete durante las semanas que duró el entrenamiento de los brigadistas. No quería avergonzar a su hijo ni ponerlo en un aprieto, pero estaba decidido a enterarse con exactitud de los movimientos del batallón Abraham Lincoln, al que Drake había sido asignado.

La agencia Reuter, para la que trabajaba, le había pedido informes regulares sobre los movimientos de las tropas republicanas y franquistas, así como la situación de las principales ciudades y frentes de batalla. Con esa petición, James había tomado la decisión de acompañar al batallón norteamericano nada más fueran enviados a luchar, así podría estar cerca de su hijo y reportar sobre lo que estaba ocurriendo en el frente.

Luis Osuna había resultado ser de gran ayuda. En el mes escaso que hacía que se conocían habían visitado juntos varios campamentos militares y habían entrevistado a innumerables jefes políticos que les habían proporcionado información sobre los acontecimientos que se estaban llevando a cabo en la guerra.

—Creo que se está cociendo algo importante —afirmó Luis esa mañana de camino a Albacete.

—¿A qué te refieres?

—A que los polluelos están listos para dejar el nido.

James se estremeció. Sabía perfectamente lo que Luis quería decir, hacía días que lo estaba esperando. Los brigadistas internacionales habían terminado el entrenamiento oficial y, preparados o no, tendrían que combatir en breve. Le hubiera gustado usar las conexiones que había desarrollado en España para proteger a Drake, pero si quería seguir trabajando como reportero, no comprometer su neutralidad profesional y no levantar sospechas acerca del parentesco que los unía, tendría que actuar con cuidado.

—¿Se irán todos los batallones?

—Al menos el Lincoln y el Garibaldi —afirmó Luis.

James tragó saliva, nervioso, y rezó para que Drake no tuviera que enfrentarse a un combate tan duro y violento como había sido el Somme.

—¿Han anunciado cuándo? —preguntó, escueto.

—No, pero yo sé que saldrán de aquí los primeros días de febrero.

—¿Cómo te has enterado de eso? —preguntó extrañado. Las autoridades acostumbraban a jugar con la prensa para manejarla al favor de su bando, pero no solían dar noticias precisas de los acontecimientos hasta que no estuvieran en marcha.

—Tengo mis fuentes.

—Y, ¿sabes a dónde se dirigen?

—Aún no, pero eso es lo que vamos a averiguar hoy mismo.

—Vayamos a ver a Reed, del batallón Lincoln —sugirió James—. También es periodista, nos recibirá.

—El teniente coronel Reed no está concediendo entrevistas, pero inténtalo tú si quieres. Yo iré a visitar a McGowan. El Batallón está bajo su mando, es un veterano de la Primera Guerra Mundial, un gran activista político, además de un estupendo líder. A ver si puedo sonsacarle algo.

—No creo que te dé ninguna información delicada. Sería demasiado peligroso. Ni siquiera a los soldados se les dice dónde o cuándo se pondrán en marcha.

—Tal vez, pero puedo intentarlo.

Los hombres se separaron y James se dirigió a la oficina donde le habían indicado que podía encontrar al teniente coronel. Después de discutir con la secretaria de Reed y esperar más de una hora, el militar aceptó recibirlo solo por unos minutos.

—Muchas gracias por su amabilidad —dijo James—. Sé que está ocupado.

—Y yo que su trabajo es informar, sin embargo, debo dirigir a estos muchachos de ahí afuera y evitar que les vuelen la cabeza, así que, como comprenderá, no tengo mucho tiempo.

Reed dedicó un minuto a leer las credenciales de James. Levantó la cabeza de las hojas de papel y lo miró de arriba abajo intentando decidir si confiar en él o no.

—Veo que, aunque ha vivido muchos años en Estados Unidos, es usted británico.

—Sí, señor.

—¿Heridas de guerra tras la máscara? —preguntó Reed directo.

—El Somme. Francia.

El militar chasqueó la lengua y lo miró fijamente sopesando con quién estaba hablando.

—¿Qué necesita de mí, señor Holden?

—Como ha comprobado en mi documentación, trabajo para la agencia Reuters y hay rumores de que el Batallón Lincoln tendrá su primer enfrentamiento muy pronto.

James podría haber preguntado por las brigadas en general, pero necesitaba saber cuáles iban a ser los pasos del Lincoln. El ambiente en la habitación era de anticipación y urgencia, y Reed torció la boca, incómodo.

—Recuerde que estamos en guerra y que toda la información que se maneja es sensible. La gente tiene que conocer lo que está ocurriendo, pero hay cosas que no podemos revelar por razones de seguridad para los muchachos. Usted ha sido soldado, lo comprenderá.

—Lo entiendo, señor. Pero ¿podría adelantarme algo acerca de sus planes? —James lo preguntó más por saber qué le ocurriría a su hijo que por motivos profesionales.

—La batalla a la que nos dirigimos se perfila como crítica. Necesitamos defender nuestras posiciones.

—¿Podría ser más específico?

—Lo siento. No antes de comenzar el combate.

—¿Ve a sus hombres preparados? —preguntó James, pensando en Drake.

—A la mayoría sí. Son muchachos valientes y con mucha determinación. Hay una gran unión entre los voluntarios internacionales y eso será crucial para que la batalla tenga éxito.

Reed lo miró, nervioso, y se levantó del asiento detrás de su mesa.

—Lo importante, señor Holden, es que el público entienda la magnitud de la lucha y que ayuden con su apoyo a mantener alta la moral de las tropas. Ahí es donde sus informes pueden jugar un papel a nuestro favor.

—Lo entiendo, señor.

—Ahora, si me disculpa, debo dejarle. Tengo que atender algunos preparativos.

—Una última cosa, ¿es verdad que se van a principios de febrero?

—¿Cómo dice? —exclamó el hombre sorprendido—. Lo siento, no puedo contestarle a eso.

—¿Adónde tienen previsto montar el campamento principal?

—No puedo darle esa información, es sensible y no queremos concederle más munición al enemigo.

—¿Me daría permiso para acompañarlos al frente?

—Siendo veterano…, ¿está seguro de que quiere venir con nosotros?

James sabía que tenía que engatusar a Reed si quería estar cerca de Drake en el combate. Las autoridades controlaban quién podía acercarse a las batallas y, a veces, el acceso estaba restringido por razones de seguridad, confidencialidad o simplemente decisiones estratégicas.

—Completamente, señor. Sé a lo que me enfrento, pero si quiero ser riguroso en mi trabajo, solo desde el frente, al lado de los soldados, podré serlo. Prometo informar con veracidad.

—Sabe que no podrá viajar con nosotros, ¿verdad? Tendrá que buscar su propio medio de transporte.

—Lo sé.

—Y también que seré yo quien le guíe a ciertos frentes o batallas específicas, ¿verdad? Usted no podrá escribir sobre lo que le apetezca. Debemos resaltar las victorias y no hay necesidad de hablar de las derrotas que espero no se produzcan. Tampoco podrá moverse por el frente a su aire sin ninguna supervisión. ¿Está de acuerdo con las reglas?

—Me parece bien, señor. La presencia de voluntarios extranjeros está captando la atención del mundo entero, por lo que para mí acompañarlos es una oportunidad para cubrir sus acciones. Eso es lo que me mueve para informar desde el frente —mintió.

—Imagino que las Brigadas pueden ser una de las historias más atractivas para los medios internacionales, pero como usted bien sabe, la guerra es peligrosa y no quiero exponerlo a que lo hieran o lo maten en combate —añadió Reed.

—Por favor, la causa republicana necesita que la opinión pública la apoye y yo puedo ayudar a ello. Me comprometo a informar sobre la cara más amable de la guerra.

Reed entendió lo que James quería decir. A veces, las autoridades militares limitaban la cobertura de las operaciones que podían resultar desastrosas para su bando, pero ese periodista parecía comprender cómo funcionaba el mundo de la propaganda de guerra.

—Está bien —dijo al fin el teniente coronel—. No seré yo quien le niegue el permiso a un veterano de guerra.

—Gracias —contestó James, que se guardó para sí el que su hijo fuera uno de los voluntarios de su batallón. Le tendió la mano a Reed y se despidió antes de que pudiera cambiar de opinión. Cuando estaba a punto de salir, el teniente coronel lo detuvo.

—Me gusta usted, Holden. Es sincero y directo, cualidades esenciales en un buen periodista. Cuando estemos preparados, le mandaré llamar para comunicarle en persona dónde se podrá reunir con nosotros.

—Gracias de nuevo, señor. Le deseo toda la suerte del mundo ahí fuera.

James quería haber terminado su frase con: *La vida de muchos jóvenes dependerán de usted*, pero supuso que sería más prudente callarse.

Tras la entrevista, echó a andar por el recinto abierto de la base, era urgente que hablara con Drake de inmediato, tenía que contarle lo que estaba ocurriendo. Encontró a su hijo vestido de militar sentado al sol invernal con un grupo de chicos de su misma edad. Hablaban animadamente, ajenos a la pesadilla que se les venía

encima, y James sintió una angustia tremenda porque la ingenuidad de aquellos rostros cambiaría para siempre cuando se enfrentaran a su primer combate. ¿Quién de ellos sería el que no regresaría?

—Eh, Drake, ¡ven aquí! —lo llamó desde la distancia.

—Hola, papá, ¡me alegro de verte! ¿Cómo has estado?

—Escúchame. No tengo mucho tiempo, y ya sabes que es mejor que no nos vean juntos, pero vais a salir para el frente a defender posiciones en breve. Yo iré también.

El chico lo miró desconcertado.

—¡Tan pronto! Pensé que tendríamos más tiempo.

—Por eso mismo te estoy avisando. No hables con nadie, solo con Ian, y no os expongáis innecesariamente a situaciones peligrosas en el campo de batalla. Escucha, hijo, no sé si tendremos otra oportunidad de hablar antes de que os marchéis de Albacete. Ahí fuera tendrás miedo, es algo normal, pero ese miedo se irá nada más comience la batalla. Recuerda lo que te han enseñado aquí. No te hagas el héroe y sé prudente.

—¡James! —gritó Luis Osuna—. ¿Estás listo?

James le hizo un gesto con la mano para que esperase un minuto.

—Debo irme. Lo más seguro es que no nos veamos antes de tu marcha, pero lo haremos en el frente. Te lo prometo. —James apretó el hombro de su hijo y se encaminó hacia Osuna, dejándolo perplejo con la noticia que le acababa de dar.

—¿Quién es ese soldado?

—Un americano del Lincoln —respondió James—. Le he hecho algunas preguntas.

—¿Ya les han informado de cuándo saldrán de aquí?

—Por supuesto que no. ¿Quién soy yo para hacer una cosa así? Además, no sabemos oficialmente cuándo será eso.

—Bueno —dijo Osuna, cambiando de tema—, ¿qué tal te ha ido con Reed?

—He hablado con él, pero no ha querido darme ninguna información que merezca la pena.

—Me sorprende que te haya recibido. No lo hace con todos los periodistas. Has debido de caerle bien. Yo conozco a McGowan

desde hace un año. Harry me tiene en buena estima y siempre me hace un hueco en su agenda. Los del Lincoln irán al valle del Jarama y no lo harán solos, los acompañarán el Batallón Garibaldi de italianos y el de Thaelmann de alemanes.

James respiró más aliviado. No es que un mayor número de soldados pudiera evitar el peligro al que Drake tendría que enfrentarse, pero, al menos, serían más para defenderse de las tropas franquistas.

—También participarán los españoles de la 14 División —continuó Osuna.

—¿Cómo has podido sonsacarle tanta información a McGowen?

—Ya te lo he dicho, somos amigos.

—Pero son datos muy sensibles. Tendremos que ser prudentes. Si se divulgaran antes de tiempo, la operación militar y la seguridad de las tropas podrían verse comprometidas —dijo James desde la experiencia.

—De todas formas, no podríamos hacerlo, incluso si quisiéramos. La censura lo prohibiría. El gobierno republicano está muy pendiente de controlar la narrativa y la información militar, y los dos bandos están locos por vigilar la noticias sobre las batallas para influir en la moral de sus tropas y de la población.

—¿Crees que habrá muchos más periodistas que sepan lo que nosotros sabemos? —preguntó James.

—No creo. Somos afortunados de tener a McGowen, pero no debes preocuparte por una filtración, ¿o es que tú vas a decir algo?

—¡Por supuesto que no! —exclamó James, indignado.

—Entonces, no hay problema.

—Yo he podido conseguir que Reed me dé permiso para ir al frente con ellos —cambió de tema James.

Luis lo miró sorprendido, le había llegado a tomar afecto en ese mes que habían trabajado juntos y sabía lo peligroso que podía llegar a ser informar desde el centro de una batalla.

—¿Estás seguro? Imagino que tú mejor que nadie sabes lo duro y peligroso que será.

—Lo sé, pero creo que debo informar como si fuera un soldado más.

—¿Resaltando tu lealtad hacia la causa?

—Sí, pero de manera precisa y objetiva. Los periodistas podemos tener nuestras propias ideas, pero estamos atados a un equilibrio para mantener nuestra credibilidad. ¿No crees?

—Por supuesto. Es lo único que hace posible que hagamos un buen trabajo. Sin embargo, la realidad es que las autoridades militares de los dos bandos, que conocen el impacto de la cobertura mediática en la opinión pública internacional, siempre tratan de dirigirnos solo hacia unidades que ofrecen historias de heroísmo y victorias y evitan mostrarnos los fracasos o retiradas de sus tropas. Imagino que si Reed ha dejado que los acompañes es que cree que la balanza se inclinará en beneficio del bando republicano.

—Puede ser —agregó James—, pero ¿quién sabe en realidad cómo se desarrollará una batalla?

—En eso tienes razón. —Osuna le dio un apretón en el hombro en un gesto afectuoso y ambos salieron de la base militar.

Los dos periodistas decidieron quedarse en una pensión esa noche. Se les había hecho tarde para volver a Barcelona. James propuso ir a cenar antes de que se fuesen a dormir, pero Luis se disculpó achacando su falta de ganas al cansancio. Se despidieron en el rellano donde se ubicaban las dos habitaciones y quedaron en verse por la mañana temprano. El dormitorio de James era una pieza oscura y sin lujos. Se quitó la chaqueta y se tumbó vestido sobre la cama con los brazos en cruz. Le preocupaba Drake y no podía quitarse de la cabeza que combatiría muy pronto. De repente, oyó como la puerta de la habitación de Osuna volvía a abrirse.

—¡Sabía que te lo pensarías mejor, amigo! —dijo, poniéndose de pie, y esperó a que Luis tocara a su puerta. No lo hizo.

James miró por la mirilla y, para su sorpresa, vio cómo Luis bajaba las escaleras con prisas. Su comportamiento le pareció raro y, confundido, decidió seguirlo para ver a dónde se dirigía. Luis llevaba un maletín en la mano, y a James le pareció sospechosa la forma en la que se enfundó el sombrero e intentó pasar desapercibido cuando salió a la calle. Decidió que lo vigilaría a cierta distancia, y asegurándose de que no lo viera, siguió sus pasos.

Estuvieron más de un cuarto de hora caminando hasta que el periodista español entró en el portal de una casa medio en ruinas. James se parapetó detrás de un árbol en la acera de enfrente y esperó a que saliera. Se preguntó por qué Luis no le había pedido que lo acompañase y que se traería entre manos que no quería que él supiera. ¿Tal vez un asunto de faldas o algún encuentro homosexual? Sin embargo, su instinto le decía que aquella salida significaba algo más trascendental. James se encendió un cigarrillo y esperó sin dejar de observar la puerta del edificio. Un hombre de abrigo oscuro, que actuaba de manera sospechosa mirando nervioso a su alrededor, se acercó al portal y, una vez hubo comprobado que no lo seguía nadie, entró por la misma puerta que lo había hecho Osuna. A James, el individuo le resultó inquietante y pensó que, tal vez, su presencia allí estuviera relacionada con el periodista. Solo pasaron diez minutos hasta que Luis volvió a salir del edificio. Parecía intranquilo y desasosegado, y escudriñó la calle con cuidado antes de ponerse en marcha. Pasó cerca de James, que se había camuflado tras unos arbustos de poco tamaño, y no reparó en él. Mientras tanto, el hombre del abrigo oscuro salió del edificio y se dirigió en dirección contraria a la de Osuna. James abandonó su escondite y, siguiendo los pasos del periodista, llegó al hotel. Estaba nervioso y no podía deshacerse de una sensación extraña que lo atenazaba. Decidió que si Luis se daba cuenta de su presencia, le diría que había ido a cenar y evitaría hablar de lo que había visto esa noche. Le dolía la cabeza y tenía que pensar qué era en realidad lo que había observado. Repasó en su mente la actitud de Luis Osuna, la del hombre del abrigo oscuro, sus movimientos y, de repente, se dio cuenta de algo en lo que no había reparado antes.

—¡Eso es! —exclamó a viva voz.

Luis había entrado con un maletín en el edificio, pero había salido con las manos vacías, sin embargo, con el hombre del abrigo oscuro había ocurrido justo lo contrario. Había entrado sin nada en las manos y había salido con el maletín de Luis Osuna. ¿Qué significaba aquello? Y, ¿por qué no habría querido Luis que lo acompañara si no tenía nada que ocultar? La teoría de un problema de faldas o de homosexualidad ya no le parecía plausible, y sí otra

mucho más grave y peligrosa. ¿Sería posible que Osuna fuera un espía del bando sublevado? James se debatió entre si preguntarle a Luis directamente el porqué había salido esa noche, pero pensó que eso sería un error, por lo que decidió que, en vez de confrontarlo, lo vigilaría de cerca. Si Osuna estaba envuelto en una red de espionaje, tenía que descubrirlo cuanto antes, porque la vida de miles de jóvenes y, sobre todo, la de su hijo, podría depender de ello.

28

LA REACCIÓN DE MARTHA

1937

El timbre de la puerta de los Knox sonó muy temprano, a la mañana siguiente del incidente del autobús con el grupo de jóvenes racistas. Emily aún no había salido para su trabajo y Emmeline se estaba preparando para asistir a sus clases.

—¿Esperabas a alguien? —preguntó la madre en un susurro.

A pesar de que el miedo a Lucky Luciano se había ido desvaneciendo a medida que pasaba el tiempo, Emily no las tenía todas consigo y el peligro de una represalia de la mafia siempre planeaba sobre sus cabezas como un buitre sobre un cadáver.

—No —atinó a decir Emmeline en el mismo tono asustado de su madre.

—Está bien. Quédate en tu cuarto —le ordenó.

Emily tragó saliva y con un porte digno se dirigió a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó intentando sonar tranquila.

—Soy yo —dijo Martha al otro lado de la puerta.

Emily respiró aliviada, y se dio prisa en abrir. Si la señora Johnson había llegado hasta su casa a esas horas era porque, indiscutiblemente, habría ocurrido algo importante. A Emily se le encogió el corazón y pensó que Martha, quizá, tuviera noticias de los chicos en España.

Emily se apresuró a abrir el cerrojo de la puerta que siempre mantenían cerrado a cal y canto.

—Entra —tiró de Martha desesperada.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Están los muchachos bien?

—Tranquila. No se trata de los chicos. He venido a hablar con Emmeline.

Emily la miró sin comprender, Martha le había dado un susto de muerte y sus latidos estaban tan acelerado que podía sentirlos en sus sienes. Se llevó una mano al pecho como si así pudiera tranquilizar a su corazón desbocado.

—¿Con Emmeline?

La chica salió de su dormitorio, donde se había refugiado a requerimiento de su madre por si la visita era de la mafia.

—¿Señora Johnson? —atinó a decir con una mirada inquisitiva, como si buscara una respuesta que calmara el torbellino de pensamientos que ahora la atormentaban.

—Por favor, siéntate —la animó Emily—. ¿Quieres un café? Está recién hecho.

Martha rechazó su oferta y se limitó a quitarse el abrigo de lana que llevaba puesto. Se arregló el vestido verde de rayas que le marcaba la cintura antes de tomar asiento en el sofá. Era un vestido sencillo con escote en V y mangas de tres cuarto que le sentaba muy bien. Con calma, se deshizo del sombrero de estilo cloche, pequeño y ajustado a la cabeza, y se lo puso en el regazo. Emily comprendió enseguida que la mujer estaba preocupada, y olvidando sus tareas matinales, se sentó junto a ella.

—Emmeline, acompáñanos, por favor —pidió la madre.

La chica se sentó junto a la señora Johnson, que se acercó al borde del sofá y entrelazó las manos en su regazo. Por unos segundos, sus ojos recorrieron la habitación y evitó el contacto directo con la chica y su madre. La tensión se podía mascar en el ambiente y Emily y su hija se miraron nerviosas. Cuando Martha decidió tomar la palabra, habló con calma, aunque se podía sentir la ansiedad en su voz.

—Emmeline, he venido para hacerte una pregunta y me gustaría que me contestaras con total sinceridad.

La joven bajó la mirada segura de adónde iba aquella conversación y Emily prefirió no intervenir.

—Sé que Ian y tú habéis pasado mucho tiempo juntos últimamente —Martha intentó buscar las mejores palabras para expresar lo que tenía en mente.

—Sí, somos buenos amigos, Ian ha pasado por momentos difíciles y quería asegurarme de que estaba bien antes de… Bueno, antes de que se fuera.

Martha levantó la cabeza y la miró con ojos severos.

—Es bueno que mi hijo pueda contar con una amiga como tú, pero no puedo evitar preguntarme si hay algo más entre vosotros…, algo que no me estás confesando.

—¿Por qué me pregunta eso?

—Bueno, el incidente de ayer en el autobús me ha hecho pensar.

Emily quiso decir algo, pero se mordió la lengua hasta estar segura de cuál era la postura de su hija. Probablemente, Emmeline se estaba debatiendo entre ser sincera con Martha o guardar el secreto hasta que Ian regresara y pudieran hacer partícipes a sus padres de lo que sentían el uno por el otro juntos. Pero esa decisión debía tomarla su hija, no ella. A pesar de todo, Emily esperaba que Emmeline afrontara la situación de manera madura y dijera la verdad. Los secretos siempre enredaban las cosas.

—Bueno, señora Johnson, a veces, las relaciones de amistad se vuelven más cercanas en momentos de tensión.

Emily cerró los ojos, preocupada. Lo más seguro es que Ian y Emmeline hubieran planeado informar juntos a sus respectivas familias cuando él volviera. Emmeline se encontraba, sin duda, en una situación incómoda, porque no podía comunicarse con Ian para explicarle lo que había ocurrido y no sabía si el chico prefería que guardara silencio hasta que él volviera o que fuera sincera con Martha. Emily miró a su hija angustiada. La muchacha estaba entre la espada y la pared. Tenía una decisión difícil que tomar y debía hacerlo sola.

—Lo sé, pero las madres —dijo Martha, que miró a Emily muy seria—, a veces, tenemos un sexto sentido, nos damos cuenta de cosas, y no quiero hacer suposiciones, pero creo que entre mi hijo y tú puede existir algo más que una bonita amistad. Y me preocupa las complicaciones que puedan llegar a surgir si mis sospechas son ciertas.

Martha suspiró más tranquila, al fin se había atrevido a decir lo que rondaba por su cabeza y sintió como si se hubiera quitado un peso de encima.

—¿Algo más? —fingió Emmeline, haciéndose la tonta.

Martha tomó a la muchacha de la mano y la miró con dulzura.

—Verás, las cosas no siempre son fáciles para… personas como nosotros. Vivimos en un mundo donde ciertas miradas, comentarios y juicios son… inevitables. Si alguien estuviera involucrado en una relación que la sociedad no aprobara, podría traerle mucho dolor, y yo, en particular, tendría mucho miedo por mi hijo si se hubiera vuelto loco y decidiera implicarse en algo así. Podrían hacerle mucho daño, y no hablo de una paliza, sino de algo más siniestro. El que vivamos en Nueva York y no en alguno de los estados del sur no es garantía para que no lo linchen por relacionarse con una chica blanca.

—¿Y usted cree que todo eso debería importar más que lo que sienten dos personas? —A Emmeline se le quebró la voz y su madre le puso una mano en el hombro para infundirle fuerza.

—No he venido a hacerte daño, querida, pero tras el suceso del autobús, necesito que seas sincera conmigo. ¿Tienes o no una relación con Ian?

—No deberíamos vivir asustados por lo que la sociedad piense.

—No has contestado a mi pregunta —dijo Martha muy seria.

—Ni Ian ni yo lo planeamos —susurró Emmeline—, queríamos contarles a todos que nos amamos el día de la cena antes de la partida de los chicos a España, pero el ambiente se enrareció tanto que no nos atrevimos. No es justa esta encerrona, señora Johnson, Ian debería de estar aquí para hablar con usted, para apoyarme en un momento como este.

—¿Tú lo sabías? —Martha se volvió hacia Emily y la fulminó con la mirada.

—Me enteré ayer después del percance del autobús.

Martha aceptó su respuesta y volvió a mirar a Emmeline directamente a los ojos.

—Me preguntas que si lo que opinen los demás es más importante que el amor que sentís el uno por el otro y mi respuesta es que sí. Y te explicaré el porqué con una frase muy sencilla: la vida de mi hijo correrá peligro. A ti te marginarán, no podrás encontrar un apartamento adecuado donde vivir, renegarán de tus hijos, te insultarán… pero jamás te lincharán. Esa realidad no es la misma

para Ian. Yo solo quiero que mi hijo esté bien y que tú también lo estés. —Martha empezó a llorar y Emily la abrazó para consolarla.

—Yo opino igual que tú, Martha. Sé que una relación así será controvertida, y los chicos recibirán muchas presiones sociales, pero son nuestros hijos y se aman…, ¿no deberíamos apoyarlos? Ya tienen demasiados enemigos fuera como para que también nosotras representemos una barrera.

Martha se secó las lágrimas con un pañuelo que sacó del bolso y Emmeline miró a su madre orgullosa.

—Me gustas, Emmeline —dijo Martha, mirando a la muchacha—, eres una mujer estupenda, pero aquí no estamos hablando de eso, sino de la seguridad de Ian. He vivido toda mi vida luchando contra los prejuicios y sé que esta relación solo os traerá problemas. Vuestras vidas son completamente diferentes. Ahora estás enamorada de él, no lo dudo, pero… ¿estás segura de que entiendes sus necesidades? Tener una relación con una chica blanca es como jugar con fuego. ¿Y si en un futuro decides dejarlo? ¿Y si lo acusas de algo que mi hijo no ha hecho?

—¡Martha! —exclamó Emily ofendida—. ¿Cómo puedes hablar así de mi hija?

La mujer se llevó el puño a la boca, angustiada.

—Lo siento, no sé lo que digo —se disculpó.

Emmeline la abrazó y Martha se deshizo en lágrimas.

—No he debido venir. Por favor, disculpadme.

Martha se levantó del sofá y se puso el abrigo.

—Por favor, no te marches así —suplicó Emily, pero no fue hasta que Emmeline no le agarró las manos que la mujer no se detuvo.

—Señora Johnson, amo a su hijo. No planeamos nada, solo sucedió. Nosotros también tenemos miedo, hemos hablado mucho sobre lo que implica una relación interracial y hasta nos hemos planteado no seguir adelante con ella, pero nos queremos.

Las lágrimas rodaban sin consuelo por el rostro de la chica y Martha se sintió avergonzada y triste a la vez.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó a Emily.

—Que no lo tendrán fácil y que están eligiendo el camino más peligroso, pero que, si están dispuestos a luchar por ello, yo estaré a

su lado. No perderé a mi hija por darle la razón a una sociedad que no lo merece, ni tampoco le diré a quién debe amar.

Martha se colocó el sombrero y abrió la puerta. Dejó una mano en el pomo y suspiró antes de empezar a hablar de nuevo.

—Tenéis razón, no puedo ni debo decirle a mi hijo a quién debe amar, pero tú, Emmeline, no tienes ni idea de dónde te estás metiendo. Decir que vuestro amor es más importante que lo que opine la sociedad es muy idealista, pero la realidad es mucho más dura y cruel, y os traerá de nuevo a la tierra. Las cosas no son fáciles para un hombre negro en este país, y me temo que no entiendes qué es estar con alguien como Ian.

—Lo amo con toda mi alma —gritó la joven, enfadada.

—Estoy segura de que eso es lo que piensas, pero tú solo significas un problema añadido en su vida. No quiero que lo pongas en una situación aún más peligrosa de la que ya está. Si de verdad lo quieres, lo mejor que puedes hacer es dejarlo, porque cuando las cosas se pongan difíciles, será Ian quien sufrirá las consecuencias.

Emmeline apretó los labios para no decir nada inapropiado y se marchó a su cuarto llorando.

—Será mejor que te vayas, Martha. Estás muy nerviosa y no sabes lo que dices.

—Sé exactamente lo que digo. Te estoy muy agradecida por toda tu ayuda cuando ocurrió el accidente de William. Te aprecio, Emily, y también a tus hijos, nosotros también luchamos por cambiar esta sociedad, pero una relación entre una mujer blanca y un hombre negro es como una condena a muerte y tengo miedo.

—Lo sé, y por eso perdono todo lo que le acabas de decir a mi hija. Espero que reflexiones, porque, a pesar de las dificultades, ellos han elegido, y con tu actitud solo conseguirías perder a Ian. Yo tampoco hubiera deseado esta relación, pero prefiero apoyarlos y luchar para cambiar las cosas que dejarlos solos.

—Tú no eres negra, no has vivido lo que nosotros vivimos cada día y el miedo con el que nos levantamos pensando en la posibilidad de que acaben con nuestras vidas.

—Lo sé, y lo único que puedo hacer para cambiar eso es seguir peleando.

—Tengo que irme. Perdóname, Emily, dile a Emmeline que no quería herirla y que no me cabe duda de que ama a Ian.

—Tal vez, el mundo no esté listo para ellos, pero el cambio tiene que empezar por algún lado, ¿no crees? —añadió Emily—. Si pueden enfrentar lo que les depare el futuro con la cabeza alta y el corazón fuerte, algún día la gente verá que el amor no debería tener color.

Martha extendió el brazo y tomó la mano de Emily.

—Puede que tengas razón, pero aún está lejos el día que eso ocurra.

La señora Johnson salió del apartamento y dejó a Emily con el corazón encogido, sintiendo el peso de sus palabras. Ella no era negra y, por mucho que quisiera apoyar a su hija, nunca podría ver el mundo con los mismos ojos que Martha, ni anticipar de la misma manera los peligros que acecharían a la pareja.

Más angustiada que antes de la visita de la señora Johnson, se dirigió a la habitación de Emmeline, que lloraba desconsolada sobre la cama. Se sentó a su lado y la abrazó con fuerza, deseando protegerla de un mundo que no siempre entendía. Emily le sujetó el pelo para secarle la cara mojada.

—Tenemos que ser comprensivas con Martha. Reflexionará sobre sus palabras, ya lo verás. Es una buena persona y solo está asustada por su hijo.

La muchacha miró a su madre con ternura y la abrazó con fuerza.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti —respondió Emily, intentando ahuyentar la inquietud que le revolvía el corazón—, solo espero que no te equivoques, cariño, aunque, pase lo que pase, siempre estaré contigo.

Emmeline asintió, apoyó la cabeza en el hombro de su madre y le pareció que en ese momento ella era el refugio más seguro del mundo.

IMPLICACIÓN

1937

James no había podido dormir en toda la noche, el encuentro de Luis Osuna con el hombre sospechoso que se había quedado con su maletín no paraba de darle vueltas en la cabeza. No estaba seguro de si sus sospechas tenían fundamento, pero de lo que no tenía ninguna duda era de que debía vigilarlo de cerca. Si su conjetura era cierta y Luis era un espía del bando franquista, estaban en un aprieto, ya que Osuna tenía en su poder información sensible y la vida de muchos hombres estaría en juego si los sublevados llegaban a enterarse. Por la mañana, Luis pasó a recogerlo por la habitación del hotel con la misma afabilidad de siempre que contrastaba con el nerviosismo de James, que trató de disimular con su máscara.

—Preparado, amigo —dijo el español, dándole un par de palmadas en la espalda como era su costumbre.

—Preparado. ¿Cómo has dormido?

Según Osuna, quedaba una semana para que el Batallón Lincoln y el resto de los brigadistas internacionales se pusieran en marcha, y James resolvió ponerlo a prueba. No tenía tiempo que perder.

—Como un bebé, amigo —contestó Luis.

—¡Ah! ¡Qué bien! —dijo James, haciéndose el distraído.

—¿Por qué? ¿Tú no?

—Sí, sí, es que creí escuchar la puerta de tu cuarto después de que nos hubiéramos despedido.

—No. Nada de eso —afirmó Luis con su jovialidad habitual—. Estaba muy cansado y me fui directo a la cama.

James trató de disimular su ansiedad, Luis le había mentido y parecía que se le daba muy bien hacerlo. No sacó más el tema y se centró en otras conversaciones triviales hasta que tomaron el autobús para Barcelona. Era imperativo que no lo perdiera de vista, enterarse de si tenía reuniones sospechosas con personas ajenas al

bando republicano, si realizaba llamadas o enviaba telegramas comprometidos, o, incluso, si hacía más salidas a escondidas. James estaba seguro de que estaba capacitado para hacer todo eso, su tiempo en la mafia le daba ventaja para dedicarse a algo así. Tenía que descubrir algo para descartarlo como espía o, en su defecto, denunciarlo. Las próximas batallas podrían estar comprometidas y su hijo iba a participar en ellas.

El autobús hizo varias paradas antes de llegar a Barcelona y en la última Luis Osuna bajó para usar el lavabo en un bar de carretera.

—¿Bajas? —le preguntó a James, que pretendía dormitar—. Tengo que estirar las piernas y de camino echar una meada.

—No, ve tú —respondió sin quitar su único ojo del maletín que Luis tenía a sus pies.

—Está bien, pues déjame pasar a mí.

James se levantó y se hizo a un lado rogando que su compañero no reparara en la pequeña maleta, así tendría su primera oportunidad de fisgar entre sus cosas. Quizá encontrara algo que lo comprometiera.

Luis dejó atrás a James, pero antes de apearse, deshizo sus pasos.

—¡Casi se me olvida! Tengo que hacer una llamada a un confidente y tengo aquí el número de teléfono.

El hombre cogió su maletín y bajó con él. Entró en el bar y desde allí llamó por teléfono. James dio un golpe en el reposabrazos de su asiento enojado porque Luis había desbaratado sus planes. «Una llamada no tiene que significar nada —se intentó convencer a sí mismo—, puede que Luis no esté metido en nada sucio». Sin embargo, sus tripas le decían que eso no era verdad. Al fin y al cabo, ¿qué sabía del periodista? Si lo pensaba con detenimiento, solo su nombre, su apellido y que trabajaba para el diario La Vanguardia, ya que, la mayor parte del tiempo, Luis le había sonsacado información a él, pero apenas le había hablado de su vida privada.

Después de pensar con quién podría contactar para investigar sobre el español, se le ocurrió hablar con Marcos Jiménez, su persona de confianza en el Ministerio de Propaganda. Tal vez pudiera

proporcionarle más datos sobre Luis Osuna que lograran quitarle todas esas suposiciones absurdas de la cabeza.

James tuvo que esperar un día entero hasta que Marcos Jiménez pudo recibirlo en el mismo salón de techos con molduras en el que se habían despedido hacía ya unos meses. El edificio le pareció más amplio y alegre que la última vez que se vieron y pensó que, quizá, la luz del sol era la causante de tal maravilla.

—Señor Holden —lo saludó Jiménez, que se acercó a él con la mano extendida—. ¿Cómo ha estado? ¿Ha ocurrido algo?

—No, nada especial. Voy a irme al frente con las Brigadas Internacionales, y me pareció prudente comunicárselo a usted.

—¡Oh! Gracias por su consideración. En realidad, no era necesario que viniera hasta aquí para eso. Una llamada de teléfono hubiera bastado, pero ya que ha venido, ¿le apetece un café?

—Se lo agradecería mucho.

La secretaria de Marcos Jiménez les trajo dos tazas de un café aguado y una pequeña jarra de leche.

—Lo siento, no queda azúcar —afirmó la chica, que salió con la bandeja en la mano contoneándose.

—Y bien, señor Holden, ¿cómo le ha ido por nuestro país?, ¿se está adaptando bien?

—Me hubiera encantado conocer España sin guerra. La gente es muy amable y apasionada, es una lástima lo que está ocurriendo.

Marcos movió la cabeza, apesadumbrado.

—Sí, sí que lo es. ¿Cómo lo están tratando las autoridades? ¿Está pudiendo hacer bien su trabajo?

—La verdad es que hasta ahora no he tenido problemas con los documentos que usted me proporcionó. Además, Luis Osuna me ha resultado de gran ayuda y hemos ido a cubrir muchas noticias juntos —había introducido el tema.

—Me alegra mucho oír que se siente cómodo en España. No hubiera imaginado que quisiera usted volver al frente, pero si así es como debe informar, no me atrevería a decirle cómo tiene que hacer su trabajo.

—Ha sido decisión mía. Creo que desde el campo de batalla se ve la guerra desde otra perspectiva, y esa es la que quiero captar

para el mundo.

—¿Irá Luis con usted?

—¡Oh, no! —rio James—, ya me ha dicho que estoy loco por hacerlo. Sé que ha intervenido en algunos combates, pero no es algo que le gusta hacer y prefiere informar desde la retaguardia. ¡Por cierto! ¿Qué me podría decir acerca de Osuna?

Marcos Jiménez lo miró extrañado. La pregunta de James le resultó rara y directa.

—¿Por qué? Creía que se llevaban bien.

—Y lo hacemos, señor, lo hacemos. Es que hace un tiempo que estoy trabajando con él y, a pesar de que es un hombre agradable y afable, a la vez es muy celoso de su vida privada.

Marcos se quedó pensativo unos segundos sin saber muy bien qué pensar.

—La verdad es que no hace mucho tiempo que lo conozco —dijo, llevándose un dedo a los labios—. Es un buen profesional, amigo de la causa, pero poco más le puedo contar. Yo tampoco sé mucho de él.

—No se preocupe —agregó James, haciendo un leve gesto con la mano—, era simplemente curiosidad. Reuters es una agencia celosa de su integridad y quiere saber con quién se relacionan sus periodistas. No tiene la mayor importancia.

—¿Es que tiene alguna duda de la integridad del señor Osuna? —preguntó Jiménez con severidad echándose hacia delante en su asiento.

—¡Oh! No, no, señor, creo que no me estoy explicando bien. Solo tenía curiosidad por conocerlo mejor. —Marcos Jiménez pareció relajarse y se volvió a acomodar en su sillón.

—Bueno, puede llamar a su periódico. En La Vanguardia le dirán cuanto desee saber. Yo no soy el más indicado.

—De acuerdo, como le dije, no es importante. Bueno, no le quito más tiempo —agregó James levantándose—, solo quería informarlo de mi partida al frente.

—Mucha suerte, señor Holden —afirmó Jiménez, que también se puso en pie—. Cuídese y venga a verme cuando vuelva. Me pondrá al día de su experiencia.

El hombre acompañó personalmente a James a la puerta y el inglés se marchó con un mal sabor de boca por haber puesto en alerta a Marcos Jiménez sin ninguna prueba.

—Tengo que darme prisa —se dijo—, debo llamar a La Vanguardia antes de que Jiménez lo haga y obtener más información sobre Luis.

James no perdió el tiempo, se adentró en uno de los callejones cerca de la oficina del Ministerio de Propaganda y buscó un bar con teléfono. Pensó con rapidez, tenía que buscar una excusa plausible para hablar con el editor. El teléfono sonó tres veces antes de que una voz femenina lo atendiera.

—La Vanguardia. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Señorita, mi nombre es James Holden, de la agencia Reuters, y necesito hablar con el editor del periódico. Le agradecería que se diera prisa.

La muchacha lo puso en espera y, en unos minutos, una voz fuerte y rotunda le contestó al otro lado del auricular.

—Señor Holden, mi nombre es August Pi i Sunyer, editor del periódico —anunció un hombre en inglés al otro lado del teléfono.

—Buenos días, señor Pi i Sunyer. Menos mal que habla usted mi idioma, porque yo el suyo aún lo estoy aprendiendo.

August soltó una carcajada breve, casi irónica, mientras sujetaba un puro entre los labios.

—Es necesario para mi trabajo, pero, dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

—Soy corresponsal para la agencia británica Reuters y estoy haciendo un reportaje sobre la cobertura de la guerra en España y el trabajo de los reporteros. He notado el buen hacer de Luis Osuna en La Vanguardia y me gustaría conocer más acerca de él.

—Me parece bien, pero ¿por qué tiene que hablar conmigo? Le puede preguntar a él directamente.

—Me gustaría que el artículo fuera una sorpresa. Osuna es un hombre modesto y, quizá, no le gustaría ser el objeto del reportaje.

—Está bien. Usted dirá.

—¿Qué podría decirme sobre él? ¿Cuál es su perfil? ¿Cómo considera usted su trabajo reciente? ¿Suele tener más acceso a

información confidencial que otros de sus periodistas?

—Luis lleva trabajando con nosotros desde poco después que se iniciara la guerra. Ha cubierto principalmente la zona de Barcelona, aunque ha trabajado también en algunos combates. Lo cierto es que somos afortunados de tenerle porque siempre parece que tiene acceso a zonas sensibles. Sin embargo, no sabría decirle si maneja información más confidencial que otros periodistas. Toda la información que nos llega es confidencial, ¿no cree?

—Por supuesto —dijo James, sin haber conseguido nada de August—. ¿Diría usted que Luis es meticuloso en la cobertura de los combates? En las noticias que hemos compartido, parece ser un hombre extremadamente preciso, con una habilidad única para obtener información antes que los demás periodistas.

—Bueno, tal vez —balbució August, al que empezaba a no gustarle aquella conversación—, pero siempre ha presentado la información de manera eficiente y sin comprometer a nuestras fuerzas. ¿Por qué lo pregunta? ¿Hay algo en su cobertura que le preocupe?

—No, señor Sunyer, es que yo también tengo que asegurarme de que la información que trasmito sea fiable.

El editor pareció relajarse y James se dio cuenta de que no iba a llegar a nada con él.

—Verá, señor Holden, todos nuestros periodistas han demostrado ser muy hábiles, por eso trabajan para La Vanguardia. Son capaces de conseguir buenas entrevistas y acceder a áreas restringidas, y Luis Osuna no es la excepción. Como cualquier periodista de guerra, ha tenido que manejarse con cautela y le recomiendo que usted haga lo mismo. España es un país peligroso. ¿Hay algo específico que le gustaría que revisáramos, o tiene todo lo que necesita?

—Lo tengo todo —dijo James, sabiendo que August lo había derrotado—. Muchas gracias por su tiempo.

El hombre parecía confiar en Osuna y James tendría que buscarse otras fuentes para obtener la información que necesitaba. Colgó el teléfono y pensó que, quizá, se estaba precipitando y que Luis solo era un periodista extraordinario con buenos confidentes.

Sin embargo, su instinto le decía que debía asegurarse. Salió a la calle helada, se subió el cuello del abrigo y se dirigió a hacerle una visita al teniente coronel Reed.

El autobús que lo llevaba a Albacete era rudimentario, un vehículo reutilizado de antes de la guerra, y James se preparó para un viaje largo, ya que el estado de las carreteras y las condiciones de seguridad en España eran pésimos. Llegó por la tarde a la base de las Brigadas Internacionales y fue directamente a la oficina del teniente coronel. No lo encontró allí, y tuvo que enfadarse con su secretaria para que entendiera que era imperativo que hablara con él y necesitaba que le dijera dónde podía encontrarlo. No hizo falta presionar más a la joven porque el militar apareció por la oficina y tanto James como la secretaría cesaron la pelea de inmediato. El periodista no le dio tiempo a Reed a decir ni una sola palabra cuando se lanzó a hablarle con palabras enredadas.

—Señor, necesito que me atienda de inmediato. Es urgente.

Reed iba a responderle que estaba ocupado, que no tenía tiempo para la prensa, pero un brillo de pánico en el único ojo de James lo hizo cambiar de opinión.

—Pase a mi despacho.

Ambos se adentraron en una pequeña habitación con una gran ventana y pocos muebles.

—Usted dirá —farfulló el militar apoyado en el filo de la mesa.

—Señor, no puedo probarlo, pero creo que la partida hacia el frente del Batallón Lincoln y todos los demás puede estar comprometida.

—¡¿Cómo dice?!

—Mi compañero, el señor Luis Osuna de la Vanguardia…

—¡Oh! No me gusta ese hombre, siempre metiendo las narices donde no le llaman —interrumpió Reed.

—Creo que tiene en su poder información confidencial sobre la próxima batalla. Me dijo que el Batallón Lincoln saldría a principios de febrero junto al Garibaldi y el Batallón francés hacia el Jarama y que darían apoyo a la 14 División.

Reed lo miró con mayor interés y abrió la boca, incrédulo.

—¿Quién le ha dado todos esos datos? Definitivamente, no fui yo.

—No, señor, el comandante McGowan es amigo personal de Luis Osuna, puede que haya sido él.

—Esto no me gusta nada. Solemos implicar a la prensa, la propaganda a nuestro favor es vital para nuestra causa, pero ¿dar información tan extremadamente sensible?

—Eso no es lo más crítico, señor. Puede que la amistad entre McGowan y Osuna haga que el primero se sienta cómodo compartiendo sus movimientos de guerra, pero he presenciado algo que puede ser peligroso.

—¿Y qué es? —preguntó Reed enojado.

—El otro día, cuando salimos de esta misma base, Osuna y yo nos dirigimos a un motel. Llegamos tarde y no quiso ir a cenar alegando cansancio. Sin embargo, al poco de despedirnos, lo oí salir de su habitación y lo seguí. Llevaba un maletín y esperó en un portal a un hombre extraño y sospechoso con el que imagino tuvo una pequeña entrevista. Lo cierto, señor, es que el hombre salió con el maletín de Luis Osuna, mientras que este volvió al hotel con las manos vacías. Al día siguiente, le pregunté si había salido por la noche y lo negó. Quiero que quede claro que no tengo más pruebas, solo un presentimiento, y he venido a verlo porque no sabía a quién más acudir.

El teniente coronel bajó la mirada y se dio unos golpecitos en la boca con el puño.

—Ha hecho bien, Holden, esta batalla es vital y no podemos ponerla en peligro. Déjelo de mi cuenta.

—¿Qué piensa hacer?

Reed paseó por la habitación con las manos en la espalda.

—No puedo confrontar a McGowan porque no sabemos si él está implicado. Puede que haya cometido el error de hablar más de la cuenta sin ninguna mala intención. Lo único que se me ocurre es que yo mismo cambie las órdenes militares justo antes de la partida de los batallones para minimizar el impacto de cualquier información filtrada. Eso es… Cambiaré las rutas de movimiento de las tropas, las

posiciones defensivas y los tiempos de ataque en el último momento.

—Así se podría evitar emboscadas anticipadas por el enemigo —dijo James, maravillado con la agilidad mental de Reed—. ¡Es una idea excelente, señor!

—Espero que tenga razón, señor Holden, porque si se ha equivocado, usted y yo vamos a tener muchos problemas.

—Y si estoy en lo cierto, salvaremos muchas vidas.

—Pero debemos asegurarnos. Tengo una idea —dijo el teniente coronel, mirando a través de la ventana.

—Le diré a McGowan que, por motivos logísticos, el Batallón francés Commune de París, que se encuentra en los alrededores de Madrid, partirá al frente de inmediato como avanzadilla. Usted se encargará de dar esta información a Osuna. Si está implicado, con esta información falsa puede que muerda el anzuelo, ya que será muy goloso poder destruir a todo un batallón que carece de apoyo. Si no lo está, no hará nada. Yo mantendré la cautela y el cambio de rutas y de posiciones, tenemos que confirmar si Luis Osuna es o no un delator. Si tampoco ocurre nada y el combate se da como teníamos previsto, tendremos que aceptar las consecuencias de sus suposiciones, ya que tendremos que dar muchas explicaciones.

—Pero ¿se arriesgará?

—Lo haré por los muchachos. No los pondré en peligro si el combate ya está sellado. Si usted está en lo cierto, podríamos perder muchas vidas, y no estoy dispuesto a eso. Yo me encargaré de avisar al teniente coronel del Garibaldi y del Commune de París. Son amigos personales y harán lo que les indique.

—Y yo, ¿qué hago mientras tanto?

—Absolutamente nada. Actúe con normalidad y no levante sospechas, sobre todo, ante Luis Osuna. Ahora todo depende de lo bien que hagamos nuestro trabajo.

—Gracias, señor.

—Gracias a usted. Le avisaré cuando todo esto se resuelva.

30

EL BATALLÓN ABRAHAM LINCOLN

1937

El Batallón Abraham Lincoln había sido formado a finales de enero y era parte de la XV Brigada Internacional que estaba compuesta en su mayoría por estadounidenses, aunque también contaba con voluntarios de otras nacionalidades. Albacete, la base internacional, era un lugar lleno de energía revolucionaria y los del Lincoln, al igual que el resto de los brigadistas, eran hombres y mujeres comprometidos con la causa antifascista.

Drake e Ian habían tenido que soportar un intenso entrenamiento desde que llegaron al campamento, al igual que el resto de sus compañeros. La mayoría de los muchachos eran intelectuales o trabajadores que jamás habían entrado en combate, y los altos mandos se vieron obligados a empujarlos para que aprendieran rápido el uso de armas y tácticas militares bajo condiciones precarias. El entrenamiento riguroso y la convivencia hicieron que los soldados, a pesar de venir de todos los rincones del mundo, se unieran construyendo una gran camaradería y desarrollaron fuertes lazos de amistad que les ayudaban a mantener la moral alta. Aparte de los ejercicios físicos, de armas y maniobras, las reuniones y discusiones ideológicas eran muy importantes entre los voluntarios y la mayoría de los muchachos tenían una gran motivación política que los ayudaba a soportar las duras condiciones de la base de Albacete.

Drake estaba nervioso, el entrenamiento no se le daba mal, pero la prueba de fuego, el frente de batalla, estaba a la vuelta de la esquina y tenía miedo. Se conocía a sí mismo y sabía que jamás se echaría atrás una vez comenzara el combate, pero la incertidumbre de la espera lo mataba. A pesar de todo, la experiencia en España le estaba resultando enriquecedora, aunque para Ian era aún más beneficiosa. Era liberadora. Para él, combatir en el frente no era solo una cuestión política, sino un acto de solidaridad universal, una

forma de demostrar que los ideales de libertad y equidad no tenían fronteras.

—Me gusta este país —afirmó el hijo de los Johnson mientras descansaba en un camastro del barracón tras el agotador ejercicio de la mañana.

Drake, que estaba en la litera de arriba, se inclinó y bajó la cabeza para hablar con su amigo, dejando que la cadenita que llevaba puesta colgara de su cuello.

—Y a mí también. ¿Qué es lo que más te gusta?

—Por primera vez en mi vida, no he sentido discriminación. A la gente le importa poco cómo es el color de mi piel, los altos mandos me tratan como a uno más, e incluso, dormimos y tenemos baños comunes con los blancos. Es hora de que Estados Unidos tome nota.

—Amén a eso —añadió Drake.

—Hay muchos compañeros negros y hasta se comenta que Oliver Law está sobresaliendo en los entrenamientos y que pronto lo ascenderán. ¡¿Te lo puedes imaginar?! Si eso fuera verdad es que aún hay esperanzas para todos nosotros. Es algo que jamás ocurriría en casa, por lo menos, de momento.

—Law es un veterano de la I Guerra Mundial, ¿no es cierto? —preguntó Drake.

—Sí, y la experiencia se le nota en los ejercicios, además, es un buen tipo. No te puedes ni imaginar, Drake —dijo Ian dejando vagar la mirada—, la sensación de libertad que siento cuando veo a compañeros de mi mismo color siendo parte igualitaria de las Brigadas Internacionales, luchando codo a codo con los voluntarios blancos de todas las nacionalidades. Aquí se nos respeta como a seres humanos y somos igual de válidos que todos los demás a pesar de que nuestro país diga lo contrario. La lucha en España no es solo por salvar a la República, es una lucha global por la libertad, la justicia social y la igualdad racial y me alegro mucho de ser parte de ella.

—Y yo de que te sientas así —dijo Drake contento por su amigo —. ¿Se lo has comentado a tus padres?

—Sí. Están felices. Ahora tienen más esperanzas de que América cambie. Pero, hablando de padres —musitó Ian—, ¿ya les has dicho

a tu madre y a tu hermana que tu padre está aquí?

—Sí, mi padre me contó todo lo que le había pasado en Yugoslavia y me pidió que informara a mi madre y a Emmie. He sido muy cauteloso, no quiero buscarle problemas a mi padre por un descuido mío, así que le he mandado una carta a mi familia dentro de la que le envió Brian West a la suya.

—¿Brian West?

—Sí, el chico de Brooklyn. Su hermana está en la misma clase que Emmeline, por lo que ella se la entregará personalmente. Es por si me vigilan y leen las mías.

—¿Crees que eso es necesario?

—No sé, Ian, pero prefiero tomar todas las precauciones posibles.

—Imagino que todavía estarás conmocionado con el hecho de haberte reencontrado con tu padre aquí, en el fin del mundo.

—La verdad es que sí —dijo Drake, mordiéndose el labio—. Ha sido un alivio saber que está vivo, aunque hubiera preferido que no se involucrara en la guerra. Ya ha vivido una y sé que aún no la ha superado. Mi madre dice que lo pasó muy mal con las heridas de su cara, pero aún peor con la pérdida de compañeros y amigos.

—Lo comprendo, pero Emmeline y tu madre se pondrán muy contentas cuando sepan que tu padre está bien —añadió Ian, pensando, sobre todo, en la joven, que adoraba a su padre.

—Seguro. Sé que mi madre lo ha echado mucho de menos, pero es tan fuerte que jamás lo admitiría. Lo único que me preocupa es que, aunque se alegrará de saber que Lucky Luciano no ha dado con él, mi padre está de nuevo en un país en guerra. Seguro que se volverá loca cuando lea mi carta, pero mi padre insistió en que les dijera la verdad. Al fin y al cabo, es mejor tener noticias, aunque no sean las mejores, a no tenerlas.

—Imagino que tienes razón —dijo Ian, que se quedó reflexionando sobre las palabras de su amigo—. Bueno, cambiando de tema, y a ti, ¿qué es lo que más te gusta de España?

—A mí…, Manuela —anunció Drake con ojos enamorados.

Los chicos rieron por la ocurrencia del muchacho, pero en el fondo Ian sabía que esa respuesta tenía una gran parte de verdad.

Manuela era una brigadista española que desde que llegaron había compartido campo de entrenamiento y sesiones de preparación con los jóvenes extranjeros. La chica llevaba luchando por la República desde que se inició la guerra y junto a otros compañeros españoles entrenaba a los voluntarios internacionales.

—¡Oh, Manuela!, ¡Manuela! —se mofó Ian.

—Cállate, ¿quieres?

La chica de no más de diecisiete años era preciosa, con un tono de piel bronceado que hacía destacar sus ojos negros y el pelo rizado le caía enroscado hasta los hombros. Sin embargo, lo que más había atrapado a Drake era su fiera personalidad llena de vitalidad y determinación. Ian y Drake la habían conocido nada más llegar a la base internacional, cuando fueron asignados al grupo de la muchacha para entrenar con fusiles. Desde entonces, Drake y Manuela eran inseparables. Habían congeniado muy bien, pero, a pesar de su inevitable atracción, ni uno ni otro se habían confesado que estaban enamorados.

Manuela siempre estaba ocupada, involucrada en el apoyo logístico y distribución de suministros en la base y era una ferviente defensora de la causa antifascista, por lo que participaba activamente en discursos políticos además de organizar actividades pro-republicanas. Drake admiraba su fuerza y le hacía pensar en las historias que su padre le había contado acerca de su tía Hattie. Una mujer valiente que también había vivido en tiempos de guerra.

—Hablando en serio —dijo Drake—, me gusta la gente de aquí. Me siento bienvenido y me encanta estar rodeado de chicos de nuestra edad que piensan igual que nosotros.

—Sí, pero también te gusta Manuela —afirmó Ian.

—Sí, por qué negarlo. Me gusta —aceptó Drake con una gran sonrisa.

—¿Y no vas a hacer nada al respecto?

—Ian —dijo James en un susurro—, ya sabes que, según mi padre, combatiremos pronto. ¿Qué quieres que le diga? Además, ni siquiera sé si está interesada en mí.

—Yo creo que sí. Se le nota en cómo te mira, pero no lo vas a averiguar nunca si no le preguntas.

Drake se quedó pensativo. Ian tenía razón. Era una locura, una española que ni siquiera hablaba bien inglés. No había llegado hasta España para enamorase, sino para combatir y luchar por la libertad, pero ¿quién controlaba al corazón?

—Drake…, ¿estás aquí? —gritó James en la puerta del barracón. El muchacho salió al encuentro de su padre.

—¿Papá? Creía que me habías dicho que no volverías a Albacete y que te vería en el frente.

—Lo sé, pero hay un cambio de planes. ¿Está Ian contigo?

—Sí.

—Ian, ven aquí —lo llamó James con un tono de preocupación.

El chico bajó de la litera y se reunió con los Knox en la puerta del barracón.

—Escuchadme con atención porque esto os afecta. Tendréis un combate inminente, pero ya no sé si será a principios de febrero, probablemente, os movilicen antes. Parece que puede haber un topo entre nosotros y el teniente coronel Reed lo está investigando. Quiero que no habléis de esto con nadie y que solo confiéis en Reed. ¿Lo habéis entendido? Solo en Reed.

Un sargento alto de ojos azules se acercó al barracón.

—Knox y Johnson, entren, hay revisión de fusiles. ¿Quién es usted? —preguntó a James, clavando los ojos en la máscara del periodista.

—Prensa, pero ya me iba.

—Muchachos —ordenó el sargento a voz en grito sin darle más importancia al periodista—, ¡se acabó el recreo! Todos en pie.

—Buena suerte, chicos. Cuidaos mucho. Recordad, solo Reed.

James los vio entrar en el barracón y coger sus fusiles para presentar sus armas. Se quedó un tiempo embelesado mirando a su hijo y, sin poder evitarlo, su alma voló a Accrington y a sus días de entrenamientos antes del Somme. ¡El Somme! La batalla que lo había cambiado todo y había dividido su vida en dos: la de antes y la de después. Pensó en Ed y en Charlie, e imaginó cómo serían sus vidas si aún estuviesen vivos, y en voz baja maldijo una y otra vez a la guerra, que ahora también quería llevarse a su hijo.

31

EL SEÑUELO

1937

El teniente coronel Reed se había tomado muy en serio el ajuste de órdenes y posicionamiento de las tropas, y se aseguró de que los brigadistas se movieran en función a los cambios de última hora para evitar una posible filtración. Su objetivo era evitar poner a los jóvenes voluntarios en peligro, por lo que ordenó una operación de reconocimiento encubierto. Para comprobar si Osuna estaba implicado en una traición, necesitaba confirmar la presencia y despliegue de tropas franquistas en la zona del Jarama ante la supuesta llegada adelantada del Batallón francés Commune de París. Para ello, Reed se puso en contacto con brigadistas españoles que conocían el terreno, soldados experimentados y discretos, especialistas en reconocimiento y camuflaje. El grupo se componía de cuatro hombres que se ocultaron en una zona elevada cercana al río Jarama, desde donde observaron todo el valle y pudieron confirmar el despliegue de tropas enemigas.

—Esto no me gusta nada —dijo el más veterano, que escupió en el suelo al ver la exhibición del bando franquista—. El hombre le cedió los prismáticos a su compañero.

—A mí tampoco. Tenemos que instalar una línea de teléfono temporal para poder comunicarnos con Reed.

Dos de los militares estuvieron un tiempo enzarzados en esa tarea mientras los otros dos no dejaron de vigilar el movimiento de las tropas sublevadas.

—Cruza los dedos para que esto funcione —le dijo Julio a Andrés, un muchacho joven con cara de niño—. Con tanta destrucción y la mala infraestructura que hay aquí, las líneas fallan más que una escopeta de feria.

—¡Calla! —le susurró Andrés, que seguía manipulando cables—. Tengo línea.

El teléfono sonó solo una vez y Reed contestó, preocupado, al otro lado del aparato. Había estado esperando la llamada de su equipo durante horas y suspiró con alivio al escuchar el timbre.

—¿Qué habéis descubierto? —se escuchó de manera entrecortada.

—Señor —habló Andrés—, ese periodista tenía razón. Aquí hay una proyección de tropas bastante interesante. Yo diría que están en espera para una emboscada.

—¡Bastardo! —dijo Reed entre dientes—. Ese Luis Osuna casi nos la juega. ¿Cuáles son sus movimientos y niveles de preparación?

—Hay una gran concentración de artillería y armas pesadas, señor. Las tropas se encuentran en posiciones estratégicas y creemos, pero de eso aún no estamos seguros, que hay vigilancia en puntos críticos.

—Gracias, muchachos.

—¿Qué hacemos ahora, señor?

—No se muevan de allí e informen a cada hora.

Reed, que, por cautela, había coordinado retrasar la llegada del batallón Lincoln y las tropas republicanas al valle del Jarama, se alegró de haber reprogramado su avance.

—Mañana nos reuniremos con ustedes. Mientras tanto, las tropas franquistas se desgastarán esperando una emboscada que no sucederá. Buen trabajo.

Reed colgó el teléfono sin decir ni una palabra más. Su operación encubierta había resultado ser una medida astuta para evitar la masacre total de las tropas republicanas y los batallones internacionales que intervendrían en la batalla del Jarama, ahora quedaba saber si, además de Osuna, el coronel McGowan era un traidor o solo se iba de la lengua más de lo que debía. Sabía que tenía que actuar con rapidez para mitigar el daño que la deslealtad del periodista había causado y debía asegurarse de que la información en manos del enemigo no seguía poniendo en peligro la operación. Reed pensó unos segundos tamborileando sus dedos sobre la mesa de su despacho. Llamó a su secretaria.

—Julia, encuentre al sargento Peterson. Es urgente, tengo que verlo de inmediato.

Algo en el tono de voz de Reed hizo que la muchacha saliera a toda velocidad y buscara por la base al sargento, que se personó en menos de cinco minutos frente al teniente coronel.

—Peterson —dijo Reed—, tengo una misión delicada para usted. Le he venido observando desde que llegó a esta base y me parece un hombre honesto y confiable. ¿Estoy equivocado?

—No, señor.

—El periodista James Holden se encuentra en esta pensión. —Reed le tendió un papel con una dirección—. Cuando salga de esta oficina, no se detenga, no hable con nadie, y asegúrese de que no le siguen. Solo dígale al señor Holden que necesito verlo con urgencia.

—¿Eso es todo, señor?

—No —Reed le entregó otra nota—. Mande este telegrama a La Vanguardia, para el señor August Pi i Sunyer. Es de suma importancia. ¿Lo ha entendido?

—Entendido, señor.

—Dese prisa.

Cuando Peterson salió del despacho, Reed se encendió un cigarrillo y se sentó en la silla giratoria tras su mesa. Aún quedaba por resolver el tema de McGowan. Con la lealtad del coronel en duda, solo le quedaba una salida: llevar a cabo una investigación rápida pero cautelosa. No había tiempo que perder.

Reed volvió a llamar a su secretaria y le dio el nombre de varios oficiales y soldados que habían trabajado de cerca con el coronel.

—Que vengan a mi despacho o me llamen por teléfono. Tengo que hablar con ellos. Y recuerde, Julia…, discreción.

Reed estuvo toda la mañana entrevistando a los militares, haciéndoles preguntas sobre si habían notado algún signo de duda en McGowan en operaciones sensibles o si sintieron en algún momento que sus órdenes habían expuesto a sus hombres a un peligro innecesario. Todos coincidieron en hablar con admiración del coronel, y lo tacharon de ser un gran líder y un jefe modelo. Ninguno había observado nada raro en su comportamiento y Reed suspiró satisfecho. Sin embargo, sabía que debía asegurarse, recopilar más evidencias antes de que sus pesquisas llegaran a oídos del militar.

Cuando terminó de hablar con el último oficial, Reed estaba cansado, la tensión a la que estaba sometido era brutal y se masajeó el cuello dolorido. Pensó en todas las reuniones estratégicas a las que había asistido con McGowan y en las innumerables discusiones en las que habían participado sobre misiones delicadas. En ningún caso había trascendido la información y las operaciones habían salido adelante con éxito. Trató de pensar si el coronel se había mostrado incómodo o había cambiado de tema cuando mencionaron detalles de seguridad u objetivos republicanos, pero no pudo recordar ninguna ocasión en la que algo así hubiese ocurrido. McGowan nunca había sido incongruente con sus respuestas o sus sugerencias tácticas, y Reed empezó a pensar con alivio que no había traidores dentro de las Brigadas.

El teniente coronel se puso en pie, abrió la puerta y volvió a llamar a su secretaria.

—Julia, necesito que busque los informes enviados por el coronel McGowan en los últimos cuatro meses.

—¡¿En los últimos cuatro meses, señor?!

—Me ha oído bien. Dese prisa, por favor.

La muchacha lo miró confundida, pero llevaba tiempo trabajando para Reed y le tenía total confianza. Si el teniente coronel le había pedido los informes de McGowan, estaba segura de que era por algo importante. En media hora, la muchacha llegó cargada de carpetas que depositó encima de la mesa de su jefe.

—Aquí tiene, señor, hay más, pero tendré que hacer más viajes. Algunas son pesadas.

—Está bien. Que no me moleste nadie.

—Demasiado tarde para eso…, aquí fuera está ese periodista inglés o estadounidense que vino ayer. Dice que usted lo ha mandado a llamar.

—¡Holden! —Con tanto trajín, se le había olvidado—. Sí, dígale que pase.

James lo saludó y Reed le ofreció asiento.

—Estaba en lo cierto, amigo mío. Siempre estaremos en deuda con usted. Luis Osuna dio el chivatazo, y solo gracias a que hemos

retrasado la llegada de nuestros hombres, hemos podido evitar que diezmaran a las tropas.

James se puso la mano en la frente y respiró más tranquilo.

—¡Menos mal! —atinó a decir, pensando en Drake.

—Ahora no puedo decirle nada más. Tenemos demostrada la culpabilidad de Osuna, pero aún estoy indagando para saber si el coronel McGowan está involucrado o no.

—¿Cuándo saldrán los muchachos para el combate entonces? —preguntó James.

—Ya lo han hecho, solo que se han detenido para llegar un día después del previsto a su destino.

—¿Ya han salido? Entonces, yo también debo ir…, tengo que informar —dijo nervioso el periodista.

—Lo siento, señor Holden, pero bajo las nuevas circunstancias, eso no será posible. Con todo lo ocurrido, no consentiré que un civil nos acompañe. Le prometo que podrá venir en otra ocasión, pero antes debo resolver este tema. Sería demasiado peligroso tenerle allí.

—Pero, señor…, usted dijo que… —James parecía desesperado.

—Lo siento. Le agradezco lo que ha hecho por nosotros, pero no tengo tiempo que perder dándole explicaciones. Esta vez, no podrá venir.

James no tuvo más remedio que aceptar la firme decisión de Reed y, enfadado, salió del despacho. La situación era de extrema gravedad y Drake e Ian estaban en medio del huracán, pero tenía las manos atadas y, sin el apoyo del militar, era del todo imposible asistir al combate.

Durante horas, Reed estuvo releyendo los informes y correspondencia de McGowan y no encontró ninguna inconsistencia con respecto a la información de inteligencia o los datos de otros mandos. No observó que el coronel hubiera alterado o retrasado el flujo de la información.

Reed echó la cabeza hacia atrás y respiró más tranquilo. Parecía que McGowan estaba limpio, a pesar de haber sido un imprudente confiando en Osuna, y eso lo animó. Estaba satisfecho de haber evitado la destrucción total de los batallones internacionales, pero, a

la vez, se sintió angustiado al comprobar que la guerra no solo se libraba en los campos de batalla, sino también entre despachos, periodistas, informantes y espías que podían ser tan peligrosos como la artillería.

Reed estaba casi seguro de que el coronel no era desleal a la causa, pero eso no era suficiente, por lo que ideó un plan que despejaría toda duda y salvaguardaría su inocencia si, en verdad, no era un traidor. Cogió el teléfono y llamó a McGowan.

—Señor, lamento llamarlo a estas horas, pero he de comunicarle que hemos tenido una filtración.

—¿Cómo dice? ¿Está seguro?

—Muy seguro —añadió Reed, siguiendo con su plan—. Un gran despliegue de tropas fascistas está en el valle del Jarama dispuestos a emboscarnos. Es una suerte que, por motivos logísticos, tuviéramos que cambiar el día de llegada —mintió.

—Supongo que esto nos da una ventaja.

—Sí, señor. Por eso quiero pedirle algo.

—Le escucho, Reed.

—Ya sabemos de la importancia del puente sobre el río, esencial para controlar la zona, sin embargo, nuestros informantes nos comunican que hay maniobras inusuales en una posición secundaria en una pequeña colina al suroeste del cauce. Sería imperativo que desplegásemos tropas allí, ya que sería una defensa vital para proteger el puente. Sé que usted va a participar en la batalla, ¿podría encargarse de esa posición?

—Me parece bien —sentenció McGowan sin ningún rastro de duda en su voz—, lo que sea para proteger el objetivo. Lo iré a ver de inmediato, podrá ponerme al día en persona.

—De acuerdo, señor. —Reed colgó el teléfono.

Las cartas estaban echadas, al teniente coronel solo le tocaba esperar. Cuando comenzara la batalla, Reed podría observar si McGowan había seguido su sugerencia de posicionar un amplio número de hombres en el objetivo secundario o si enviaba información contradictoria que beneficiara al enemigo. Si en la contienda el coronel no mantenía la defensa de la posición que no tenía relevancia táctica, Reed tendría razones suficientes para dudar

de su lealtad. Al igual que si las tropas franquistas atacaban la colina, ya que McGowan era el único que tendría acceso a esa información.

Reed esperó en su despacho la visita del coronel y deseó de todo corazón que no fuera culpable, con la deslealtad de Luis Osuna ya había tenido suficiente. Ahora solo quedaba detenerlo para poder castigarlo acorde a su delito.

HA EMPEZADO

1937

Emily caminaba de un lado a otro en su pequeño salón como un animal enjaulado.

—¿Cómo es posible? ¡¿Es que se le ha ido la cabeza?!

—Mamá, tranquilízate —dijo Emmeline, que logró, después de muchos intentos, que su madre se sentara.

Emily se cubrió el rostro con las dos manos y empezó a llorar.

—Está vivo, tu padre está vivo, pero… ¿es que no tuvimos suficiente con una guerra como para que se haya metido en otra?

La mujer intentó mantener la calma y volvió a leer la carta que tenía en la mano.

—Tu hermano no es muy explícito. Solo dice que tu padre está bien, pero en España. ¡En un país en guerra! —sollozó.

—Pero, mamá, también te dice que no es un soldado, sino un reportero internacional. No es lo mismo, no tendrá que ir al frente.

—Salió de este país para evitar la muerte —continuó Emily sin escuchar a su hija—, y ahora está en España. En el ojo del huracán —dijo sin dejar de llorar—. ¡No tenemos suficiente con que tu hermano esté allí para que ahora también esté tu padre!

Los sentimientos se mezclaban en su pecho y no la dejaban pensar con claridad. ¡Lo echo tanto de menos! ¡Ojalá pudiera abrazarlo de nuevo!

—Ha tenido sus razones. Drake dice que Yugoslavia ya no era segura para él. No nos dice el porqué, pero no hace falta ser un genio para entender que la sombra de Lucky Luciano se extendió hasta allí.

—Sí, tienes razón —añadió Emily, que se secó la nariz con un pañuelo—. Conociendo a tu padre, se habrá marchado lo antes posible para evitar poner en peligro a la tía Hattie y a Darko. ¡Ojalá hubiera podido ir a otra parte!

—Pues yo creo que ha tenido una buena idea. ¿Quién lo buscará en un país en guerra?

Emily se quedó pensativa, tal vez, el plan no era, al fin y al cabo, tan descabellado.

—Supongo que tienes razón. Tu padre y tú os parecéis tanto que no me extraña que ese haya sido también su razonamiento.

—Exacto, mamá, y además se ha reencontrado con Drake. ¡Son buenas noticias!

Emily dejó pasar unos segundos y se abrazó a su hija.

—Gracias, me siento mucho mejor. ¿Qué fecha tiene la carta? —preguntó la mujer mirando el papel.

—Es de principios de enero, poco después de que los muchachos llegaran a España.

—¡Quién sabe dónde estarán ahora! ¿Habrán entrado ya en combate? —Emily volvió a alterarse.

—Mira —dijo Emmeline, señalando una frase en concreto—, aquí dice que necesitarán un tiempo de entrenamiento antes de ir a luchar. Puede que todavía estén en… ¿cómo se llama la ciudad dónde está la base internacional?

Emily releyó la carta.

—Albacete.

—Pues puede que aún estén allí.

La madre aceptó la respuesta de su hija y más tranquilas decidieron sentarse a cenar. Unos golpes en la puerta las sorprendió haciendo que Emily dejara caer su tenedor sobre el plato de losa haciendo un ruido infernal.

—¡¿Luciano?! —susurró aterrada sin poder moverse.

—Ha pasado casi dos años sin que nos molesten. No puede ser —farfulló Emmeline.

Emily se puso de pie, asustada, y con el corazón en un puño, fue a abrir la puerta, pero su hija la detuvo.

—Esta vez iré yo, tú estás demasiado nerviosa.

La muchacha preguntó de quién se trataba y una voz masculina se identificó tras el portón.

—Soy Harry. Del partido —dijo un joven en un susurro apenas audible.

La muchacha se apresuró en abrir. Harry Cruise era amigo de su hermano e Ian, y Emmeline lo conocía desde que había empezado a asistir a las reuniones del Partido Comunista con ellos.

—Harry, ¿qué haces tú aquí?

Emily se acercó a su hija y el joven se quitó la gorra en la presencia de las mujeres.

—Esta es mi madre: Emily Knox.

—Encantado de conocerla, señora.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó la mujer echa un flan.

—El partido nos ha enviado a mí y otros camaradas para informar a las familias que nuestros valerosos soldados entraron hace días en combate en España. —Emily se llevó las dos manos a la boca y contuvo el aliento—. Sabemos lo duro que es no saber nada de nuestros seres queridos, y con las comunicaciones, a veces cortadas, hemos decidido que informaremos en la medida de lo posible.

—¡Tan pronto! —exclamó Emmeline—. Pensábamos que aún estarían con los entrenamientos.

—No sé qué decirte —añadió Harry—. Solo me han pedido que se lo diga a las familias

—¿Se sabe cómo están los muchachos? —se apresuró a preguntar la madre.

—Aún no, señora, solo que el Batallón Abraham Lincoln, donde están asignados Drake y la mayoría de los norteamericanos, está participando en la batalla del Jarama.

—¿Y la hemos ganado? —se atrevió a preguntar Emmeline con el miedo en el cuerpo. No solo estaba preocupada por su hermano, sino también por Ian y, por momentos, iba entendiendo mejor a su madre.

—Bueno, creo que acaban de empezar. Sabemos que el combate está siendo duro para el batallón. Se han tenido que enfrentar a las tropas franquistas que pretendían cortar la carretera entre Madrid, la capital de España, y Valencia.

—Pero… sabrás si la balanza se está inclinando a nuestro favor, ¿no? —añadió Emily muy seria.

El joven miró inquieto a su alrededor, no quería alterar a la madre de Drake, pero tampoco podía mentirle, por lo que se tomó unos segundos para ordenar sus pensamientos.

—Están intentando detener a las tropas que quieren rodear Madrid para cortar las comunicaciones y los suministros a la ciudad. Nuestros muchachos, de momento, han conseguido que esto no pase. Los han mandado al frente para ayudar a las agotadas fuerzas republicanas y, aunque la mayoría de nuestros voluntarios no tienen experiencia militar, lo están haciendo bien.

—Entonces…, ¿todo está bajo control? —quiso confirmar Emmeline, esperanzada en que Ian y su hermano no corrían peligro, y que el Jarama era solo una escaramuza pasajera.

Harry guardó silencio y un ambiente tenso se instaló en la sala.

—Continúa —conminó Emily, que se agarró con fuerza al brazo de su hija.

—Nuestros voluntarios no están bien equipados y se tienen que enfrentar a un enemigo superior en armamento y experiencia. —Emily cerró los ojos—. La batalla no tiene pinta de terminar pronto. Los chicos del Lincoln están tratando de defender las colinas de Pingarrón. Sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué? —gritó Emily, exasperada.

—El batallón ha sido diezmado.

La mujer perdió la visión por un momento y le fallaron las piernas. Si la posibilidad de perder a James había sido dura tras el Somme, solo imaginar no volver a ver a su hijo le arrancaba el alma a pedazos.

—Mamá…, siéntate —dijo la chica, que temblaba como una vela a punto de apagarse—. Será mejor que bebas agua. —Emmeline se apresuró a la cocina y volvió con un vaso para su madre.

Harry se disculpó por haberlas perturbado.

—¡Otra vez, no! ¡Otra vez, no! —repetía Emily sin parar.

—Lo siento, Emmeline, solo queríamos que estuvieseis informadas… Yo, yo…

—Gracias, Harry, lo comprendo.

—Ahora debo seguir. Siento mucho el disgusto, señora Knox, pero aún nada está perdido.

Emily bebió un sorbo de agua y le sujetó la mano a Harry, que estaba a punto de marcharse.

—Por favor, no me mientas. ¿Sabes algo más?

El muchacho miró a Emmeline, inquieto, como buscando su aprobación para seguir hablando y la chica se la concedió con un movimiento leve de cabeza.

—Nuestros muchachos se han reorganizado gracias a un soldado negro, Oliver Law, que parece estar siendo el héroe del combate. De momento, nadie ha ganado ni nadie ha perdido. Siguen luchando y Madrid continúa en manos republicanas. No sé nada más, señora Knox, se lo juro. Ahora, si me lo permiten, iré a avisar a los Johnson.

Las mujeres se despidieron de Harry, que, camuflado tras un abrigo largo y su gorra oscura, salió deprisa del apartamento.

Emmeline se sentó al lado de su madre, que parecía haberse perdido en el tiempo, y tuvo miedo, más que el que había sentido en toda su vida. ¿Cómo estaría Ian? ¿Y su hermano? No podía respirar y estaba tan inquieta que se acercó a la ventana para abrirla. Necesitaba aire. Desde allí, observó cómo Harry se perdía en la noche, y cuando iba a correr las cortinas, una figura alta y enjuta captó su atención. El hombre estaba semiescondido tras un enorme seto frente a su casa y observaba con atención los pasos de Harry Cruise. El muchacho pasó junto a él ajeno a su presencia y el hombre lo siguió de cerca con cuidado de que no lo viera.

—¡Oh, no! —gritó Emmeline.

—¿Qué ocurre ahora? —dijo Emily, poniéndose al lado de su hija de un salto.

—A Harry lo están siguiendo.

33

LA TRAMPA

1937

El teniente coronel Reed había dejado el asunto de Luis Osuna arreglado antes de acompañar a sus hombres al frente, y habló con August Pi i Sunyer, el editor de La Vanguardia, nada más tuvo ocasión. Reed y él eran amigos desde antes de la guerra y el hombre había demostrado con creces su lealtad a la República con su actitud y las noticias que publicaba.

A August le parecía imposible que un hombre como Osuna estuviera involucrado en una deslealtad como la que Reed le había relatado y acogió la noticia con incredulidad. Luis era uno de sus mejores reporteros, pero Reed era su amigo y estaba seguro de que jamás inventaría algo así sin pruebas. El militar y el periodista quedaron en que le tenderían una trampa a Osuna. Era de vital importancia que Luis no sospechara que lo habían descubierto, y Pi i Sunyer se ofreció para vigilarlo hasta nueva orden. Mientras tanto, Reed se puso en contacto con la inteligencia republicana que decidió montar una operación para atraparlo.

—¿Está usted seguro, teniente coronel? —le había preguntado uno de los altos mandos republicanos.

—Sin duda, señor. Tengo efectivos que confirmaron el despliegue de tropas franquistas en nuestros objetivos concretos antes de nuestra llegada al valle del Jarama. Estaban advertidos, no cabe otra posibilidad.

—Está bien, pues lo más importante entonces es que ese tal Osuna no se nos escabulla.

—¿Cuál es el plan, señor?

—Se me ocurre que la mejor manera de atraparlo es con agentes infiltrados entre las filas enemigas. A través de ellos, le haremos llegar una carta en la que se proponga un intercambio de información confidencial. Será entonces cuando lo cojamos. Por cierto, Reed, ¿sabe dónde se encuentra ese infame?

—Lo tienen vigilado desde La Vanguardia, el periódico donde trabaja, en Barcelona.

—Muy bien, pues solicitaremos una reunión en el café que suela frecuentar en esa ciudad. Así no sospechará nada. ¿Podría usted encargarse de averiguar que café sería el más adecuado?

El operativo se puso en marcha de inmediato. Reed habló con James Knox, al que conocía como James Holden, para que le diera el nombre del café preferido de Osuna.

—Es el Café Moka, señor —afirmó James cuando el militar lo llamó por teléfono.

El cafetín ubicado en Las Ramblas era un centro de reunión para periodistas locales e internacionales que buscaban intercambiar información o discutir el pulso de la guerra, por lo que a Reed le pareció perfecto para lo que necesitaban.

—El Moka es un punto de encuentro donde nos ponemos al día del conflicto —insistió James— y establecemos contactos. Otra opción es el Café Suizo o el Hotel Majestic, Luis suele aparecer por allí también.

—Gracias, señor Holden, cualquiera de ellos nos servirá.

—Van a atraparlo, ¿no es cierto?

—Sí. No le puedo adelantar nada porque es una operación de alto secreto. Lo único que puedo decirle es que tenemos que actuar con rapidez. Por favor, manténgase al margen de todo esto. El ejército le está muy agradecido por su colaboración, pero nuestra prioridad es detener a Osuna y no podemos poner en riesgo el procedimiento.

James estaba contrariado. Le gustaba Luis y le había resultado de gran apoyo desde que llegó a España. Sin embargo, había jugado con fuego y con su osadía y traición había puesto en peligro la vida de Drake y de cientos de jóvenes como él. Por eso lo había denunciado, su prioridad era proteger a su hijo y se alegraba de haber dado al traste con la emboscada que los sublevados tenían preparada tras obtener la información de Osuna. No se arrepentía de haberlo delatado, pero le apenaba que un hombre inteligente como Luis hubiera caído en el oscuro mundo del espionaje sin escrúpulos.

En solo un día, los servicios secretos republicanos organizaron y ejecutaron el plan. Eligieron para el falso intercambio de información a un viejo conocido de Osuna, un tal Buitrago, que pertenecía de manera clandestina a la inteligencia republicana desde el inicio de la guerra. A los altos mandos le pareció la mejor opción para la misión.

Buitrago esperó paciente a Osuna dentro del Moka. El café tenía una atmósfera dinámica y a las diez de la mañana rebosaba de una clientela diversa de periodistas internacionales, artistas e intelectuales. Su interior era elegante, con paredes de madera oscura y grandes espejos que le conferían una sensación de amplitud, y su estilo clásico le daba un ambiente íntimo y agradable. El agente llegó temprano y se pidió un café. Eligió un lugar discreto al fondo de la sala, se quitó el sombrero y lo apoyó en la mesa de mármol sin apartar los ojos de la calle. El día estaba gris y pequeñas gotas de lluvia alcanzaban a los viandantes que corrían para protegerse.

Buitrago miró su reloj, Osuna se retrasaba y pensó, preocupado, que tal vez alguien lo hubiera dado el chivatazo de la trampa. El hombre descubrió en una de las mesas a Hemingway, que hablaba acaloradamente con John Dos Pasos. Conocía a los dos periodistas estadounidenses que cubrían la guerra de España, pero evitó ensalzarse en una conversación con ellos para no apartarse de su objetivo. En otras mesas, que estaban dispuestas en filas, desayunaban otros hombres y mujeres en un ambiente propicio para el intercambio de ideas, rumores y noticias. Un trueno lo sorprendió, sobresaltándolo, y una lluvia torrencial barrió la calle. El aroma de café fresco se mezclaba con el del tabaco y Buitrago volvió a mirar su reloj cada vez más nervioso.

El Moka era un lugar tanto de trabajo como de socialización y el agente observó con detenimiento a los corresponsales que, animados, se relajaban en medio de la incertidumbre de la guerra. Buitrago volvió a mirar por la ventana y, por fin, descubrió a Osuna, que corría intentando mantener su paraguas abierto en dirección al café. Suspiró más aliviado y respiró profundo para deshacerse del nerviosismo que lo atenazaba. Desde la puerta, Luis lo buscó con la mirada, y cuando lo localizó, lo saludó con la mano que no sostenía

el paraguas. Se acercó a la mesa del agente encubierto y se sentó con él. Miembros de la inteligencia republicana, vestidos de civiles, se mezclaban entre los clientes del bar, pendientes de la señal de Buitrago para lanzarse a la detención de Osuna. Luis, empapado, se quitó la gabardina sin vislumbrar nada anormal a su alrededor.

—Siento llegar tarde. Me ha cogido la tormenta y las calles son un caos. ¿Qué tienes para mí? Me has dicho que era urgente.

Los operativos republicanos no pudieron oír lo que los hombres hablaban, pero cuando Buitrago le tendió con discreción al periodista una carpeta que guardó en su maletín, se lanzaron a arrestarlo. Esa era la señal y no había tiempo que perder.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Luis, visiblemente nervioso, cuando los agentes se pusieron a su alrededor y le ordenaron que se levantara.

—Está usted detenido, señor Osuna. Podemos hacer esto de dos formas; no hace ruido y nos acompaña con calma, o le ponemos las esposas y montamos un escándalo.

A Luis se le fue el color de la cara tan deprisa que parecía que había visto un fantasma y cerró los puños con ira.

—Caballeros, soy periodista de La Vanguardia, están cometiendo un grave error. Díselo tú, Buitrago. Pueden preguntar a mi editor o al coronel McGowan de las Brigadas Internacionales.

—Será mejor que nos entregues tu maletín, Luis —ordenó Buitrago.

Osuna lo miró con los ojos desencajados.

—¿Tú estás metido en esto? —preguntó con incredulidad—. No pienso hacer eso. Esto es un atropello.

Uno de los republicanos sacó unas esposas y dobló el brazo de Osuna.

Los clientes más cercanos a la mesa empezaron a darse cuenta de que algo extraño pasaba y el agente levantó la voz.

—El maletín.

Luis no pudo hacer nada más que rendirse. Buitrago lo abrió delante de los otros republicanos que custodiaban al detenido y rebuscó entre los papeles.

—Lo tenemos —dijo en un susurro—, aquí hay material suficiente para empapelarlo: cartas de contactos franquistas, mapas con anotaciones y horarios con movimientos de nuestras tropas.

—Ya lo ha oído, Osuna —dijo otro agente—, con lo que le hemos incautado, está acabado. Todo será considerado como pruebas irrefutables de sus actividades de espionaje.

A Luis le temblaron las piernas y se dejó caer en la silla asustado. ¿Qué había ido mal?, se preguntó. ¿Quién lo habría traicionado?

Con cuidado de no llamar la atención más de lo necesario, los miembros de la inteligencia republicana salieron del café escoltando al detenido. Lo llevaron a lo que llamaban la Comisaría Especial, donde se reunía el personal especializado en inteligencia y contraespionaje. Era un centro discreto, controlado por las fuerzas republicanas con experiencia para tratar con espías y traidores.

Encerraron al periodista en una sala blanca, de aspecto aséptico y clínico, con una mesa y dos sillas. Osuna tenía tanto miedo que le entraron ganas de orinar, pero el oficial sentado frente a él le impidió salir y usar el lavabo.

—Si tiene que orinar, hágaselo encima. No tenemos tiempo para sus tonterías.

—No sé por qué estoy aquí —sentenció Luis tajante.

Buitrago entró en la sala e hizo salir a su compañero.

—Déjamelo a mí, Alfredo, a este lo entiendo yo.

El hombre salió de la habitación y Buitrago se quedó de pie alrededor del periodista sin decir palabra. El peso del silencio fue demasiado y Luis perdió los nervios.

—¿Me vas a decir de qué se me acusa?

—Luis, Luis, Luis…, lo sabes de sobra, por favor, no te hagas el tonto conmigo. Te hemos incautado papeles comprometidos, ¿y me sigues preguntando de qué se te acusa? Eres más idiota de lo que creía.

—Todos esos documentos son parte de mi trabajo, soy periodista, ¿recuerdas?

—Ya no tienes que mentir. Hemos actuado con rapidez y tenemos a tus contactos, te has quedado solo.

Osuna no tuvo que preguntar a lo que Buitrago se refería, lo entendía perfectamente y le empezaron a sudar las manos, que escondió para no dar muestra de debilidad

—Podemos estar aquí todo el día —dijo el agente—, o puedes colaborar, cosa que ayudará para tu condena. ¿Qué me dices?

Osuna guardó silencio y reflexionó sobre sus posibilidades.

—Sabemos lo que hiciste justo antes del Jarama. Eres una escoria que ha puesto en peligro la vida de muchos jóvenes que luchan por nuestra causa.

Buitrago se reclinó en la silla y lo miró fijamente. Tras unos minutos de absoluto silencio, Luis comprendió que las pruebas contra él eran contundentes y que no merecía la pena seguir fingiendo. Solo alargaría su agonía, y si se resistía, empezarían los golpes. No era un hombre fuerte y quería evitar a toda costa cualquier agresión física.

—Si te cuento lo que sé, ¿podríamos llegar a un acuerdo?

Buitrago se quitó la chaqueta, se deshizo el nudo de la corbata y se puso cómodo.

—No estás en situación de pedir nada, amigo. Empieza a hablar. Será lo mejor —ordenó.

Osuna inició su relato, y cuando hubo terminado, Buitrago volvió a ponerse la chaqueta y se dirigió a la puerta.

—¿Ahora qué? —preguntó Luis completamente fuera de sí.

—Ahora deberás esperar tu juicio.

—¿Y cuánto tardará eso?

—No mucho. Unos días, a lo sumo una semana. Te adelanto que será un juicio público aquí en Barcelona. Así tendremos la oportunidad de advertir a los que piensen traicionar a la República, como lo has hecho tú, de que sus actos tendrán consecuencias. Aquí no habrá lugar para la duda ni tampoco para la compasión.

El agente agarró el pomo de la puerta dispuesto a abandonar la sala y ordenar la detención formal del traidor.

—Buitrago, ¿qué puedo esperar del juicio? ¿Tengo alguna posibilidad?

—¿No crees que eso deberías haberlo pensado antes?

—Por favor.

El agente miró a Osuna molesto por tantas preguntas, pero conocía al periodista desde hacía tiempo y siempre le había caído bien. ¿Cuándo y por qué se habría decidido cambiar de bando?, se preguntó. Probablemente, nunca obtendría respuesta a esas preguntas, quizá Luis siempre comulgó con las ideas fascistas y supo esconder su lealtad bajo una máscara que ahora se derrumbaba o, tal vez, lo había hecho por codicia. Lo cierto era que, de un modo u otro, el bando republicano había perdido a un hombre inteligente que hubiera podido ayudar a la causa.

—Presentaremos las pruebas que sabes son contundentes en tu contra, buscaremos testigos cuyo testimonio corroboren tus malas intenciones, tendrás tiempo para hacer declaraciones y podrás defenderte, pero será el fiscal y la defensa con su trabajo quienes tengan la última palabra.

—¿Me condenarán? —preguntó Luis cada vez más desesperado.

—Este tipo de juicios suelen inclinarse a condenar al acusado. La gente no admite traidores y la presión pública manda.

Luis bajó la cabeza y comenzó a sollozar.

—Tengo miedo.

—Si yo fuera tú, también lo tendría. La sentencia será dura, acorde al crimen que has cometido. ¡¿Cómo has podido ser tan desleal?!

—¿Me ejecutarán?

—Es una posibilidad, aunque también pueden encarcelarte o condenarte a trabajos forzados.

—Me ejecutarán. Lo sé.

—¿Y por qué te has arriesgado y te has rendido al bando contrario? —gritó Buitrago, volviéndose y dando un golpe seco en la mesa—. Ahora no sirven de nada tus lamentaciones. Lo más seguro es que tengas razón y te ejecuten; además, un castigo ejemplar disuadirá a otros de ser tan estúpidos como tú y se evitarán futuras colaboraciones con el enemigo.

—Voy a ser vuestro chivo expiatorio. —Luis lloraba abiertamente, preso del pánico.

—Si te soy sincero, en parte sí lo serás, porque nos ayudarás a lanzar un mensaje de alerta y advertencia a cualquiera que tenga

tus mismas intenciones. Con la libertad no se juega, Luis. Has apostado contra la República y ahora la República se cobrará su deuda.

Buitrago abrió la puerta y, sin mirar atrás, salió de la sala. Dejó a Luis Osuna desmadejado, temblando de miedo y con la certeza de que no tendría escapatoria.

34

JARAMA

1937

Los voluntarios del Batallón Abraham Lincoln, el británico y el Dimitrov, compuestos en su mayoría por estadounidenses, ingleses, balcánicos y centroeuropeos, luchaban con rabia a mediados de febrero para defender sus posiciones en el valle del Jarama al suroeste de Madrid. Las órdenes habían sido claras, pasara lo que pasara, tenían que proteger la carretera entre la capital y Valencia, con sus vidas si hacía falta. Esa ruta era clave para el abastecimiento de las fuerzas republicanas y no podían permitir que Madrid quedara incomunicada. Franco había planeado la batalla para forzar la rendición de la ciudad, pero las XV Brigada Internacional junto a las fuerzas republicanas resistían con más fuerza de lo previsto.

—Esto se está poniendo mucho peor de lo que había imaginado —dijo Ian con la respiración entrecortada.

El muchacho se había refugiado junto a Drake, Oliver Law y dos brigadistas españoles en una zanja que habían improvisado a modo de trinchera.

—Si esos canallas logran romper nuestra resistencia, Madrid estará perdida y con ella la guerra —dijo Pedro, un soldado español que chapurreaba algo de inglés.

El sonido de la artillería era ensordecedor y voluntarios y tropas regulares corrían de un lugar a otro defendiendo posiciones.

—No podemos quedarnos mucho tiempo aquí. —Los muchachos se agacharon en el agujero evitando las balas—. Debemos alcanzar la colina de Pigarrón —insistió Law, señalando a una de las cotas más altas de la zona.

Law levantó la cabeza para otear como iba la batalla que había empezado con una ofensiva del bando sublevado al mando del general Orgaz y llevaba viva dos semanas.

—La situación está complicada para movernos ahora —añadió Drake, que tenía la camisa del uniforme hecha jirones. Tenemos a los regulares marroquíes por todas partes y la aviación italiana nos está masacrando, eso sin hablar de la Legión, que se ha hecho fuerte en el flanco sur.

Una bomba cayó desde el cielo abriendo un agujero muy cerca de donde se habían refugiado.

—Ian, ayúdame a montar la metralleta —ordenó Law—. Drake tiene razón. Nos quedaremos aquí un rato, y cuando esté más despejado, nos dirigiremos a una zona más alta.

Oliver Law, un tejano con la piel tan negra como Ian, que había participado en la Gran Guerra, era un líder por naturaleza y ninguno de los hombres se atrevió a contravenir sus órdenes.

—Muchos de los vuestros están intentando cruzar el río, ¿no son esos del Lincoln? —preguntó Juan, otro brigadista español, que se había parapetado en la trinchera. Drake miró por encima de su hombro y confirmó lo que el joven decía. Sí, son norteamericanos. En ese momento, los aviones italianos, que probablemente también habían observado al grupo, los bombardearon, dejando el río lleno de cadáveres.

—¡No! —gritó Ian, apartando la mirada—. Esto es una ratonera.

Law sacó un mapa del bolsillo y lo observó con atención.

—¿Cree que es momento de eso? ¡No sé cómo puedes estar tan tranquilo! —gritó Pedro a través del infernal ruido.

—No lo estoy, amigo. Solo intento utilizar la cabeza, es la única manera. Mirad, las tropas sublevadas se dirigen a este punto —señaló Law en el mapa—. Mora… Mora…

—Morata de Tajuña —leyó Pedro, mirando el plano que sostenía el norteamericano.

—Exacto. Tenemos que llegar primero. Cambio de planes —ordenó Law—. Nos marchamos. Vamos, ¡ayudadme con la metralleta!

Ian se puso al cuello las cintas de municiones mientras Law cogió el subfusil.

—No os separéis.

Pedro observó que Juan temblaba como una hoja. El muchacho, al igual que los estadounidenses, hacía solo unos meses que se había unido al Ejército y no tenía experiencia de combate.

—Tranquilo, todo va a salir bien. El joven se restregó el sudor de la cara mezclado con sangre y afirmó con la cabeza, pero no logró que ni una palabra saliera de su boca.

—¡Necesitamos ayuda! —gritó una voz en español cuando el grupo estaba a punto de abandonar la trinchera, el humo era denso y se veía poco. Pedro se asomó por encima del borde del hoyo excavado.

—Tranquilos, son de los nuestros —animó a sus compañeros.

Pedro e Ian saltaron fuera y en pocos minutos regresaron con dos personas más.

—Le han dado —anunció Enrique, un brigadista español acompañado de una mujer.

—¿Es Manuela? —preguntó Drake, horrorizado, que reconoció a la joven al instante.

—Sí, se quedó rezagada. Después del ataque a los estadounidenses del río, quiso bombardear uno de los carros de combate, pero la han herido.

—¿Es grave? —susurró Drake temblando.

—No lo sé, pero está perdiendo mucha sangre.

Drake se quedó inmóvil e Ian se acercó a la muchacha y le rompió la blusa para ver la herida. La habían alcanzado en el hombro. No parecía mortal, pero la hemorragia era preocupante.

—Tenemos que taponarle la herida antes de que se desangre.

—¡Camilleros! —gritó Drake, desesperado, a pleno pulmón—. Aquí no podremos hacer mucho por ella, tienen que llevársela lo antes posible.

El joven se arrodilló al lado de la chica y le cogió la mano.

—Por favor, Manuela, quédate conmigo. ¡Camillero! —volvió a gritar aterrado.

—Ya estamos aquí —dijo en inglés uno de los médicos de las Brigadas Internacionales.

El doctor y un enfermero saltaron a la trinchera y Law vio el momento para salir y dirigirse al Pingarrón.

—Vamos, muchachos, dejemos a la chica con los profesionales, aquí solo estorbaríamos. No hay sitio para tanta gente.

Drake no quería apartarse de ella e Ian tuvo que tirar de él para que siguiera adelante.

—¿Se pondrá bien? —preguntó en su idioma.

—Lo hará —dijo el médico que la examinaba—, aunque primero tenemos que estabilizarla y llevarla a un área más segura.

—Está en buenas manos, Drake. Tú no puedes hacer nada más. —Ian lo ayudó a ponerse de pie—. Vamos, tenemos que irnos.

—Pero se tendrán que enfrentar al fuego enemigo para sacarla de este agujero.

—Igual que les ocurre a todos los heridos —intervino Pedro—. A Manuela no le gustaría que la trataran de una manera diferente.

—Tranquilo, estamos acostumbrados, podemos hacerlo —aseguró uno de los camilleros—. Cerca de aquí tenemos un puesto avanzado con más personal y suministros. Allí podremos hacerle un tratamiento de emergencia.

—¿La dejarán en el puesto de socorro?

—Seguramente no. Después de que la examinemos mejor, se determinará si tenemos que trasladarla a un hospital más grande lejos de las líneas de combate.

—Bueno, bueno… Parece que al americano le interesa mucho Manuela —dijo Pedro con sorna, pero otra bomba borró de inmediato la sonrisa de su rostro.

Las balas seguían lloviendo como gotas de rocío y la artillería dejaba socavones en las lomas haciendo saltar hierba y tierra al mismo tiempo.

—Seguidme, muchachos —grito Law—, no podemos perder más tiempo.

Los soldados se pusieron en marcha moviéndose en zigzag y Drake los acompañó a regañadientes. Sabía cuál era su responsabilidad, pero tener que dejar a Manuela atrás, herida e inconsciente lo consumía por dentro. Hasta ese momento se había interesado por la muchacha, pero la posibilidad de perderla, a pesar de que ni siquiera hubiesen hablado de sus sentimientos, le hizo ver lo mucho que la chica le importaba.

A pesar de que los voluntarios de las Brigadas Internacionales no conocían el terreno, estaban demostrando que podían pelear arduamente para detener el avance franquista. Sin embargo, el envite de la artillería y la aviación enemiga estaba causando grandes bajas. Compañeros de diferentes nacionalidades y batallones caían alrededor del grupo de Drake como si fueran piezas de dominó, y el muchacho pensó que todavía eran todos muy jóvenes para morir.

—Vamos, vamos, camaradas. No os detengáis —se desgañitó Law, que se dirigió a todos los compañeros del Lincoln que se encontró a su paso—. Seguidme, venid con nosotros.

La fuerza arrolladora del muchacho hizo que el batallón se reorganizara y retomara sus posiciones, e Ian, maravillado, entendió por qué todo el mundo hablaba de Oliver con tanta admiración. Era un gran cabecilla y con su actitud arriesgada y de liderazgo estaba salvando muchas vidas. Durante la carrera, Law no dejó de gritar palabras de ánimo para que los soldados siguieran corriendo, peleando y así evitar que se quedaran agazapados esperando la bala que acabaría con sus vidas. La lucha era feroz para defender cada posición y el costo humano en los dos bandos estaba resultando enorme. Las condiciones del combate eran extremadamente duras y los gritos de los jóvenes que caían heridos se oían a través del ruido de los constantes bombardeos.

Juan empezó a tiritar, hacía mucho frío y el tiempo era húmedo e invernal.

—Toma —dijo Pedro, quitándose su chaqueta militar—, póntela, está más seca que la tuya.

Los soldados, exhaustos, mojados y hambrientos, tenían la moral por los suelos por las pérdidas masivas que estaban soportando.

—Nuestros hombres están colapsando —dijo Drake, mirando los cadáveres a su alrededor.

Juan no vio venir la bala que atravesó limpiamente su pierna y se quedó tendido envuelto en un dolor insoportable. Pedro y Drake se acercaron a socorrerlo y buscaron un agujero donde meterlo hasta que los camilleros llegaran para llevárselo.

—Yo me quedaré con él —anunció Pedro al grupo.

Law le dio la razón.

—Podemos esperar con vosotros hasta que vengan a socorrer a Juan —afirmó Enrique.

—No. Sería demasiado peligroso —insistió Drake—. Debemos ayudar a los demás batallones, no tendría sentido que todos esperásemos aquí. Pedro, ¿tú qué opinas?

—Tienes razón. Juan y yo estaremos bien. Vosotros alcanzad la colina y no dejéis que Madrid caiga.

—Estoy de acuerdo —añadió Ian—. Si nos quedamos, seremos un blanco perfecto y nos acribillarán a balazos.

—¿Qué decís los demás? —preguntó Law—. Si vamos juntos, tendremos más posibilidad de alcanzar el cerro.

—¿Cuál de ellos? —preguntó Ian.

—El más alto. Morata de Tajuña. —Lo señaló Pedro con el índice.

—Exacto. Solo ahí está nuestra posibilidad de ganar —agregó Law—, pero no lo podemos hacer solos. Tenemos que seguir reorganizando al batallón. Si todos estáis de acuerdo, seguid mis instrucciones y arrastrad a todos los camaradas que veáis por el camino. Tenemos que llegar a esa montaña sea como sea.

Los hombres aceptaron el liderazgo de Oliver y bajo su mando improvisado se dirigieron sorteando las bombas y fuego enemigo a la colina más alta de aquel valle en un país extranjero que jamás imaginaron pisar.

35

LISTAS NEGRAS

1937

Emily se dirigió a casa de los Johnson después de su jornada laboral, estaba preocupada y quería hablar con William sobre la vigilancia de Harry Cruise. Tanto ella como Emmeline pensaban que tenía que tratarse de algo relacionado con el hecho de que Drake estuviera luchando en España y querían saber si los Johnson habían experimentado algo parecido cuando Harry fue a verlos. Recogió a su hija de la escuela de enfermería y se encaminaron a Harlem.

Emmeline no había vuelto a ver a Martha desde que la mujer se presentó en su casa para hablar sobre la relación que mantenía con su hijo. Sabía que le debía una explicación al señor Johnson, aunque lo más probable era que Martha ya lo hubiera puesto al día de la situación. No estaba segura del recibimiento que le iban a brindar y se sentía nerviosa y angustiada por tener que enfrentarse a los padres de Ian sola.

Emily llamó a la puerta del apartamento de los Johnson y Martha, con cara seria, abrió y las invitó a pasar.

—No os esperaba, ¿ha pasado algo?

—Hola, Martha. Sí, ha pasado algo y nos gustaría hablar contigo y con William. —El hombre salió de su dormitorio con batín y zapatillas.

—Me había parecido oír vuestras voces. ¡Hola, Emilyi Emmeline, ¿cómo has estado? Hace tiempo que ya no vienes por aquí.

La joven miró a Martha desconcertada, el señor Johnson no parecía enfadado.

—Tranquila —intervino la mujer, que se había dado cuenta de la preocupación de la chica—. William lo sabe todo.

—Señor Johnson —se apresuró a decir—, Ian y yo queríamos anunciarles juntos que estamos enamorados, pero…

—No pasa nada —dijo el hombre esbozando una sonrisa tranquila en los labios—. Martha me lo ha explicado y creo que no debo decirle a mi hijo de quien debe enamorarse. Ambos sabéis las consecuencias a las que os enfrentáis, pero os amáis y para mí eso es suficiente.

Martha guardó silencio, frunció los labios y bajó la mirada enfurruñada. De su cara se podía concluir que no estaba de acuerdo con su marido, aunque no estaba dispuesta a enfrentarse a toda su familia.

—Gracias, señor Johnson. —Emmeline se lanzó a sus brazos y besó al hombre en la mejilla—. Su opinión es muy importante para Ian y para mí. Su hijo se alegrará de saber que nos apoya.

—Yo —explotó Martha— sigo diciendo que no sabéis en dónde os estáis metiendo, pero siento lo que dije el otro día. En realidad, no tenía derecho a hablarte así.

—Tú eres la madre de Ian y Emmeline sabe de más que todo lo que dijiste era por su bien —añadió Emily.

—Gracias —dijo con sinceridad—, pero le debía una disculpa y tú lo sabes.

La chica la tomó de la mano y se la apretó en son de paz.

—Todo está bien, señora Johnson. La comprendo.

—Bueno, ahora que se han aclarado las cosas, tenemos que hablar del motivo por el que hemos venido —dijo Emily.

—Pues sentémonos —indicó William, que dejó que las mujeres que se habían quedado de pie en el pasillo pasaran primero al salón.

—Prepararé té —indicó Martha, que desapareció en la cocina mientras Emily y su hija se quitaban los abrigos y se acomodaban en el sofá.

—William, ¿os ha visitado Harry Cruise para informaros de que nuestros muchachos han participado en su primera batalla en España?

—Sí. —La expresión del hombre cambió de afable a preocupada —. ¿Es que ha ocurrido algo? Los chicos están bien, ¿verdad?

—Sí, bueno, no sé… —se apresuró a decir Emily—. No sabemos nada más, aparte de que han entrado en combate. Pero no hemos venido por eso.

—¿Entonces?

—Cuando Harry se marchó de nuestra casa, Emmeline observó a través de la ventana que alguien lo estaba siguiendo.

William se llevó la mano a la barbilla y frunció la boca.

—Aquí está el té —anunció Martha con una bandeja llena de tazas deshermanadas y una tetera—. ¿Ocurre algo? Estáis todos muy serios.

La mujer puso la bandeja encima de la mesa y tomó asiento al lado de su marido.

—¿Te acuerdas de Harry Cruise? —preguntó William.

—Sí, el chico que nos visitó el otro día.

—Emily está segura de que lo están siguiendo.

—¡Siguiendo! ¿Por qué?

—Eso mismo quisiéramos saber nosotras —añadió Emmeline.

—La respuesta no os va a gustar.

Las tres mujeres volvieron la cabeza, clavaron los ojos en los de William y expectantes esperaron una respuesta.

—¿Es que tú lo sabes? —preguntó Martha.

—Es el gobierno. Estoy seguro.

Emily se quedó pensativa, pero no tuvo más remedio que darle la razón al señor Johnson.

—Puede que tengas razón —dijo, respirando más tranquila. Había llegado a pensar que la vigilancia al muchacho tuviera algo que ver con Lucky Luciano.

—El gobierno está paranoico y ha desarrollado una gran preocupación sobre la influencia comunista dentro de las fronteras de este país. Lo sé porque en los sindicatos y en el propio Partido Comunista estamos advertidos. Han desarrollado una red de espionaje y vigilancia hacia personas afiliadas, ya que tienen miedo de la gran popularidad que el comunismo está ganando entre los activistas y trabajadores desempleados.

—¿Estás seguro? —preguntó Martha.

—No conozco muy bien a Harry, pero me parece buena persona. No creo que esté envuelto en asuntos turbios, así que no puede ser otra cosa. Es por su relación con el partido. No me cabe duda —anunció William—. Este gobierno tiene la percepción de que los

comunistas podemos influir en la política nacional y fomentar la agitación social, por lo que, entre otras cosas, nos consideran una amenaza nacional.

—¡Una amenaza! —exclamó Emmeline indignada.

—A mí también me siguen —anunció William con seriedad.

—¿Qué quieres decir con que te siguen? —Martha se horrorizó solo de pensarlo.

—Sí, Martha, no quería contártelo para no preocuparte. Sin embargo, esta vez es diferente. Si han seguido a Harry, tiene que tratarse de los chicos.

—Pero ¿quiénes son esas personas que te siguen, William?

—Agentes del FBI, su director es un sabueso y monitorea y espía a la mayoría de los miembros del partido para informar al gobierno. Pero Harry no es una pieza importante, por eso digo que esto tiene que ver con los chicos. Su presencia en España es ilegal a ojos del gobierno, y es algo que consideran subversivo, estoy seguro de que los están investigando.

Martha cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Es que no tienen suficiente con poner nuestras vidas en peligro y tratarnos diferente a los demás?

—Esto no tiene nada que ver con el racismo, Martha —agregó Emily.

—Emily tiene razón —apuntó William—. El director del FBI ha creado unos Archivos de Inteligencia que recopila información sobre cualquier hombre o mujer que sean activistas o líderes comunistas sin que influya su color de piel. El gobierno cree que no nos damos cuenta de que introducen en nuestras filas a sus hombres, que vigilan nuestras reuniones y rastrean nuestras comunicaciones, pero estamos informados de todo eso.

El señor Johnson se puso de pie visiblemente molesto.

—¿Qué ocurre, William? ¿Qué te preocupa? —le preguntó su esposa, que se quedó con la tetera suspendida en el aire sin llenar las tazas.

—Debemos estar preparados para la campaña de desprestigio que se nos viene encima. A estas alturas, ya sabrán quiénes son los

muchachos que han ido a España y a las familias nos harán la vida imposible.

—¿Nos perseguirán? —preguntó Emmeline, nerviosa.

—De momento, no se han atrevido a eso, pero podemos perder nuestros trabajos, o, en tu caso —dijo, señalando a Emmeline—, tu plaza en la escuela de Enfermería. Espero que no se planteen arrestarnos.

—¡Arrestarnos! Nosotros no hemos hecho nada —gritó Martha, que, por fin, vertió el té en las tazas con manos temblorosas.

—Lo sé, cariño. No creo que se atrevan con vosotras, pero yo debo tener siete ojos. Además, no me extraña que nos extorsionen o nos hostiguen para que abandonemos el partido u obliguemos a nuestros hijos a hacerlo.

—Esto es inaudito —exclamó Emmeline, molesta—. Creía que vivía en un país libre, pero ahora me doy cuenta de que no es así.

—Los gobiernos siempre han sido especialistas en neutralizar cualquier acción que consideren una amenaza.

—¿Y son muchos los agentes que nos vigilan? —preguntó Emily, asustada.

—Más de los que te imaginas. Además, también hay informantes civiles, individuos que comparten el temor al comunismo y no les importa delatar a sus vecinos o compañeros de trabajo.

—Todo esto es una locura —argumentó Martha.

—Pero es cierto. Hace unos meses, en la sede del Congreso de Organizaciones Industriales, encontraron escuchas telefónicas. Las personas sospechosas, a veces, son fotografiadas y documentadas sin que se den cuenta e incluso están llegando a rastrear la correspondencia para saber quién tiene conexión con la URSS u otros países comunistas.

—¿Eso es legal? —preguntó Emmeline cada vez más molesta.

—No. Al menos no está reflejado en las leyes, pero eso no les importa.

—¿Y qué podemos hacer? —indicó Emily, buscando alguna solución.

—Nada, solo esperar a que los chicos regresen sanos y salvos. Después ya lidiaremos con los problemas que les acarree su

intervención en las Brigadas Internacionales.

—¿Y qué podría pasarles? —se atrevió a preguntar Martha en un susurro.

—No lo sé, pero si tenemos en cuenta lo que está ocurriendo con personas que no han participado en actividades subversivas…, no creo que los chicos lo vayan a tener fácil.

Las palabras del señor Johnson calaron hondo entre las mujeres, cuyas miradas se cargaron de preocupación, y atemorizadas por sus hijos bebieron el té que Martha había preparado sin que lograra reconfortarles el alma.

REGRESO A LA BASE

1937

La batalla del Jarama concluyó en febrero sin un claro vencedor. Ambos bandos quedaron agotados, ya que había sido una de las más intensas y sangrientas que se había vivido hasta ese momento. La prensa republicana se encargó de alabar a las Brigadas Internacionales que, sin experiencia militar, habían participado en ella con valentía defendiendo sus posiciones en las lomas y los valles. Sin embargo, la batalla no había servido para mucho, porque ni los sublevados lograron cortar la carretera a Madrid ni los republicanos consiguieron expulsarlos del territorio que habían ocupado.

Ian y Drake habían sobrevivido a ataques cuerpo a cuerpo y a bombardeos continuos sin heridas de gravedad, sin embargo, el batallón Lincoln sufrió grandes bajas, ya que mantener las líneas en posiciones claves había sido a costa de grandes pérdidas humanas.

Drake ni siquiera había tenido tiempo de informarse sobre el estado de Manuela. No sabía si la chica estaba viva o muerta o si la habían trasladado a un hospital más grande, alejado de la línea de combate. Durante las tres semanas que había durado la batalla, no había conseguido apartar de su mente a la valiente brigadista y, aunque en más de una ocasión preguntó a camilleros y médicos por ella, nadie le pudo dar noticias fehacientes acerca de la muchacha. Estaba muy asustado por la posibilidad de perderla y se juró a sí mismo que, si Manuela seguía viva cuando regresara, no esperaría más y le declararía su amor sin pensar en lo que les deparara el futuro.

James Knox no había conseguido ir al frente como le hubiera gustado por la negativa del teniente coronel Reed a que los acompañase. Tuvo que conformarse con seguir el devenir de la batalla desde los cafés más populares de Barcelona con el corazón encogido por la suerte que su hijo pudiera correr. Hubiera preferido

ser él quien se enfrentara al enemigo, pero la vida se mofaba de ellos reclamando que Drake también viviera una guerra. La historia se repetía, y pensó que era muy injusto que una misma familia tuviera que pasar por algo tan horrible dos veces. Sabía por experiencia que, si su hijo regresaba vivo, no sería el mismo joven del que se despidió antes de la batalla del Jarama, y esa seguridad lo llenó de angustia. No tenía ni un ápice de duda de que la brutalidad de la guerra y las grandes bajas de compañeros y amigos cambiarían su perspectiva del conflicto y, sobre todo, de él mismo para siempre.

Cuando los camiones llenos de heridos y soldados exhaustos llegaron a la base internacional de Albacete, James ya estaba allí.

—¡Drake! —susurró cuando vislumbró su figura delgada a lo lejos.

El chico tenía el uniforme desgarrado, manchas de sangre y barro cubrían su rostro ojeroso y había perdido tanto peso que James no tuvo dudas acerca de la dureza de la batalla. Los brigadistas fueron bajando de los camiones uno a uno, tristes, cabizbajos, agotados, y a James les parecieron solo niños vulnerables y perdidos.

—¡Drake! —gritó esa vez.

El chico se detuvo en seco y buscó con la mirada de dónde venía esa voz familiar. Al reconocer a su padre, corrió hacia él y lo abrazó con fuerza rompiendo en un llanto amargo que no pudo controlar. Ninguno de los dos se preocupó por quién pudiera verlos; en ese instante, nada importaba. Se arrodillaron en el suelo, aferrándose el uno al otro como si quisieran recuperar el tiempo perdido. El padre palpó a su hijo, asegurándose de que estaba sano y salvo mientras lo besaba con un alivio desbordado y, sin soltar a Drake, levantó la mano y tiró suavemente de Ian, invitándolo a unirse al abrazo. Los tres quedaron allí, unidos durante un buen rato, y por un momento olvidaron la guerra que los rodeaba.

—Ha sido horrible, papá. Horrible.

James asintió angustiado y Drake tuvo la certeza de que su padre comprendía lo que le estaba diciendo sin tener que contarle nada más.

—Vayamos a la cantina —dijo James, que ayudó a los muchachos a levantarse.

Los tres se dirigieron al pequeño bar de la base y pidieron cerveza. La bebida no era fácil de conseguir, pero los voluntarios internacionales en la retaguardia querían dar un buen recibimiento a los compañeros que habían participado en el Jarama y se habían encargado de que no faltase.

—Bebed —los animó James—, esto os levantará la moral.

La cantina se fue llenando de combatientes que intentaban dejar la locura que habían vivido atrás. Era un lugar pequeño, donde se fomentaba el espíritu de unidad, apoyo mutuo y camaradería. Los voluntarios buscaban allí un poco de normalidad, algo que los atara a la humanidad que, en parte, habían perdido en el campo de batalla.

Un soldado británico levantó su copa e hizo un brindis por los amigos caídos.

—Por todos los compañeros que se han quedado atrás y que con su valentía ayudaron a que volviésemos vivos.

—¡Brindemos por eso! —dijeron unos.

—Por nuestros amigos, ¡que vivirán siempre en nuestros corazones! —comentaron otros.

Los voluntarios celebraron haciendo sonar sus vasos al chocar unos contra otros y guardaron un profundo silencio durante unos minutos hasta que poco a poco regresaron a la realidad y el bullicio volvió a la cantina.

—Ha sido horroroso —sentenció Drake tras el primer sorbo.

—Los franquistas han sido superiores en número y han tenido una potencia de fuego mayor que la nuestra —agregó Ian, que echó la cabeza hacia atrás y respiró profundo—. Es un milagro que estemos vivos.

—Los ataques fueron constantes, papá. Hemos estado bajo el fuego de artillería, bombardeos y ametralladoras durante tres semanas. Creí que no regresaríamos. —El chico se puso las manos en la cara y comenzó a llorar—. Pero eso no ha sido lo peor.

—Lo sé —dijo James—. Tus amigos…

—Eso ha sido, con diferencia, lo más doloroso —intervino Ian—. Tener que dejarlos atrás y ver cómo caían muertos a nuestro alrededor sin que pudiéramos hacer nada por ayudarlos. Ha sido demasiado.

—Estas tres semanas han hecho que me pregunte si podré soportarlo. Nunca imaginé que la guerra fuera tan brutal —sentenció Drake.

El chico apoyó los codos en la mesa y hundió la cabeza entre las manos.

—Te comprendo. Yo tampoco tenía idea de lo que era la guerra real hasta que llegó el Somme con sus muertos, sin poder abandonar la línea del frente y con la incertidumbre de si volveríamos vivos.

—Nunca has hablado de eso —dijo Drake—. Y, ahora, entiendo por qué. No hay palabras para describir lo que significa un combate. El sonido, el olor, el miedo, la muerte… —el muchacho tragó saliva.

—Llegamos aquí llenos de idealismo. Solo vimos la lucha como un avance para detener el fascismo —añadió Ian, que jugueteaba con el vaso pensativo—. Pero, ahora, ya entendemos la crudeza de una batalla y muchos hemos perdido esa utopía de un plumazo.

James quería decirles que ya les había advertido, que la guerra nunca era una alternativa y que jamás sirve de nada, pero no quería que los chicos lo tomaran como un reproche.

—Lo bueno, si se puede sacar algo bueno de todo esto, es que la cercanía de la muerte nos ha hecho crear un vínculo con nuestros compañeros difícil de explicar —añadió Drake.

—Sé a lo que te refieres —afirmó el padre—. Se convierten en tus hermanos, por eso su pérdida es tan amarga.

—Exacto —confirmaron los dos chicos a la vez.

—Tenías razón, papá —Drake sorbió de su cerveza—, el sacrificio de defender nuestra causa tiene un precio enorme.

—¿Y cuál dirías tú que es?

—Aparte del insoportable dolor de perder a los amigos, como ya hemos hablado, yo diría que es… perder mi propia cordura.

Drake había madurado de golpe en esas tres semanas; y James pensó que la guerra hacía eso a los que se atrevían a desafiarla. Les

robaba su infancia, su juventud y los cambiaba sin remedio.

—Bueno, mirad qué pinta tenéis —dijo el padre para distender el ambiente—. Lo que necesitáis ahora es descansar.

—Me encantaría, aunque no sé si podré —contestó Ian—. Desde que acabó la batalla, me asalta un gran sentimiento de culpa y no puedo dormir bien. No dejo de preguntarme por qué yo sigo vivo y otros compañeros no.

—Ese pensamiento te acompañará siempre —le aseguró James —. Lo único que puedes hacer es llevar una vida que merezca la pena, una vida de la que ellos se sientan orgullosos. Sé buena persona, ayuda a los demás y haz que tu existencia sirva de algo.

—Yo no creo que esté preparado para volver al frente —sentenció Drake de la nada—. Quiero seguir luchando, pero solo de pensar que tenemos que enfrentarnos de nuevo a tanta brutalidad, me aterra.

—Eso es normal, hijo, solo sois seres humanos y la posibilidad de que os hieran o perder la vida da miedo. Es instinto, pero te prometo que te repondrás a ese sentimiento.

—Yo solo espero que tanto dolor sirva para hacer una diferencia en el mundo —añadió Ian—. Que el trauma que estamos viviendo sirva para algo, porque la experiencia es devastadora.

—Ahora te comprendo, papá. Entiendo por qué intentaste persuadidnos. Creo que hablo por los dos —miró a Ian— cuando te digo que esta batalla ha hecho que me enfrente a mis propias limitaciones y temores, y me ha dejado un dolor que nunca había sentido antes. Creo que el Jarama ha cambiado mi vida y que no volveré a ser el mismo.

Ian lo miró abatido y lágrimas gruesas rodaron por sus mejillas morenas.

—Lo sé, amigo. Yo también pienso igual.

—Yo os aseguro —añadió James— que el Jarama ha cambiado vuestras vidas para siempre. Ya nunca seréis las mismas personas que marchasteis al frente a principio de febrero. Pero solo tenéis dos caminos: aceptarlo y seguir adelante, o dejaros arrastrar por una vida de autodestrucción. ¿Cuál será vuestra elección?

Los dos muchachos miraron a James muy serios y entendieron lo que les quería transmitir.

—Seguir adelante —afirmó Drake con más ánimo.

—Igualmente —añadió Ian con seguridad.

—Brindemos por eso —dijo James, que se enorgulleció de los dos muchachos.

Mientras levantaban los vasos, Ian descubrió a Oliver Law hablando con un grupo de brigadistas en la barra.

—Ese hombre ha sido el héroe de la batalla del Jarama —afirmó.

James y Drake clavaron la mirada en Law.

—Si no hubiera sido por él, ya estaríamos muertos —añadió Drake—. Tienes que conocerlo, papá.

—¡Eh, Law! —llamó su atención a viva voz—. Siéntate con nosotros.

El muchacho se dirigió a la mesa con una gran sonrisa en su rostro oscuro.

—Me gustaría presentarte al señor Holden, periodista y veterano de la Gran Guerra —dijo, haciéndole un guiño imperceptible a su padre.

—Señor Holden. —Law le dio un fuerte apretón de mano.

—Este hombre nos ha salvado. Tendría que recibir una medalla por lo menos. Creo que usted debería escribir sobre él —añadió Drake.

—No digas tonterías, Knox —lo interrumpió Oliver, que se avergonzó con sus palabras.

—Es la verdad —intervino Ian—. Tú has salvado a la mayoría de los que estamos aquí. Eres un gran líder, un hombre valiente que tiene el respeto de todos los brigadistas del Lincoln. Sin tus palabras de motivación o tu coraje en organizarnos y guiarnos en los momentos más críticos, hubiera habido muchas más bajas. Los que estamos aún con vida te lo debemos a ti.

—Sé por experiencia lo importante que es para un soldado encontrar a alguien que los guíe en medio de la locura de una batalla.

—Yo tenía ventaja. Mi experiencia previa con el ejército me permitió ayudar a mis compañeros. Nada más.

—Seguro que no ha sido solo eso —contestó James—. Hay que ser un buen líder para poder dirigir a las tropas, y los muchachos aseguran que es lo que has hecho.

—Ha sido exactamente eso —respondió Ian—. Tú capacidad de tomar decisiones rápidas, el guiarnos en situaciones claves, como cuando las líneas se rompían o cuándo dudábamos en cómo actuar, nos ha salvado.

—Es así, Law —añadió Drake—. No seas modesto. Tus órdenes claras, tu calma y firmeza, ayudaron a restablecer el orden en medio de la confusión del combate.

—Lo hemos hecho todos juntos porque vosotros habéis confiado en mí y entre todos hemos conseguido que no caiga Madrid.

—Y, a parte de todo eso, yo estoy especialmente orgulloso —agregó Ian con el pecho henchido.

—¿Y eso por qué? —preguntó Law.

—Porque eres negro y con tu actitud todos han comprobado que somos perfectamente capaces de ser líderes. Te has ganado el respeto de los oficiales y de todos los soldados del batallón sean negros o blancos.

—Eh, Law, ¡tómate una cerveza con nosotros! —gritó otro compañero estadounidense acodado en la barra del bar. Oliver levantó la mano y le aseguró que lo acompañaría en un momento.

—Bueno, chicos, debo irme, pero antes me gustaría pedirle, señor Holden, que si va a escribir del Lincoln, hable de todos nosotros, no solo de mí. Los chicos han demostrado que son soldados valientes, buenos compañeros y todos hemos puesto de nuestra parte para alcanzar los objetivos. ¿Lo hará?

—Por supuesto —respondió James—, aunque espero que reciba el reconocimiento que merece. Hombres como usted son los que se necesitan en una batalla.

Oliver se despidió de los tres y se marchó para beber con otros compañeros y James aprovechó para apurar su cerveza. Sabía que los chicos necesitaban asearse, comer algo y, sobre todo, descansar. Además, tenía que hacer unas gestiones en Barcelona para Reuter y ya había retrasado demasiado el abandonar Albacete.

—Tengo que irme unos días, pero volveré pronto —aseguró—. Ahora vuestra prioridad es dormir. Creedme, una cama es lo que necesitáis más que nada para recuperar fuerzas. Descansad lo que podáis antes de que empecéis otra vez con las maniobras y entrenamientos.

James se puso de pie y abrazó a los dos muchachos.

—Estoy muy contento de que estéis de vuelta —murmuró, intentando no llorar.

Había tenido el corazón en un vilo durante las tres semanas que había durado el combate sin noticias certeras de si estaban vivos o muertos y, en silencio, agradeció que, aunque magullados y con fuertes secuelas psicológicas, estuvieran sanos y salvos.

—¡Ah! Escribid a casa en cuanto podáis. La angustia de los que se quedan en la retaguardia también es horrible, y ya estarán enterados de las numerosas bajas que ha sufrido el Lincoln.

Los chicos se despidieron asegurándole que escribirían pronto, y James salió de la cantina con el corazón desgarrado por Drake, por Ian, por el resto de los jóvenes que habían participado en la batalla y por todos sus amigos caído en otra maldita guerra.

—Charlie, Ed —farfulló mirando al cielo—, proteged a los chicos. Os necesitan.

UNA CALLE SIN SALIDA

1937

Desde que Ian y Drake habían salido hacia España, Emmeline se propuso seguir yendo a las reuniones del Partido Comunista y a las actividades organizadas por el Comité Americano de Ayuda a la República Española. Era una manera de sentirse más cerca de los chicos y de estar enterada de las estrategias que se estaban llevando a cabo para ayudar contra el fascismo.

Esa tarde de marzo, cuando en España ya había terminado la cruda batalla del Jarama, la chica se preparó y se encaminó a un local comunitario de Brooklyn donde se iba a llevar a cabo una asamblea para hablar sobre cómo recaudar fondos para el país europeo. Emily y Ruth habían tenido una emergencia en el Ejército de Salvación y Martha Johnson había conseguido un trabajo temporal, por lo que no pudieron acompañarla.

La reunión duró dos horas exactas donde hombres y mujeres discutieron sobre colectas, organización de eventos y campañas de concienciación. Era la primera vez que Emmeline asistía a un encuentro tras la conversación mantenida con William Johnson sobre la vigilancia del gobierno estadounidense a personas del partido. Se sentó en la parte de atrás de la sala y escrutó uno a uno a todos los asistentes, pero no pudo discernir si había un traidor entre ellos, por lo que decidió centrarse en las charlas que estaban dando.

Desde la tarima, un hombre hablaba con pasión sobre la necesidad de movilizar a más voluntarios. La primera pelea a la que se había enfrentado el Lincoln había diezmado al batallón y trataban de alentar a más estadounidenses a unirse a las Brigadas Internacionales. Emmeline pensó en Ian, en su hermano, en su padre… No habían tenido más noticias de ellos y no sabía cómo se encontraban. Un escalofrío recorrió su cuerpo dejándolo helado y no pudo evitar sentirse inquieta y preocupada.

—Habláis de mandar más hombres, pero ¿qué pasa con los que ya están allí? A las familias nos falta información —preguntó uno de los asistentes.

—Lo sé, camarada —dijo un hombre enorme desde el entarimado—. Estamos haciendo lo que podemos, pero la mayoría de las comunicaciones con España están cortadas. Volveremos a ponernos en contacto con todos vosotros nada más sepamos algo. Dicho esto, si alguno habéis recibido carta de vuestros hijos, este sería un buen momento para compartir sus impresiones.

Emmeline esperó esperanzada, aguantando la respiración, pero nadie levantó la mano y comprendió que todos estaban en la misma situación. Las cartas no llegaban.

Como nota final, los participantes hablaron sobre las noticias que venían desde el frente español y analizaron las tácticas y los movimientos de las fuerzas republicanas y fascistas. No es que con eso pudieran cambiar las cosas, pero sí aumentó el ambiente de camaradería entre ellos. Emmeline salió de la junta con un sentido de urgencia adherido a la piel, y con la certeza de que la guerra en España, como decía Drake, no era solo de los españoles, sino que también era crucial para los ideales democráticos en general. El mensaje había sido claro; debían ser activos y comprometidos, ya que las fuerzas fascistas representaban un peligro en todo el mundo.

Cuando Emmeline salió a la calle, la noche había caído sobre Brooklyn y hacía frío. Se despidió de los participantes a la reunión, se abotonó el cuello de su abrigo marrón y se dirigió a casa. La calle donde se encontraba el local comunitario era larga y poco iluminada y la enfiló, nerviosa. No le gustaba andar sola de noche, y menos en una zona así. De repente, al repiqueteo de sus tacones se le unieron otras pisadas que la joven percibió como demasiado cercanas, y tuvo un mal presentimiento. ¿Serían miembros del gobierno? ¿Algún agente del FBI, quizá? Agudizó sus sentidos diciéndose a sí misma que se estaba volviendo loca, pero, al cabo de unos minutos, no le cupo la menor duda de que la estaban siguiendo.

Quiso volver la cabeza, ver quiénes eran, pero no se atrevió. De lo que estaba segura era de que se trataba de más de una persona. Eso le pareció raro. Las actividades de vigilancia a los miembros del

partido o a sus familiares solían ser discretas y no le cuadró que fuera más de un agente el que siguiera sus pasos. «¿Y si son hombres de Luciano?», se preguntó. Llegó a un callejón de una sola dirección y aumentó su velocidad, aunque sin correr. No quería alertar a sus perseguidores de que se había dado cuenta de que la seguían. Emmeline sintió que estaban muy cerca y se le erizaron los pelos de la nuca. ¿Qué tipo de vigilancia era esa que permitía que el objetivo se pusiera en guardia? No sabía qué hacer y le costó trabajo no llorar.

Por el sonido de las pisadas, la joven dedujo que se trataba de varios hombres. Se le aceleró la respiración y el corazón le latió tan rápido que sintió cómo la fuerza de la adrenalina corría por sus venas de manera desbocada. Trató de calmarse, pero la inquietud se apoderó de ella, miró en todas direcciones, pero no vio a nadie en la calle a quien poder recurrir y, sin poder evitarlo, echó a correr.

—¿A dónde crees que vas? —gritó una voz atronadora a su espalda, tan cerca que pudo sentir el aliento de su dueño.

A Emmeline le pareció reconocer ese tono sarcástico y burlón que la menospreciaba y la hacía sentirse incómoda y entendió que no se trataba ni del FBI, ni de ningún hombre de Luciano. La alternativa le pareció mucho peor y empezó a gritar.

—¿Pensabas que nos habíamos olvidado de ti, pequeña perra?

Tenía tanto miedo que le temblaron las piernas, se le aceleró el pulso y le faltó el aire por lo agitado de su respiración. Estaba aterrorizada y solo atinó a mirar por encima de su hombro sin detenerse. La visión del joven racista que la había increpado en el autobús le heló la sangre. Tenía las palmas de las manos sudadas, se sintió mareada de puro pavor y un estado de alerta la envolvió por completo. De repente, comprendió lo que Martha Johnson había tratado de explicarle, la indefensión de la población negra y sintió rabia y pena. Nunca le había pasado nada igual en su vida y se sintió desprotegida e impotente.

El chico la agarró por el pelo y logró detener su huida. Emmeline lo pateó en la espinilla y con ese gesto arrancó las carcajadas de los dos amigos que lo acompañaban.

—Tommy, esta zorra sabe cómo pelear —dijo un joven regordete de cara sonrosada.

—Te ha dado bien —comentó otro con un cuerpo mucho más atlético.

A Tommy le ardieron las mejillas de pura humillación y esa sensación le dolió más que el golpe que Emmeline le había propinado. La reacción de la muchacha lo había herido en su amor propio y no estaba dispuesto a dejarlo pasar. Por lo que abrió la mano y con todas sus fuerzas la abofeteó. La muchacha se revolvió y pidió auxilio. El chico regordete la empujó tirándola al suelo y Tommy aprovechó para ponerse a horcajadas sobre ella.

—Déjame en paz —exigió Emmeline a viva voz.

—Tápale la boca, Tommy, si esta puta sigue chillando, la van a oír —dijo el de complexión atlética, que se sentó en el suelo cerca de ella.

—¿Creías que podías reírte de nosotros y salirte con la tuya?

—¿De qué me hablas? —aulló la muchacha justo antes de que Tommy le tapara la boca con su gran mano sudada.

—Del autobús. Sabes muy bien que teníamos razón, que estás liada con ese maldito negro. Pensé que esta noche lo veríamos aquí y que le daríamos lo que se merece, pero el cobarde te ha dejado sola y no ha aparecido. ¿Tal vez, porque le contaste que te plantamos cara y tiene miedo? No me extrañaría, de esos negros no se puede esperar nada bueno.

—¿Qué es lo que tiene ese tipo que no tengamos nosotros? —dijo el del cuerpo musculado que resultó llamarse Andy.

—Creo que esta necesita que le recuerden cómo folla un blanco —agregó Tommy.

Emmeline, inmovilizada, se revolvió con todas sus fuerzas, con los ojos desorbitados y un pavor que jamás había experimentado. Andy le desabrochó el abrigo y le metió la mano por dentro de la blusa.

—¿Es esto lo que te hace tu negro? Emmeline comenzó a sollozar, pero con la mano de Tommy sobre la boca, no pudo hacer ningún ruido. Pensó en Ian, en su familia, y rogó para que alguien

pasara por allí para socorrerla. Sentía náuseas y odio a partes iguales y se juró que no se rendiría sin pelear.

Tommy se abrió el botón del pantalón y se bajó la cremallera.

—¿Qué haces ahí parado, Lloyd? Ven aquí y tápale la boca a esta zorra, yo no puedo hacerlo todo —le dijo al de la cara sonrosada.

El joven regordete se inclinó sobre la chica, y cuando Tommy retiró su mano para que Lloyd lo sustituyera, Emmeline se las arregló para morderlo. El dolor lo cogió desprevenido y Lloyd gritó como una nena dándole la oportunidad a Emmeline de chillar también. Tommy intentó volver a taparle la boca, pero la chica presentó una fiera pelea sin dejar de dar alaridos.

Andy se levantó del suelo, asustado.

—¡Cállate, puta! —susurró Tommy tan enfadado que le asestó otro bofetón haciéndola sangrar.

Una pareja cogida de la mano oyó los gritos y se pararon delante del callejón desde donde venía el barullo.

—¿Qué ocurre ahí? —gritó el muchacho confundido.

Tommy ya se había puesto de pie y con prisas se abrochó el pantalón.

—Nos veremos en otra ocasión. Esto no va a quedar así. —Con todas sus fuerzas pateó a Emmeline en las costillas y la muchacha se retorció de dolor tirada en el suelo.

Los tres amigos salieron despavoridos pasando al lado de los jóvenes que habían escuchado los gritos de Emmeline sin prestarles atención.

—¡Eh! —dijo el chico, que se puso delante de su novia para protegerla—. ¿Dónde vais con tanta prisa? ¿Estáis locos?

Los hombres desaparecieron en la noche y la pareja decidió que no merecía la pena perseguirlos.

—Un momento… —dijo la muchacha—, creo que he oído algo.

Los novios guardaron silencio, un murmullo lejano captó de nuevo la atención de los dos.

—Ahí lo tienes otra vez…, ¿lo has escuchado?

—¿Hay alguien ahí? —preguntó el chico.

—Socorro.

La voz era tenue, pero inconfundible, alguien había pedido ayuda y los jóvenes corrieron hacia el interior del callejón para ver de quién se trataba.

38

LA BÚSQUEDA

1937

En la base internacional de las brigadas, Ian se fue a descansar nada más se despidió del señor Knox, pero Drake prefirió buscar a Manuela de inmediato.

—¿Estás seguro de que quieres verla en ese estado? —preguntó Ian—. Estás hecho un desastre.

—Tengo que saber dónde está y cómo se encuentra. Lo comprendes, ¿verdad?

—De acuerdo, si eso es lo que quieres, te acompañaré.

—No. Esto tengo que hacerlo solo. Ve al barracón, me reuniré contigo más tarde.

—Está bien —dijo Ian a regañadientes—. Mucha suerte. Ya sabes dónde encontrarme si me necesitas.

Drake, aún con el uniforme desgarrado y manchado de sangre y barro, se dirigió al centro médico de la base, pero ahí no pudieron darle ninguna información sobre el paradero de Manuela, por lo que lo enviaron a un hospital donde podían facilitarle las listas de heridos. Cuando llegó, lo atendió una bonita enfermera de piel negra y ojos grandes e intensos que parecían ser muy eficiente.

—¿Está herido?

—Ah, ¡no! —dijo Drake que se miró de arriba abajo y entendió la preocupación de la muchacha. Su aspecto era tan malo que no le extrañó su pregunta—. No he venido por mí.

—¡¿Que no ha venido por usted?! Venga, no sea necio, acompáñeme. Esas heridas de la cara necesitan ser desinfectadas. Por su acento, imagino que pertenece al batallón Lincoln. Habéis llegado hoy, ¿no es cierto?

—Sí, pero de verdad que no necesito nada, yo…

—No hay peros que valga —dijo la enfermera norteamericana—. Primero lo atenderemos a usted y luego podrá contarme qué busca.

A Drake no le quedó más remedio que rendirse a la fortaleza de la chica, que no lo dejó continuar sin antes desinfectar y vendarle las heridas.

—Puedes tutearme —dijo Drake—. ¿Cómo te llamas?

—Salaria. Salaria Kea.

—Yo soy Drake Knox. Encantado de conocerte. Muchas gracias por curarme.

—No tiene importancia. Tú eres uno de los pocos que ha tenido suerte, tus heridas no son de gravedad.

Drake bajó la mirada, entristecido. Salaria tenía razón. Había habido muchos muertos y él solo tenía rasguños de poca importancia.

—¿De dónde eres? —preguntó Drake para hablar de otra cosa que no fuera la guerra.

—De Ohio. Llegué hace unos meses y me han asignado a este hospital, aunque los más importantes, en mi opinión, son los de campaña. Son esenciales para poder atender a los soldados con rapidez y salvar más vidas.

—No hay muchas enfermeras estadounidenses en España.

—Cierto —dijo Salaria mientras le daba un par de puntos en el brazo—. Y aún menos negras.

—No me refería a eso. Mi mejor amigo también es negro, y hemos luchado con el mejor líder del batallón Lincoln: Oliver Law. Lo decía en general. No hay muchas enfermeras.

Salaria terminó de coser a Drake, le administró un par de analgésicos y se sentó en la camilla a su lado.

—Lo siento. He estado fuera de lugar, es que sigo sorprendida de que aquí la gente nos trate como a los blancos. Pero basta de hablar de mí, ¿a qué has venido?

—Necesito las listas de heridos del Jarama —afirmó el muchacho —. Estoy buscando a una persona que participó en la batalla.

—Ya veo, ¿un compañero?

—Una brigadista española.

—Acompáñame —ordenó la enfermera, que se levantó y lo guio a otra sala con archivadores metálicos. La muchacha rebuscó entre ellos y sacó un puñado de hojas manoseadas.

—Veamos, ¿cuál es su nombre?

—Manuela.

Salaria releyó la lista.

—Aquí hay dos Manuelas. Creo que es un nombre muy popular en España, ¿cuál es su apellido?

Drake se mordió el labio, como solía hacerlo su madre cuando estaba preocupada, y se dio cuenta de que no tenía ni idea. En realidad, no sabía nada de Manuela, solo que estaba enamorado de ella.

—Si no lo sabes —dijo la enfermera, adivinando sus pensamientos—, te acompañaré a ver a las dos chicas que se encuentran aquí. Están en la misma sala.

—Te lo agradecería mucho. Y…, ¿cómo están? —se atrevió a preguntar.

—No te preocupes, ambas se están recuperando bien. Si tuvieran algo más grave, ya estarían en otros hospitales.

Drake tragó saliva y deseó con todas sus fuerzas que alguna de ellas fuera su Manuela, y con paso ágil, siguió a la joven sanitaria por un pasillo ancho y luminoso. Llegaron a la sala llena de mujeres y la emoción de volver a ver a la chica lo embargó e hizo que temblara como una hoja a punto de caer.

—Parece que esta muchacha significa mucho para ti —afirmó Salaria con una sonrisa divertida.

Drake se sonrojó, pero no le mintió y por primera vez habló abiertamente de sus sentimientos con alguien que no fuera Ian.

—Sí, lo es. Creo que estoy enamorado de ella.

—Pues no esperemos más, entremos. —Salaria abrió la puerta de la sala—. ¿Preparado?

—Sí —dijo Drake en un susurro.

La chica tomó el mando y guio al joven soldado hasta la primera cama donde descansaba una muchacha dormida.

—¿Es esta tu Manuela?

La cara de desilusión de Drake le dio la respuesta antes incluso de que él hablara.

—Ya veo que no. Sigamos entonces, ahí delante se encuentra la otra brigadista.

Dejaron atrás más de diez camas hasta llegar a una de las últimas de la sala.

—Y esta es la otra señorita Manuela.

La paciente, una mujer rubicunda, morena y mayor que los observó intrigada.

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo Drake.

Salaria lo miró apenada.

—Estábamos buscando a una chica con su mismo nombre, perdón, nos hemos equivocado —agregó en español.

Drake se dio la vuelta y se dirigió a la salida sin decir nada, y Salaria lo siguió con prisas.

—No te preocupes —le dijo, poniéndole una mano en el hombro para detenerlo—. El que no esté aquí no significa que le haya ocurrido nada malo. Puede estar en otros hospitales de la ciudad.

—He ido al centro médico de la base, he venido aquí… No sé a dónde más puedo acudir.

La angustia se podía sentir en cada sílaba que Drake pronunciaba, y Salaria decidió que tenía que ayudarlo.

—Ven conmigo —ordenó, decidida, frunciendo el ceño.

Los dos volvieron a la sala de los archivadores metálicos y la joven se puso al teléfono de inmediato mientras Drake se paseaba como gato enjaulado por la pequeña habitación. Después de varias llamadas, Salaria colgó y anotó una dirección.

—Bueno, tengo algo para ti. No sé si se tratará de la mujer que buscas, pero puedes ir a comprobarlo. Los compañeros me dicen que solo tienen a una chica con ese nombre en el Hospital Sueco-Noruego.

—¿Dónde está? —preguntó el muchacho esperanzado.

—Aquí en Albacete, está administrado por la ayuda humanitaria de Suecia y Noruega, por eso se llama así. Se ha establecido para atender a brigadistas internacionales, pero también a soldados republicanos heridos en el frente. Dices que a Manuela la alcanzaron en la batalla del Jarama, ¿no es así?

—Sí, así es.

—Pues puedes probar primero en ese hospital a ver si se trata de ella. ¡Ah! Su apellido es Romero, por si te sirve de algo.

—Y si no está allí…, ¿qué hago entonces?

—Podrías acudir al Comité de las Brigadas Internacionales, que mantienen registros oficiales de los brigadistas hospitalizados o en recuperación. Es verdad que se especializan más en voluntarios internacionales, pero a veces tienen información de españoles caídos en combate o que han sido trasladados. No es que estas listas sean precisas. El caos de la guerra lo impide, pero te podrían ayudar. Otra opción es que te dirijas directamente a las autoridades españolas.

—Gracias por tu ayuda, compañera. Iré primero al hospital Sueco-Noruego, tal vez haya suerte. —Drake le dedicó a Salaria una gran sonrisa de agradecimiento y la chica le tendió el papel con la dirección del centro médico.

—Ha sido un placer, compatriota. Mucha suerte y cuídate las heridas, no vayan a infectarse. ¿Me prometes que volverás para que te las mire?

—Prometido —dijo el chico, y con prisas abandonó el hospital de campaña con la esperanza de encontrar a Manuela.

El hospital Sueco-Noruego se ubicaba en un edificio habilitado para el propósito médico. Aunque no era un hospital formal al uso, lo habían adaptado para albergar salas de tratamientos, de recuperación y quirófanos. Drake se paró en la fachada para comprobar que no se había equivocado de lugar y releyó el papel que Salaria le había dado confirmando la dirección. El hospital era sencillo y reflejaba la urgencia con la que se había levantado, estaba organizado en salas improvisadas y los médicos y personal sanitario trabajaban en condiciones desafiantes. Drake miró a su alrededor para ubicarse entre tanto caos, los corredores estaban repletos de catres en su mayoría ocupados por los heridos del Jarama y no supo a dónde dirigirse. Vislumbró un mostrador en un lateral donde había una enfermera desbordada por el trabajo. Se acercó y, tras esperar un buen rato, la chica le indicó en inglés la habitación donde se encontraba Manuela Romero.

—Es la segunda puerta a la izquierda —confirmó la enfermera—. Es una sala de recuperación compartida por hombres y mujeres. Han

sido muchos los heridos en la batalla del Jarama, tenemos el espacio limitado, así que no los hemos separado.

Drake no se detuvo y se dirigió a la habitación con prisas. El ajetreo era intenso, la sala estaba llena de camas y camillas mal colocadas en los pasillos. Los heridos eran claramente de distintas nacionalidades, y los que estaban en mejor estado hablaban entre sí en diferentes idiomas. El ambiente estaba impregnado con un fuerte olor a desinfectante unido al inconfundible de la sangre que hizo que Drake frunciera la nariz. La mayoría de los pacientes eran hombres, pero también había algunas mujeres que habían peleado con valentía al lado de sus compañeros. Drake se paseó por la inmensa sala fijándose en los rostros de los heridos. Algunos aguantaban el dolor en silencio, mientras que otros estaban inconscientes o simplemente dormitaban tranquilos. Le hubiera gustado gritar el nombre de Manuela, pero no quiso molestar al resto de los enfermos, por lo que, en silencio, se afanó en su búsqueda. A muchos le faltaban extremidades, otros tenían vendajes en la cabeza, pero todos tenían en común las mismas miradas de agotamiento y pánico.

—¿Qué hace aquí, soldado? ¿Está herido? —le preguntó un médico joven.

—Busco a una brigadista española. Se llama Manuela Romero.

—Lo siento, no puedo acordarme del nombre de todos nuestros heridos. Sé que hay algunos españoles hacia el final de la sala.

Drake se dirigió hacia allí sin despedirse del médico, con una opresión en el pecho y el temor adherido al cuerpo. Era tanto el daño que veía a su alrededor que intentó prepararse para lo peor. Miró a derecha e izquierda observando la cara de los heridos y, por fin, se quedó parado frente a la tercera cama del final de la gran habitación. Suspiró aliviado y, sin poder evitarlo, las lágrimas le anegaran los ojos oscuros.

Manuela, Manuela Romero, su Manuela, estaba tendida allí mismo delante de él. La había encontrado. Aún no sabía que envergadura abarcaban sus heridas, pero estaba viva y eso ya era mucho si se tenía en cuenta lo que había ocurrido en el Jarama. La muchacha estaba dormida, una manta gris la cubría hasta los

hombros y parecía tranquila. Drake no quiso interrumpir sus sueños, así que cogió una silla y se sentó junto a ella. La observó con detenimiento y se dio cuenta de que le gustaba todo en ella: sus ojos grandes poblados de pestañas, su cara redondeada, su melena rizada y su nariz respingona, pero, sobre todo, amaba su personalidad fuerte y arrolladora. Le hubiera encantado besarla, decirle cuánto había sufrido pensando en la posibilidad de que ella no sobreviviera, pero se limitó a seguir admirándola sentado en la silla a su lado. Al cabo de unos minutos, lo venció el cansancio, apoyó los brazos en la cama de Manuela y dejó reposar la cabeza. Estaba agotado y la adrenalina que lo había mantenido alerta hasta ese momento lo abandonó al encontrarla con vida. Se dejó caer poco a poco sin hacer ruido y, en segundos se rindió al sueño.

Se despertó con las caricias de unos dedos suaves entre su pelo. El tacto era agradable y Drake no abrió los ojos para atesorar el momento. Pensó que estaba soñando, pero entonces recordó por qué estaba en aquel hospital y, de repente, se incorporó.

—Manuela, ¿cómo estás?

La chica le dedicó una sonrisa sincera y dos hoyuelos enmarcaron su rostro joven.

—Mucho mejor, aunque no creo que se pueda decir lo mismo de ti.

Drake se echó un vistazo. Estaba hecho un desastre, el uniforme roto, el brazo vendado, restos de sangre seca en su ropa y en su pelo y, de repente, se echó a reír.

—Sí, tienes razón. Hemos llegado hoy mismo del frente. No me ha dado tiempo de cambiarme. Perdona mi aspecto.

—¿Y has venido directamente a buscarme?

Drake se sonrojó. En otro momento, tal vez, hubiera buscado una excusa, pero la posibilidad de perderla aún resonaba fuerte en su cabeza y decidió decirle la verdad.

—Sí. ¿Y sabes por qué, Manuela Romero?

—¿Por qué?

—Porque estoy enamorado de ti y quería asegurarme de que estabas bien. —La muchacha, que siempre había sido sarcástica y aguda en sus comentarios, se quedó sin palabras por primera vez

desde que ella y Drake se habían conocido—. ¿Es que te has quedado muda?

La chica lo miró, sorprendida. Nunca Drake le había hablado así y, a pesar de su apariencia, le pareció más atractivo que nunca.

—No, soldado Knox, solo pensaba que he tenido que recibir una bala para que te decidieras a declararme tu amor.

Ahí estaba, la Manuela que conocía, franca, auténtica y llena de confianza; a la que le gustaba hablar sin rodeos.

El chico se puso rojo como una granada y volvió a reír sin poder evitarlo.

—Me temo que tienes razón.

—Pues bendita bala, porque hubiera tenido que esperarte sentada si no me hubieran alcanzado. —La muchacha le guiñó un ojo y su cara se iluminó con una amplia sonrisa que resaltó el brillo de sus ojos.

Manuela era todo un huracán en forma humana que aturdía a Drake, que no estaba acostumbrado a lidiar con mujeres tan directas. Las norteamericanas eran mucho más diplomáticas, pero ella no tenía filtros, sabía lo que quería, no se detenía por conseguirlo, y a él le encantaba que fuese así.

—Entonces, ¿qué haces ahí parado?, ¿es que no vas a besarme?

Drake abrió mucho los ojos, sorprendido y encantado en igual medida, y con cuidado para no rozar sus heridas, se inclinó sobre ella y la besó en los labios suavemente.

—¡Me alegro tanto de que estés bien! —dijo Drake, aferrándola a su pecho—. Estoy seguro de que tu brazo terminará de curarse pronto y saldrás de aquí en poco tiempo.

—Eso es lo que menos me preocupa en estos momentos —añadió la muchacha, que con decisión le puso la mano en el cuello y lo atrajo hacia ella—. Prefiero volver a besarte.

¿QUÉ HACEMOS?

1937

Emmeline, tambaleante y herida, logró ponerse en pie con la ayuda de la pareja de novios que acababa de salvarla de sus agresores. Estaba avergonzada, atemorizada, pero, sobre todo, sentía una rabia tan grande que le llenaba por completo el pecho. Se apoyó en los chicos que la ayudaron a levantarse y les pidió que la acompañasen a casa.

—¿Estás segura de que no quieres ir a un hospital? —le dijo el joven que la ayudaba a caminar cogiéndola por la cintura.

—Estoy bien, gracias. Prefiero ir a mi casa.

Cogieron un taxi que el joven insistió en pagar y llegaron al apartamento de los Knox.

—¿Quieres que subamos contigo?

—No. Ya habéis hecho suficiente. Puedo sola.

La pareja se despidió de ella, preocupada. Emmeline no les había contado que habían estado a punto de violarla y tampoco el motivo de la agresión, habían sido buenas personas, pero el mundo le había demostrado que ya no podía confiar en nadie y prefirió dejarlos al margen.

Subió las escaleras con mucha dificultad y utilizó sus llaves para abrir la puerta. Su madre estaba trasteando en la cocina y la saludó en voz alta.

—Emmie, ¿quieres algo de cenar?

A Emily no le dio tiempo de pronunciar una palabra más y dejó su siguiente frase en el aire…

—¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado?

Se abalanzó a su hija y la examinó para determinar la gravedad de sus heridas. Cuando comprobó que no eran críticas, la abrazó con delicadeza. Emmeline se sentó en el sofá de la sala y empezó a llorar.

—¿Tenemos que ir al hospital?

—No. No quiero hospitales.

—Pues déjame, al menos, que avise al doctor.

—Solo estoy dolorida, mamá. Mis heridas son más en mi orgullo que otra cosa.

—¿Qué ha ocurrido, cielo? —preguntó de nuevo la madre, que intentó contener el llanto para mostrarse fuerte delante de la joven.

Emmeline cerró los ojos, revivir los detalles del ataque le dolía y necesitó unos minutos antes de contestar.

—Han sido ellos, mamá. Los chicos del autobús. Esperaban a Ian fuera de la asamblea que el partido ha organizado, el ataque iba dirigido a él, pero se encontraron conmigo.

—Esos sinvergüenzas —masculló Emily llena de odio. ¡Cómo se habían atrevido a hacerle daño a su hija!—. ¿Te han… te han…?

—No, no me han violado, si es eso a lo que te refieres, pero los golpes, las amenazas, han sido terribles. —Emmie se puso las manos en la cara y rompió en llanto—, y su madre la abrazó con fuerza para consolarla. Tengo miedo y me aterroriza pensar que puedan atacarme otra vez, pero no me voy a quedar de brazos cruzados. Esos malnacidos van a pagar por lo que han hecho.

Emily se tragó las lágrimas y le acarició el pelo oscuro. ¡Deseaba tanto que James estuviera a su lado!

—¿Qué piensas hacer, mi amor?

—He decidido denunciarlos. Lo haré no solo por mí, también por Ian. Ahora entiendo a la señora Johnson —dijo con amargura.

Emmeline echó la cabeza en el regazo de su madre y sus lágrimas silenciosas humedecieron la falda de Emily.

—Antes hablaremos con William Johnson.

—¿Por qué? —gritó Emmeline—. No quiero esperar, iré a la comisaría más cercana ahora mismo.

—No. No lo harás. Primero te curaré esas heridas y después hablaremos con William para ver qué nos aconseja. ¿Es que no te das cuenta de que los ataques raciales son a menudo minimizados por la policía?

—Pero yo soy blanca.

—Y ellos también. ¿No te das cuenta, hija? Es tu palabra contra la suya, y te acusan de algo muy serio. Seguro que hay otra cosa

mejor que podamos hacer. Además, ¿cuánto crees que tardarán en enterarse de que estamos vinculados al Partido Comunista? Eso empeoraría las cosas para ti y para tu hermano.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Quedarme sentada sin hacer nada? —gritó la chica desconsolada.

—Por supuesto que no. Lo que digo es que la policía no es nuestra mejor opción.

Emily se levantó del sofá y miró por la ventana.

—Deja que llame al pastor de la iglesia de los Johnson. Le diré que es urgente y que necesitamos que William venga a vernos ahora mismo. Él se lo dirá.

Emmeline lo pensó un momento y decidió que su madre tenía razón. Una denuncia podría resultar desgastante e incluso peligrosa, por lo que accedió a la idea de hablar con el padre de Ian.

—Está bien —aceptó mientras, enfurruñada, se frotaba las manos—. El ataque ha sido claramente racista, pero el hecho de que yo saliera de una reunión del partido no nos hace nada bien.

—Exacto, convertirán el asalto en algo político, ya que, por desgracia, muchos policías están llenos de desconfianza y prejuicios.

Emily llamó al pastor de los Johnson por teléfono y en menos de una hora William y Martha ya estaban en su casa para hablar el asunto.

—Gracias a los dos por venir a estas horas. No sabía a quién más acudir.

—Por supuesto —dijo William, que entró en la sala de los Knox con un semblante sombrío y serio. De alguna manera, se sentía responsable por la muchacha y odiaba no haber podido protegerla.

La señora Johnson rodeó a Emmeline con los brazos y la besó en la mejilla.

—Lo siento, mi niña —le dijo con sinceridad y lágrimas en los ojos—. Nos han contado lo que te ha ocurrido y créeme cuando te digo que en verdad lo siento.

—Ahora comprendo lo que quería hacerme ver —exclamó Emmeline, que sollozaba con grandes hipidos.

—Ojalá me hubiese equivocado —dijo la madre de Ian, que la meció entre sus brazos mientras Emily observaba la escena abatida

—. Traté de advertirte sobre cómo es la gente, por eso me mostré preocupada por ti y por mi hijo. Lo que no sabía era que el tiempo me daría la razón tan pronto.

—Estoy muy confundida, nunca imaginé que el amar a alguien pudiera inspirar en otros tanto odio, pero, aun así, no renunciaré a Ian.

Martha la abrazó aún más fuerte e intentó consolarla. Estaba orgullosa de esa chica valiente, pero una mezcla de miedo, ira y tristeza la envolvió por completo. Si Emmeline, que era blanca, estaba en peligro por su relación con Ian, esa amenaza se multiplicaría por mil para su hijo cuando regresara a casa.

—William —intervino Emily—, ¿tú qué opinas? ¿Debemos denunciar?

—No —afirmó el hombre rotundo—. Cuando la policía se entere de que el ataque ha sido motivado porque Emmeline está saliendo con Ian, no harán nada.

Emmeline se puso el puño en la boca y cerró los ojos frustrada.

—Pero hay otras maneras —anunció William, que llenó de expectación a las mujeres—. Podríamos recurrir a la Unión Americana de Libertades Civiles. Lleva en funcionamiento desde 1920 y defiende los derechos de los ciudadanos de este país. Se especializan en casos donde se han violado derechos por discriminación racial, política o de género. Así que creo que puede ser la mejor opción.

—¿Y qué pueden hacer por nosotras? —volvió a preguntar Emily.

—Servicios de asesoría y representación legal.

—Pero ¿y si esos impresentables convierten todo esto en algo político? —agregó Emmeline con preocupación en su voz. Al fin y al cabo, yo salía de una reunión del partido cuando se produjo el ataque.

—La Unión Americana de Libertades Civiles también se dedica a defender a aquellos que sufren violencia o acoso por su activismo político —dijo William, que con cariño cogió las manos de la chica para animarla—. No estás sola, cariño, estamos aquí para ayudarte.

La muchacha intentó sonreír, pero el gesto fue tan breve que pareció una mueca.

—Y el partido, ¿no podría ayudar? —preguntó Martha, que no entendía tanto de las instituciones como su marido.

—Podría —añadió William—, y los camaradas no dudarían en dar su apoyo a Emmeline, pero... —El hombre miró hacia un lado y suspiró profundo.

—No estás de acuerdo con que recurramos al partido, ¿verdad? —preguntó Emily.

—No. Creo que los compañeros podrían resaltar que el caso de Emmeline es una muestra más de las persecuciones políticas que enfrentan sus simpatizantes y no es así. Ha sido un ataque claramente racista. Con los chicos luchando en España y tu asistencia a las reuniones —dijo William, mirando a la muchacha—, llamaríais mucho la atención y el FBI podría poneros una vigilancia que, por ahora, no tenéis.

Un ruido de vidrios rotos los sorprendió y todos giraron la cabeza hacia donde venía el sonido. Una piedra con una nota atada había roto la ventana y se había colado hasta el centro de la sala dejando un reguero de pequeños cristales a su paso. Martha se llevó la mano al pecho y Emmeline, asustada, no pudo evitar gritar. William recogió la piedra del suelo, leyó la nota y movió la cabeza, abrumado.

—¿Qué dice? —preguntó su mujer.

—Es mejor que no le prestéis atención. Solo serviría para poneros más nerviosas.

—Quiero saber qué pone la nota —afirmó Emmeline contundente.

—¿Estás segura?

—Segura. —Y a William, muy a su pesar, no le quedó más remedio que leerla.

—Pequeña zorra —empezó el hombre con voz grave—. Esta noche te has salvado, pero habrá una próxima vez, de eso puedes estar segura. Hasta el momento, solo pensábamos que eras una estúpida, ahora te has metido en un buen lío. No intentes hacer nada porque nadie escuchará a una comunista amante de negros como tú.

—¡Saben dónde vivimos! —susurró Emily aterrorizada—. Lo siento, Emmeline, hasta ahora he intentado ser comprensiva, está en mi naturaleza ayudar a los demás, pero esta vez se trata de ti y no quiero que te hagan daño. Tal vez, todo esto sea una señal para que te alejes de Ian.

—Y del partido —añadió Martha—. No deberías volver a las reuniones, cariño. Incluso te recomendaría que limitaras tus actividades públicas. Créeme, te lo digo por experiencia.

Emmeline esperó unos instantes sin hablar, tenía un torbellino en la cabeza y le dolían las sienes. Tras unos minutos en los que todos opinaron por ella, dio un puñetazo en la mesa con decisión.

—No voy a dejar a Ian —dijo, mirando a su madre, enfadada—, ni tampoco dejaré de acudir a las reuniones, y, por supuesto, no voy a callarme.

La contundencia de sus palabras hizo que Emily y Martha guardaran silencio de inmediato. Las mujeres habían dejado claro cuál era su opinión, ahora le tocaba a la chica decidir si eso era lo que ella también quería.

—Está bien —intervino William—. Esto ya no es una amenaza velada. Estás jugando con fuego y es peligroso, pero si no quieres dejarlo pasar, te ayudaré. Tengo amigos en la Unión Americana de Libertades Civiles y me pondré en contacto con la NAACP para que nos ofrezcan respaldo y protección. Solo necesito saber una cosa: ¿Estás segura de qué quieres seguir adelante?

Emmeline lo miró con determinación

—No hace falta que os diga que estoy asustada —dijo con voz firme—, pero la nota ha sido demasiado. Si antes quería tomar acción, ahora mucho más, así que la respuesta es sí, quiero seguir adelante.

—Emmeline… —susurró su madre—. Esto es más grande de lo que piensas.

La chica apretó los labios, decidida.

—Lo sé, pero no voy a dejar que me intimiden. Esa gente no tiene derecho.

La habitación quedó en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. La amenaza estaba ahí, latente, pero también lo

estaba la decisión de la chica.

William la miró con seriedad.

—Entonces, tomaremos todas las precauciones. Pero, recuerda, esto solo acaba de empezar.

—Lo sé —asintió, tomando conciencia de que la batalla que se avecinaba sería mucho más peligrosa de lo que había imaginado.

EL FIN DE UN LÍDER

1937

No fue hasta principios de junio cuando los voluntarios del XV Brigada Internacional se pusieron en marcha hacia Huesca. Oliver Law, que se había ganado el respeto de sus compañeros norteamericanos y el de los brigadistas internacionales por su liderazgo y su dedicación, había sido ascendido a coronel. Ian y los más de cien voluntarios negros, tanto soldados como el cuerpo sanitario, estaban rebosantes de felicidad porque entre ellos se encontrase un líder carismático. A pesar de que el ascenso fue polémico por el color de la piel de Law, sus habilidades en el frente lo convirtieron en un mando respetado por sus hombres y un símbolo de la lucha contra el fascismo y la igualdad racial.

—Estaba seguro de que lo conseguiría —exclamó Ian, entusiasmado, mientras admiraba a Oliver dar órdenes a los del Lincoln para que tomasen posiciones en el asedio a Huesca.

—¿Conseguir qué? —preguntó Drake, que apuntaba con su rifle a ras de suelo sin quitar el ojo de la mira.

—Que lo ascendieran. Es un tipo estupendo.

—Estoy de acuerdo. Sin él, muchos ya no estaríamos aquí y, aun así, ha habido algunos idiotas que han protestado por su merecida promoción.

—Sí, imbéciles —aceptó Ian, que se acomodó al lado de su amigo poniendo un dedo firme sobre el gatillo de su fusil—. A pesar de todo, se le ha permitido ser coronel en un momento en el que en Estados Unidos las políticas raciales son muy estrictas. Eso, de por sí, ya es un logro. Míralo, es un líder nato.

Law corría de un sitio a otro entre sus hombres cambiándolos de posición y dando órdenes certeras, cuando, de repente, y sin verlo venir, una bala lo alcanzó haciendo que su cuerpo cayera al suelo desmadejado. Ian se levantó al instante para socorrerlo.

—¿Qué haces? —exclamó Drake, que lo agarró por la camisa y tiró de él hacia abajo—. ¿Te has vuelto loco, o es que quieres que te maten?

—¿No has visto lo que acaba de pasar? Le han dado a Oliver.

—Lo sé, pero está demasiado lejos. No podemos hacer nada para ayudarlo. Deja que los compañeros que estén más cerca lo auxilien. Mira… —le indicó con un gesto de la cabeza—, ya lo están arrastrando. No te preocupes, lo llevarán a un lugar seguro. No será más que un rasguño, ese Law parece que está hecho de hierro.

—¿Sabes dónde le han dado?

—No. Desde aquí no se ve bien. Lo averiguaremos más tarde, ahora agacha la cabeza, que esto está lleno de francotiradores.

Ian se quedó preocupado, pero no abandonó su posición. Drake tenía razón y a Oliver tampoco le hubiera gustado que hiciera ninguna locura. La intensidad de la batalla impidió que siguiera pensando en Law y se concentró en mantenerse vivo a través de la lluvia de balas y bombas que los rodeaban.

El rumor llegó de noche, cuando los brigadistas del Lincoln aún estaban combatiendo en el asedio a Huesca. Unos camilleros se acercaron al puesto donde Ian, Drake y otros voluntarios estaban destacados y, sin preámbulos, les comunicaron la muerte de Oliver Law.

—¿Estáis seguros? —preguntó Drake devastado.

—Eso es lo que están diciendo —respondió el camillero—. Pero, cuando el río suena, agua lleva.

Unos llantos ahogados se oyeron a lo lejos entre las trincheras y los muchachos comprendieron que el rumor era cierto. Oliver no solo había sido un gran líder, sino que también era un buen amigo de sus amigos y el efecto de su muerte se dejó sentir en todos, ya fueran blancos o negros. Ian se puso bocarriba y dejó caer su arma a un lado. Lo embargó una gran tristeza y lloró para no ahogarse por dentro. Un sentimiento de abandono y soledad lo envolvió como la fría humedad de la tierra bajo su espalda. Cerró los ojos con fuerza, intentando contener las lágrimas, pero estas siguieron fluyendo libres, sin llevarse con ellas la rabia, el miedo y la tristeza que lo consumían.

—Lo siento, amigo —dijo Drake, sabiendo lo mucho que Law representaba para Ian y su comunidad—. Yo no soy negro, pero siento mucho su muerte. Oliver no solo era un buen militar, sino un gran hombre y un buen amigo.

—Yo también —agregó otro brigadista blanco—. Ha sido un soldado valiente y eso es digno de respetar.

—Supo unir a hombres de diferentes orígenes para luchar por una causa común —intervino otro muchacho.

—A mí me salvó la vida —añadió otro.

Ian se incorporó y se sentó en el suelo al lado de sus compañeros lleno de emoción. Hablaban de Oliver Law como de un hombre más, sin mirar el color de su piel, y se conmovió al pensar que España había conseguido entre aquellos norteamericanos lo que su propio país no había logrado: borrar las barreras del odio y del prejuicio, aunque solo fuera por un instante. Ian miró a su alrededor, a los rostros cansados de sus amigos, y sintió una mezcla de orgullo y amargura.

—Gracias. Gracias de corazón. Gracias por ver más allá de la piel, por vanagloriar al hombre que fue, al compañero y al amigo.

España, con su cielo lleno de pólvora y su tierra empapada de sangre, se había convertido en un lugar donde los hombres podían sentirse como iguales e Ian halló un destello de esperanza en medio de tanta tragedia.

La batalla, que no había cesado a pesar de la muerte de Law, continuó con fuerza, y a Ian, distraído y taciturno, le resultó difícil concentrarse y continuar. Drake tuvo que vigilarlo de cerca para que no le volaran la cabeza.

—Vamos, tienes que reponerte o te saltarán los sesos. Debes concentrarte, Ian. A Oliver le gustaría que alguien de vuestra comunidad cogiera su testigo y guiara a los hombres, esa persona podrías ser tú, ¿no te parece?

—Yo nunca estaría a la altura de Law —dijo, cogiendo de nuevo su arma.

—Eso lo dices porque estás triste y frustrado, pero yo confío en ti. Tienes madera de jefe.

—¿Tú crees? —lo miró con media sonrisa.

—Pues claro. Pero el que tiene que creerlo eres tú. Oliver ya no está, ahora nos toca a todos los demás seguir su labor. ¿Es qué vas a desilusionarlo?

Drake conocía tan bien a su amigo que sabía las teclas que había que tocar para animarlo, y no se equivocó.

—Tienes razón —afirmó Ian con un brillo renovado en la mirada —. Si no damos todo de nosotros, Oliver habrá muerto en vano, y eso es algo que no pienso permitir. —Con un gesto firme, ajustó el fusil contra su hombro, respiró hondo y, con la voz cargada de convicción, añadió—: Vamos, terminemos con esto. ¡Acabemos con esos fascistas!

Los chicos corrieron la voz de trinchera en trinchera para que ese combate se ganara por Oliver Law. Sin embargo, y a pesar de la tenacidad y el esfuerzo de las Brigadas Internacionales, la batalla de Huesca resultó infructuosa para los republicanos, que no lograron romper las líneas enemigas y tuvieron que retirarse.

—Nos vamos a Brunete —ordenó el sargento Charles Nusser tras la batalla.

—¿A dónde? —preguntó Drake.

—Brunete. Cerca de Madrid. Nos mandan a aliviar la presión sobre la capital, Huesca está perdida. Las órdenes vienen directamente desde la dirección del Ejército de la República.

—¿Solo vamos los del Lincoln? —dijo Ian.

—No. Nos acompañará la XI y XV Brigada al completo junto con otras unidades. Parece que nos espera algo gordo, así que recoged vuestras cosas y daos prisa. El comisario quiere dar un pequeño discurso de motivación y explicar la importancia estratégica de esta contienda. Cuando termine, nos movilizaremos de inmediato.

El traslado se llevó a cabo de manera urgente y rápida y resultó mucho más duro de lo que los muchachos habían anticipado, ya que el camino se hizo en su mayor parte a pie. Los voluntarios tuvieron que soportar temperaturas extremas de más de 40º y ataques aéreos que hicieron que llegaran extenuados a Brunete.

—¿Cómo pretenden que tengamos una oportunidad si esto es un páramo? —preguntó Ian, que se había refugiado junto con otros

compañeros tras una de las pocas rocas grandes que había en aquella pradera.

—No lo sé —dijo Drake—. Lo que es seguro es que no nos van a dar tregua.

Una bala rozó el rostro moreno de Ian, dejándole un corte feo en la mejilla.

—Ah, ¡me han dado! —exclamó el chico, que se llevó la mano a la cara de inmediato.

—¿Es grave? —gritó Drake sin dejar de disparar.

—No. Un rasguño.

—Ya te he dicho que agaches la cabeza. Tengo que devolverte con vida a mi hermana. No me lo pongas más difícil —añadió el muchacho para aligerar la tensión y, a pesar de la intensidad del combate, el comentario consiguió sacar una sonrisa entre los compañeros.

Aunque el terreno era seco y abierto, los republicanos consiguieron ciertos avances, pero a pesar de la lucha encarnizada, la superioridad material de las fuerzas sublevadas, especialmente la aérea, provocó que los brigadistas pasaran de una ofensiva directa a una defensa desesperada.

—Esto está perdido —anunció Drake, hastiado tras días de duro combate.

—No digas eso —intervino Ted, un soldado neoyorkino como él, de carácter fuerte e impetuoso.

—¿Es que no lo ves? No quiero ser agorero, pero mira a tu alrededor, hemos perdido a muchos compañeros. —Drake se masajeó la frente llena de gotas de sudor—. No podemos más, nos superan en fuerza. Hemos puesto todo de nuestra parte, nuestro espíritu, nuestro esfuerzo, pero es inútil. Estamos agotados.

—Vamos, Drake, podemos seguir peleando —argumentó Ian.

—Y lo haremos, pero no ganaremos. Esta batalla se recordará como el símbolo del compromiso internacional con la causa republicana, pero ya te digo yo que está perdida. Hemos hecho cuanto hemos podido, pero son demasiados.

—Drake tiene razón —intervino Mike, otro brigadista negro de Luisiana—. No creo que haya nada más que podamos hacer, y si no

nos vamos pronto, lo único que conseguirán es rematar una masacre. Apenas nos quedan municiones, no tenemos agua y los alimentos son escasos. No sé a qué están esperando para dar la orden de retirada. Los fascistas se han reorganizado, tienen refuerzos y superioridad aérea. ¿Y qué tenemos nosotros? Yo os lo diré: nuestra valentía, que se ha demostrado con creces en las luchas cuerpo a cuerpo que hemos tenido que sufrir.

—Exacto —agregó Drake—. Mirad a Isaac —dijo, señalando a otro voluntario que se había ovillado como un bebé cerca de ellos—. Está deshidratado, agotado, igual que la mayoría de nosotros. No es que no queramos seguir defendiendo las posiciones, es que no podemos más. ¡Ni siquiera tenemos los equipos adecuados!

Como si de una predicción se tratara, la voz de Charles Nusser y otros sargentos de las Brigadas se oyeron en ese momento.

—Chicos, nos marchamos. Replegaos.

—¿Lo veis? Drake tenía razón, era inevitable —sentenció Mike.

La retirada estuvo marcada por el agotamiento extremo. En medio del caos, la desorganización y la presión de las fuerzas sublevadas, los brigadistas se fueron marchando de Brunete de manera escalonada para evitar más bajas y permitir la reorganización de las tropas. Se encaminaron hacia el valle del río Aulencia y se atrincheraron en Villanueva de la Cañada a esperar nuevas órdenes. Con pocas opciones de adónde ir, los muchachos se reunieron en un cortijo abandonado donde se tumbaron en el suelo lleno de paja, exhaustos.

—Me hubiera gustado ganar esta batalla por Law —masculló Mike, que cabizbajo sacó un cigarrillo y empezó a fumar.

—Lo sé —dijo Drake—, a todos nos hubiera gustado. Pero los mandos han hecho lo que tenían que hacer. Han reconocido el desgaste de las unidades y la falta de reservas para que nos releven. Si no hubieran dado la orden de retirada, hubiéramos muerto todos.

—¿Tenéis un cigarrillo? —Ted, otro compañero norteamericano, se sentó con ellos.

—Toma —dijo Mike que sacó la cajetilla y le dio un pitillo. Ted lo encendió y, apoyando la espalda en la pared desconchada del viejo cortijo, inhaló el humo que le llenó los pulmones reconfortándolo.

—Robert Pine acaba de llegar con el grupo B de retirada y dice que ha sido horrible a la altura de Quijorna debido al fuego de artillería constante —afirmó.

—Hemos tenido suerte de salir con vida de ese infierno —dijo Drake pensativo, hastiado de la guerra. Sabía que había que luchar para cambiar el mundo, pero empezaba a dudar de si esa era la mejor forma de hacerlo.

—Y, ahora, ¿qué? ¿Albacete? —preguntó Mike

—Ahora —interrumpió Ted—, lo más seguro es que permanezcamos cerca del frente. Probablemente nos asignarán nuevas líneas de defensa.

—¿Y tú qué opinas, Ian? Estás muy callado —preguntó Drake, sorprendido de que no hubiera participado en la conversación.

El muchacho había apoyado los brazos bien musculados en las rodillas y tenía la cabeza sobre ellos.

—¿Es que no me oyes?

Ian no respondió, y su silencio, cargado de una inquietante quietud, alertó al grupo. Drake, con el corazón acelerado, se abalanzó hacia él, y al rozarlo, Ian se desplomó hacia un lado, como si todo el peso del mundo lo hubiera vencido.

—¡Ian! —Drake lo zarandeó, gritando su nombre, y fue entonces cuando se dio cuenta de la sangre.

—¿Qué es esto? —dijo horrorizado, mirándose las manos empapadas.

—Lo han alcanzado —afirmó Ted—. ¿Está vivo?

Drake se inclinó sobre él con el rostro tenso y las manos temblorosas. Acercó su oído a la boca de su amigo buscando su aliento o el más leve sonido que le confirmara que aún estaba con vida.

—Sí —dijo—, pero su respiración es muy débil.

—¿Dónde le han dado? —preguntó Ted.

—En el pecho.

—Vamos, Mike, ve a buscar a un médico —ordenó Ted. El muchacho no esperó ni un segundo y corrió en busca de ayuda.

—¿Por qué no me dijiste nada? —susurró Drake mientras abrazaba a su amigo llorando—. Perdóname, no me di cuenta de

que habías recibido un balazo. Vamos, Ian, aguanta.

—Suéltalo, Knox —le ordenó el sargento Nusser, que había sido informado del incidente—, tenemos que taponarle la herida y asegurarnos de que siga con vida hasta que llegue la ayuda. Será mejor que me dejes a mí.

Drake, confundido y aterrado, se hizo a un lado sin saber qué hacer, y Nusser, con una determinación feroz, se hizo con el control de la situación.

—Vamos, muchacho, tú puedes conseguirlo —murmuró.

Con cuidado, tumbó a Ian en el suelo y, con su propia camisa, taponó la herida rezando para que aún tuvieran tiempo de salvarle la vida.

LA NAACP

1937

Emmeline llegó acompañada por el señor Johnson a la sede principal de la Asociación Nacional para el Avance de las Personas de Color en Nueva York.

—Nos recibirá el señor Pickens —dijo William entusiasmado.

—¿Quién es? —preguntó Emmeline, visiblemente nerviosa.

—Es una figura muy influyente en la organización. Es muy conocido por su trabajo en la promoción de la igualdad de los derechos y su enfoque en el activismo. Pero lo más significativo es que no solo es importante a nivel local, sino que también trabaja a nivel nacional para desafiar las leyes y políticas racistas. Además, es muy conocido por su gran elocuencia, su habilidad por transmitir ideas de manera impactante y su gran capacidad para movilizar a las personas. Creo que es bueno que nos reciba personalmente susurró William.

Una chica negra con el pelo rizado recogido en un moño los miró por encima de sus gafas de pasta.

—El señor Pickens los verá ahora.

—Vamos, Emmeline —dijo William, que la tomó del brazo para ayudarla a levantarse. Entraron en un despacho pequeño, aunque bien ventilado, donde el señor Pickens los recibió en la puerta.

—William, ¡cómo me alegro de verte! —dijo con una amplia sonrisa.

El hombre de complexión media vestía un traje formal que le confería un aspecto digno y a Emmeline le cayó bien nada más verlo.

—Esta es la señorita Emmeline Knox.

—¿Cómo está usted? —dijo Pickens, tendiéndole la mano—. Encantado de conocerla en persona. Por favor, tomen asiento.

William y la muchacha se sentaron en dos sillas frente al escritorio de Pickens. Emmeline no pudo evitar fijarse en una

carpeta beige que reposaba sobre la mesa y que llevaba su nombre escrito en letras mayúsculas. Estaba claro que Pickens había estudiado su caso.

—Bueno, mis queridos amigos —dijo el dirigente de la NAACP, abriendo el informe y releyendo algunas hojas en su interior—, hemos revisado con detenimiento el incidente en el que está involucrada la señorita Knox y creo que podemos ayudar, sin embargo, no tengo muy buenas noticias.

—¿A qué se refiere? —preguntó Emmeline, sin darle tiempo a William a reaccionar.

El hombre, que no había tomado asiento, se apoyó en una esquina de su escritorio y observó a la chica, le pareció una mujer segura de sí misma, con determinación, y eso le gustó.

—A que, aunque Nueva York es un centro de diversidad racial y cultural, las relaciones interraciales siguen siendo controvertidas y problemáticas. Es verdad que hay más visibilidad y lucha de las comunidades negras que en el sur, pero la discriminación sigue presente en muchas partes de la sociedad y será un caso difícil de ganar.

—Pero esos sinvergüenzas me han agredido…

—Lo sé, señorita, créame que lo lamento, pero esto es a lo que nos enfrentamos cada día. No voy a abandonarla, estoy muy involucrado en la lucha por los derechos y, a pesar de que usted no es negra, su ataque sí ha sido racista. Pero tiene que entender que su caso es muy particular y no muchas personas, incluida en nuestra comunidad, verán con buenos ojos una relación interracial como la suya.

Emmeline bajó la mirada. Estaba hastiada de escuchar siempre lo mismo. No sabía qué esperar de la NAACP, pero nunca hubiera imaginado una respuesta así. William la miró preocupado y quiso decir algo para quitarle tensión al momento que, de pronto, se había vuelto incómodo.

—Pero ¡habrá algo que se pueda hacer!

Pickens se puso de pie y caminó por la habitación pensativo dando vueltas a sus pulgares entre las manos enlazadas. Se detuvo

delante de la ventana que daba a la calle y esperó unos segundos mirando a un punto fijo antes de volver a hablar.

—Podemos intentar llevar a sus atacantes a juicio, pero lo más seguro es que este caso no resulte en ninguna condena severa. Tiene que entender que sus agresores son blancos y, por ende, protegidos socialmente. Será un juicio complicado y mucha gente verá su relación con el joven Johnson como algo controversial.

—No puedo entenderlo —murmuró Emmeline, decepcionada—. Yo he sido la víctima y parece que esos canallas se saldrán con la suya.

—Bienvenida a nuestro mundo. Lo siento de veras, pero así están las cosas. No tendría sentido que la engañara. Haremos lo que usted nos pida, pero antes tiene que saber con qué cartas juega. Su ataque será percibido como un crimen de odio, pero le aseguro que la sociedad protegerá a esos tipos por muy canallas que sean.

—¿Sólo por ser blancos?

—Así es —sentenció Pickens mientras le mantenía la mirada.

William apretó los puños, enfadado, porque sabía que el hombre llevaba razón.

—¿Me está sugiriendo que no haga nada?

—Jamás le diría que tiene que hacer, señorita Knox. Esa decisión dependerá de usted, solo quiero que esté preparada para lo que una denuncia o un juicio podría acarrear. Su asalto no solo se verá como una agresión racial, sino como un desafío a las normas sociales establecidas, ya que ha sido provocado por su relación con Ian Johnson. Inevitablemente, si sigue adelante, se enfrentará al rechazo de los sectores conservadores y racistas de la ciudad.

—¡No me importa esa gente! —gritó Emmeline completamente fuera de sí.

—Entonces, ¿está dispuesta a seguir adelante?

La muchacha miró a William sin saber qué decir.

—Es tu decisión —dijo con las manos extendidas hacia ella.

Emmeline se tomó unos segundos.

—Sí —sentenció—. No voy a dejar pasar por alto lo que me han hecho. No sería justo.

—Nada en esta sociedad lo es, pero respeto su tenacidad. Antes es mi deber explicarle lo que pienso.

La muchacha miró a Pickens, esa vez con lágrimas en los ojos; si la NAACP no la ayudaba, ¿a quién más podría recurrir?

—El hecho de que usted sea blanca puede ayudar a nuestra organización a generar más atención y sería una oportunidad para exponer públicamente los efectos del racismo, pero me temo que muchas personas dentro de la comunidad negra no la respaldarán.

William tomó la mano de la chica para infundirle calma.

—¿Por qué?

—No lo harán debido a las tensiones interraciales —continuó Pickens—. Hay muchos miembros de la asociación que no creen que se deban fomentar el tipo de relación que usted mantiene con el señor Johnson. Puedo interceder por usted, pero lo tendremos difícil, ya que la NAACP está involucrada en muchas cuestiones legales y políticas que afectan a la comunidad negra, como la segregación, la discriminación laboral, etc., y tomar un caso como el suyo será visto por algunos como una distracción de los objetivos principales en los que estamos trabajando.

—Pero usted mismo ha dicho que ha sido un ataque racista —gritó Emmeline, levantándose de la silla.

El señor Johnson se levantó con ella y le puso un brazo por encima en un acto reflejo de protección.

—Esto es un atropello. No puedo creer que la estés persuadiendo para que no denuncie —le dijo a Pickens.

—William, solo quiero que Emmeline entienda por lo que tendrá que pasar. Tú sabes como yo que su caso no tendrá las consecuencias que ella anda buscando. Como mucho, se les impondrá una multa a esos malnacidos, y para cuando acabe el juicio, Emmeline estará destrozada.

El señor Johnson bajó la mirada y volvió a sentarse. Por mucho que le doliese, sabía que Pickens tenía razón.

—Por favor, señorita Knox —suplicó el hombre—, no tengo nada en contra de usted. Solo le estoy diciendo la verdad. Por desgracia, tendrá que enfrentarse a todos para conseguir solo una reprimenda para esos bestias. Tanto en esta organización como en otras serán

muchos los que teman ayudarla porque una relación entre una mujer blanca y un hombre negro puede polarizar aún más las tensiones sociales en la ciudad, sin embargo, si lo desea, volveré a hablar con el comité de la NAACP y trataré de convencerlos para que nos ayuden. Ya se me ocurrirá algo. Pero quiero que esté segura antes de dar algún paso.

—¿Y si estás equivocado? —exclamó William—. ¿Y si le ponen un castigo ejemplar a esos tipos?

—Todo puede ocurrir, pero no creo que sea eso lo que pase.

—¿Qué quieres hacer, Emmeline? Ahora ya tienes una idea de cómo están las cosas, yo te apoyaré y estaré a tu lado sea lo que sea que decidas. Ya has demostrado una fortaleza increíble al no quedarte callada, no tienes que seguir adelante si no estás preparada, pero si resuelves continuar, estaré allí a cada paso del camino.

La muchacha miró a William con ternura y reflexionó por un instante, mientras los hombres la observaban en silencio.

—Lo siento, no puedo quedarme callada. Si nadie da un paso hacia delante, nada cambiará. No es momento de acobardarse.

—Además de una desaprobación social, esto le puede traer consecuencias para su propia seguridad. Solo quiero asegurarme de que lo entiende —agregó Pickens.

—Lo entiendo. Pero no quiero vivir en un mundo donde tener una relación con la persona a la que amo sea motivo de un ataque.

El hombre la estudió con una mezcla de apoyo, preocupación y realismo, y volvió a tomar asiento frente a la muchacha.

—Lo que está dispuesta a hacer es muy valiente. No muchos pondrían en riesgo su vida, su futuro y su reputación para defender lo que es justo. Debe estar preparada para lo que vendrá, señorita. Como le dije, la sociedad no está dispuesta aún para este tipo de cambios y habrá quien la ataque por lo que representa, aunque es el precio que tenemos que pagar si queremos avanzar en la lucha contra la discriminación.

Pickens cruzó las manos y bajó la mirada, preocupado.

—Desde la NAACP, prometo darle todo el apoyo que podamos, pero también debe tener en cuenta que las denuncias de estos

hechos pueden tener repercusiones más allá de usted. Su decisión también repercutirá en Ian y en todos los que la rodean, ¿estarán ellos tan preparados como usted?

William se estremeció y pensó en las palabras de Martha. A pesar de no estar presente en el ataque a Emmeline, su hijo estaba igual de involucrado que la chica en todo aquel asunto.

—Espero que lo estén —dijo con determinación.

—Está bien, entonces empezaremos por movilizaciones —continuó Pickens—. Interpondremos una denuncia, organizaremos manifestaciones, exposiciones públicas y presionaremos para que este acto no quede impune. ¿Le parece bien?

—Sí —dijo Emmeline, decidida.

—Lo que sí debe estar es preparada para una larga batalla legal.

—Lo intentaré. Gracias, señor Pickens, le estoy muy agradecida.

—Tendremos que hablar con Ian sobre todo lo que vamos a hacer…

Las palabras del hombre quedaron interrumpidas por Emmeline, que alzó la voz sin darse cuenta.

—No, por favor. No quiero que le cuenten nada.

—¿No crees que él debería saberlo? —la miró William, sorprendido—. ¿Qué pasa si se entera de lo que está ocurriendo en España? No nos lo perdonaría.

—No. Es demasiado peligroso, esto podría provocarle una gran ansiedad y no quiero que se distraiga mientras combate.

William la miró con los ojos muy abiertos, Emmeline tenía razón y le había vuelto a demostrar que amaba mucho a su hijo.

—Además, el hecho de que me hayan atacado por estar con él lo llenará de tristeza y confusión. No podrá perdonárselo, y no quiero eso. Si se lo contamos, se sentirá impotente por no poder estar a mi lado, por no poder ayudarme, y quiero evitarle esa frustración. ¿Estamos de acuerdo?

Pickens se encogió de hombros y levantó las manos mirando al señor Johnson.

—El decírselo o no solo depende de usted. ¿Tú qué opinas, William?

—Que Emmeline tiene razón. Ian no necesita ninguna distracción que pueda ponerlo en más peligro del que ya está. Sin embargo —dijo mirando a la chica—, se lo contaremos antes de que regrese. Debe estar emocionalmente preparado para lo que tendrá que enfrentar cuando vuelva. Esta es la primera agresión a vuestra relación, pero no será la última, y tiene que estar informado.

Emmeline, con un suspiro, añadió, casi para sí misma.

—Está bien. Se lo contaremos justo antes de que regrese, y si aun así quiere seguir conmigo, enfrentaremos lo que venga juntos.

RECOGIENDO LOS PEDAZOS

1937 Y 1938

Tras el desastre de Brunete, los chicos del Lincoln se unieron al batallón Washington para seguir peleando. La batalla había sido muy costosa en vidas humanas y los brigadistas quedaron debilitados en términos de objetivos y moral. Ian había logrado salvar la vida, pero su herida, cercana al pulmón, le impidió acompañar al batallón en sus próximas misiones.

—No le cuentes nada a Emmeline de que me han herido —le pidió a Drake, tumbado en la cama del hospital Sueco-Noruego de Albacete. Un ataque de tos le impidió seguir hablando, y su amigo lo incorporó poniéndole dos almohadas en la espalda.

—Cálmate. Ya sabes que el médico te ha dicho que no hagas esfuerzos —le ordenó Drake.

—Prométemelo.

—Está bien, está bien. Si eso es lo que quieres, no le diré nada. ¿Se lo contarás a tus padres?

—Prefiero que no —dijo el chico, que se limpió la boca con un pañuelo—. Solo los preocuparía y ya estoy mucho mejor.

—Como quieras, pero júrame que intentarás descansar y recuperarte mientras no estoy aquí, aún no estás bien y eres más terco que una mula.

—Te pareces a mi madre.

Los muchachos se echaron a reír y otro ataque de tos invadió a Ian, a quien le costó recuperar el aliento.

—Toma agua —insistió Drake, que le acercó un vaso que había en la mesilla. El muchacho miró el reloj de la pared—. Me temo que tengo que irme, los camiones están preparados y salimos en una hora. Te echaré de menos, hermano, no te preocupes por nada y solo concéntrate en recuperarte.

—Y tú en mantenerte vivo.

Drake abrazó a su amigo y salió de la habitación mientras que Ian lo observó con la mirada hasta que la puerta se cerró detrás de él. Suspiró con frustración deseando seguir peleando a su lado y cerró los ojos para ignorar el vacío que dejaba su partida.

Drake llegó a la base internacional donde se unió al resto de las tropas para dirigirse a su nuevo destino. Le hubiera gustado reunirse con su padre antes de volver al frente, pero no pudo encontrarse con él antes de su partida. Reuter había enviado a James a cubrir otras noticias de la guerra a Barcelona y muy a su pesar no pudo regresar a tiempo de despedirse de su hijo antes de que lo enviaran de nuevo al frente. James había logrado convencer a Reed de cubrir la batalla de Brunete, pero la experiencia no había resultado tan satisfactoria como había imaginado. Reed ordenó que los civiles estuvieran detrás de las líneas de combate y, aunque James protestó cuanto pudo, el teniente coronel no se dejó convencer, por lo que le fue imposible estar cerca de Drake. La experiencia había sido horrible porque, además del sonido infernal, el olor y el recuerdo de batallas pretéritas, no pudo estar seguro, durante el tiempo que duró la contienda, de si su hijo estaba vivo o muerto. Solo hasta que no terminó la batalla y pudo revisar la lista de los heridos y fallecidos no respiró tranquilo al comprobar que Drake se encontraba bien.
Steven Nelson, uno de los líderes de las Brigadas Internacionales, ayudó a la combinación de los batallones para crear una unidad más cohesiva y funcional y acompañó a los muchachos a las próximas batallas de Quinto y Belchite en Aragón. Los voluntarios de la XV Brigadas, dentro de la que se encontraba el batallón Lincoln, logró tomar Quinto gracias a los tanques soviéticos y al uso combinado de la infantería, e inmediatamente después se dirigieron a Belchite. A pesar de que el combate fue arduo y que la ciudad resistió ocho días, las tropas republicanas lograron capturarla, sin embargo, las pérdidas humanas y materiales fueron tan severas que la victoria fue más simbólica que otra cosa.

Drake estaba exhausto y, a pesar de que su compromiso con la causa antifascista estaba intacto, se sentía solo y deprimido. La ausencia de Ian le había pasado factura, además de la malnutrición, la fatiga y la falta de recursos que complicaba cada día el

desempeño de los soldados. Las bajas de amigos y compañeros lo habían afectado profundamente, pero, sobre todo, deseaba volver a ver a Manuela.

Tras Belchite, Nelson les anunció que su próximo objetivo sería el frente de Teruel. Tenían encima el invierno y el frío extremo hizo que la moral de los muchachos cayera en picado.

En diciembre, llegaron a la Muela, un área controlada por la República cerca de la ciudad, y se prepararon para lanzar el asalto.

—Hace mucho frío —dijo Mike, temblando de pies a cabeza—. ¡Ojalá tuviéramos ropa adecuada! Mirad mis pies. —El muchacho señaló sus botas rellenas de trapos y papel, que cubrían los agujeros y amortiguaban sus pisadas.

—Ese es solo uno de nuestros problemas —añadió Drake mientras se ponía un cigarrillo en la boca—. Hay muchos chicos enfermos. Ted casi no puede respirar. Deberían sacarlo de aquí cuanto antes.

—¡Si por lo menos cesasen las bombas! Pero, con tanto fuego cruzado, no pueden evacuar a los heridos. ¿Queda algo de comer? —preguntó Mike—. Me muero de hambre.

—Me temo que tendrás que conformarte pensando en otra cosa, amigo. Nelson acaba de anunciar hace un rato que los recursos son limitados y andamos escasos de suministros.

Drake, hastiado, se puso una bufanda raída, se subió el cuello de la chamarra y salió del barracón improvisado sin muchas esperanzas.

—¿Sabes que te he buscado por todas partes? —La voz femenina lo cogió por sorpresa y Drake dejó caer el cigarrillo que tenía en la mano.

La chica le puso una mano en el hombro y con delicadeza le dio la vuelta.

—He estado en el cementerio de Santa Bárbara, en el Muletón y en la mismísima ciudad de Teruel… Drake Knox, eres un hombre difícil de encontrar.

Drake se dio la vuelta y con pasión besó a Manuela antes de hablar. La abrazó con fuerza, como si esperase que fuera a desaparecer de entre sus manos.

—¿Qué haces aquí? —le susurró Drake, hundiendo la cara en el cuello de la chica.

—Soy brigadista, igual que tú, ¿recuerdas?

—Pero… ¿ya estás mejor?

—Oh, ¿te refieres a mi hombro? —dijo Manuela, llevándose una mano al brazo—. Ya está curado.

—Ganamos en Quinto y en Belchite, ¿te lo dijeron?

—Sí, me hubiera gustado estar allí para verlo.

—No —dijo Drake mientras seguía abrazado a la muchacha—, las pérdidas fueron tremendas. Me alegré de que estuvieras en el hospital.

Manuela tomó la cara de Drake entre sus manos y observó sus ojeras moradas y el cansancio en su mirada.

—Deberías descansar.

—No puedo. Las pesadillas no me dejan dormir y te he echado mucho de menos.

Manuela posó sus labios carnosos en los del joven y lo besó de nuevo.

—Ahora estoy aquí y no tengo intención de irme a ninguna parte. Lucharemos juntos, pero eso será mañana, ahora tienes que descansar.

—Tienes razón —respondió Drake con una sonrisa traviesa—, pero antes tengo otra idea sobre lo que podemos hacer.

Manuela lo besó con pasión y de la mano se perdieron en la penumbra de la noche buscando un rincón donde dejar que el deseo venciera al frío y al miedo. Cuando todo terminó, se tumbaron en la nieve sin que les importara el gélido contacto. Sus cuerpos, aún cálidos, contrastaban con el aire helado de la noche, y se quedaron un rato en silencio, disfrutando de su amor, que ni la guerra podía apagar.

—Mañana, cuando estemos luchando, procura mantenerte con vida —dijo la chica mientras deslizaba sus dedos suaves en el pelo de Drake—. No quiero separarme de ti nunca más.

—Tú también, y cuando todo esto acabe, te vendrás conmigo a América.

—¿A América? ¿Y qué haría yo allí?

—Vivir. Tengo un mal presentimiento, Manuela. Una premonición de que no vamos a ganar esta guerra, y si estoy en lo cierto, no será seguro que te quedes en España.

—No digas eso, Drake —masculló la muchacha, que de repente se sintió muy triste.

—Tienes razón, no debería decir algo así, pero los acontecimientos son claros. No estamos bien pertrechados, no tenemos el apoyo que los franquistas tienen y nos faltan suministros militares y de avituallamiento. Todo puede cambiar, pero es como una corazonada que no puedo explicar.

Después de las palabras de Drake, volvieron al silencio hasta que Manuela, helada, se puso en pie y tiró del chico para que se levantara.

—Vamos, si seguimos aquí, nos vamos a congelar. ¿Sabes? —continuó—, puede que tengas razón, pero nosotros tenemos algo que el otro bando no tiene.

—¿Y qué es?

—Combatientes dispuestos a dar hasta la última gota de su sangre por la causa de la libertad.

—En eso tienes razón, pero me temo que las ganas no serán suficiente para ganar esta guerra. Vamos, entremos en el barracón.

A la mañana siguiente, empezó el combate encarnizado por la toma de Teruel que duró dos meses. A pesar de que los republicanos empezaron siendo superiores en número, los sublevados pronto reorganizaron las tropas y enviaron recursos a la ciudad. Las batallas urbanas fueron cruentas, cuerpo a cuerpo y casa por casa, con temperaturas invernales extremas. A principio de febrero, la resistencia republicana colapsó y finalmente los fascistas lograron recuperar la ciudad.

Drake no había vuelto a Albacete desde que lo había abandonado meses antes, y tampoco había podido comunicarse con Ian ni con James. Había escrito varias cartas a su familia en Nueva York, pero no estaba seguro, con las comunicaciones cortadas, de si les habrían llegado porque hacía tiempo que no recibía ninguna respuesta. Lo único que lo mantenía cuerdo en medio del caos era la

presencia de Manuela, que había demostrado ser un soldado valiente y una amante experta y cálida.

—Mi corazonada se está haciendo realidad —dijo Drake una noche de marzo mientras abrazaba a su novia dentro de una cueva en el norte de España—. Desde Teruel, nuestra participación en la guerra ha estado marcada por una serie de retrocesos estratégicos, reorganizaciones y muerte, así que quiero que me prometas una cosa.

—Lo que quieras —afirmó la chica, que se acurrucó en él buscando su calor.

—Si perdemos, prométeme que vendrás a Estados Unidos conmigo.

Manuela miró al suelo angustiada. Había nacido en España, amaba su país, y no quería pensar en la posibilidad de perder la guerra. Pero sabía que Drake tenía razón. Los republicanos se enfrentaban a un gran problema, y de lo que estaba segura era de que no quería vivir en un lugar donde el fascismo acampaba a sus anchas, especialmente tras una guerra tan cruenta como la que estaban sufriendo.

—Si llega ese momento…, y ojalá que no, me iré contigo. Pero ¿cómo entraré en el país?

—Eso déjamelo a mí. Buscaré una solución.

Las tropas franquistas apoyadas por la aviación italiana y alemana siguieron logrando avances rápidos y contundentes, y el Lincoln, al igual que otros batallones internacionales, sufrieron el constante hostigamiento de las fuerzas sublevadas. A pesar de todo, los valientes voluntarios lograron cruzar el río Ebro y establecer una nueva línea defensiva que permitió una reorganización de las fuerzas y un respiro parcial que les dio la oportunidad de descansar.

—Tenemos correo de casa —gritó uno de los sargentos mientras almorzaban en uno de tantos páramos donde se habían detenido a recuperar el aliento.

—Peterson, Miller, Knox… —Drake se levantó contento y se dio tiempo para acariciar la carta de su madre antes de abrirla.

La distribución de cartas en el frente era un desafío logístico. Las misivas eran enviadas a España a través de servicios postales

internacionales y distribuidas desde Albacete, donde se clasificaban según el batallón de destino. Los chicos habían tenido suerte esa vez, y a pesar de la poca accesibilidad del terreno, las cartas habían llegado hasta ellos en una ambulancia.

—¿Es de tu madre? —preguntó Manuela.

—Sí. —La nostalgia podía verse en los ojos tanto de los soldados que habían recibido noticias de sus casas como en los que no—. Dice que todo está bien, que mi hermana continúa con sus clases, que siguen trabajando duro para ayudar a los que estamos aquí y que el tiempo ha cambiado en Nueva York.

Drake miró a su alrededor, las bombas se escuchaban a lo lejos y la devastación lo rodeaba. Se sintió incómodo.

—Me parece que mi madre habla de otro mundo, uno que ya no existe para mí. Después de todo lo que estamos viviendo aquí, resulta incomprensible que aún haya lugares donde la paz sea una realidad cotidiana. ¿Crees que podremos acostumbrarnos a volver a vivir en paz?

—Eso espero, mi amor —dijo Manuela, sin saber si esa era la respuesta correcta—. Lo que sí te puedo asegurar es que, cuando todo esto acabe, tendremos que intentarlo.

La orden de avanzar llegó ese mismo día y el sargento de la unidad de Drake se responsabilizó de que se implementara con eficacia. A pesar de que los voluntarios lograron éxitos iniciales, las desventajas estratégicas y las dificultades tácticas demostraron pronto la superioridad de los sublevados. Los chicos del Lincoln cruzaron la zona del Fayón y contribuyeron al establecimiento de cabezas de puente. Pero las condiciones duras de combate y los enfrentamientos prolongados con las tropas franquistas hicieron que se desgastaran pronto. Los brigadistas se vieron obligados a retroceder y a sacar a sus tropas del Ebro. A pesar de todo, Drake y Manuela consiguieron salir ilesos de los combates que se habían cobrado tantas vidas y, con el alma rota, se dirigieron a la retaguardia republicana.

De camino a Albacete, Mike caminó con ellos.

—¿Os habéis enterado? —les dijo mientras se cambiaba el fusil de hombro.

—¿De qué?

—Nos vamos.

—¿Cómo? —preguntó Manuela sin entender.

—El gobierno republicano ha ordenado la retirada de las Brigadas Internacionales.

—¡¿Cuándo?! —exclamó Drake, que no sabía nada.

—Desde ya. Es algo inminente. Por lo visto, lo han hecho como un gesto político para mejorar las relaciones con los países democráticos y la Unión Soviética, que los están presionando.

—¿Y qué vamos a hacer sin vosotros? —exclamó Manuela, que se llevó las dos manos a la cabeza—. Si la situación es cada vez más desfavorable para la república, tal como es, ¿qué haremos si nos quedamos solos?

Drake se acercó a ella y la abrazó.

—Mike, ¿estás seguro de lo que dices?

—Lo estoy. Se lo he oído decir a Nelson. Seguro que tenemos una reunión muy pronto para que nos lo comuniquen oficialmente. Yo no sé tú, Drake, pero yo me siento abandonado y traicionado. ¿Cómo irnos ahora? Lo que el gobierno republicano está haciendo puede que sea una estrategia política, pero desde luego no es militar.

Mike no se equivocó, y a los pocos días, Juan Modesto, un oficial republicano, junto con otros responsables de la Comisión de Defensa de la República comunicaron la decisión oficial de la salida de los brigadistas internacionales de España.

—Tengo que hablar con mi padre —dijo Drake una vez llegaron a Albacete. Ya le había contado a Manuela todo lo referente a James y su presencia en España, y a la chica no le extrañó que quisiera verlo.

—¿Crees que tu padre te acompañará de vuelta a Estados Unidos?

—Eso sería una locura. Lucky Luciano sigue en Nueva York y no sería seguro. Quiero despedirme de él, pero también quiero pedirle ayuda.

—¡¿Ayuda?!

—Él nos conseguirá los papeles para que puedas acompañarme.

Manuela bajó la mirada sin saber qué decir, y Drake le tomó la cara entre las manos.

—Mi amor, la República está perdida. No ha habido nada que no hayamos intentado, pero no hay nada más que podamos hacer, especialmente si nos mandan a casa. Cuando ganen los sublevados, será mucho más difícil salir del país. No hay otra manera, tienes que venir conmigo ahora y será mejor que entres en América de manera más o menos legal.

La chica empezó a llorar, la pena la consumía por dentro. Quería estar con Drake, pero se sentía devastada por tener que dejar su país, por el que había luchado sin descanso.

—¿Vendrás?

Manuela miró a James a los ojos y vio en ellos un amor profundo y sincero, respiró hondo y lo besó con ternura.

—Iré.

James la abrazó entusiasmado y pensó en lo mucho que quería ofrecerle cuando volvieran a casa.

—Entonces, buscaré dónde está mi padre y le pediré que prepare tus papeles. Se alegrará mucho de conocerte. Mientras tanto, vamos a ver a Ian al hospital, seguro que ya está mucho mejor. Y le contaremos que estamos a punto de regresar a casa. Creo que se alegrará de ver de nuevo a mi hermana.

Drake tomó la mano de Manuela y, a pesar de todo lo vivido, la esperanza de un nuevo comienzo lo llenó de alegría, como si el peso de los días oscuros finalmente cediera ante la promesa de un futuro mejor. Aunque el camino que tenían por delante era incierto, algo dentro de él le decía que, juntos, podrían conseguir cualquier cosa, y se sintió feliz.

EL FIN DE UNA ETAPA

1938

Emmeline le entregó la carta a su madre, quien la abrió con manos temblorosas. Hacía meses que no sabía nada de Drake ni de James, y se sentía triste y angustiada. Las noticias que habían llegado a América desde el frente español no eran buenas y muchos estaban seguros de que los republicanos iban a perder la guerra.

Emily empezó a leer con el corazón desbocado, dejándose llevar por la anticipación y el miedo.

Mamá, volvemos a casa.

La primera frase de su hijo la tranquilizó al instante y un sentimiento de paz invadió su cuerpo sin previo aviso.

Los combates han sido muy duros. Hemos hecho lo que hemos podido, pero creo que acierto cuando te digo que hemos perdido la guerra. No me cabe duda de que esto traerá más consecuencias de lo que la gente piensa en Estados Unidos, aunque de corazón desearía estar equivocado. Sin embargo, no quiero llenar esta carta con penas. Tengo tres buenas noticias para ti. La primera es que tanto Ian como yo estamos bien.

Emmeline suspiró aliviada. No solo su hermano había conseguido esquivar las balas, sino que Ian también. Bajo esas circunstancias, podía decirse que eran dos chicos afortunados.

La segunda es que nos acompañará una persona muy especial para mí que estoy deseando que conozcas. Se llama Manuela. Te contaré todo sobre

ella cuando te vea en persona. Lo prometo. Mientras tanto, te diré que la amo profundamente y que es la mujer de mi vida.

Emily y su hija se miraron sorprendidas.

—¡Manuela! —exclamó Emily con una gran sonrisa—. ¿Una chica española?

—Eso parece —dijo Emmeline, contenta por su hermano.

—Oh, Drake, ¡pues aquí la esperaremos con los brazos abiertos! —añadió Emily como si su hijo pudiese oírla.

Y la tercera noticia es sobre papá.

A Emily se le heló la sangre y no pudo seguir leyendo.

—¡Ah! ¿Le habrá pasado algo?

—Dame, mamá —Emmeline le quitó la carta de las manos y siguió con la lectura.

Tiene que quedarse en España hasta que finalice el conflicto. La agencia para la que trabaja es muy exigente. Pero me ha pedido que te pregunte si te reunirías con él en Accrington. Sabes que, de momento, no le sería posible volver a Nueva York y te echa mucho de menos. Papá cree que tampoco sería prudente regresar a Belgrado. No quiere involucrar a la tía Hattie ni a Darko más de lo necesario, y cree que la mejor solución es la de regresar a Inglaterra. Si Emmie quiere viajar contigo, papá estaría encantado, pero ya le he dicho yo que no lo haría sin Ian, y yo prefiero quedarme en Estados Unidos con Manuela. Sé que es una decisión difícil, pero, mamá, nosotros ya tenemos nuestras vidas y papá te necesita. No es nada que tengas que decidir de inmediato, al fin y al cabo, la guerra aún

no ha terminado. Sin embargo, sí deberías darle una respuesta antes de que yo me vaya, de lo contrario, sería muy difícil vuestra comunicación.

Emmeline dejó de leer y miró a su madre al borde del llanto con un temblor en la barbilla que no pudo contener.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó la joven.

La madre la tomó de la mano y la besó con cariño.

—No lo sé.

—No te preocupes por nosotros, mamá. Estaremos bien —dijo la chica, sentándose a su lado—. Volveríais a estar juntos. Sé que eso es lo que has querido desde que se marchó.

La mujer se llevó el puño a la boca y comenzó a llorar.

—Lo sé, pero es muy difícil decidir porque os amo a todos, y a todos os quiero en mi vida.

La despedida de los brigadistas en Barcelona fue un evento cargado de profunda emotividad. La ciudad, a pesar de los estragos de la guerra, se engalanó para despedir a sus héroes, y banderas republicanas con mensajes de agradecimiento colgaron de ventanas y balcones. Los chicos, desconsolados y frustrados, desfilaron por las calles ante un baño de vítores, abrazos y besos. Se iban de España, no les quedaba más remedio, pero estaban seguros de que España jamás se iría de sus corazones. La mayoría sentía que su partida era un abandono a la causa y a los hermanos españoles con los que habían luchado codo con codo, aunque otros también sintieron alivio por la esperanza que representaba volver a casa para recuperarse física y emocionalmente del horror que habían vivido.

Ian, completamente curado, desfilaba junto a Drake y al resto de los voluntarios orgullosos por las calles barcelonesas, y Manuela y James caminaron tras ellos satisfechos por el apoyo incondicional que los valientes soldados habían ofrecido a España. Ese era su día, se merecían todo el agradecimiento que el pueblo les estaba brindando. El homenaje a los brigadistas internacionales lo había organizado el gobierno republicano y estaba lleno de actos, discursos y, sobre todo, pruebas de cariño.

—Me siento tan culpable —anunció Ian, intentando aguantar el llanto—. ¿Cómo podemos dejar a los españoles solos? Estamos abandonando a la República en una situación crítica. Siento como si la estuviéramos dejando morir.

—Yo también siento la misma amargura —agregó Drake—. Lo único que ahora podemos hacer es seguir luchando contra el fascismo en nuestros países. No nos queda otra.

—Juro que nunca olvidaré este país, que me ha demostrado que no importa el color de la piel para ser libres.

—La conexión con España y su gente estará con nosotros siempre… Además, Manuela no me dejará olvidarlo —dijo Drake, guiñando un ojo a su amigo.

—Fíjate —señaló Ian a la muchedumbre que se acumulaba en las esquinas—, cada vez viene más gente para despedirnos. —Ambos miraron conmovidos cómo miles de hombres, mujeres y niños con ropas remendadas y rostros fatigados los arropaban con cariño y no pudieron evitar emocionarse—. ¿Qué están cantando?

—*Ay Carmela*—exclamó Drake, al que se le puso un nudo en la garganta que silenció sus palabras al instante—. Vamos, Ian, cantemos.

Los muchachos, con su fuerte acento inglés, se unieron a los españoles y entonaron la balada que se había convertido entre las filas republicanas en un himno de resistencia y lucha.

—*El ejército del Ebro, rumba la rumba la rumba, el ejército del Ebro, rumba la rumba la rumba, una noche el río cruzó* —cantó Drake.

—*Y en las trincheras se supo, rumba la rumba la rumba, y en las trincheras se supo, rumba la rumba la rumba, que el fascista retrocedió* —le siguió Ian.

La canción provocó que se acervara el sentimiento de camaradería entre los voluntarios que se abrazaban entre sí y a la gente que había venido a despedirlos, e instaló en ellos un pequeño espíritu de esperanza.

—Esta gente está lanzando un mensaje al mundo —dijo Drake, henchido de emoción.

—¿Qué mensaje? —preguntó Ian.

—Que, a pesar de que nos vamos y se quedan solos, la lucha por la libertad en España y en el mundo continuará.

Tras el intenso desfile y homenaje a las Brigadas Internacionales, Drake e Ian se reunieron con James y Manuela en un café. A la muchacha le había caído muy bien el padre de Drake cuando el chico se lo presentó antes de salir de Albacete. Su sensibilidad, amabilidad y el hecho de que la hubiera acogido con cariño la enterneció y se preguntó cuánto debía de haber sufrido ese hombre tras esa máscara. Los cuatro se decantaron por el Café Suizo, y aunque el local estaba lleno a rebosar, consiguieron una mesa en una de las esquinas más apartadas.

—Si este es vuestro último día en Barcelona, lo celebraremos a lo grande —dijo James, contento de volver a estar con los chicos.

El café, uno de los más emblemáticos de la ciudad, era uno de los escenarios de intercambios de ideas entre brigadistas internacionales, republicanos y simpatizantes.

—¿Qué van a tomar? —preguntó un camarero vestido con una chaqueta blanca y una pajarita negra.

—¿Chocolate y *croissants* para todos? —sugirió James, mirando a los jóvenes.

—Sí —exclamó Manuela entusiasmada—. Me encanta el chocolate y hace siglos que no lo tomo.

—Pues ya ha oído a la señorita. Muchas gracias.

El hombre se fue con la bandeja en la mano y James sacó un sobre marrón del bolsillo interior de su chaqueta que puso sobre la mesa.

—Aquí están tus papeles, Manuela. Estados Unidos te espera.

La muchacha le sonrió contenta y Drake apretó el brazo de su padre para agradecérselo.

—Gracias, papá. ¿Ha sido muy difícil obtenerlos?

—Últimamente hay muchas redes de falsificación clandestinas. Podía haber recurrido a cualquier funcionario corrupto, pero me ha parecido mejor y más seguro pedir ayuda a los movimientos de solidaridad internacional. Lo importante es que ya son tuyos: pasaporte, visado, carta de invitación e incluso un registro de empleo falso.

—Muchas gracias, señor Knox. No lo hubiéramos conseguido sin usted.

—De nada. El que hables inglés, a pesar de tu acento, jugará a tu favor, y como me pediste, hemos mantenido tu nombre —le dijo, abriendo el pasaporte por la página que contenía sus datos—. Solo hemos alterado tu lugar y fecha de nacimiento.

—Gracias de nuevo, no sé cómo podría pagarle lo que está haciendo por mí.

—Lo hago con gusto —dijo James, satisfecho—. Bueno, decidme…, ¿a qué hora os vais?

—Nuestro tren para el norte sale a las diez de la noche —dijo Ian—. Desde allí, iremos a Francia en grupos organizados caminando a través de los Pirineos.

Drake se quedó callado.

—¿Qué te ocurre, hijo?

—Nada, solo que te echaré de menos, papá. Me encantaría que pudieras acompañarnos a casa. ¿Cuándo volveremos a vernos?

—Pronto —aseguró el hombre, intentando sonar alegre—. Buscaremos la manera, ya lo verás.

El camarero volvió con los cuatro chocolates y los *croissants* y Drake aprovechó para levantarse y pedirle a su padre que lo acompañara. Salieron a la puerta del café y el chico se encendió un cigarrillo.

—Toma —dijo, sacando algo del bolsillo—. Esto es para ti, carta de mamá.

—¿Qué dice? ¿La has leído? —James la cogió con manos temblorosas.

—No. Como puedes ver, está en un sobre cerrado dirigido a ti. Imagino que será su respuesta. —Drake tiró el cigarrillo, se metió las manos en los bolsillos y se dirigió a la entrada del café—. Será mejor que te espere dentro.

James abrió el sobre con miedo, hacía tanto tiempo que no había tenido noticias directas de Emily que le pareció que aquella hoja de papel que había tocado los dedos largos y suaves de su esposa era lo más maravilloso del mundo.

Mi querido James.

A pesar de que tengo el alma rota por dejar atrás a nuestros hijos, sé que mi vida está junto a ti. Llevamos separados demasiado tiempo como para continuar así. Tal vez, Accrington nos vuelva a dar la paz de nuestra infancia que tanto anhelamos y nos acoja de nuevo. Te amo profundamente y espero verte allí una vez la guerra de España haya terminado. Por favor, hazme saber de alguna forma cuándo y dónde volveremos a encontrarnos.

Con todo mi amor,

Emily.

El hombre rozó las letras con una ternura casi reverente, como si quisiera absorber cada trazo de tinta en su piel. Luego, dobló la carta con cuidado y la guardó en el bolsillo más cercano a su corazón, donde sentía que podía protegerla del mundo. Respiró hondo dejando que las palabras de Emily calmaran la angustia y el peso que había sentido durante esos últimos años. A su alrededor, la algarabía de los brigadistas y los españoles lo hicieron sonreír. Dejó que su mente volara hacia Accrington, a los días cuando su guerra había sido una amenaza lejana y el mundo aún estaba lleno de promesas, y se dejó llevar por los recuerdos de unos campos llenos de molinos, unas tardes de pícnic y sus amigos, sobre todo, sus amigos; Emily, Hattie, Charlie, Ed… e incluso Cora.

La voz de su hijo lo reclamó desde dentro del café.

—Se te va a enfriar el chocolate.

—Voy.

—¿Y bien? —preguntó Drake, que le echó a su padre el brazo por el hombro para entrar en el local.

—Nos encontraremos en Accrington.

—Me alegro, papá, te lo digo de corazón. Creo que mamá y tú merecéis estar juntos.

El hombre dejó pasar al chico primero y emocionado murmuró para sí mismo.

—Pronto, Emily. Pronto estaré a tu lado.

REGRESO A CASA

1938

La retirada de los brigadistas a través de los Pirineos fue peligrosa debido a la persecución de las tropas franquistas, que les pisaban los talones, y las malas condiciones meteorológicas. Ian, Drake y Manuela habían intentado cruzar a Francia en camión, pero al no encontrar ningún vehículo que pudiera llevarlos, no tuvieron más remedio que caminar a través de escarpados montes nevados durante días. El peso de sus mochilas los ralentizó y tuvieron que deshacerse de la mayoría de sus pertenencias y llevar solo lo imprescindible para hacer el viaje más ligero y rápido.

Francia ofrecía asilo a los que cruzaban la frontera, pero en campos de refugiados sin agua, comida y sin un lugar digno donde dormir. Los campos, que las autoridades francesas habían establecido como medida provisional, se llenaron de refugiados españoles y brigadistas internacionales que huían del avance franquista y todos se sintieron humillados y abandonados por el país que les había prometido refugio y los había hacinado como animales.

Ian, Drake y Manuela llegaron al campo de Argelès-sur-Mer extenuados. Lo habían construido en una playa abierta sin infraestructura adecuada y las condiciones de vida eran extremas y precarias para los que habían tenido la desgracia de ir a parar allí.

—Llevamos un mes aquí —protestó Manuela, indignada, mientras reconstruía una choza para ella y Drake—, y aún no hay barracones. Estos franceses nos han engañado, y eso que también son una república democrática. Si la cosa hubiera sido al revés y ellos hubieran tenido que cruzar a España, otro gallo cantaría.

Drake la escuchó mientras ponía unas ramas a modo de techumbre para refugiarse del frío y la humedad que los calaba hasta los huesos.

—Ya queda poco, mi amor. Pronto tendremos los permisos para volver a casa.

—Si no fuera porque todos los que estamos aquí nos ayudamos entre nosotros, ya estaríamos muerto —sentenció Manuela, que se dejó caer en la arena, enfadada.

—Sé que el gobierno norteamericano es reacio a intervenir, pero algunos compañeros dicen que la presión pública está haciendo que gestionen nuestro regreso.

—Sí, nosotros tenemos suerte, pero mira a tu alrededor: los demás españoles se tendrán que enfrentar a un exilio permanente, y eso me parte el alma. —La muchacha tiró un palo con el que estaba garabateando en la arena y se puso en pie.

—Vamos, cariño, no me gusta verte así —dijo Drake, que la abrazó por detrás mientras observaban el océano.

—No creo que después de esta experiencia vuelva a una playa —sentenció la joven, que se dio la vuelta y hundió la cara en el pecho de su novio.

—Eh, chicos —los llamó Ian, que se había involucrado de lleno en las charlas y debates organizados por jóvenes comunistas en el campo de refugiados desde su llegada—, ¡traigo buenas noticias!

—¿Qué pasa? —preguntó Drake, que soltó de su abrazo a Manuela.

—Nos vamos a casa. El Comité Norteamericano de Ayuda a España ya ha dado fecha para empezar nuestra repatriación. Saldremos de este agujero en una semana.

—¡¿Lo has oído, Manuela?! Una semana. —Drake alzó a Manuela por la cintura y dio vueltas con ella en el aire mientras ambos reían; cuando la puso en el suelo, se abrazó a su amigo.

—Al fin dejamos este lugar. América nos espera —anunció Drake.

—Y lo más importante es que Emmeline está allí esperándonos. Estoy deseando que la conozcas —le dijo Ian a Manuela.

—Y a mí me encantará conocerla.

Los días pasaron perezosos, y cuando llegó el momento de abandonar el campo de refugiados, los tres chicos, junto con la mayoría de los brigadistas, salieron con el corazón pesado por dejar a tantos españoles atrás, pero con un profundo deseo de regresar a sus hogares. Tuvieron tiempo de escribir una última carta informando a sus familias de cuándo estaba prevista su llegada, y se

dirigieron en trenes al puerto de Burdeos en un trayecto que resultó largo y agotador.

—¡Mirad! —les llamó la atención Manuela, señalando el campo que quedaba atrás.

Ian y Drake se acercaron a ella y, juntos, observaron cómo grupos de simpatizantes los animaban con pancartas y vítores a lo largo del camino. Un remolino de emociones los invadió, desde la tristeza hasta una extraña mezcla de esperanza y gratitud, y esa pequeña muestra de apoyo les dio fuerzas para seguir adelante.

Una vez en el muelle de Burdeos, Manuela, Ian y Drake se dirigieron hacia unas inmensas colas de excombatientes y refugiados para presentar su documentación y obtener los pasajes del barco.

—Tengo miedo —anunció Manuela, inquieta, a medida que le iba tocando el turno—. ¿Y si no aceptan el pasaporte? ¿Y si me rechazan y nos separan?

—No digas eso —la animó Drake—. Estoy seguro de que mi padre ha hecho un buen trabajo. No tendremos problemas. —Sin embargo, sus palabras no lograron calmar el ruido que tenía en la cabeza.

—Señorita —dijo un miembro del Comité Norteamericano de Ayuda a España sentado tras una mesa metálica—. Documentación.

Vacilante, la muchacha sacó su pasaporte y el hombre no reparó demasiado en él. La cola era inmensa y no podía permitirse el lujo de ralentizarla.

—Aquí tiene —dijo, entregándole el billete del barco—. ¡Que tenga un buen viaje!

Manuela aguantó el llanto y, emocionada, esperó a que Ian y Drake terminaran con el papeleo. Cuando hubieron acabado, se abrazó a su novio y escucharon con interés el último discurso de despedida de la mano de algunos oficiales antes de emprender el viaje a América. Subieron por la pasarela que los llevaba a un nuevo mundo y la chica no pudo evitar llorar. Se volteó un segundo para otear el horizonte francés y se prometió que algún día, cuando España volviera a ser libre, regresaría.

El barco había sido fletado por las organizaciones internacionales de apoyo a la república y era grande y sólido. Su casco de acero

reflejó los últimos rayos de sol cuando abandonaron el puerto francés y se pusieron en marcha. La travesía duró dos semanas y, aunque en su mayoría fue un viaje tranquilo, también estuvo lleno de reflexiones. Durante las semanas que duró el viaje, el tiempo pasó lento y los hombres y mujeres pasaron los días compartiendo historias de trincheras, cantando canciones significativas y, algunos, escribiendo las memorias de España que no querían olvidar. La noche antes de llegar a América, los brigadistas se reunieron a cenar en una mesa larga llena de viandas, el ambiente era festivo y las canciones y los bailes resonaban en el salón. Después de conversar con varios compañeros, Manuela dejó el jolgorio detrás y salió a la cubierta para tomar el aire. Se apoyó en la robusta barandilla de madera y miró el oleaje movido por el viento que la llevaba lejos de casa.

—¿Estás bien? —La noche era fría y Drake, que la había seguido, le echó una toquilla por los hombros.

—Sí, es solo… que, a veces, pienso que he abandonado a mi país cuando más me necesitaba. Me siento culpable.

—Te entiendo, pero ni tú ni nadie puede hacer nada más por la República. Lo que tenga que ocurrir pasará estés en España o no.

La muchacha se ajustó la toquilla y miró pensativa la oscuridad de la noche.

—Prométeme algo, Drake.

—Lo que quieras.

—Prométeme que regresaremos a España. Cuando vuelva a ser libre…

—Cuenta con ello —dijo el chico con sinceridad—, pero ahora entremos si no queremos congelarnos.

Manuela se volvió y lo besó con pasión enredando sus dedos en el pelo lacio del muchacho y se permitió un minuto para acariciarle los hombros y la espalda musculada.

—Te quiero y soy muy feliz de empezar una nueva vida a tu lado.

Drake la observó satisfecho. Estaba profundamente enamorado, y aunque no habían conseguido una victoria en los campos de batalla, sí se sentía afortunado de haber encontrado a Manuela.

—Yo también te quiero y estoy seguro de que te gustará Nueva York. Allí serás feliz, yo me encargaré de ello.

—Ya soy feliz, te tengo a mi lado. Venga… —dijo Manuela aterida de frío—, volvamos al salón.

—Tengo una idea mejor. —Drake la cogió de la mano y entre risas la llevó al camarote donde volvieron una vez más a hacer el amor.

A la mañana siguiente, avistaron la costa estadounidense y una mezcla de emoción y melancolía los invadió a todos. Habían sobrevivido a una guerra, eso ya era mucho. Algunos muchachos se echaron a llorar, otros guardaron silencio y la mayoría gritaron y dieron saltos de alegría abrazándose los unos a los otros.

Emily y su hija habían llegado al puerto mucho antes del atraque del barco cargadas con una gran pancarta que rezaba: ¡Bienvenidos a casa! Habían quedado con Ruth y los Johnson y pronto se unieron a ellos otras familias que tampoco querían perderse el regreso de sus hijos. Martha estaba muy nerviosa y se restregaba las manos sin poder quedarse quieta. William se había puesto muy elegante y, serio, caminaba de arriba abajo por el muelle donde tendría lugar el amarre. Emily se unió a su caminata, mientras que Ruth trató de tranquilizar a Martha.

Emmeline estaba preciosa con un abrigo de lana azul marino y una bufanda *beige* alrededor del cuello. El frío y la emoción sonrojaron sus mejillas y pequeñas nubes de vapor salieron por su boca al respirar, dándole un aire inocente e infantil. No podía quedarse quieta y se puso de puntillas como si de aquella manera divisara mejor la llegada del barco.

—¡Ahí están! —gritó, señalando a un buque enorme que se aproximaba y que hizo que a todos se les acelerase el corazón.

Las familias empezaron a vitorear y aplaudir al mismo tiempo, y a medida que se acercaba el barco a la costa, pudieron reconocer a los muchachos que desde la cubierta los saludaban blandiendo bufandas, guantes o pañuelos.

—¡Mira, mamá! ¡Allí! Es Drake.

—¡Drake! —gritó Emily, agitando la mano con fuerza.

El muchacho reparó en su madre y le tiró un beso con la mano.

—Allí está Ian, pero ¿qué le ha pasado? Se ve tan distinto —señaló Martha, que no pudo evitar preocuparse. Sus hijos pequeños, Sam y Serena, saltaron alegres, tratando de llamar la atención de su hermano, y William levantó la mano para que su hijo los viera.

La emoción era total y el aire invernal se mezcló con el calor de las emociones. Familias enteras envueltas en abrigos y chaquetas esperaban ansiosas al pie del muelle para volver a abrazar a los suyos. Los brigadistas empezaron a bajar la pasarela, y padres, madres, hermanos, novias y familiares corrieron hacia los chicos para acogerlos con cariño. Drake fue uno de los primeros en salir, y Emily se dejó caer en sus brazos besando cada centímetro de la cara de su hijo.

—Has perdido mucho peso. ¿Estás bien? —atinó a decir.

—Ahora que estamos en casa, estoy más que bien, mamá.

Emily miró a su hijo con gravedad y las palabras de Drake no consiguieron engañarla. Ya había vivido una guerra y sabía que, aunque su boca decía una cosa, su corazón gritaba otra. Ya lo había visto en la cara de James, y en la de otros amigos tras la Gran Guerra, y se sintió triste y abatida.

—Te quiero, mi amor, y me alegro de verte —fue lo único que pudo a añadir.

—Emmie, ¡ven aquí! —gritó el muchacho, que se fundió en un abrazo con su hermana contento de verla—. ¿Sabes que te he echado mucho de menos?

—Y yo a ti —aseguró la chica, con lágrimas en los ojos.

—Esta es Manuela —anunció Drake, presentando a la muchacha que se había mantenido en un segundo plano mientras la familia se abrazaba.

—Bienvenida —agregó Emily, que la tomó de las manos—. Espero que te sientas bien entre nosotros y te guste América.

—Estoy segura de que así será —dijo la muchacha con su acento español.

—Hola, soy Emmeline. Te digo lo mismo que mi madre. Bienvenida. —La chica se acercó a Manuela y la besó en la mejilla—. Pero ¿dónde se ha metido Ian? —preguntó nerviosa a su hermano.

—No te preocupes, venía detrás de nosotros.

Emmeline se volvió y lo vio entre los brazos de Martha, que tocaba la cara de su hijo con admiración. El señor Johnson estaba a su lado y ambos lloraban.

—Toma —dijo Martha—. He tejido esta bufanda para ti, pensé que tendrías frío.

—Es preciosa, mamá. —El muchacho se la puso alrededor del cuello y ese pequeño gesto lo conectó con su hogar.

Ian levantó la mirada buscando a su novia y sus ojos se encontraron con los de Emmeline, que lo recibió con una gran sonrisa. El chico se deshizo del abrazo de su madre y con prisas se dirigió a hacia ella, que abrió los brazos para acogerlo sin que le importase lo que pensaran los demás. Se envolvieron en un profundo abrazo y el muchacho buscó la boca de la chica, que lo besó con dulzura.

—No he podido dejar de pensar en ti en todos estos años —dijo Ian mientras le acariciaba el pelo oscuro.

Emmeline lo apretó más fuerte y no se separó de él en un tiempo largo, como si quisiera asegurarse de que realmente estaba allí, vivo y a salvo. Cuando se soltaron, observó con preocupación lo delgado que se había quedado, y aunque intercambió una mirada de inquietud con Martha, evitó decirle nada a Ian para no preocuparlo.

Las familias, en su mayoría blancas, hicieron un círculo a su alrededor extrañados porque un brigadista negro besara a una chica blanca, pero nadie comentó nada.

Manuela saludó a Ruth y a los Johnson, y la alegría y la paz que se respiraba hicieron que se sintiera fuera de lugar y se acordara de su casa. Drake se acercó a ella, preocupado.

—Sé lo que piensas. No será fácil y todos nos tendremos que enfrentar a un periodo largo de adaptación, pero, ahora, ¿qué te parece si disfrutamos de las sonrisas y los abrazos y dejamos las preocupaciones para más adelante?

—Me parece bien, cariño —dijo la chica, agradecida de tener a Drake a su lado.

—Si estamos todos, vámonos a casa. Hoy toca celebrar —anunció Emily.

—Aún no, mamá. Ya nos han dicho en el barco que tenemos que presentar nuestros papeles antes de salir del puerto, y nos han advertido que hay mucha controversia con nuestra llegada y que puede que tardemos un tiempo.

William Johnson bajó la mirada y movió la cabeza en negación.

—¿Qué pasa, papá?

—El gobierno mira con recelo a los que han participado en la guerra de España, su posición sigue siendo la de neutralidad y no les gustan los que han viajado para combatir por la República.

—Vamos, vamos, haced tres colas —gritó un agente portuario a los brigadistas y los exiliados que los acompañaban. Unos hombres con gabardinas los esperaban a las puertas de una gran oficina y los observaron con detenimiento antes de dejarlos entrar.

—¿Quiénes son? —le preguntó Ian a su padre.

—Agentes del FBI.

—¿Y qué hacen aquí? —exclamó Drake sin comprender.

—Os van a interrogar.

—i¿A interrogar?! ¿Y por qué no nos lo dijiste antes, William? —preguntó Emily, nerviosa y enfadada.

—¿Y para qué? Solo hubiera conseguido preocuparos más a Martha y a ti. Esto es algo por lo que todos los chicos de ese barco tendrán que pasar, así que, cuanto antes lo hagan, mejor.

—¿Y qué les van a hacer?

—Nada, Martha —aseguró el hombre—. Solo hablarán con ellos.

—Entonces, no perdamos más tiempo —dijo Ian—. Seamos unos de los primeros.

Manuela entró como refugiada y tuvo que ir a través de otro canal diferente a los jóvenes norteamericanos, que, como ya había predicho William, fueron interrogados por agentes de inmigración y del FBI. Ian fue el primero en acabar y salió indignado para unirse a sus padres y amigos.

—¿Qué te han preguntado? —quiso saber su madre angustiada.

—Querían averiguar si nuestra presencia en España estaba vinculada a actividades comunistas. Dicen que no deberíamos haber luchado al lado de los republicanos, y yo me pregunto al lado de quién querrían que peleásemos. ¿Al lado de los fascistas?

—Ese es el tema, Ian —dijo William—, que el gobierno no quería que peleaseis con nadie.

Manuela se unió al grupo sin problemas, pero estuvieron esperando más de una hora sin que Drake saliera del interrogatorio, cosa que hizo que Emily perdiera los nervios.

—Pero ¿qué estará ocurriendo? ¿Es que no ven que estos muchachos necesitan descansar y estar con sus familias? —La mujer se mordió el labio intentando no llorar y Emmeline se acercó a ella para consolarla.

—Todo irá bien, mamá —dijo molesta porque el gobierno estuviera haciendo pasar a su madre por ese angustioso momento.

Drake tardó un rato más en salir de la oficina y cuando lo hizo parecía preocupado.

—¿Estás bien? —susurró Manuela.

—Sí, solo estoy enfadado porque esa gente haya empañado este gran día.

—¡Cariño! —dijo Emily que volvió a abrazar a su hijo—. ¿Te han hecho daño?

—No, pero me han retenido el pasaporte —anunció Drake, mirando al señor Johnson—. También me han preguntado sobre mis contactos en España y mi participación en organizaciones políticas internacionales.

—¿Y qué les has contado? —preguntó Emmeline sin creerse que el país de la libertad tratara así a sus propios ciudadanos.

—La verdad. Es mejor así, antes o después se enterarán de que pertenezco al Partido Comunista, mejor que lo sepan desde primera hora. Parecía que estaban muy interesados en ese punto, y yo no tengo nada que ocultar.

—Vámonos —anunció Emily malhumorada, cogiendo a su hijo del brazo—. Quieran o no, hoy vamos a celebrar vuestro regreso a casa, y ya se nos ha hecho muy tarde.

—Bien dicho —agregó Ruth.

Emmeline se aferró a Ian con fuerza, y ambos caminaron junto a los Johnson y a Ruth, mientras que Drake cogió del brazo a Manuela y a su madre. Y con el corazón ligero, cruzaron las puertas del muelle para festejar que volvían a estar juntos. El futuro aguardaba

con sus desafíos, pero ese día no estaba destinado a preocupaciones, ese día no.

NUEVA YORK

1939

El señor Pickens, con la ayuda de la Asociación Nacional para el Avance de las Personas de Color, logró llevar a juicio a los agresores de Emmeline, justo antes de que Ian y Drake regresaran de España. Para asombro de todos, las penas a Tommy Lancaster, Andy Freeman y Lloyd Pink fueron más severas de las esperadas y tuvieron que enfrentarse a consecuencias legales que, sin la ayuda de la NAACP, no hubieran sido posibles. Pickens estaba seguro de que solo los culpabilizarían de alteración del orden público, sin embargo, su equipo de abogados consiguió que los acusaran de cargos por agresión, ya que pudieron aportar pruebas sólidas del acto. No les impusieron cárcel, como a Emmeline le hubiera gustado, pero los agresores tuvieron que enfrentarse a trabajos comunitarios, la asistencia a un programa educativo sobre derechos civiles, igualdad y tolerancia y una multa sustanciosa. Sin embargo, y a pesar de que la NAACP presionó públicamente a los empleadores de los atacantes, no consiguieron el despido de ninguno de los tres ni tampoco una orden judicial para evitar que se acercaran a Emmeline o su familia.

Como le prometió al señor Johnson, Emmeline le había escrito a Ian para contarle lo sucedido, pero esa carta nunca llegó a sus manos, extraviada entre el correo de una guerra perdida, y la chica se vio obligada a explicarle todo lo que había ocurrido cuando se reencontraron en Nueva York.

—Pero ¿te lastimaron? —preguntó, angustiado, sentado en un banco de Central Park.

El invierno había caído con brutalidad en la ciudad y el frío se defendía a dentelladas junto el viento que movía la hojarasca. Emmeline se miró las manos enguantadas y respondió con determinación.

—No te preocupes, ya ha pasado todo.

—Contéstame. ¿Te hicieron daño? —le exigió el muchacho.

—No. Fueron solo unos rasguños —mintió—. Aun así, creí que debía denunciar.

El chico se puso de pie, furioso, y le dio la espalda a su novia, que seguía sentada en un banco frente al lago. Se abrazó a sí mismo para entrar en calor y con un profundo suspiro miró hacia el cielo nublado. Emmeline observó en su rostro la tensión de sus pensamientos y tuvo miedo.

—Ian, olvidémoslo. Ya han tenido su merecido.

El muchacho permaneció en silencio procesando todo lo que la chica le había contado y se sintió profundamente apesadumbrado.

—Esto nunca debía haber pasado… —dijo, al fin, dándole un puntapié a una papelera del parque—. No puedo creer que te tuvieras que enfrentar a algo tan horrible sola. —El chico apretó los puños y un odio irracional se instaló en sus entrañas haciendo temblar su barbilla.

—Pues yo me alegro de que tú no estuvieras allí, no quiero ni pensar en lo que hubiera ocurrido. Además, nunca me encontré sola, cariño, mi madre y tu familia siempre estuvieron a mi lado.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero —dijo él enfadado, y Emmeline pudo sentir cómo su corazón se dividía entre el profundo amor que sentía por ella y el temor por su bienestar—. Yo soy el culpable de lo que te ha ocurrido…

—¿Qué dices? Solo esos tres canallas son los culpables, tú no has hecho nada.

—Sí, soy culpable porque me he atrevido a desafiar las leyes de esta sociedad y tú has pagado por ello. No soporto la idea de que alguien te vuelva a hacer daño solo por estar conmigo.

Emmeline se levantó del banco y lo abrazó con cariño, pero Ian se zafó del abrazo y la tomó por los hombros para mirarla a los ojos.

—No puedo seguir siendo la causa de que pases por algo así. No volveré a ponerte en peligro.

—¡¿Qué quieres decir?! —gritó Emmeline a punto de llorar.

—Te quiero y por eso debo protegerte. Nuestros padres tenían razón. No podemos estar juntos.

—No digas eso, por favor —susurró la chica con el corazón hecho añicos.

—¿Qué clase de vida podría ofrecerte si a cada paso que damos nos convierten en un blanco? No me importa lo que me pase a mí, pero no podría soportar que te dañaran a ti. Además, te mereces algo mejor y no vivir con miedo.

—No. Te equivocas. No podría vivir sin ti. Hemos superado una guerra y has vuelto vivo a mí, ¿cómo puedes plantearte que nos separemos ahora? Además, tú no decides por mí. Sólo tú y yo dictaminaremos si queremos estar juntos o no, pero te juro que no lo harás tú solo, ni otras personas, ni esta sociedad. El racismo y el miedo no me separarán de ti.

Ian miró a la chica emocionado y la vio más bella que nunca. Emmeline había madurado durante los años que él había estado fuera y amó su determinación y coraje.

—Tú puedes rendirte si quieres, pero yo no lo haré —continuó—. Ellos no ganarán.

Copos de nieve empezaron a teñir de blanco la copa de los árboles, creando un paisaje sereno que contrastaba con los sentimientos de los jóvenes, como si el mundo quisiera ofrecerles un momento de tregua y esperanza.

—¿Crees acaso que lo que ha ocurrido puede ser más fuerte que lo que sentimos el uno por el otro? —insistió Emmeline—. Me duele que pienses que separarnos sea la solución, pero no estoy dispuesta a perderte ni que algo tan mezquino como el odio nos robe lo que tenemos. Te quiero y quiero luchar contigo. ¿Lucharás tú también?

Ian se llevó las dos manos a la cara y se restregó los ojos, vencido. Emmeline se lo estaba poniendo muy difícil.

—Yo también te quiero.

—Pues dejémonos de perder el tiempo y démonos una oportunidad para ser felices, sin miedos ni dudas.

Ian se rindió a sus palabras y la besó en la frente.

—No sé qué he hecho para merecerte, pero te prometo que nunca más dejaré que nadie nos separe.

Los muchachos se abrazaron, y en ese momento, mientras la nieve seguía cayendo, se prometieron que pelearían por un futuro

juntos.
La guerra terminó en el verano de ese mismo año con la victoria de los sublevados, pero Ian y Drake siguieron defendiendo la causa antifascista y participaron en actos públicos para narrar su experiencia en España, recaudar fondos para los refugiados y ayudar a los exiliados de la República. Se involucraron de lleno en las reuniones del Partido Comunista y en organizaciones de izquierdas a las que asistían acompañados de Emmeline y Manuela, a pesar de que cada día aumentaba más el sentimiento anticomunista en Estados Unidos. A medida que fueron pasando los meses, los brigadistas se convirtieron en sospechosos, ya que el gobierno los acusaba de participar en una guerra extranjera que Estados Unidos no había apoyado, y era raro el día en el que Ian y Drake no descubrían a agentes del FBI vigilándolos. Solo los círculos progresistas los apoyaban mientras que una gran parte de la sociedad permanecía indiferente o crítica a su regreso.

—Estados Unidos está cambiando —le dijo Drake a Ian una tarde de camino a una reunión del partido—. La sociedad está cada vez más polarizada y siento que se nos desprecia y discrimina por nuestros ideales.

—Estoy de acuerdo. Si no fuera por la red de apoyo de todos los que luchamos en España, no sé qué sería de nosotros. Por cierto —exclamó Ian—, ¡aún no te he dicho que me han conseguido una entrevista de trabajo en una fábrica textil!

—¡Qué buena noticia! Me alegro por ti. Felicidades.

—Bueno, no cantemos victoria porque aún no me han dado el puesto, pero parece que es mejor trabajo que el que tengo ahora.

Manuela caminaba del brazo de Emmeline delante de los chicos y conversaban alegres al ritmo del contoneo de sus caderas. Llevaban trajes veraniegos con motivos florales que se movían vaporosos por el viento de la tarde estival y, ambas, a pesar de ser diferentes, se veían preciosas.

—A mí también me gustaría encontrar un empleo donde paguen más. Quisiera casarme con Manuela y no podremos hacerlo hasta que seamos más independientes financieramente. De momento, con mi madre y Emmeline estamos bien, ya sabes cómo son, han

acogido a Manuela con los brazos abiertos y creo que la aprecian de verdad. Sin embargo, esto es solo una solución temporal.

—Ya te he dicho que tienes que ir a ver a la Asociación de Veteranos de la Brigada Abraham Lincoln. Tienen una buena red de contactos, si han podido concertar una entrevista para mí, también lo harán para ti.

—Tenía pensado hablar con algunos miembros del partido esta noche. Sé que no escatiman en recursos para apoyar a los veteranos. A Manuela le ha resultado más fácil apoyarse en los exiliados españoles que, además de ánimo moral, le han conseguido un empleo como cocinera en un restaurante español de la calle 14. Ella dice que preferiría ser dependienta, como era en España antes de que estallara la guerra, pero de momento está contenta en su trabajo.

—Es una pena que, a pesar de todas estas redes, siga habiendo veteranos que se tengan que enfrentar a discriminación y dificultades económicas —agregó Ian—. Mike, por ejemplo, aún no ha encontrado un trabajo bien pagado o que le guste. Me reuní con él hace unos días y lo veo desesperado.

—¿Tomamos una limonada antes de entrar? —los interrumpió Emmeline, feliz.

Ian le sonrió y pensó que estaba preciosa con su melena al viento. Drake echó un vistazo a la hora.

—No creo que haya tiempo. Me gustaría hablar con algunos de los chicos antes de que empiece la reunión.

—¿Qué te parece si vosotros os adelantáis y ahora os alcanzamos Emmeline y yo? —dijo Ian—. Así tu podrás hacer lo que necesites y mi novia tendrá su limonada.

Manuela los miró sonriente.

—Emmeline es una chica con suerte —agregó—. Tiene un novio muy atento.

—Vente con nosotros —trató de convencerla la hermana de Drake—. Será solo un momento y la limonada de Mode's está buenísima.

—No —dijo la española, haciendo un gesto con la mano—, prefiero acompañar a Drake. Nos veremos en la reunión.

Los cuatro se despidieron y tomaron caminos distintos en una calle que se bifurcaba cerca de un semáforo. El sol hacía media hora que se había ocultado y una tormenta empezaba a arreciar por las calles cada vez más desiertas.

—Va a empezar a llover pronto —dijo Emmeline, que se refugió en los brazos de Ian, y los dos aceleraron el paso. Las luces de las farolas parpadeaban, proyectando sombras alargadas sobre el suelo mientras la ventisca aullaba entre los edificios.

—Será mejor que nos demos prisa, parece que el tiempo está empeorando —propuso Ian—, creo que la tormenta descargará pronto, aunque tengo que reconocer que siempre me han gustado estas tormentas de verano.

—¿Y si cogemos por el atajo de Klain Street? —sugirió Emmeline —. Estaremos allí en menos de cinco minutos.

Ian sopesó la proposición. No le gustaba esa calle, era oscura y estrecha, alejada de las vías principales, pero las primeras gotas empezaron a caer y, cogiendo a la chica de la mano, echaron a correr.

—De acuerdo. Vamos.

La reunión del Partido Comunista había terminado sin que Ian y Emmeline asistieran a ella. Drake y Manuela los esperaron un rato en la puerta del edificio donde había tenido lugar, pero después de media hora y con lo mala que se había puesto la noche, empezaron a impacientarse. Drake caminó la calle de arriba abajo y no paraba de estirar el cuello por si los veía aparecer por alguna de las esquinas.

—No te preocupes, seguro que les ha sorprendido el chaparrón. Emmeline ya estará con tu madre —dijo Manuela.

—No lo sé. Ya sabes lo que le ocurrió a mi hermana mientras estábamos en España. ¿Y si les ha pasado algo?

—Podemos preguntar en Mode's, quizá se acuerden de si han estado allí.

El agua empezó a caer de manera torrencial y los truenos iluminaron el cielo de Nueva York marcando la silueta de unas nubes negras amenazantes.

—No sé, estamos empapados y, tal vez, estoy exagerando. Sin embargo, creo que me sentiría mejor si preguntásemos. ¿Te importa si vamos?

—En absoluto.

Los chicos corrieron buscando refugio entre los edificios y soportales. La gente se apresuraba y entraban en tiendas y cafés con las caras mojadas por el viento y las ráfagas de lluvia hacían difícil distinguir los contornos de las calles. Llegaron justo cuando Mode, el dueño de la cafetería, estaba colgando el cartel de cerrado.

—Perdone —dijo Drake.

—Lo siento, muchacho, estamos cerrados.

—No queremos entrar. —El hombre los miró extrañado—. ¿Han estado aquí una chica blanca y un chico negro tomando limonada?

Mode volteó los ojos, cansado.

—¿Qué tipo de pregunta es esa? ¿Crees que llevo un registro de todos mis clientes?

—Señor, por favor, sería fácil recordarlos. Él es un muchacho negro y ella es blanca, dijeron que vendrían hace unas tres horas —agregó Manuela suplicante.

Mode suspiró aburrido.

—Tenéis suerte, porque la tarde ha sido tranquila y no ha venido nadie así. ¿Ya estáis contentos? Ahora apartaos, que me va a entrar el agua en el local.

Mode cerró la puerta en las narices de los muchachos y, molesto, bajó la persiana.

—¡No han venido! —dijo Drake solemne.

—No podemos ponernos en lo peor. Quizá cambiaron de opinión y, al ver que se acercaba la tormenta, se fueron a casa.

—No. Nos hubieran avisado. Estoy seguro de que ha pasado algo. Es un presentimiento.

—Volvamos, Drake. Si no vinieron aquí, primero debemos asegurarnos de que no estén en casa. Luego podremos decidir qué hacer.

Drake se llevó las manos a la cintura, nervioso, y miró a su alrededor sopesando las posibilidades.

—No. Recorramos las calles primero.

—Está bien, como prefieras —dijo Manuela con los pelos pegados a la cara empapada.

—Vamos. No hay tiempo que perder. ¡Ian! ¡Emmeline! —comenzó a gritar Drake, y la chica lo imitó bajo una lluvia torrencial que amenazaba con no cesar en mucho tiempo.

¿QUÉ HA PASADO?

1939

Emily se había despedido del Ejército de Salvación hacía solo unos días. Ruth le había preparado una pequeña fiesta sorpresa y había tenido la oportunidad de decirles adiós a sus compañeros y jefes. Todos habían sido siempre muy considerados con ella, y el hecho de abandonar su trabajo y, sobre todo, a Ruth, le provocaba una gran pesadez en el corazón. Pero James ya la estaba esperando y eso le daba fuerzas para continuar. Su marido se las había ingeniado para mandarle a través de la agencia para la que trabajaba una escueta carta donde le indicaba que podía viajar cuando quisiese y que se verían en su antigua casa de Accrington.

Emily ya había hecho las maletas, solo le faltaba despedirse de los Johnson y asegurarse por milésima vez de que sus hijos estarían bien sin James y sin ella. Tenía los pasajes del barco, pero el hecho de dejar atrás a Emmeline y a Drake la corroía por dentro. Sabía que ya eran adultos y que en breve se emanciparían, se casarían y empezarían a vivir sus propias vidas, pero estaba segura de que los echaría mucho de menos. En su mente, su marcha solo era una solución temporal, y si los chicos seguían viviendo en Estados Unidos, tarde o temprano, James y ella tendrían que buscar una forma de volver. Tal vez, todos decidieran cambiar de estado o mudarse a México, pero no quería pasar el resto de su vida sin tener a sus hijos a su lado.

Cuando estaba cerrando una de las valijas, el timbre de la puerta sonó desesperado.

—Ya voy, ya voy… ¿Quién es con tantas prisas? —preguntó y se detuvo, asustada, pensando si quizá Luciano se habría enterado de que se iba del país.

Metió las dos maletas debajo de la cama y fue abrir con miedo. Drake entró como una exhalación y lo siguió una Manuela de cara desencajada. Ambos estaban empapados.

—¡Oh! Os ha cogido la tormenta. Será mejor que…

—¿Ha llegado ya Emmeline? —la interrumpió su hijo, y algo en su voz hizo que se pusiera rígida.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la madre muy seria.

—Probablemente no sea nada —agregó Manuela para tranquilizarla—, pero Ian y Emmeline decidieron ir a tomar una limonada antes de la reunión y no hemos vuelto a saber de ellos.

Emily se dejó caer en el sofá de la sala, con las manos temblorosas entrelazadas en su regazo. Sus pensamientos corrían como un río desbordado llenos de imágenes de Emmeline e Ian, de calles oscuras y peligros latentes que parecían multiplicarse en su mente por momento.

—Estarán bien —enfatizó Manuela—, pero sus palabras no consiguieron calmarla. —Emily sabía que la ciudad no siempre era segura, especialmente para una pareja como ellos.

—¿Tú qué opinas, Drake? —preguntó angustiada. El muchacho no quería preocuparla, pero estaba muy asustado y tenía la sensación de que debían hacer algo con rapidez.

—Creo que tenemos que ir a buscarlos.

—Quizá deberíamos hablar con la familia de Ian o denunciar en la policía —agregó Manuela.

Emily se levantó del sofá sin hablar, se puso un abrigo marrón y cogió el bolso.

—Ya nos desaconsejaron una vez denunciar, tenemos que buscarlos.

—Yo lo haré. Vosotras id a ver a los Johnson.

—De acuerdo, cariño —dijo Manuela—. Yo acompañaré a tu madre.

—Mamá, por favor, quédate con la señora Johnson en su casa. Si los encuentro, iremos allí.

—Pero yo también quiero ir a buscarlos…

—Por favor —sentenció Drake, y Emily pudo ver un halo de pánico en sus ojos que le impidió seguir discutiendo.

—Está bien —se rindió—. Te esperaré allí.

Drake besó a Emily en la frente y a su novia en los labios y con prisas abandonó el apartamento con el corazón en un puño. Salió a

la tormenta, no hacía frío, pero el viento era tan violento que no servían los paraguas. Con la respiración agitada, preguntó por su hermana e Ian a las pocas personas que se habían atrevido a seguir en la calle a esas horas de la noche. Nadie parecía saber nada de ellos hasta que un muchacho mal vestido que montaba en bicicleta señaló hacia un callejón a pocos metros de la cafetería de Mode.

—Creo que vi algo allí —dijo el chico como si se hubiera metido en problemas solo por hablar.

—¿Y qué viste? —lo zarandeó Drake sin pensar.

—Parecía una pelea y había gente gritando. —El chiquillo estaba a punto de llorar y Drake lo soltó y se disculpó por su comportamiento.

—Lo siento. Toma una moneda —le dijo, poniéndosela en la mano—. Ten cuidado y vete a casa. No deberías estar fuera tan tarde.

El chico se montó en la bicicleta maltrecha y, dedicándole una dura mirada a Drake, se alejó de allí pedaleando.

El joven Knox corrió hacia la angosta franja de sombras entre dos edificios altos y lo que encontró le heló la sangre. Ian estaba tendido en el suelo, inconsciente, y sangraba por la nariz y la boca mientras Emmeline apoyada en la pared le sostenía la mano. Tenía el labio partido, una mancha oscura se extendía por su mejilla y su pelo alborotado le caía por la cara desordenado. Su vestido desgarrado y los arañones en pecho y brazos le dijo a su hermano lo mucho que había peleado, y Drake se dejó caer de rodillas preso del pánico. Se acercó a su hermana para ver si respiraba y un alivio recorrió su cuerpo cuando distinguió su aliento. Hizo lo mismo con Ian, pero su respiración no le pareció ni tan fuerte ni tan regular como la de Emmeline, y el miedo a perderlo le erizó los pelos de la nuca. Gritó para pedir auxilio, pero era tarde y la noche estaba desapacible, por lo que nadie acudió a su llamada. Sabía que no había nada abierto alrededor de aquel maldito callejón y no quería dejar solos ni a Ian ni a su hermana. Emmeline abrió un ojo con dificultad, su voz era ronca y apenas audible.

—Nos… Nos estaban esperando…

—Shhh… No hables ahora, Emmie. Ya estáis a salvo.

—Dijeron… que gente como nosotros no tienen cabida… aquí —insistió la chica, y Drake entendió que necesitaba contárselo.

—¿Sabes quiénes eran?

Emmeline cerró los ojos y respiró buscando fuerzas.

—Tenían capuchas, pero…

Drake aguantó el llanto y apretó los labios tragándose las lágrimas.

—Reconocí sus voces. Son los mismos.

—¿Los mismos que te atacaron cuando estábamos en España?

—Sí —dijo, y echando la cabeza hacia atrás, volvió a desmayarse.

—¡Socorro! —gritó Drake con el estómago revuelto—. ¡Auxilio! —Unas voces jóvenes respondieron a lo lejos y pronto dos hombres, que volvían a casa probablemente tras beber unos tragos, se presentaron en la callejuela dispuestos a ayudar.

—Buscad a alguien que pueda echarnos una mano. Necesitamos una ambulancia. —les gritó Drake.

Los hombres salieron corriendo mientras el chico tomó el rostro de Emmeline entre las manos con cuidado de no hacerle daño. Se sentó en el suelo y apoyó a su hermana contra su pecho. Estaba tan cerca de Ian que pudo sentirle el pulso, cada vez más débil, cuando le puso los dedos en el cuello, y se desesperó pensando en que la ayuda no llegaría a tiempo.

—No te mueras, amigo, aguanta un poco más.

—La ambulancia está en camino —dijo uno de los hombres que habían acudido a socorrerlos—. Yo mismo la he llamado desde un bar que aún estaba abierto.

—Se lo agradezco mucho —dijo Drake.

—¿Están graves? Parecen que les han dado una buena paliza.

El sonido de la ambulancia se escuchó a lo lejos y pronto las luces rojas y azules se dejaron ver en la calle principal.

—¿Le importaría indicarles dónde estamos?

—Ahora mismo —dijo el hombre, que corrió al encuentro del vehículo.

Los paramédicos evaluaron a los heridos y decidieron que Ian estaba más grave que Emmeline, por lo que lo montaron primero en

la ambulancia.

—¿No podrían llevárselos a los dos? —gritó Drake fuera de sí.

—Lo siento, pero eso no es posible. No se preocupe, su hermana se pondrá bien, es el chico quien nos preocupa.

—¿A dónde lo llevan?

—Dice que se llama Ian Johnson, ¿correcto?

—Así es.

—Pues a Ian al Harlem Hospital Center, a la joven al Mount Sinaí. Es el hospital más cercano.

—Pero no estarán juntos, por favor, ¿no podrían llevarlos al mismo hospital?

—Podríamos, pero, créame, lo hacemos por el bien de su amigo. Si lo llevamos al Mount Sinaí, tendrá que esperar mucho, no recibirá la mejor atención y, tal vez, algunos médicos se nieguen a atenderlo. Mire, el chico está grave, necesita que lo asistan de inmediato, ¿me comprende?

Drake cerró los ojos, frustrado. Sabía que el paramédico tenía razón y odió el racismo en el que vivían.

—Está bien —se rindió.

—Usted quédese con su hermana. Otra ambulancia estará aquí en pocos minutos.

Mientras tanto, en casa de los Johnson, Emmeline, Martha y Manuela esperaban impacientes.

—¿No debería Drake haber venido ya? —preguntó Emily, que caminaba por el salón como un gato enjaulado.

—Aún estará buscando a Ian y a Emmie —intervino Manuela para animarla.

—No —afirmó Martha contundente—. Estoy de acuerdo con Emily, ha debido de pasar algo.

La mujer retiró las tazas de té vacías y las llevó a la cocina por distraerse cuando William, acompañado del pastor de la iglesia, abrió la puerta de repente.

—Los han encontrado —gritó—. Vamos, no hay tiempo que perder.

Por las escaleras fue poniendo al día a las tres mujeres, y cuando llegaron abajo, Emily, Martha y Manuela ya sabían que

Emmeline e Ian habían sido brutalmente golpeados. Emily se agarró del brazo de Martha dispuesta a echar a correr cuando William la detuvo.

—Emily —la sujetó—. Los chicos no están en el mismo hospital. Nosotros iremos al de Harlem, tú y Manuela debéis ir al Mount Sinaí, allí os espera Drake.

—Pero… —Emily intentó hablar, aunque solo consiguió que dos lágrimas gruesas rodasen por sus mejillas.

—Ya hablaremos en otro momento, ahora tenemos que ir a ver a nuestros hijos.

—¿Sabes cómo están, William?

—No. Te lo juro.

—Está bien.

Emily miró a Martha comprendiendo su dolor y la abrazó con todas sus fuerzas.

—Espero que Ian esté bien. Es un gran muchacho y lo queremos mucho —susurró al oído de su amiga.

—Yo también espero que Emmeline esté bien.

Las mujeres se separaron entendiendo con la mirada lo que sentían en sus corazones y cada una, acompañada por los suyos, se marcharon en direcciones opuestas.

UN DOLOROSO ADIÓS

1939

Tras el ataque a Ian y a su hija, Emily retrasó su viaje a Inglaterra, a pesar de que Emmeline le había suplicado que se fuera. Hacía semanas que estaba recuperada de los golpes que había recibido, Ian había sido su escudo en la pelea, y aunque había sufrido contusiones y una pequeña conmoción, no habían resultado de gravedad. El problema era Ian. El chico seguía hospitalizado en el Harlem Hospital Center y se debatía entre la vida y la muerte. La paliza había sido brutal. Habían tenido que operarlo de urgencias para quitarle un riñón, tenía el bazo reventado y había sufrido dos paradas cardíacas, por lo que los médicos aun no las tenían todas consigo de que sobreviviera.

Ni los Johnson ni Emmeline se separaron de su lado ni un instante, mientras que Drake y Emily combinaban las visitas al hospital con la búsqueda de quienes habían golpeado con tanta crueldad a Emmie y a Ian. A través de un buen amigo de Ruth que iba a viajar a Londres, enviaron una carta para advertir a James de lo sucedido e informarlo de que Emily se retrasaría. No estaba dispuesta a anular su viaje, estaba deseando reencontrarse con su esposo, pero la situación en Nueva York requería que se quedase más tiempo y estaba segura de que James lo entendería.

Las semanas se fueron convirtiendo en meses y el verano dio paso a un otoño lluvioso que sacó a Ian del peligro en el que se encontraba y lo llevó a una recuperación lenta pero certera. Nadie podía creer lo afortunado que había sido, porque según el doctor Miller, que era quien lo atendía, había estado muy cerca del cielo. Emmeline le había dado muchas vueltas a la cabeza mientras su novio estuvo en coma. No es que sus sentimientos hubieran cambiado, pero la mera posibilidad de perderlo hizo que abriera los ojos y muy a su pesar decidió que no podía correr ese riesgo. Ian aún usaba un bastón de madera para caminar, por lo que Emmeline

lo emplazó en una cafetería muy cerca de su casa para que no tuviera que estar en pie mucho tiempo. Cuando llegó a la cita, la chica ya estaba allí. Se sentaron frente a dos tazas de café humeantes y Emmeline le tomó la mano con suavidad.

—Me alegro de que ya te sientas mejor, mi amor. —Con cuidado de no llamar la atención, le acarició las cicatrices de la cara que aún no estaban totalmente curadas—. ¡Ojalá las cosas fueran diferentes!

Ian la notó extraña, rota, pero no quiso preguntarle. Estaba cansado, triste, y dejó que fuera ella quien guiara la conversación.

—Pero no lo son —continuó—, y, queramos o no, debemos rendirnos a la evidencia de que nos han vencido.

El chico mantuvo su silencio y apretó los labios para que ella no viera el temblor de su barbilla.

—Te amo por encima de todo. Siempre te querré, pero jamás volveré a jugar con tu vida.

—Mi vida no vale nada —sentenció Ian—, como tampoco vale la de ninguna de las personas negras de este país.

Emmeline se puso las dos manos en la cara y apartó las lágrimas que no cesaban de resbalar de sus ojos oscuros.

—Sabes que eso no es verdad.

—No lo es para ti, ni para las personas más progresistas, pero sí para la mayoría.

—Está bien, Ian, no he venido para discutir ni para hablar sobre derechos civiles, solo he venido a despedirme.

—¿Cómo? —exclamó el chico, que se inclinó sobre la mesa y apretó con más fuerza la mano de la joven.

—Me voy con mi madre a Inglaterra. Yo te he hecho esto —dijo señalando las heridas de su cara aún maltrecha—, y casi mueres en mis brazos… Tú tenías razón, todos tenían razón, y he sido muy egoísta. A mí me golpearán, me insultarán, pero no se atreverán a más. Sin embargo, a ti… a ti llegará un momento en el que te matarán, y eso no podría soportarlo. Me voy con el corazón hecho pedazos, jamás encontraré a una persona como tú porque eres el amor de mi vida, pero no seré la responsable de tu muerte.

—¿Lo has pensado bien? —dijo el chico en voz baja sin poder mirar a Emmeline a los ojos.

—He tenido meses para pensarlo mientras te morías en la cama del hospital.

—Te amo más que a nada, yo…

—Lo sé —dijo Emmeline mientras se levantaba de la silla sin haber probado el café—. Siempre estarás conmigo y no habrá un día de mi vida en el que no piense en ti. Te deseo todo lo mejor, mi amor, y deseo que encuentres a una buena chica que te ame tanto como yo.

La muchacha cogió su bolso, acarició la mano de Ian y salió de la cafetería devastada, dejando al muchacho perdido y sumido en la más profunda tristeza. Por un momento, pensó que Ian saldría tras ella, pero ni él la detuvo ni ella suspendió su marcha, y como dos completos extraños, iniciaron caminos separados bajo el peso de un amor herido de muerte. La puerta de la cafetería se cerró tras ella con un golpe suave, pero en su corazón sonó como un estruendo. La muchacha caminó sin rumbo fijo, con la mirada clavada en el suelo y los ojos llenos de lágrimas contenidas. Cada paso parecía alejarla más de él, no solo físicamente, sino emocionalmente, como si un abismo se abriera entre ellos. Dentro, Ian permaneció sentado, con la cabeza entre las manos, mirando el café frío frente a él. El dolor en su pecho era insoportable y un nudo de culpa, rabia y desconsuelo lo ahogó por dentro. Le hubiera gustado correr tras Emmeline, explicarle que no había forma de que pudieran rendirse, no después de todo lo que habían enfrentado juntos. Pero algo más profundo lo frenó: Emmeline merecía algo mejor.

Ella, mientras tanto, llegó a la esquina de la calle, donde el ruido de los tranvías y los pasos de los transeúntes la arrastraron. La ciudad seguía su curso indiferente, a pesar de que todo era un caos dentro de ella. «No debería doler tanto amar a alguien», pensó. Se apoyó contra una farola y cerró los ojos, la cabeza le daba vueltas y se sentía mareada. Sabía que su amor había sido desde un principio como nadar contra una corriente implacable, pero había tenido esperanzas de que entre los dos pudieran superarlo. Sin embargo, la verdad era que cada mirada de desprecio, cada palabra hiriente, cada golpe que habían soportado por estar juntos, habían ganado terreno asfixiándolos.

Ian se levantó de la mesa que había compartido con su novia y salió a la calle sin saber cómo seguiría adelante sin ella. El destino había conseguido separarlos y, a pesar de que el amor aún latía con fuerza en el fondo de sus corazones, esa vez, ninguno de los dos estaba dispuesto a presentar batalla. Habían perdido.

Emmeline llegó a su casa desconsolada, había estado vagando por las calles repletas de gente, pero se sentía vacía y sola. Antes de romper su relación con Ian, lo había discutido con su madre y con Drake, y ambos la apoyaron y estuvieron de acuerdo con su razonamiento.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Emily, preocupada por su hija. La joven no dijo nada, solo se desplomó en sus brazos y lloró con desconsuelo.

Emily la arropó y esperó a que se calmara mientras le acariciaba el pelo moreno. Manuela se sentó en una silla cerca de ambas mujeres y guardó un profundo silencio, y Drake maldijo a los malnacidos que le habían hecho tanto daño a su amigo y a su hermana.

El joven, movido por la rabia y el amor inquebrantable que sentía por los dos, se había sumergido en la investigación del ataque con una mezcla de determinación y cautela. Recurrió a las redes comunitarias y activistas que ya luchaban contra el racismo y la violencia y en poco tiempo identificaron a los culpables gracias al apoyo, recursos y empuje que ejercieron para presionar a las autoridades. Drake terminó presentando una denuncia, esa vez acompañado de los Johnson, Emily, Manuela y miembros tanto de la comunidad blanca como negra que obligó que el caso fuese investigado a fondo, e incluso recurrió a los periódicos para hacer público lo sucedido. Logró que activistas blancos y negros organizaran manifestaciones que aumentaron la presión sobre la Policía Local para obtener resultados y, aunque sabía que lo que hacía era peligroso, no le importó si eso servía para que castigasen a esos canallas.

La NAACP volvió a involucrarse con las familias Johnson y Knox para prestar su ayuda, y sus abogados consiguieron que el caso llegara a los tribunales en un tiempo récord. A pesar de que la

justicia nunca estaba garantizada, se mandó un mensaje claro de resistencia frente al odio y, finalmente, Tommy Lancaster, Andy Freeman y Lloyd Pink fueron encarcelados. Ni Ian ni Emmeline habían acudido a los juzgados, pero siguieron las noticias por la radio, y a pesar del alivio de la sentencia, sus corazones no volvieron a recuperarse del duro golpe que habían sufrido.

Mientras Emmeline lloraba desconsolada en los brazos de su madre, alguien llamó a la puerta con insistencia.

Pum, pum, pum.

El sonido era tan fuerte y seco que no cabía duda de que quien fuera estaba golpeando con el puño.

—Abrid la puerta —gritó Ian desde el otro lado fuera de sí.

Emmeline se secó las lágrimas y se puso erguida de inmediato. Drake abrió e Ian entró como una exhalación moviendo la cabeza de un lado a otro buscando a la chica. Estaba empapado en sudor y se notaba que el corazón le latía con fuerza. Cuando la vio tan desmadejada, tiró su bastón y se arrodilló delante de ella. Tomó aire y le habló con la voz quebrada.

—Me voy contigo —anunció—. No voy a dejar que nuestro amor termine así. He pensado en todos los problemas, en el odio de la gente, en los obstáculos que enfrentaremos, pero todo merece la pena si estamos juntos.

Ian clavó la mirada en los ojos oscuros de Emmeline y siguió hablando con desesperación.

—Exponernos a más peligros aquí no vale la pena. No necesito quedarme en Nueva York si eso significa perderte. Yo quiero estar donde tú estés, y si ese lugar es Inglaterra, me iré contigo. Tal vez, allí la vida tampoco sea fácil, pero debemos intentarlo, darnos una oportunidad. ¿Tú quieres que vaya?

Ian buscó su respuesta con la mirada, esperando que el amor que ambos sentían pudiera superar el dolor y la incertidumbre, rogando que ella todavía creyera en un futuro compartido.

La muchacha abrió la boca llena de sorpresa, no esperaba esa reacción, pero se sintió muy feliz. Se quedó en silencio durante un momento asimilando sus palabras y, finalmente, lo abrazó enamorada.

—¿Estás seguro? —le dijo con voz temblorosa—. Venir conmigo significaría abandonar tus sueños, tu lucha. ¿Podrías dejar todo lo que te importa atrás?

Emmeline hizo una pausa y le acarició la mejilla con ternura.

—Tanto aquí como en Inglaterra siempre hay batallas que luchar, y yo seguiré siendo el mismo, pero tú estarás a mi lado, y para mí eso es suficiente.

Los chicos se abrazaron con rabia y Drake empezó a aplaudir alrededor de ellos.

—Bueno, parece que las cosas ya empiezan a tranquilizarse en esta casa.

—¿Y qué dirán tus padres? —preguntó Emily, preocupada por William y por Martha.

El joven mantuvo un breve silencio en el que pareció no saber qué decir.

—No me cabe duda de que será duro para ellos. Mi padre siempre ha soñado con que siga sus pasos y luche a su lado por los derechos de nuestra comunidad y mi madre me echará mucho de menos, pero ella solo quiere lo mejor para mí. Puede que mi padre esté decepcionado y mi madre llorará, pero entenderán que lo hago porque amo a Emmeline y estoy buscando un futuro mejor para los dos. Si marcharme significa que podamos vivir sin miedo y sin escondernos, es un sacrificio que estoy dispuesto a hacer.

—Estoy segura de que estarán muy orgullosos de ti, Ian. Eres un buen hombre y Emmeline es muy afortunada de tenerte —añadió Manuela.

Ian no tuvo mucho tiempo para despedirse de su familia, pero después de contarles sus planes y con el corazón pesado, los Johnson apoyaron a su hijo en la decisión de marcharse a Inglaterra. Habían estado a punto de perder a su primogénito y ambos estuvieron de acuerdo en que era mejor que viviera en otro país a que lo metieran en un cajón bajo tierra.

La tarde de la partida, las dos familias se juntaron en el muelle 59 frente al SS Britannic, el gran transatlántico operado por la White Star Line que ofrecía un servicio confiable pero más asequible para pasajeros que buscaban un viaje seguro y sin lujos. Se dirigían a

Southampton y de allí tenían previsto trasladarse a Accrington en tren.

Ian se entretuvo abrazando a sus padres y hermanos mientras Emily y Emmeline hacían lo propio con Drake y Manuela. La sirena resonó marcando el ritmo del inicio del viaje y Drake se apartó de su madre haciéndose el fuerte.

—Vamos, tenéis que iros —dijo el muchacho, dejando a un lado sus famosos chistes. Manuela besó a Emmeline y prometió a Emily que cuidaría de su hijo. Mientras, William abrazó a Ian y Martha, sin poder casi ni hablar, lo besaba insistentemente.

—Cuídate mucho, mi vida, y no te olvides de nosotros —dijo la mujer desolada.

—Me llevo a tu hijo y te dejo al mío —afirmó Emily con el alma destrozada mirando a su amiga, y Martha sintió cómo un nudo se le formaba en la garganta. Había aceptado la decisión de Ian, aunque su corazón estaba hecho pedazos.

—Sé que compartimos el mismo dolor —dijo Martha—, pero no estoy segura de que yo esté lista para esto, Emily, aunque comprendo que Ian estará en buenas manos. Drake también tendrá una familia aquí. Te lo juro.

—Prometamos en este mismo instante que cuidaremos de ambos como si se trataran de nuestros propios hijos —suplicó Emily.

—Lo prometo —afirmó Martha solemne, y ambas se fundieron en un gran abrazo entendiendo a la perfección lo que sentía la otra. La sirena volvió a tronar con un ruido ensordecedor, e Ian agarró las maletas.

—Esto no es una despedida, sino un hasta pronto —dijo Drake para hacer menos denso el ambiente—. Nos volveremos a ver, estoy seguro.

Manuela lloraba agarrada a su novio, el señor Johnson abrazó a su mujer y a sus otros hijos, mientras que Emily, Ian y Emmeline embarcaron a través de una pasarela que los separaban de sus familias. Sin perder tiempo, subieron a la cubierta, y mientras el barco zarpaba, se despidieron de Nueva York y de los suyos.

Cuando la tarde comenzó a ceder y la costa se desvaneció en el horizonte, Emily regresó a la cubierta. El peso de dejar atrás a su

hijo seguía clavado en su pecho, pero la brisa salina que acariciaba su rostro parecía aliviar ese dolor, como si el viento le susurrara que, aunque la partida había sido difícil, había algo de esperanza en el futuro.

A medida que el barco avanzaba hacia una nueva vida, el corazón de Emily se fue aligerando. James estaba cada vez más cerca, y aunque las circunstancias no eran las ideales, agradeció al universo por haberle dado una nueva oportunidad para estar junto a él. Sabía que, a pesar de los sacrificios y las despedidas, la vida les ofrecía una nueva página, una en la que, tal vez, pudieran rehacer lo que la distancia y el tiempo habían roto. Una en la que jamás tuvieran que volver a separarse.

SAGA HIJOS DEL CONFLICTO

Queridos lectores, espero de corazón que hayan disfrutado de Más allá de las fronteras, la segunda entrega de la saga Hijos del Conflicto. Esta serie épica nos transporta a través de algunos de los momentos más decisivos del siglo XX, explorando cómo la guerra, el amor y la transformación social marcaron las vidas de sus protagonistas.

En Más allá de las trincheras, el primer libro de la saga, conocimos a seis amigos cuyas vidas quedaron irreversiblemente afectadas por la devastación de la Gran Guerra. A través de sus historias, exploramos temas como la amistad, el sacrificio, el amor y las decisiones difíciles que los definieron mientras enfrentaban los horrores de aquel conflicto.

Conforme avanza la saga, seguimos a la familia Knox a lo largo de tres generaciones. Desde la Gran Depresión de 1929 en Estados Unidos, la Guerra Civil Española, hasta la Guerra de Vietnam, los Knox luchan por encontrar su lugar en un mundo sacudido por cambios políticos, sociales y económicos.

Cada entrega de Hijos del Conflicto combina momentos históricos clave con historias profundamente humanas, creando un retrato inolvidable de una época llena de desafíos y esperanza. Desde las trincheras de la Primera Guerra Mundial hasta los movimientos sociales y las luchas políticas del siglo XX, esta saga explora cómo el espíritu humano resiste incluso en los momentos más oscuros.

Los invito a seguir este viaje junto a los Knox y otros personajes inolvidables mientras recorremos juntos las luces y sombras de un siglo que transformó el mundo. ¡Gracias por acompañarme en esta aventura literaria!

Empiece a leerla siguiendo el código QR

SAGA SOMBRAS DE GUERRA

Queridos lectores, gracias por seguirme incansablemente. Cada palabra escrita ha sido creada con todo mi corazón y dedicación, y su apoyo significa el mundo para mí. Si esta novela ha sido de su agrado, los invito a descubrir mis otros libros. Si ya han leído alguno de mis títulos, me encantaría que compartieran su opinión en Amazon. Sus comentarios son fundamentales para que más lectores encuentren estas historias. Pueden dejar su reseña fácilmente escaneando el código QR o navegando por el resto de la serie.

Si buscan más lecturas que los emocionen, les recomiendo la serie Sombras de guerra, que consta de novelas independientes como La oscuridad del sur, Cartas para Gretchen y Lo que vivimos. ¡Espero que las disfruten tanto como esta!

Empiece a leerla siguiendo el código QR

SAGA CRIMEN, SANGRE Y SECRETOS

Novelas de intriga, thrillers históricos, asesinatos y misterio.

Crimen, sangre y secretos es una serie de libros de thrillers y misterio que lleva a los lectores a un recorrido lleno de intriga, a través de épocas y lugares distintos, donde secretos oscuros, conspiraciones y crímenes impactan de maneras sorprendentes y desconcertantes. Cada novela se desarrolla como una historia independiente, pero todas comparten un intenso enfoque en la investigación y la resolución de casos, explorando la complejidad humana en escenarios históricos y geográficos únicos. Cada página promete mantener al lector al borde del asiento mientras se desvelan enigmas ocultos en lo más profundo de cada relato.

Empiece a leerla siguiendo el código QR

AGRADECIMIENTOS

Escribir *Más allá de las fronteras* ha sido un desafío apasionante, una travesía por las emociones y las decisiones humanas que me ha enriquecido como autora. Pero este libro no habría sido posible sin el apoyo, el talento y la inspiración de quienes han estado a mi lado en este camino.

Primero, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a Steven, por ser un compañero incansable en esta travesía literaria. Sus observaciones, su apoyo constante y su entusiasmo han sido fundamentales en la creación de esta historia. Eres el lector que todo escritor desearía tener.

A mis hijas, mi razón de ser, y a mi familia y amigos, cuyo amor y apoyo son el pilar que sostiene cada paso de este camino. Sus palabras de ánimo y su paciencia infinita me han dado fuerzas en los momentos más difíciles.

A Noni, de NG Books SCE, por su dedicación y minuciosidad en la corrección, que han elevado este manuscrito a su máximo potencial.

Gracias a Fabián Vázquez, por su impecable trabajo de maquetación, que transforma las palabras en algo bello y profesional.

A Alexia Jorques, por dar vida a las portadas de mis libros con un talento que logra captar la esencia de mis historias en cada pincelada.

Y, finalmente, a la tranquilidad de Arizona, a sus montañas y paisajes desérticos, que me ofrecieron la paz necesaria para dar vida a esta historia en un momento particularmente difícil de mi vida. Ese horizonte sereno y vasto quedará para siempre en mi memoria y entre las páginas de este libro.

A todos los lectores que han decidido adentrarse en esta historia, gracias por cruzar estas fronteras conmigo. Su apoyo es lo que da sentido a cada palabra escrita.

BIOGRAFÍA

Rosa Moreno Matellanes es licenciada en Geografía e Historia y ha dedicado su vida a explorar y compartir las grandes historias del pasado. Durante años, enseñó Historia, Arte y Cultura a estudiante1s norteamericanos, dejando huella con su pasión por la narrativa histórica.

Autora de novelas históricas y de suspense exitosas, Rosa nos presenta su última obra, *Más allá de las fronteras*. Esta cautivadora novela de ficción histórica nos transporta a los turbulentos años de la Gran Depresión y la Guerra Civil Española, tejiendo una emocionante trama sobre sacrificios, ideales y la lucha por el amor y la justicia en un mundo dividido por el racismo, la opresión y la guerra.

Ávida lectora y apasionada del género histórico y de suspense, Rosa encuentra su mayor inspiración en los acontecimientos de la Historia contemporánea. Vive entre Arizona y España, donde combina su labor como escritora a tiempo completo con la dirección de su empresa dedicada al sector de estudios internacionales. Además, su amor por los viajes le permite descubrir nuevas historias y paisajes que enriquecen sus obras.

Querido lector, me encantaría conocer tu opinión sobre *Más allá de las fronteras* o cualquiera de mis novelas. ¡Tu perspectiva es muy valiosa para mí! Puedes contactarme a través de mis redes sociales.

¡Gracias por formar parte de este viaje literario!

Instagram: @rosamorenomatellanes
Twitter: @rosammatellanes
Facebook: Visitame aquí
Blog: https://rosamorenomatellanes.com
E-mail: rosamorenomatellanes@gmail.com